EL GRAN FRÍO

Rosa Ribas
Sabine Hofmann

Alianza Editorial

Annotation

Febrero de 1956. El invierno está siendo terrible, el más frío en España desde hace décadas. Esto no será un obstáculo para que Ana Martí, ahora reportera de un popular semanario de sucesos, acuda a un remoto y aislado pueblecito del Maestrazgo aragonés para cubrir el caso de una niña a la que han brotado los estigmas de la Pasión. El cura y el alcalde la reciben encantados ante la idea de que su 'santita' se haga famosa en todo el país. Pero ni don Julián, el escéptico cacique del pueblo, ni la mayoría de los habitantes comparten sus simpatías hacia la forastera. Solo Mauricio, un pobre chico discapacitado, la inteligente y extraña niña Eugenia y la atormentada viuda que hospeda a Ana parecen dispuestos a hablar con ella. Pronto su olfato de periodista le dice que el caso de Isabelita no es el único suceso extraño que acontece en Las Torres...

El recuerdo de una niña muerta años atrás en misteriosas circunstancias, el fanatismo religioso y el frío glacial y la nieve que amenazan con dejar al pueblo incomunicado son el telón de fondo de la intrigas de El gran frío, un impactante thriller sobre los más bajos instintos de la condición humana que es a la vez un extraordinario retrato de la cruda realidad de la España rural en los años cincuenta.

ROSA RIBAS &SABINE HOFMANN

El gran frío

Siruela

Sinopsis

Febrero de 1956. El invierno está siendo terrible, el más frío en España desde hace décadas. Esto no será un obstáculo para que Ana Martí, ahora reportera de un popular semanario de sucesos, acuda a un remoto y aislado pueblecito del Maestrazgo aragonés para cubrir el caso de una niña a la que han brotado los estigmas de la Pasión. El cura y el alcalde la reciben encantados ante la idea de que su 'santita' se haga famosa en todo el país. Pero ni don Julián, el escéptico cacique del pueblo, ni la mayoría de los habitantes comparten sus simpatías hacia la forastera. Solo Mauricio, un pobre chico discapacitado, la inteligente y extraña niña Eugenia y la atormentada viuda que hospeda a Ana parecen dispuestos a hablar con ella. Pronto su olfato de periodista le dice que el caso de Isabelita no es el único suceso extraño que acontece en Las Torres...

El recuerdo de una niña muerta años atrás en misteriosas circunstancias, el fanatismo religioso y el frío glacial y la nieve que amenazan con dejar al pueblo incomunicado son el telón de fondo de la intrigas de El gran frío, un impactante thriller sobre los más bajos instintos de la condición humana que es a la vez un extraordinario retrato de la cruda realidad de la España rural en los años cincuenta.

Autor: Ribas, Rosa & Hofmann, Sabine

ISBN: 9788416120642
Generado con: QualityEbook v0.75

El gran frío

No me gusta este juego.

No lo entiendo. ¿Hay que quedarse quieto?

¡El escondite! ¿Es el escondite?

Pero ¿dónde están los otros? No me gustan los juegos que no entiendo.

-Pili, no me gusta este juego. Venga, levántate.

¿Por qué no se levanta?

¡Qué risa! Lleva los zapatos mal puestos. Al revés. El derecho, en el pie izquierdo y el izquierdo, en el pie derecho. Antes, cuando madre tenía mucha prisa, a veces me ponía los zapatos al revés, pero ahora me los pongo yo solo y siempre lo hago bien. Casi siempre. El otro día, padre me gritaba y me aturullé. Es que me gritaba y decía que, además de tonto, soy lento, y por eso me puse los zapatos al revés. No le dije nada. Si no, me hubiera pegado. Pero dolía y, además, me caí.

-Pili, ¿te has caído? ¿Te has hecho daño? ¿Por qué no te mueves?

Igual está llorando. Las niñas cuando lloran se ponen boca abajo. Los niños no lloran. Porque los niños son hombres y los hombres no lloran.

-¿Estás triste? No llores.

Le haré cosquillas. Siempre se ríe cuando le hago cosquillas. No aguanta nada.

-Pili, Pili, que no aguantas nada.

Pero no se mueve.

Y está muy fría.

-¡Pili!

Ha sido el monstruo. Pero el monstruo no mata a las niñas. Les hace daño, pero no las mata. Les hace daño, por eso todas le tienen miedo, pero no las mata.

¿Y si todavía está por aquí?

No tengo miedo. Si viene el monstruo, lo mataré. No voy a dejar que se coma a Pili.

-¡Ven, monstruo! ¡Ven si te atreves!

1

¿Y si el jefe se había equivocado?

Se bajó del tranvía en la Plaza de España con la certeza de que, por primera vez en los tres años que llevaba trabajando para él, el señor Rubio se equivocaba. Echó un primer vistazo a los urinarios públicos en la esquina de la calle Cruz Cubierta, hacia los que se dirigía un hombre quitándose ya los guantes.

Un error. Era un error enviarla a ella al lugar de los hechos. Ninguno de los implicados le contaría nada. No solo porque fuera mujer; tampoco nadie estaría muy dispuesto a hablar del asunto con un hombre, ni las trabajadoras de la fábrica de bombillas ni los tipos con los que la detenida les organizaba encuentros.

En los asuntos con muertos de por medio era más fácil. La muerte hace locuaz a la gente, sobre todo a los que no llega a golpear de cerca, sino solo roza desde el parentesco lejano, la vecindad o la casualidad. Como el hambre voraz después de los entierros, la presencia de un muerto provocaba ansiosas verborreas, aunque la persona con quien hablara no hubiera visto más que la punta del zapato del cadáver.

Pero en un caso como el de la lotera alcahueta todos preferirían no saber nada. ¿Acaso creía su jefe que a ella se le sincerarían las chicas de la fábrica que ganaban un dinero extra con las citas amorosas que les concertaba la enana? ¿Cómo se imaginaba que se dirigiría a ellas?

-Hola. ¿Tú eres una de las que...? Ya me entiendes, ¿no?

Tampoco podía esperar que merodeara cerca de los urinarios públicos y abordara a los hombres, a los posibles clientes, cuando se aproximaran a la puerta con mal disimulada prisa, o peor, que encarara a los que salían con paso tranquilo, alguno todavía con los últimos movimientos de cerrarse la bragueta, y aprovechara esos segundos de alivio masculino para sorprenderlos con la pregunta:

-Disculpe, caballero, ¿no será usted cliente de Paulina Sánchez?

Lo más probable sería que el hombre saliera huyendo. Unos, incómodos al verse abordados justo en ese momento por una mujer joven que preguntaba por un nombre desconocido. Otros porque, si bien era conocida como «la lotera» o «la enana de los ciegos», sabían quién era Paulina Sánchez, sobre todo sus clientes, y la tomarían por una chivata de la policía.

A la mujer la habían detenido hacía tres días por una denuncia anónima de una de las trabajadoras de la fábrica de bombillas Z, en la cercana calle México. Se sentaba todas las mañanas con sus números de lotería de los ciegos, pegada a la pared de los urinarios públicos. La llamaban «la enana de los ciegos» porque medía poco más de un metro treinta. Tenía la espalda muy encorvada; el torso parecía casi del mismo tamaño que la enorme cabeza.

Apenas le llegaban los pies al suelo desde el asiento de la silla de enea.

Ana la había reconocido en la foto policial que le había mostrado Rubio. La había visto muchas veces en ese lugar, con las tiras de cupones colgadas del pecho, siempre rodeada de hombres. Ahora sabía que no se trataba de compradores de números de lotería.

Paulina Sánchez llevaba tiempo ejerciendo de alcahueta y todo parecía funcionar bien: los hombres se dirigían a ella para que los pusiera en contacto con alguna mujer de la fábrica. La lotera tanteaba las preferencias de edad, complexión o color del pelo del mismo modo que los compradores de números de lotería los pedían acabados en ocho, o impares, o que no contuvieran cincos. Ella concertaba día y hora y les daba la dirección del *meublé*.

Un mecanismo que había funcionado sin contratiempos hasta que, por lo visto, alguna pieza había fallado y había dado al traste con el negocio. No podían haber sido las mujeres, a ninguna de ellas le interesaba que se hiciera público, y no acababa de creerse la versión oficial de que una de las trabajadoras nuevas en la fábrica la hubiera denunciado porque se sintió ofendida cuando la lotera le ofreció sus servicios.

Aunque no esperaba poder averiguar nada nuevo para su artículo, llevaba un rato yendo y viniendo desde la esquina en la que estaban los urinarios públicos hasta el bar La Pansa. De vez en cuando miraba su reloj de pulsera para fingir que estaba esperando a una cita que se retrasaba. Algo, no sabía qué, si era el instinto periodístico, la tozudez o la experiencia que había adquirido en cuatro años de profesión, le impedía marcharse a decirle al señor Rubio que en esa ocasión pisar la calle, «mancharse los pies de barro», no había servido para nada.

No se los había manchado, pero se le estaban quedando helados por el frío. Decían los periódicos que las temperaturas de ese invierno estaban siendo las más bajas que se registraban en años. Los más exagerados hablaban de «la nueva glaciación del 56». Tal vez fuera cierto. El viento húmedo y cortante de finales de enero ya había encontrado los resquicios por los que colarse en su abrigo. «Cinco minutos más y me marcho», se repitió varias veces mientras recorría la acera de un lado a otro con los brazos cruzados.

«Cinco minutos. Los últimos», se dijo una vez más. Entonces, mientras decidía si buscar una cafetería en las calles cercanas para tratar de entrar en calor delante de un café con leche o volver a su casa, distinguió a un vendedor de cupones que se acercaba por la calle Cruz Cubierta. Apoyaba la mano derecha en el hombro de una niña que le hacía de lazarillo, cuyas trenzas negras eran más gruesas que sus brazos. Caminaban a buen paso, la gente con la que se cruzaban se apartaba al verlos y la niña esquivaba con presteza todos los obstáculos en el camino, ya fueran personas, perros u objetos.

El ciego aparentaba unos cuarenta años. Si no era el padre de la niña, por lo menos tenían que ser parientes, sus brazos y piernas eran también en extremo delgados. Con el viento, los pantalones de pana raída se le pegaban a unas

pantorrillas que parecían carecer de carne. La tez del hombre, curtida por la intemperie, era tan oscura que los globos oculares resaltaban como si estuvieran iluminados por dentro.

Pasaron al lado de Ana. El hombre llevaba las tiras de cupones prendidas con pinzas a la solapa del abrigo. La niña lo guio hasta la pared en la que daba el sol, el mismo lugar en el que se sentaba la enana, comprobó que llevara todos los botones abrochados y se despidió de él. El ciego le dio unos cachetes en las mejillas.

La niña se alejó. Antes de subirse a un tranvía en dirección al Paralelo, se volvió un par de veces como si quisiera cerciorarse de que había dejado al hombre en el lugar correcto.

Tal vez fuera porque habían ganado experiencia a fuerza de pisar calle, o tal vez porque los tenía helados, pero sus pies tomaron la iniciativa. La cabeza empezó a urdir el plan cuando ya casi había llegado delante del ciego.

-¡La suerte! ¡La suerte! -empezó a vociferar el vendedor de cupones al notar la proximidad de una persona.

-Suerte, la verdad, es que poca -respondió Ana.

-Esto se puede arreglar. -El ciego comenzó a recorrer con un dedo las tiras de los números-. Con esto se puede arreglar.

Ana sentía algunos reparos por aprovecharse de su ceguera y de que, por lo tanto, la tomara por una chica más de la fábrica. Se acercó un poco más y le dijo en voz baja:

-Es que necesitaría algo un poco más seguro. Algo para ganarme unas perrillas extras.

-¿Trabajas en la fábrica?

La pregunta lo delataba. Si no hubiera sabido a qué se refería, habría mostrado extrañeza.

-Sí.

-¿Casada o soltera?

-Casada -mintió Ana.

-O sea, estrenada. ¿Conocías a la enana?

-Sí. A veces me echaba una mano.

-¿Y sabes lo que le pasó?

-Sí, pero he pensado que tal vez usted también...

-Acércate un poquitín más, monina.

Dio un paso más, como si mirara los números que le colgaban del abrigo. Le llegó una mezcla de olores contrapuestos a detergente y a sudor agrio, pero no le dio tiempo a especular sobre si llevaba la ropa limpia porque la niña se la lavaba. Una mano huesuda y nerviosa empezó a recorrerle el cuerpo, bajó por el brazo, le buscó el pecho izquierdo, descendió por la cintura y se coló dentro de su abrigo buscando su entrepierna. Ana se apartó de un salto hacia atrás.

-¿Qué hace?

-No puedo ver el género como la enana. Tú, con ese cuerpo, te ganarás tus buenos duros, ¿no?

Sintió ganas de salir huyendo, pero se contuvo; ya que había pasado por esa situación humillante, algo tenía que sacar de ella. Se abrochó el botón del abrigo que el ciego había abierto con dedos ágiles y flacos como patas de insecto.

-Entonces, ¿me puede buscar algo?

El ciego se echó a reír.

-¿Yo? No, monina. Solo tenía ganas de tocar carnes más prietas que las de mi mujer.

-¡Es usted un cerdo!

-¿No me digas que pensabas que los cieguitos somos todos buenos por naturaleza?

La dejó por un momento sin habla.

-Pero no soy mala persona. Te voy a echar una manita.

Repitió en el aire el recorrido que había trazado por su cuerpo. Ella, por si acaso, dio un paso hacia atrás.

-Llégate hasta la Boquería. Allí vende cupones un lisiado que ayuda a algunas vendedoras a sacarse unos cuartos.

-¿Un lisiado?

-Sí. Lo reconocerás sin problemas. Le faltan las piernas y se mueve con un carrito de madera. Mete las manos en unos zapatos para arrastrarlo. Pero ten cuidado, le gusta sobar a las chicas -dijo soltando una risa lúbrica.

Ana se sobrepuso al impulso de darle una bofetada. «No se pega a un ciego», pensó.

-¿Y al lisiado no lo han detenido?

-No, porque no lo han denunciado. El lisiado será todo lo cojo que uno quiera, pero no engaña ni a las chicas ni a los clientes con las cuentas.

-¿Y la enana sí?

-Sí, monina. La avaricia la cegó.

¿Era un chiste del vendedor de cupones o solo una frase hecha?

-Pero con el lisiado estarás en buenas manos -siguió diciendo, y se echó a reír.

Se estaba hartando de ese ciego rijoso, pero le quedaba una pregunta.

-¿Sabe quién la denunció?

-¡Qué curiosa eres, monina!

-Es que no quiero que me pase nada. Tengo familia...

-No te pasará. Era un lío de la enana, que le escamoteó dinero de las comisiones al guripa que la protegía, un municipal. La avaricia ha llevado a muchos a la perdición. Contra la avaricia, generosidad. Y ahora, me comprarás una tira, ¿no?

Ella sacó el monedero del bolso, lo abrió y removió las monedas para que sonaran; después lo cerró haciendo chasquear el cierre metálico. El ciego tendió la mano a la espera de que pagara.

-¡Vaya! -dijo Ana con fingida contrariedad-. No llevo dinero.

-Está bien. -El ciego sonrió-. Donde las dan las toman. Pero si después sale

uno de los míos, no te quejes. Y si no vas a comprar, mejor que te marches. No quiero que vayan a pensar mal de mí.

Esta vez la risa sonó sardónica.

Ana se alejó. La voz del ciego la persiguió hasta la parada del tranvía, alternaba dos cantinelas:

-La suerte, la suerte. Contra la pereza, diligencia. Contra la ira, paciencia. La suerte, la suerte. Contra la lujuria, castidad. Contra la envidia, caridad...

Justo cuando llegaba a la parada, se detuvo un tranvía. Se subió a él sin importarle si era el suyo, con tal de que la alejara del ciego y su cantinela.

-La suerte, la suerte. Contra la soberbia...

Las puertas se cerraron con un golpe seco.

-Humildad -dijo Ana.

-¿Perdone? -preguntó el cobrador.

-Nada.

Puso el dinero sobre el mostrador y cogió el billete. Era el tranvía correcto. Encontró un asiento libre. Por la calle la gente caminaba encogida, aterida a pesar del sol incapaz de calentar el aire frío.

Aunque la detención de la proxeneta se había hecho pública y la policía les había pasado la nota, el artículo sería difícil. Tendría que recurrir a todo tipo de circunloquios para evitar la tijera de los guardianes de la moral, implacables con todo lo que tuviera que ver con, como ellos decían, «el sexto mandamiento».

Tampoco le permitirían decir ni una palabra sobre el municipal, el cómplice de la enana. No se podía ni siquiera insinuar que un representante de las fuerzas del orden, aunque se tratara de un urbano, pudiera ser un corrupto. No solo el silencio forzoso empañaba el orgullo que le producía haber descubierto información nueva, también lo hacía el precio. De forma involuntaria se inclinó hacia la derecha en el asiento, como si el ciego estuviera allí mismo y quisiera evitar su mano.

Pero si bien la censura podía maniatarla y amordazarla, no había logrado robarle la curiosidad. Quería observar al lisiado, averiguar más, investigar.

Llegó a las Ramblas. Ya en la Casa de los Paraguas en el Plà de la Boquería, escuchó una voz de timbre metálico que cantaba:

-¡La suerte! ¡La suerte! Me quedan pocos. Mira qué bonitos, los dos patitos. ¡Ay, que me la quitan, la niña bonita!

El ciego tenía razón, era fácil reconocer al lisiado. Las piernas le terminaban a la altura de las rodillas y estaba sentado sobre una caja de madera con cuatro ruedas que parecían de patinetes. Al lado descansaban los zapatos que utilizaba para desplazarse con ella.

Ana seguía sintiendo los pies fríos, entumecidos. No había conseguido entrar en calor durante el viaje en tranvía, pero, aun así, decidió permanecer en la calle y buscar un lugar desde donde pudiera observarlo. Se situó en la acera de enfrente, cerca de un quiosco, y se dispuso a esperar.

El lisiado cantaba los números, abordaba a los transeúntes, tarareaba de vez en cuando alguna copla. En media hora vendió varias tiras: a una mujer mayor que salía del mercado con un cesto, a un hombre con mandil de dependiente, a otra mujer que entraba arrastrando a una criatura. Después se le acercó un hombre maduro que le ofreció un cigarrillo. Observó sus movimientos, el hombre le encendió el cigarrillo al lisiado, que movía la cabeza afirmando. Los intercambios de palabras eran cortos, como cuando se concierta una cita. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Vale? ¿Sí? ¿No? Bien. De acuerdo. El hombre se marchó. No había comprado ninguna tira.

El lisiado apuró el cigarrillo, aplastó la colilla en el suelo y la guardó en una cajita de lata que metió en el bolsillo izquierdo de su pantalón; después se enfundó los zapatos en las manos y entró en el mercado. El chirrido de las ruedas de patinete llegó hasta donde estaba Ana, que se puso enseguida en movimiento. Cruzó las Ramblas y entró también en la Boquería.

A esa hora el mercado estaba muy concurrido. La cabeza del lisiado aparecía y desaparecía entre las cinturas de las personas que abarrotaban los pasillos. Él se abría paso con una bocina de pera que llevaba sujeta al carrito. «Como la de Harpo Marx», pensó Ana. Llegó hasta uno de los puestos de carne y paró delante.

-Nena, te traigo el número que me reservaste -le gritó el lisiado a una de las dos dependientas que atendían.

-Espera, que salgo enseguida -dijo la mujer.

Tendría unos treinta y cinco años, las manos enrojecidas por el contacto constante con la carne fría que despiezaba y cortaba con enormes cuchillos. Acabó de trocear unas costillas, las envolvió y se las tendió a la clienta. El lisiado la esperaba en el centro del pasillo. No necesitaba la bocina para que la gente lo esquivara. Después de meter el dinero en una caja de madera, la carnicera se secó las manos en un delantal que habría sido blanco al principio de la jornada, levantó la portezuela del mostrador de mármol y salió. Se acercó al lisiado y se agachó para coger la tira de números. El lisiado le dijo algo en voz baja; a su alrededor, los otros vendedores anunciaban a gritos el género, contaban y pesaban trozos de carne, cobraban y daban cambios a los clientes. ¿Cuánto pagaría el hombre de los cigarrillos por su pieza?

Una hora después, mientras volvía caminando a casa para preparar el artículo, se corrigió.

El jefe no se había equivocado.

2

Después de comer repasó sus anotaciones y escribió un borrador del artículo para la edición de la semana siguiente de *El Caso*. Después se cambió de ropa porque aquella noche tenía que asistir a una cena de gala, de la que le habían encargado una crónica, y no le daría tiempo de volver a casa después de hablar con Enrique Rubio. Era una suerte que a sus primas ricas les siguiera haciendo gracia regalarle prendas usadas a la pariente algo excéntrica que veían en ella. Tenía el armario bien abastecido de buena ropa de noche. Ella misma la arreglaba con la máquina de coser que, por ser el lugar más luminoso de la casa, compartía la galería con su Olivetti. Lo que nunca le diría a su prima Claudina, que desde que se había casado había mutado de estilizada y algo lánguida muchacha modernista en oronda matrona, era que con la tela sobrante de su vestido de raso de color turquesa se había hecho dos cojines.

A pesar del frío, bajó las escaleras de los cuatro pisos con los zapatos de tacón en la mano; no quería que la abordara Teresina Sauret, la portera, a quien siempre le gustaba hacerse la encontradiza cuando la veía salir bien vestida para tratar de sonsacarle adónde iba. Desde que escribía crónicas de sociedad para *Mujer Actual* la portera era una de sus más devotas seguidoras, si bien continuaba viendo con malos ojos que viviera sola siendo mujer. Logró llegar a la entrada del edificio sin hacer ruido. De la casa de Teresina Sauret llegaban voces tensas, vibrantes; también la música era dramática. El serial parecía estar en un momento álgido y reclamaba toda la atención de la portera. Aun así, abrió la puerta antes de calzarse para poder abandonar la casa con rapidez en caso necesario.

Había refrescado aún más. Se subió el cuello del abrigo y se encaminó a la ronda de San Antonio.

-¡Cieeeeero! ¡La Vanguardia! ¡Cieeero!

Gritó un chaval al lado de la parada del tranvía agitando un ejemplar del *El Noticiero Universal*. Iba envuelto hasta las pantorrillas en un enorme chaquetón que mantenía sujeto al cuerpo con una vieja correa de pantalón. Como ella detuvo un poco el paso, el chico la miró:

-¿El Ciero? ¿La Vanguardia? -insistió.

Ella lo miró fijamente y negó con la cabeza antes de subir al tranvía que acababa de llegar.

Ninguno.

De *La Vanguardia* se había marchado. El diario vespertino *El Noticiero Universal* no la había querido. Bien pensado, había abandonado *La Vanguardia* porque tampoco la querían. Había entrado allí gracias a la amistad que había unido al redactor jefe, Mateo Sanvisens, con su padre, uno

de los muchos periodistas represaliados por el Régimen después de la guerra. Algunos miembros de la redacción no habían visto con buenos ojos la presencia de una mujer entre ellos, pero mientras sus labores se habían limitado a escribir notitas en la sección de ecos de sociedad y a redactar y corregir textos que firmaban otros colegas, la habían tolerado. Sin embargo, el éxito y la notoriedad que le habían deparado sus artículos sobre el caso Sobrerroca, a pesar de que solo se publicó una pequeña parte de ellos, habían despertado recelos y, sobre todo, envidias.

-Una de nuestras tradiciones nacionales, cultivada durante siglos -le había dicho su prima Beatriz tras escuchar sus quejas.

Después había buscado en su biblioteca un ejemplar de *Abel Sánchez*, de Unamuno, que le prestó por si tal vez la aliviaba saberse víctima de un mal endémico. Pero el consuelo literario le sirvió de poco cuando los comentarios envenenados de los compañeros, escondidos entre la maleza de los halagos, salieron de ella como culebras:

-¡Buen trabajo! ¿Quién lo hubiera dicho al verte?

Los cumplidos malintencionados dejaron paso a las reacciones hostiles: los saludos no correspondidos, las miradas despectivas, los cuchicheos que finalmente llegaba a escuchar:

-Pero ¿quién se cree que es esta?

-Pues la que conocemos, la hija de Andrés Martí. Cómo, si no, se explica que esté trabajando aquí.

De las habladurías la resguardaban el escudo protector de Mateo Sanvisens, la calidad innegable de su trabajo y su éxito. Este último fue su mayor enemigo cuando llegó a oídos de Luis de Galinsoga, el director impuesto por el Gobierno como condición para que el periódico pudiera seguir publicándose después de la guerra. Galinsoga, que también era procurador en Cortes elegido por el propio Franco, no ocultaba el desprecio que sentía por la ciudad en la que dirigía el periódico, que había pasado a llamarse *La Vanguardia Española*, y controlaba con severidad que el periódico mantuviera la línea política exigida.

Las luces de sus logros cayeron sobre Ana como un foco delator. ¿Qué hacía una mujer, para más señas hija de un rojo, en su periódico?

Sanvisens trató de que pasara desapercibida con la pretensión de hacerla invisible, hasta que tal vez se olvidaran de su presencia. Primero la devolvió a las notitas sociales. Después la puso a redactar textos que aparecían sin firma o con firmas ajenas; en algún momento le pasó solo correcciones. Ella también resistió hasta que se enteró de que su presencia le podía costar el puesto a Sanvisens, quien se negaba a echarla a pesar de las presiones.

Se marchó. Mejor dicho, un día dejó de aparecer por la redacción. No hubo despedida, ni palabras de los compañeros; tampoco por parte de los que ella sabía, o creía saber, que la apreciaban. Solo una gran maceta de margaritas que Sanvisens hizo llevar a uno de los botones del periódico a su casa dos días después. Margaritas blancas, inocentes, para evitar maledicencias. Aceptaba

su decisión.

Había sucedido hacía cuatro años. Se había propuesto no pensar más en ello, y solía mantener el rencor y la frustración a raya, incluso al irse a dormir, el momento en que aguardan las preocupaciones o los resentimientos para escaparse de las jaulas en las que la laboriosidad diurna consigue encerrarlos. Pero a veces el recuerdo la asaltaba cuando viajaba en tranvía, en autobús, en taxi y dejaba la mirada perdida en las calles y la gente. Aprovechaba el estado de ensoñación en que la sumía el movimiento del vehículo, se perdía entre las cavilaciones sobre su futuro, que la asaltaban con una imagen dolorosa, ella delante de la mesa vacía, o alguna frase hiriente, o fantasías sobre lo que pudieran haber dicho de ella...

Bajó del tranvía y se figuró que dejaba esos recuerdos amargos dentro de él. «Para quien los quiera. Regalados», pensó, y se hizo sonreír a sí misma.

Caminó un poco hasta llegar a casa del señor Rubio, en la calle Viladomat, quien ya la estaba esperando.

Enrique Rubio, uno de los fundadores del semanario de sucesos *El Caso*, era «la redacción en Barcelona». Y, aunque no era mucho mayor que ella, era el señor Rubio, su jefe, quien le daba trabajo desde hacía tres años, aunque casi no lo supiera nadie, porque los artículos que escribía para *El Caso* aparecían bajo seudónimo.

Oficialmente trabajaba para *Mujer Actual*, donde publicaba notas sobre recepciones, actos benéficos de la alta sociedad barcelonesa, los enlaces entre sus miembros y los natalicios de su prole. También entrevistas a personajes del espectáculo: su favorita, la que le había hecho a Amparo Rivelles, que había rodado una película con Orson Welles. Sin embargo, había sido una conversación con el torero metido a actor Mario Cabré, de quien se decía que había tenido una aventura amorosa con Ava Gardner, la que le había proporcionado una inesperada a la vez que algo incómoda fama en su barrio gracias a la portera, que había hecho correr la voz por todas las tiendas de San Antonio, tanto por aquellas en las que solía comprar, como por otras a las que fue a hacerlo solo con el fin de contarlo.

Se imaginaba que varios de sus antiguos compañeros de *La Vanguardia* lo verían como una vuelta al orden natural, tal vez el merecido castigo por su soberbia. ¿Cómo era? Contra la soberbia, humildad. «Hala, a escribir de trapos y peinados», se dirían satisfechos.

No le importaba tanto lo que pensaran ellos de sus artículos sobre eventos sociales como la opinión que su padre tuviera de ella y de su trabajo. El día en que le habló de la posibilidad de escribir para el semanario *El Caso*, él no había visto con buenos ojos que el apellido Martí quedara vinculado a una publicación popular dedicada a los sucesos, por eso Ana había pedido a Enrique Rubio que sus artículos aparecieran con seudónimo.

-Como usted prefiera. -Al principio se hablaban de usted-. Su padre es Andrés Martí, el de *La Vanguardia*, ¿no?

Tal vez no fuera esa su intención, pero Rubio le dio a entender que había comprendido sus motivos para utilizar el nombre falso.

-Sí -le confirmó Ana.

-Su abuelo fue también un gran periodista. Un maestro de la profesión. Una gran pérdida para nuestro gremio.

Había muerto hacía dos años. El periodismo lo había perdido mucho antes, en realidad, y la familia tampoco podía decir que lo hubiera tenido en sus últimos años, en los que la vejez había ido borrando sus recuerdos.

Rubio no tuvo, pues, inconveniente. Él mismo usaba varios seudónimos para dar la impresión de que el semanario contaba con numerosos colaboradores y corresponsales.

Ana tenía dos. El más habitual era Sabino Rivas, aunque a veces, cuando escribía notas sobre curiosidades, firmaba también como Periquito Martínez, un pequeño homenaje a su hermano Ángel, a su espíritu de contradicción que lo había hecho seguidor del Español en una familia del Barcelona.

Había conocido a Enrique Rubio gracias a Mateo Sanvisens, quien, además, le había allanado el camino, pues, cuando se presentó en el piso de Rubio, este ya estaba puesto en antecedentes sobre quién era ella.

-Su trabajo en el caso Sobrerroca, aunque no se llegara a hacer público en su totalidad por lo que tengo entendido, muestra que es usted el tipo de periodista que necesitamos, alguien que sale en busca de la noticia, que se ensucia los pies con el barro de la calle.

En esa primera entrevista, Ana escuchó ya uno de los famosos dichos de su jefe. De él había aprendido mucho: a observar sin inmiscuirse, a respetar los silencios y a esperar el momento oportuno para empezar a preguntar. Rubio valoraba su capacidad de escucha y su talento para captar lo implícito en lo dicho.

Ella recordaba con agrado el gesto de aprobación de su jefe cuando pudo responder afirmativamente a la pregunta:

-¿Se maneja bien con la cámara?

También ganó algunos puntos cuando le habló de su buena relación profesional con el inspector de primera Isidro Castro de la Brigada de Investigación Criminal, quien había resuelto varios casos muy sonados además del que le había valido el ascenso, el Sobrerroca.

-Pues mire que es bien difícil llevarse bien con él. No se distingue por su buen carácter -dijo Rubio con admiración-. Pero es un hacha. Hace poco lo hemos tenido otra vez en nuestras páginas.

Le mostró un ejemplar reciente de *El Caso*.

-Aquí está, aunque solo figura su nombre porque no hubo manera de hacerlo posar para la foto. Resolvió el caso de los estafadores que vendían máquinas con las que supuestamente se podían falsificar billetes.

Entonces, también ese primer día, Ana escuchó otro de los famosos dichos de Rubio:

-En el timo, la mayoría de las veces la víctima es peor que el timador.

Después, Rubio le explicó las condiciones en las que trabajaban:

-Se nos vigila con especial celo porque nos hemos hecho muy populares. Por suerte, el director, Eugenio Suárez, además de falangista, es muy listo. De modo que presenta nuestros artículos como preventivos contra el delito, por un lado, y ejemplos del buen trabajo policial, por el otro.

La sonrisa inteligente de Ana le bastó a Rubio.

-Pero, como vivimos en un país donde imperan la paz y el orden, nos han impuesto una restricción de las noticias sobre asesinatos nacionales: solo uno por edición.

-¿Solo uno a la semana?

-Uno. Y hay que escogerlo bien.

Así lo habían hecho desde que ella colaboraba en *El Caso*. De todos modos, a Enrique Rubio le atraían más los timos que los delitos de sangre. Sus averiguaciones sobre el negocio de la enana y el lisiado también le interesaron vivamente, pero ella no le contó todos los detalles de su conversación con el ciego.

-Muy buena investigación, Ana. Lo publicaremos sin dar el nombre de la fábrica de bombillas y, por supuesto, sin lo del urbano que cobraba por hacer la vista gorda.

Estaba de acuerdo. Una sola mención al guardia les podía costar el secuestro del número. Por lo que respectaba al nombre de la empresa, a los lectores de fuera de Barcelona les daba igual de qué fábrica se trataba y los barceloneses lo deducirían sin dificultad. Si los periodistas sabían escribir entre líneas, los lectores también sabían leer así.

Parecía que Rubio olvidaba algo.

-¿Y lo del lisiado? -preguntó Ana.

-Eso mejor tampoco lo ponemos.

-Pero...

-Eso es cosa de la policía -atajó Rubio.

-¿Se lo diremos?

-Yo no.

Ella tampoco lo haría. No era una chivata. Rubio no le preguntó. Estaba pensando en otras cosas:

-Y, cuando acabes el texto, tengo un nuevo asunto para ti.

-¿De qué se trata?

-Don Benito Tena, el cura de un pueblo de Teruel, Las Torres, ha llamado al periódico para pasarnos la información de una niña que, por lo visto, tiene estigmas. Los de Madrid nos lo han pasado porque Aragón es nuestra zona.

-¿Y no será porque la historia tiene poca enjundia? En esa zona, si la historia es buena, se aplica la ley del primero que llega.

Rubio la miró comprensivo. A los pocos meses de empezar a trabajar para él, Ana le confesó su opinión sobre los artículos que el semanario había publicado en el año de su fundación, en 1952, sobre la supuesta comunicación interplanetaria con los habitantes del planeta Gemide.

-Sentí vergüenza ajena -reconoció en un arranque casi suicida de sinceridad- cuando leí varias páginas con informes y dibujos del interior de las naves que el supuesto científico húngaro, un tal profesor Zoltan Devamo, aseguraba haber visitado en persona.

«Los gemiditas necesitan nuestros minerales», anunciaba el titular. El artículo aparecía ilustrado con dibujos de unos seres metálicos, que le concedieron una entrevista, con cabezas que parecían escafandras dentadas, manos espectrales y brazos larguísimos. El interlocutor se llamaba D9.

-Como si jugáramos a los barquitos, pero se trata nada más y nada menos que del «presidente de la Asamblea Atlante y jefe supremo de los servicios gravitatorios intelecfijatorios».

Rubio la había dejado hablar, no había tratado de defender el artículo. Al final se había limitado a decirle:

-Bien. Ahora ya la conozco un poco mejor.

Poco después habían empezado a tutearse.

Si Rubio sabía cuánto detestaba las supersticiones, los fenómenos inexplicables, lo sobrenatural, en definitiva, todo lo que sonara a irracional, no entendía por qué la quería mandar en esta ocasión a informar sobre un supuesto caso de estigmas.

-¿Qué ha dicho el cura?

-Que la chica tiene llagas en las manos y en los pies.

-Hay mucha gente a la que le salen sabañones en los pies...

-Ana, el escepticismo es seguramente sano, pero te cierra las puertas a lo maravilloso.

-Lo prefiero así. Los periodistas estamos obligados a dudar.

-Claro, claro -concedió el jefe-. Pero don Benito Tena afirma que las llagas que presenta la muchacha reproducen de manera inequívoca las heridas de Jesucristo en la cruz. Si es así, es algo que podrás comprobar por ti misma. El tema puede interesar mucho a nuestros lectores. Tenemos, además, exclusiva.

-¿Ah, sí?

-Sí. El cura dice que solo nos ha avisado a nosotros.

-Un cura listo.

Las tiradas de *El Caso* eran altísimas, de más de cien mil ejemplares, ninguna publicación lograba tanto alcance, se leía en las grandes ciudades y en las aldeas más remotas.

-Si lo que dice el cura es cierto y somos los primeros, será la bomba.

-¿Y si, como supongo, no lo es?

-Pues nada. Un viaje al Maestrazgo, unas cuartillas y unas fotos malgastadas.

-Y mi tiempo.

-Solo en parte. Toda experiencia que vive un periodista es valiosa. Si la vive con los ojos abiertos. Y tendrás que tenerlos muy abiertos. No querría que nos dieran gato por liebre. No por el ridículo, que también, sino porque pendemos de un hilo. Algunos de los enemigos de la publicación se frotarían las manos

si publicáramos una noticia de este tipo y resultara ser falsa.

Como notaba que no conseguía disipar sus dudas respecto al caso, Rubio apeló a la insaciable curiosidad de su colaboradora:

-Piensa que la devoción popular es un fenómeno digno de estudio.

Ana sonrió. La pasión de Rubio por los timos y las estafas, por los crímenes, los criminales y sus perseguidores lo había convertido en un gran conocedor del alma humana.

-Tienes razón, jefe.

-Y más digno de estudio aún es lo que pueda haber detrás de esta historia.

-O sea, que tampoco te crees lo de los estigmas.

-Ni creo ni dejo de creer. Pero lo haré si tú, con todo tu escepticismo, me dices que es cierto.

-Lo de los marcianos, ¿te lo creíste?

-No perdonas, Ana, no perdonas. Lo de los extraterrestres, que no dijimos que fueran marcianos, entretiene a la gente. Es inocuo. Como los perros que hablan o las cabras con dos cabezas. Los milagros son más delicados y peligrosos porque tienen dueño.

-La Iglesia.

Rubio asintió para no interrumpir su discurso.

-Ellos deciden si lo son o no.

-¿Por qué no esperamos entonces? Supongo que el cura ya lo habrá notificado a sus superiores y...

Rubio gesticuló con vehemencia, como una versión de andar por casa de Orson Welles en *Ciudadano Kane*:

-¡La exclusiva, Ana! ¡La exclusiva!

«La pasión por el trabajo», pensó ella, aunque no estaba haciendo precisamente el tipo de periodismo que había soñado, periodismo serio, en una publicación de prestigio. Y mucho menos lo estaba haciendo con libertad. Y, con todo, no quería hacer otra cosa.

-¿Aceptas?

-Claro. ¿O tengo otra opción? -protestó, aunque solo de boquilla.

-Pasado mañana podrías ponerte en camino. Hay un autobús que sube a Las Torres desde Castellón tres veces a la semana, los martes, los jueves y los sábados.

Lo tenía todo ya apuntado en una cuartilla. Se la tendió. Antes de cogerla, Ana preguntó:

-¿No podría llevarme el coche?

-Es que lo necesito para cubrir otro asunto.

Ana cogió el papel sin disimular su desilusión. En varias ocasiones había podido llevarse el coche del semanario para los «desplazamientos informativos», una furgoneta Fiat con el nombre de *El Caso* pintado en las puertas. Del mismo modo que había gente que aprendía a leer solo para leer *El Caso*, ella había aprendido a conducir para poder salir con la furgoneta del periódico.

No se quedó mucho más. Rubio le dio algunas instrucciones sobre su viaje a Las Torres:

-Coge la cámara. Toma, los carretes. Llévate de más, no creo que allí puedas comprar.

Rubio ya estaba impaciente por volver a sus asuntos. La acompañó a la puerta. Antes de cerrar, tal vez al verla salir con el vestido de noche a la recepción sobre la que tenía que escribir una crónica, le dijo:

-Y abrígate bien.

3

Para escribir el artículo sobre la lotera proxeneta tuvo que abrir el baúl de los eufemismos, hurgar en lo más oscuro y pacato de su interior, y poner disfraces lingüísticos a una historia que, incluso contada con palabras indirectas, podía no ser lo bastante decorosa para los censores.

Con el borrador recién salido del carro de la máquina metido en el bolso, el domingo por la tarde se fue a visitar a su prima Beatriz.

Beatriz se había convertido en la voz de su conciencia lingüística. No solo cuando la visitaba en su enorme piso de la Rambla de Cataluña para devolverle alguno de los libros que le prestaba y llevarse otros que leía con la aplicación, no exenta de rebeldía, que una buena discípula tiene que desarrollar.

Sacó dos libros del bolso. Uno era *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio.

-Me ha gustado. No había leído nada así. Es hiperrealista. Parece que estés allí mismo, espiando a los protagonistas o escuchando una grabación. Tiene buen oído el autor.

Su prima sonreía complacida. Una sonrisa llena de superioridad académica, le pareció a Ana.

-Veo que he aprobado algún tipo de examen.

Se alegraba y a la vez le molestaba reconocer la importancia que la opinión de Beatriz tenía para ella. Sabía, además, que la iba a decepcionar al devolverle el otro libro sin comentarios, a pesar de que se lo había cedido como un tesoro. Se lo habían mandado de contrabando desde México, con una tapa falsa y acompañado de sesudos artículos científicos para espantar al aduanero que abriera el sobre de la Universidad de México. Pero vio en su mirada que Beatriz entendía su silencio al dejar sobre la mesa el ejemplar de *Mosén Millán*, de Ramón J. Sender, que comprendía que la imagen de la muerte del protagonista fusilado delante de la tapia de un cementerio le había resultado insoportable, que no la aguantaría nunca porque le recordaba la muerte de su hermano Ángel.

Beatriz cogió el libro para hacerlo desaparecer en la biblioteca.

-Ven -dijo para ahuyentar los fantasmas-, déjame que lea tu artículo y después te voy a enseñar mis trofeos.

En esos encuentros semanales la esperaba con café, dulces y una nueva colección de errores y gazapos de la prensa entre los que Ana siempre confiaba que no hubiera textos suyos.

-No quiero ni pensar qué harían algunos de nuestros gacetilleros si tuvieran que usar tantas preposiciones como tiene el alemán.

La biblioteca olía a café, a papel, a tabaco. Las estanterías estaban llenas. Su prima ya no tenía necesidad de vender ninguna de sus valiosas obras para subsistir. De momento, Beatriz parecía darse por satisfecha con la vida

apacible de una investigadora a quien su pasado había cerrado las puertas de la universidad en España, pero cuyo nombre no dejaba de ganar prestigio en el extranjero.

Después de leerlas, Beatriz le devolvió las holandesas en las que había escrito su artículo para *El Caso*.

-Me pregunto si el censor os dejará pasar esto.

Le señaló una frase del texto.

-«La acusada rechaza la inculpación de ser mediadora en encuentros carnales». La palabra «carnal» es demasiado explícita, me temo. Esta no pasa.

-Veremos qué dice Rubio.

-¿Apostamos?

-Venga. ¿Qué nos jugamos?

-Si lo censuran -dijo Beatriz-, te aprendes de memoria el Soneto I de Garcilaso.

-¿Es cursi?

Beatriz le lanzó una mirada furibunda.

-¡Garcilaso nunca es cursi!

-Está bien, está bien. ¿Y cómo quieres que te dé la revancha? No puedo pedirte que borres nada de ese memorión que tienes.

De pronto, se le ocurrió. Su prima odiaba todo tipo de formalismos vacíos. Ana, dotada también de la excelente memoria que parecía un rasgo común en la familia Noguer, su familia materna, recordaba una apasionada perorata de Beatriz sobre los malabarismos métricos, «más dignos de una feria de curiosidades que de formar parte de la literatura».

-Si no me lo censuran, te aprendes de memoria una sextina. Una de Fernando de Herrera.

Beatriz se echó a reír.

-¡A que llamo por teléfono al censor para advertirle sobre tu artículo! Una sextina de Herrera. ¡Qué crueldad la tuya!

Ana sospechaba que en realidad ya se sabía alguna. Vio entonces que sobre una mesa baja había una pila de ejemplares de *El Caso*. Se sintió halagada porque creyó que su prima los guardaba por ella, por eso no pudo evitar tratar de sonsacarle una frase que ratificara su vanidosa presunción.

-¿Guardas mis artículos?

-No. Estoy estudiando los recursos retóricos de la crónica de sucesos.

Beatriz nunca había demostrado mucha empatía hacia sus congéneres, pero algo había aprendido con el paso del tiempo. De modo que, si bien tarde, añadió:

-Sí, sí, claro, guardo tus artículos. De ahí me vino la idea.

-¿De verdad?

-Empecé a comprarlo para ver tus textos impresos.

Se levantó y cogió uno de los ejemplares. Un papelito marcaba la página en la que estaba el artículo de Ana.

-Aquí resulta incluso gracioso, porque escribes sobre la mujer que estafó en

la peletería La Siberia y al lado sale un anuncio de un curso por correspondencia para aprender taxidermia.

A veces los esfuerzos de Beatriz por ser amable eran algo desafortunados. Ana no se había dado cuenta en su momento de la comicidad involuntaria derivada de esa composición de la página y ahora eso la contrariaba. Pero Beatriz no notaba nada, estaba enfrascada en contarle su tesis:

-¿Sabías que algunas de las fórmulas retóricas de la crónica de sucesos se remontan a la tradición de los romances de ciego?

De pie ante la mesita del café y con un ejemplar de *El Caso* en la mano, Beatriz misma recordaba la imagen de los ciegos que iban de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad contando truculentas historias de bandoleros, venganzas y asesinatos.

-Toda esta profusión de detalles para asegurar la veracidad de lo que contáis, los adjetivos con que dejáis claro quiénes son los personajes ensalzados, los policías, los virtuosos, los honestos, y a quién se vilipendia. ¡Y cómo jugáis con la fascinación ancestral por lo morboso! No me extraña que tengáis al público en el bolsillo.

La fascinación de Beatriz era auténtica y a la vez insultante. Ana oscilaba entre compartir el entusiasmo de su prima o enojarse con ella. Se decidió por lo primero cuando esta añadió:

-Estoy segura de que algunas de las historias sobre las que escribís pasarán a la tradición oral y los niños cantarán coplas o romances sobre ellas.

Ya corría una en Madrid sobre Margarita Ruiz de Lihory, marquesa de Villasante, la protagonista del llamado «caso de la mano cortada», la mano de su hija muerta con solo treinta y seis años de un edema pulmonar. En su dolor, la madre había tratado de conservar partes del cuerpo de su hija en formol. La mano famosa había aparecido en el interior de una lechera de plástico, hacía dos años, en 1954, y en Madrid los niños ya cantaban una coplilla: «En la calle de la Princesa, vive una vieja marquesa / con una hija, Margot, a quien la mano cortó. / Moraleja, moraleja, esconde la mano que viene la vieja». En pocos años, la enajenación de una madre tras la muerte de su hija se había convertido en una historia de miedo con la que los niños se asustaban al jugar, una historia mistificada, pero el poso de verdad traslucía todavía. La canturreó mentalmente porque tenía la boca llena. Para apaciguar el resto de enfado se estaba comiendo todas las pastas de té que tenían mantequilla, que eran también las preferidas de Beatriz, antes de que su prima volviera a sentarse.

Se tragó un último trozo antes de decir:

-De lo que pronto habrá incluso estampitas es del asunto que me ha adjudicado Rubio. Isabel Castán.

-¿Quién?

-Una niña de trece años que tiene estigmas.

Beatriz movía la cabeza negando mientras buscaba en vano alguna pastita con mantequilla.

-¿La han matado? -preguntó.

-No solo investigamos muertes y crímenes. También sucesos extraordinarios.

-Apariciones de platillos volantes, personas capaces de comerse treinta raciones de comida... -dijo Beatriz lanzándole una mirada acusadora al descubrir el saqueo de las pastas de té.

-Y santitas con estigmas.

-Pues espero que no corras la suerte del pobre Fray Luis de Granada...

Beatriz hizo la pausa necesaria para arrancar de Ana la pregunta que tanto sirve para dar inicio a una ópera como a un teatrillo de guiñol. Ana se la concedió gustosa:

-¿Qué le pasó?

-Uno de los grandes maestros de retórica del Renacimiento, de quien se decía que tenía el don de la palabra, pero que se dejó engañar por una monja portuguesa que aseguraba tener estigmas. Espera.

Se levantó, se acercó a una de las estanterías y trepó con agilidad la escalerilla de madera que le permitía acceder a las baldas más altas. No buscó. Sabía el lugar exacto en el que se encontraba el volumen. Lo abrió todavía subida a la escalera y empezó a hojearlo. Mientras tanto, Ana aprovechó para comerse varias pastas más, como una especie de compensación por adelantado de la inevitable perorata sobre ese tal Fray Luis.

-Escucha -dijo entonces Beatriz desde las alturas. Ana contuvo la risa-. Mira qué escribe aquí sobre la monja que, por cierto, se llamaba María de Meneses.

-Bonito nombre. María de Meneses. Podría ser cantante de copla.

-Pero estaba por completo imbuida de misticismos.

«Imbuida de misticismos». Beatriz ya había mutado en profesora.

-Es de esperar. ¿No era monja?

Su prima no le hizo caso, estaba buscando la página.

-Escucha. Dice Fray Luis de Granada que «se le apareció el Esposo todo bañado en sangre, se quitó la corona de espinas de su cabeza y la colocó en la de ella, apretándola con las manos. Las señales de las espinas quedaron en la cabeza y manchada de sangre la cofia que en aquel momento llevaba». Y cuenta después que también le salieron llagas en las manos y en los pies. El bueno de Fray Luis las dio por auténticas. Pero unos años más tarde se descubrió que era todo una patraña, que todas las marcas y heridas estaban pintadas. Pero atiende, porque esto es lo que te incumbe a ti. -Beatriz devolvió el libro a su lugar, pero se quedó en la escalera señalando el lomo del libro-. Después de que se descubriera el engaño, el crédulo de Fray Luis se las vio y deseó para recuperar su buen nombre. Algunos dicen que la humillación sufrida lo llevó a la muerte.

-Entiendo. Pero no te preocupes. No pienso escribir sobre milagros. Voy a ver qué pasa allí. De momento solo sé lo que me ha dicho Rubio, que, según el cura, la niña sangra por las manos y los pies.

-No te lo tomes a la ligera.

-No lo hago. Pero hay muchas formas de fingir. Y muchas razones para

hacerlo. Eso es lo que tengo que investigar.

Al pronunciar esta última palabra, Ana sintió por primera vez que el encargo de Rubio tenía un sentido y ella, un objetivo.

Beatriz había bajado de la escalerilla y se había vuelto a sentar frente a ella. La miraba algo preocupada.

-Ten cuidado. Si la gente del pueblo está convencida de que es cierto, tu escepticismo puede ser muy mal visto. ¿Dónde es?

-En Las Torres, en Teruel, en el Maestrazgo.

-¿El Maestrazgo? Pues abrígate bien.

-Lo mismo me ha dicho el jefe.

4

-Pero ¿qué estás haciendo? ¿Cómo me vas a poner los pollos en la baca?

-Dentro no los quiero.

-¿Y por qué no? Están limpios y sanos.

La cresta roja de un gallo asomaba entre los alambres abollados de la jaula contra los que se apretujaban también las plumas blancuzcas de dos gallinas. Muy sanos no le parecieron los animales a Ana. Tampoco acababa de entender qué quería decir el hombre con que estaban limpios.

-Lo que tú digas -respondió el conductor del autobús-. Pero la última vez que subiste con pollos, me pasé varias semanas sacando plumas de debajo de los asientos.

-Porque lavas el autobús tres veces al año. Ahí arriba me van a coger una pulmonía doble.

A través de la luna salpicada de barro del vehículo vio cómo el campesino protegía la jaula entre sus piernas, como si ya quisiera guarecer a los animales del frío.

-Pues entonces, al maletero.

Era inimaginable que, con todo lo que habían metido allí desde que salieron de Castellón, hubiera sitio para la jaula. La mujer que estaba sentada dos filas delante de ella había cargado medio comedor. Ana la había visto aparecer en la parada de Morella con dos hombres que transportaban los muebles. Tras una larga discusión con el conductor del autobús se habían puesto de acuerdo sobre el pago de un extra y, acto seguido, una mesa de roble y seis sillas desaparecieron en el vientre del vehículo. Los acompañaban un sinfín de maletas, hatillos y un viejo secador de pelo embalado en papel con un largo pie que seguramente acabaría en la peluquería de algún pueblo del Maestrazgo.

El campesino protestó.

-No hablas en serio. Está demasiado oscuro y con el ruido les va a dar un ataque al corazón.

-En el autobús no entran.

-Pero si siempre lo hemos hecho así.

-Pues se acabó. Mi autobús es para personas, no para animales.

El campesino negaba incrédulo, pero el conductor se había plantado delante de la puerta del vehículo con los brazos cruzados sobre el pecho. Se miraban con las cabezas bajas, como dos toros dispuestos a la embestida. El conductor era más alto y corpulento, y era, sobre todo, el conductor, así que el otro acabó cediendo:

-Está bien, lo probamos, pero si alguna la palma, me la pagas.

El otro abrió la puerta del maletero y empezó a mover bultos de un lado a otro, apretando aquí y allá, maldiciendo en voz alta. Unos minutos más tarde,

sin decir una palabra, señaló la puerta del autobús, el campesino subió con la jaula apretada contra el pecho y se sentó en la última fila.

Cuando el conductor ya había puesto el motor en marcha y todo el vehículo vibraba, apareció por una esquina un muchacho que venía corriendo. Debajo del abrigo asomaba el pico azul de una bata de dependiente.

-¡Un momento! ¡Los periódicos!

-¿Estabas esperando a que arrancara o qué? Ya debería estar saliendo.

El muchacho jadeaba.

-Lo siento.

El conductor se levantó para lanzarle uno de los paquetes de periódicos atados con cordeles que cargaba en los asientos de la primera fila. Lo había hecho en todos los pueblos en los que se habían detenido hasta el momento. Encima de todas las otras publicaciones se distinguía la última edición de *El Caso*. En la mente de Ana se desplegó un mapa del país cubierto por una red de líneas rojas, las carreteras; como gruesas venas y arterias, las nacionales, que se ramificaban en líneas más finas, provinciales, y después, en tenues capilares, hasta el último pueblo. Se imaginaba el mapa y también la leyenda que lo acompañaría, con esa predilección por el vocabulario agrario de muchos periodistas del Régimen: «Los artículos de Ana Martí surcan España». No. Se corrigió. Los artículos de Sabino Rivas y Periquito Martínez, sus seudónimos.

Ana Martí viajaba más incómoda que sus artículos. Buena parte del trayecto la había hecho aferrada al asiento delantero para no acabar golpeándose contra la ventanilla del autobús, en los zarandeos bruscos que este daba a causa de los incontables baches que marcaban las carreteras como las cicatrices de una viruela. Aunque albergaba serias dudas, confiaba en que una vez más Enrique Rubio tuviera razón y al final el desplazamiento mereciera la pena.

Varios quilómetros después empezaron a enfilar las montañas del Maestrazgo y el autobús tomaba una curva tras otra sin apenas disminuir la velocidad. Las pendientes eran cada vez más escarpadas y, de vez en cuando, el vehículo se acercaba más de lo que a ella le parecía razonable al borde de precipicios rocosos. Se acordó del tren de juguete de su hermano Ángel en el enorme piso familiar del Paseo de San Juan, antes de la guerra, de los vagones que se despeñaban y daban vueltas de campana cuando les hacía coger demasiada velocidad. La casa la perdieron cuando represaliaron a su padre. No sabía qué había sido del tren. Tal vez lo conservaba su madre, como recuerdo de Ángel, tal vez lo hubieran tenido que vender, como tantas otras cosas queridas.

El paisaje agreste la atraía y la asustaba a la vez. No podía apartar la mirada del fondo de los escabrosos barrancos, separados de la carretera por unos quitamiedos a todas luces demasiado bajos, y respiraba aliviada en los pasajes en los que la carretera discurría al lado de alguna franja de terreno llano sembrada de matorrales que asomaban las cabezas entre una fina capa de nieve. Pero poco después se abrían de nuevo los precipicios. Las grietas que

surcaban las paredes rocosas estaban llenas del hielo que el sol no había logrado derretir. La nieve cubría por completo los picos de la sierra de Gudar.

Para distraerse, decidió entablar conversación con la mujer que estaba sentada al lado del pasillo en la fila delantera. Tal vez podría indicarle dónde estaba la fonda en la que le había dicho Rubio que podría alojarse en Las Torres.

Desde su lugar, veía la mano pálida de la viajera reposando sobre la falda de lana. Se sentó en el asiento del pasillo y se echó hacia delante:

-Disculpe.

La mujer volvió un rostro claro, de piel fina, si bien las arrugas que rodeaban sus ojos pequeños del color de las pasas eran las de una mujer en la cuarentena.

-Disculpe. ¿Sabe si falta mucho para Las Torres?

-Si Felipe no tiene que recoger a muchos más, menos de dos horitas.

El conductor no solo había parado y esperado en cada pueblo, sino también en medio del camino para que subieran o bajaran varios pasajeros. Mientras descargaba o metía más bultos en el maletero, dejaba siempre la puerta del vehículo abierta. El aire se llevaba el olor de los cuerpos, de los alientos, de los zapatos que habían pisado estiércol, de las deposiciones de los pollos, del tabaco que había fumado un hombre que, para horror de Ana, había dado conversación al conductor durante todo el trayecto que había hecho en el autobús. La puerta abierta oreaba el interior del vehículo, pero lo llenaba de aire gélido. Dos horas todavía, pero ya se acercaba el fin de un largo viaje que había empezado con el tren desde Barcelona hasta Castellón, donde había pernoctado en una pensión para alcanzar por la mañana el autobús a Teruel que pasaba por Las Torres.

-¿Así que va usted a Las Torres? Entonces se quedará en la fonda de Aurelia Anglada, ¿no?

Sin necesidad de que lo preguntara, le describió el camino. Después, miró su ropa y le preguntó:

-Usted viene de la ciudad, ¿no?

-Sí, de Barcelona.

-De Barcelona -repitió la mujer y la miró expectante. Ana entendió que se estaba preguntando qué hacía por allí y le dijo:

-Soy periodista.

-¡Anda! Entonces es verdad.

En ese momento el autobús atravesó un gran bache y ella tuvo el tiempo justo para agarrarse al asiento delantero y evitar salir despedida.

-¿Perdone?

-Quiero decir que es verdad que viene alguien de un periódico por lo de la Isabelita. -La mujer vaciló un momento-. Lo que no se esperaba nadie es que fuera una mujer. Pero bueno, ya se sabe que en la ciudad las cosas son diferentes.

Por la inclinación que tomaron las comisuras de los labios, Ana entendió

que «diferentes» no significaba por necesidad «mejores». Lo ignoró y le preguntó sonriendo:

-¿Conoce a Isabel?

-¡Pues claro! Es de los Castán. Su madre es una prima segunda de mi cuñado.

La mujer hizo una pausa. Tal vez acababa de acordarse de que se encontraba ante una periodista y sopesaba qué estaba dispuesta a contar. Ana prefirió callar. «En estos casos, un discreto silencio inspira más confianza al interlocutor», reflexionó. Además, podía contar con la incomodidad que causan las pausas demasiado largas en las conversaciones y que impelen a la gente a hablar para cubrirlas. Así fue; al poco la mujer ya le estaba explicando:

-Es una santita, con esa carita de ángel que tiene y el pelito castaño que le cae por la espalda. Una vez subí a Las Torres a oír la misa del domingo solo para verla.

-Y los estigmas, ¿los ha visto usted?

La mujer clavó en ella los ojos como si quisiera asegurarse de que Ana entendía la trascendencia de lo que le decía:

-En la misa. ¡Qué impresión! La criatura sufre como Nuestro Señor en la cruz. Pero es una gracia que se le ha concedido y hay que alegrarse.

«Eso nos enseñan, que el sufrimiento es un regalo por el que se tiene que estar agradecido. Cuanto más se sufra, mejor persona se será», se dijo Ana.

Y si no venía solo, también se podía ir en su busca. Tuvo que pensar en su madre, en su última visita a casa de sus padres hacía dos semanas. Una vez más, la había asaeteado con alusiones al hecho de que siguiera soltera, sin marido, sin hijos; sin nietos para ella, por lo tanto. Cuando ya no pudo contenerse y le cortó la palabra con brusquedad, su madre le había respondido:

-Por lo menos deberías estarme agradecida de que haga algo al respecto.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué se supone que haces?

-Que cada día rezo a Nuestro Señor para que de una vez por todas entres en razón. Y además...

-¿Además qué?

-Además, he hecho una promesa.

Ella le había contestado en un tono amargo:

-¿Cuántos rosarios rezas por mi casamiento?

Su madre le había dedicado una sonrisa que mostraba la mezcla de suficiencia, sacrificio y conmiseración por su hija que a Ana le hacía hervir la sangre.

-Hacen falta algo más que rosarios...

Solo le faltaba que añadiera «a tu edad». Con veintiocho años estaba a punto de entrar en la categoría de las solteronas.

-¿Qué haces entonces?

La sonrisa de su madre se volvió casi triunfal. Se puso la mano sobre el

muslo y un gesto de dolor le cruzó el rostro. Después, volvió a sonreír. Ana entendió y reaccionó de una forma que hacía tiempo que trataba de evitar en casa de sus padres: se marchó dando un portazo y dejando tras de sí a su madre martirizándose con un cilicio para que por fin encontrara un hombre y se casara.

Tal vez lo llevaba desde que se había separado de Pablo, hacía ya dos años.

Se había encontrado con él por última vez el año pasado. Por casualidad, en el parque de la Ciudadela, un lugar que no había vuelto a pisar desde entonces. Lo vio demasiado tarde y ya no pudo esquivarlo. El cochecito de bebé en el que paseaba a su hija de un año fue el culpable de que no lo reconociera al momento. Una hija de un año.

-Os habéis dado prisa -le dijo ella.

Era más que una constatación y Pablo también lo advirtió. No dijo nada porque era cierto que, después de su separación, Pablo había rehecho su vida a una velocidad vertiginosa. Al año ya se había casado con Enriqueta Bofarull, un buen partido, y, si no le fallaban las cuentas, y estaba segura de que no, habían tenido esa primera hija poco después. Estaba claro, pues, que Pablo había encontrado una mujer más acorde con sus expectativas, una mujer que no trabajara, con la que formar una familia y que se ocupara de él y de los hijos.

Al principio, cuando se conocieron en una situación de extremo peligro, todas sus diferencias habían quedado en un segundo plano. Sin embargo, la vuelta a la normalidad había acabado con su relación. La admiración que sin duda Pablo sentía por la determinación y valentía de Ana no pudo contrarrestar el hecho de que él buscara otro tipo de compañera.

La advertencia había sido clara al respecto:

-No quiero que mi mujer trabaje.

También por parte de Ana:

-No quiero ni puedo vivir sin trabajar.

Cuando la posición de Ana en *La Vanguardia* se fue haciendo cada vez más difícil, no encontró en Pablo más que una insidiosa repetición de los argumentos de aquellos que querían verla fuera de la redacción. Fue justo en el momento en que decidió dejar el periódico para no perjudicar a Mateo Sanvisens cuando Pablo le pidió que se casara con él. Eso fue el final.

No explicó a nadie sus razones y aguantó, con el estoicismo habitual del que hacía gala en cualquier encuentro con los miembros de la familia materna, la curiosidad morbosa de sus parientes. Logró incluso mantener la calma cuando una de sus primas, aludiendo al hecho de que Pablo y ella, aunque de lejos, estaban emparentados, le dijo:

-Pues casi es mejor así, porque tal vez os habrían salido los hijos deficientes.

Para su madre había sido una catástrofe. Su hija se había separado de un prometedor abogado para seguir con, como ella las denominaba, sus «quimeras de ser periodista».

-El periodista tenía que haber sido tu hermano. Y nos lo mataron. Déjalo.

La rabia que todavía sentía por aquellas palabras de su madre debía de reflejársele en la cara porque la pasajera del autobús le preguntó con cierta desconfianza:

-¿No será uno de esos de la ciudad que vienen a reírse de nosotros?

Se apresuró a decirle que no, que todo lo contrario, y repitió varias veces la palabra «respeto», molesta consigo misma por haberse perdido en divagaciones.

-¿Sabe cuánto tiempo hace que tiene los estigmas?

-Desde antes de Navidad -dijo la mujer tras pensarlo un poco. No acababa de fiarse de ella.

-¿Los ha visto sangrar?

Otra vez se tomó su tiempo antes de responder.

-Sí, pero lo más conveniente es que hable usted con don Benito, el cura de Las Torres. Él se lo explicará todo mucho mejor que yo.

Le dirigió una sonrisa de disculpa y se volvió de nuevo hacia delante.

La mujer había calculado bien, aún pasaron dos horas hasta que salieron de la carretera comarcal y tomaron el camino hasta el pueblo. Las Torres asomaba en un promontorio entre montes más altos. Estaba formado por unas setenta u ochenta casas, sobre las que se alzaba un campanario cuadrado. Algunos restos de nieve agrisados por la luz menguante salpicaban el rojo pálido de los tejados. Detrás del pueblo, el monte parecía elevarse casi en una pared vertical pelada que dejaba paso a una oscura capa de pinos. A lo lejos se alzaban montañas cuyos picos nevados se difuminaban entre las densas nubes a la luz del anochecer.

La señal a la entrada del pueblo que le aseguraba que por fin había llegado a Las Torres estaba medio comida por la herrumbre, que también había dado bastantes mordiscos al yugo y las flechas falangistas. Mientras el autobús tomaba la calle Mayor dando bandazos, Ana constató que no solo el rótulo, sino también el pueblo entero, había conocido épocas mejores. Parecía que había pasado mucho tiempo desde que se habían remozado por última vez las fachadas de las casas, y la mayoría de los postigos agradecerían una mano de pintura. Había pocas farolas en la calle y algunas daban la impresión de estar a punto de caerse.

El autobús paró en una plaza grande con una fuente de tres caños en medio. Ana descendió con las piernas entumecidas y se despidió del conductor, que le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza. Era la penúltima en abandonar el vehículo. La mujer con la que había hablado brevemente de la santita se había bajado dos pueblos antes. El autobús se alejó con el hombre de los pollos como único pasajero.

Aspiró profundamente el aire limpio y frío. Se envolvió bien la bufanda al cuello y se puso los guantes. El sol que había brillado durante todo el día había logrado deshacer una parte de la nieve que debía de haber cubierto la plaza. Allí donde faltaban adoquines se habían formado pequeños barrizales, como si quisieran invitarla a enfangarse los pies para cumplir con la máxima

de Rubio. Se miró los zapatos y se alegró de no haberse puesto sus botas nuevas de cuero fino forradas de piel, sino de llevar los pies bien enfundados en gruesos calcetines de lana y en los viejos zapatos de montaña de su época de excursionista, bien engrasados antes de emprender el viaje.

-Abrígate bien.

También estas palabras las había seguido al pie de la letra.

Cogió la maletita en la que había metido la ropa para los días que pensaba pasar allí. No era mucha. Sonrió. Había empaquetado, por lo menos, con la misma habilidad que Grace Kelly en *La ventana indiscreta*, aunque llevaba mucho más que el *negligé* y las zapatillitas que asomaban del bolsito de la actriz en una escena de la película que, inexplicablemente para Ana, no había sido censurada.

Quería llegar cuanto antes a la fonda, para que no se le hiciera de noche, pero diez minutos después volvía a estar en la plaza. Había seguido las indicaciones de la mujer del autobús, pero no había encontrado la calle José Antonio. No se había cruzado con nadie por las callejuelas del lugar a quien poder preguntarle. Ya había oscurecido. Una farola solitaria alumbraba la plaza silenciosa. Se paró y escuchó. El único sonido que oía era el de las ramas del árbol en el centro de la plaza que se golpeaban movidas por el viento. Las puertas y las ventanas de todas las casas estaban cerradas, de algunas asomaban pequeños haces de luz. De pronto, escuchó el ruido de una puerta al abrirse y el tintineo de una campanilla. Se volvió en esa dirección. Una mujer salía de una de las casas y Ana llegó a vislumbrar lo que parecía el interior de una tienda. La mujer se alejó tan rápida que ni la vio y, aún menos, le dio a ella tiempo de abordarla.

Se dirigió hacia la tienda y entró. Era un pequeño colmado en el que detrás del mostradorcito se apilaban latas de conservas, pastillas de jabón y saquitos de arroz en unas estanterías que cubrían toda la pared. Al sonido de la campanilla, salió una mujer en los treinta con unas tijeras en la mano, que la miró asombrada. Ana le preguntó por el camino de la fonda. La mujer metió las tijeras en un bolsillo de la larga falda de florecillas descoloridas y le explicó haciendo gestos detrás del mostrador:

-Para la casa de la viuda Anglada es muy fácil. Coja la calle Santa Clara, a unos cincuenta metros desde aquí a mano izquierda, la sigue. Pasa el lavadero, sigue a la izquierda y ya está en la calle José Antonio.

Ese había sido su error, había girado a la derecha después del lavadero.

-La fonda de Aurelia es la penúltima casa de la calle.

Una vez dada la información, la mujer de la tienda consideró que podía a su vez preguntar:

-Parece que viene usted de lejos. Por Isabelita, ¿no?

Estaba muy cansada. Se limitó a asentir.

-Ya verá cómo la santita la ayuda -dijo la mujer compasiva, sin dejar de observarla con curiosidad, como si tratara de averiguar su dolencia.

-¿Ha ayudado a muchos?

-A algunos.

La mujer le sonrió maternal y le puso una mano sobre el brazo.

-Sea lo que sea, no se arrepentirá de haber venido.

-¿Qué tengo que hacer para que me ayude?

-¿Qué le voy a decir? Sobre todo hay que tener fe. Pero siempre se puede poner un poco más de parte de una.

-¿Como qué?

Ana se acercó interesada, pero entonces escucharon una voz masculina que procedía del interior de la casa.

-María, ¿vienes o qué?

La mujer le sonrió disculpándose.

-Mi marido. Perdone. Tengo que hacer.

Se despidió y corrió la cortinilla que separaba la tienda del resto de la casa. Antes de salir Ana escuchó la voz del hombre:

-Ten cuidado. A ver si me vas a cortar la oreja.

-Buenas noches. ¿Es usted Aurelia Anglada?

La mujer que le había abierto la puerta asintió. Era menuda, con la frente abombada y unas cejas que parecían haber sido dibujadas en su piel pálida con un delicado pincel. A la luz de la única farola de la calle, podía ver que todos sus rasgos eran finos menos la nariz, demasiado prominente sobre la boca pequeña. Sus ojos de color avellana la observaban interrogantes.

-Necesitaría una habitación para un par de noches.

Sin decir nada, la mujer se hizo a un lado para dejarla pasar, su rostro desapareció en la oscuridad de la habitación. En cuanto Ana hubo entrado, cerró rápidamente y empujó con el pie una manta enrollada con la que tapaba el resquicio de la puerta.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la poca luz, Ana distinguió que se encontraban en lo que debía de ser el comedor de la fonda, en el que estaban dispuestas varias mesas toscas de madera. Las brasas del hogar, a la izquierda, otorgaban un resplandor rojizo a parte de la estancia. Al otro lado, una bombillita a duras penas iluminaba el final de la escalera que subía al primer piso.

-Se la enseño.

La mujer le señaló la escalera, cogió la maleta de Ana y empezó a subir. La falda oscura, larga hasta las pantorrillas, oscilaba a su paso y mostraba la piel blanca de sus pies desnudos metidos en unas zapatillas de esparto. La siguió hasta el primer piso, después la dueña de la fonda abrió uno de los cuartos y le indicó con un gesto que entrara.

La habitación no era muy grande. A la izquierda de la puerta había una cama cubierta con una colcha clara. La pared de la derecha estaba ocupada casi por completo por un gran ropero. Enfrente, dos postigos cerrados cubrían la ventana.

-Son treinta y cinco pesetas la noche.

-Está bien.
Aunque no lo hubiera estado, no tenía opción.
La mujer dejó en ese momento la maleta en el suelo. Ana trató de sacarle algunas palabras más.
-La ventana ¿da a la calle?
-Sí.
La dueña de la fonda no podía ser más parca. Ana abandonó la idea de charlar con ella y echó un vistazo al cuarto. En la esquina izquierda vio un aguamanil con una jofaina. No había, pues, agua corriente, lo que hacía innecesario preguntar por la ducha. Un vistazo al orinal bajo la cama confirmó su otra sospecha acerca de las comodidades del alojamiento.
-El retrete está fuera, en el patio, a la derecha. Puede salir por la cocina. Le traigo toallas y agua por si se quiere lavar.
Tres frases seguidas. Ana le sonrió.
-Perfecto. Muchas gracias. Es muy bonita la colcha.
La mujer no correspondió a su sonrisa, inclinó la cabeza y desapareció de la habitación. Ana colgó el abrigo en el armario y se quitó los pesados zapatos. La habitación no estaba fría. Puso la mano sobre una especie de columna que sobresalía junto a la cama. El yeso blanco estaba caliente, seguramente era el tiro de la chimenea. Todo estaba muy limpio; el suelo barrido, los muebles sin una mota de polvo. En calcetines, se acercó a la ventana y abrió los postigos. Miró a la calle. La farola iluminaba justo la fonda de Aurelia Anglada, el resto de la calle quedaba sumido en la oscuridad.
Al volverse, se topó con la mirada fija de unos brillantes ojos negros. Dio un respingo. Y sonrió al momento al ver que esos ojos eran los de una cabeza de zorro disecada que colgaba de la pared. El pelo rojizo del animal raleaba en algunas partes y lo habían tratado de disimular con algo de pintura. Sintiendo una repulsión infantil, acercó la punta del índice al botón negro y arrugado que había sido el hocico del zorro, cuya boca entreabierta parecía una tímida sonrisa de disculpa por el susto.
El animal disecado no era la única decoración del cuarto. Su mirada se detuvo en un cuadro que colgaba de la pared de la derecha, una reproducción de una Piedad. Se acercó atraída por la luminosidad del cuerpo claro del crucificado y del rostro de la Virgen sobre el fondo oscuro. El pintor había resuelto con maestría los pliegues del paño que envolvía las caderas del Cristo y la capa azul de María, a la que había otorgado el rostro de una mujer madura, de piel mate, con finas arrugas alrededor de los ojos y la nariz, y algunos mechones de cabello gris que caían sobre la frente. Con expresión de serena tristeza, contemplaba el cuerpo delgado de su hijo muerto, del que sobresalían las costillas y también la forma redondeada, blanquísima, del hombro del brazo que pendía inerte. Si bien el pintor había plasmado con gran realismo los rostros y los cuerpos de las figuras, había sido muy discreto con las heridas. Para las de las palmas de la manos, por donde habían entrado los clavos, se había limitado a motear unos puntos rojos. La herida en el costado

no era más que un corte delgado; muy distinto a la hendidura profunda y sanguinolenta de la figura del crucificado en la iglesia de San Felipe Neri, que tanto la había impresionado cuando era pequeña. Una vez al año, en Semana Santa, el sacristán repasaba la pintura y el Viernes Santo la sangre en los pies, las manos y el costado relucía como si acabara de manar.

¿Cómo serían las heridas de la pequeña Isabel Castán? Seguro que eran falsas, como las de la monja portuguesa. Pero la mujer del autobús le había dicho que sangraban de verdad. Se trataría de otro tipo de truco. Ya lo vería al día siguiente. Después empezaría a redactar el artículo y el jueves tomaría el autobús de vuelta a Castellón.

La dueña de la fonda llamó a la puerta. Ana abrió. Aurelia Anglada cargaba en cada mano un recipiente con agua y llevaba dos toallas bien dobladas en el brazo derecho. Entró y depositó con destreza el jarro humeante al lado del palanganero y después dejó el otro, que seguramente contenía agua fría para mezclar. Las toallas se veían algo desgastadas por los numerosos lavados, pero estaban planchadas con esmero. Aurelia se incorporó, se alisó el delantal a cuadros y le dijo:

-Me imagino que tendrá hambre.

En ese momento ella notó lo hambrienta que estaba.

-¡No lo sabe usted bien! Llevo un día entero de viaje. El trayecto en autobús ha durado media eternidad.

-Sí. Es largo.

Sin perder el tono neutro añadió:

-Me temo que no me queda mucho en casa, pero en media hora le tengo algo preparado. Pero si no le importa, antes debo hacerle la ficha. Es obligación.

-Claro.

-El libro de registro lo guardo en el otro cuarto. Si me acompaña...

Le extrañaba un poco que la dueña de la fonda quisiera tomarle los datos enseguida; por lo general, en los pueblos no se preocupaban tanto por llevar un control de los huéspedes.

La siguió a la habitación contigua, justo delante de la escalera, que a todas luces cumplía la función de salón de la casa. Tenía un balconcito que también daba a la calle, un pequeño sofá y una mesa camilla con dos sillas. A un lado, un escritorio desvencijado sobre el que Aurelia abrió el libro de registro.

-¿Me puede dar su documento de identidad?

Mientras la dueña de la pensión anotaba sus datos, Ana contempló los objetos sobre una cómoda presidida por un aparato de radio. Su mirada se posó en una foto que estaba al lado de un jarrón con flores secas. Era una niña de unos diez años, delgada, con un vestido claro, de día de fiesta. Llevaba una cadenita al cuello que le colgaba algo torcida, lo que, unido al calcetín derecho algo caído, le daba un aire enternecedor. La cabeza, grande, no parecía acabar de encajar con el cuerpo, tampoco la expresión del rostro, cuya mirada seria parecía más la de una mujer joven que la de una niña. Detrás,

medio escondida, había otra imagen de la misma niña en un ataúd con los ojos mansamente cerrados, vestida de luto y rodeada de flores y cirios.

La dueña de la fonda levantó la vista y se dio cuenta de que estaba observando las fotos.

-Mi hija. Murió hace tres años. ¿Puede firmar aquí?

Le señaló el lugar en el registro.

Ana se tuvo que tragar el «lo siento» que estaba a punto de pronunciar al encontrarse con la expresión imperturbable de Aurelia Anglada. Firmó y le devolvió la pluma. La mujer cerró el libro.

-En media hora podrá cenar en el comedor.

Era cierto que Aurelia no tenía mucho en casa, pero lo que le ofreció para cenar estaba delicioso, un guiso de cordero, con verduras y varios condimentos que Ana no acababa de reconocer. Romero, algo de ajo y otras hierbas que no supo identificar. La dueña de la fonda sirvió la comida en silencio; los halagos entusiastas de Ana por el guiso, por el pan, por el embutido solo lograron arrancarle un ligero movimiento de cabeza.

Después de la cena, Ana se despidió de ella y regresó a la habitación. Se metió agradecida en la cama. El colchón era algo duro, pero no le importó. Recordó habitaciones infectas con las paredes salpicadas de sangre de las chinches que otros huéspedes habían aplastado. Allí, la ropa de cama olía a limpio. Sin embargo, en lugar de hacer lo que llevaba deseando desde hacía horas, hundirse en el calor de una cama y dormirse, empezó a dar vueltas. El silencio no la dejaba dormir. En su piso de Barcelona siempre se escuchaba algo, ya fuera la voz de un vecino, la música de una radio, la cisterna de alguna de las otras viviendas o el griterío de los borrachos que pasaban por la calle. De fondo, siempre el rumor de la gran ciudad.

Allí no se oía nada, solo de vez en cuando el ladrido lejano de un perro. Y un crujido cercano, probablemente de alguna de las viejas vigas de madera. Miró hacia arriba. Las vigas oscuras cruzaban el techo de la habitación a unos dos metros. Si se hubiera puesto de pie sobre la cama podría haberlas tocado. No es que quisiera hacerlo, se veían astilladas.

Hacía calor en la habitación. Se levantó y abrió un momento la ventana. Aspiró el aire fresco cargado de olor a animales y a leña; contempló el pueblo silencioso y lo encontró bello en su reposo. Se quedó unos minutos hasta que el frío la empujó de nuevo a la cama.

Estaba agotada, notaba las extremidades pesadas. Mientras se adormecía, tuvo la impresión de que sus pies estaban cada vez más lejos. Cerró los ojos. Con la cabeza inmóvil en la almohada dura se dejó arrastrar al sueño.

Un golpe la despertó con brusquedad poco después. Abrió los ojos, tardó unos segundos en reconocer dónde estaba. La habitación parecía más baja y estrecha, los objetos más próximos. El golpe se repitió. Venía del interior de la fonda, la dueña estaba cerrando una puerta. Oyó el roce de sus alpargatas contra el piso cuando se acercó a su habitación. Se detuvo un momento y después siguió caminando. El sonido de otra puerta le indicó que se iba a

acostar.

Otro ruido le hizo volver la cabeza hacia la derecha, hacia la ventana. Su cuerpo seguía inmóvil, pesado, tan ajeno que, en un momento de aprensión, se obligó a mover los dedos de los pies.

El sonido en la calle se repitió. Era un golpe de viento que hacía oscilar la farola que colgaba fuera. Volvió la mirada al frente. La luz cambiante de la farola proyectaba la cruz de la ventana en la pared. Los ojillos del zorro brillaron un par de veces, también los dientes, solo el hocico seguía seco, mate.

Su vista vagó cansada por la estancia y se detuvo en la Piedad. La piel pálida del yaciente había adquirido una blancura marmórea. A la luz inquieta de la farola, las manos parecían agitarse en los estertores, los dedos temblaban, los últimos latidos hacían palpitar las manchas rojas. La herida en el costado se había abierto. La sangre empezó a manar mansamente oscureciendo la carne. Los ojos se le cerraban. Haciendo un gran esfuerzo, volvió a abrirlos para mirar la imagen. Ya no sangraba. Se durmió.

5

El frío es una forma de dolor. El dolor que la despertó poco antes del amanecer no era el de las mañanas de invierno en su casa, el del frío húmedo de Barcelona, que sabía colarse por los poros, por más que estos se contrajeran, se abría paso entre las fibras de los músculos y se deleitaba mordisqueando los huesos. La de ahora era otra sensación. Eran minúsculas cuchillas que se clavaban en cada milímetro de la piel. Los músculos se habían petrificado y se habían convertido en huesos.

Y todo por su culpa. No había cerrado bien la ventana al acostarse. El ambiente helado de la habitación era el castigo por dejarse arrastrar por romanticismos falaces. Los pueblos no eran románticos; la naturaleza, tampoco. Eran hostiles, como el frío que le había congelado el agua de la jarra y que hacía inútil la jofaina que la dueña de la fonda había colocado en el palanganero de la habitación.

Se acercó a la ventana. Para poder cerrarla bien, tenía que separar primero las dos hojas y encajarlas de nuevo. Tiró de ellas. Las bisagras chirriaron con una claridad inesperada dada la gruesa capa de óxido que las cubría.

El aire era tan nítido que parecía incapaz de transportar sonidos. Los tejados y los muros de las casas se recortaban con creciente claridad a la luz de un día que amanecía sin una sola nube en el cielo. Solo una de las construcciones era de piedra vista, el resto de las casas estaban encaladas. La calle, de tierra, se veía agrisada por el aire gélido.

Un crujido desvió su atención hacia la derecha. La puerta de la casa de piedra se abrió y apareció un hombre mayor que sacaba un mulo tirando de las bridas. El portón tenía dos hojas que lo partían en horizontal. Al salir, el hombre dejó abierto el postigo. Una mujer asomó la cabeza y le dijo algo; no logró entender sus palabras por culpa del ruido de los cascos del animal que golpeaban nerviosos contra el suelo endurecido. De pronto, la mujer se percató de su presencia y la señaló al hombre. Ambos miraron en su dirección. El animal también se quedó quieto de repente. Venciendo el impulso de esconderse en el interior de la habitación, como si la hubieran sorprendido espiando, Ana sonrió y saludó con un movimiento de cabeza. Le devolvieron el gesto pero no la sonrisa. Entonces se apartó de la ventana y la cerró con fuerza. Desde el exterior le llegó poco después el sonido de los pasos cansinos de los cascos del mulo a su paso por debajo de su ventana.

Como no podía lavarse, se frotó enérgicamente el cuerpo con colonia para desentumecerse un poco y se vistió. Sonrió al pensar qué diría su padre si lo supiera. Él les había inculcado otros hábitos de limpieza.

-Desde la Reconquista, en este país se considera que lavarse es una costumbre de moros y por eso la gente es poco afecta a los baños y las duchas -les contaba a ella y a su hermano.

Ducha diaria y las manos limpias antes de cada comida. Él los revisaba antes de que se sentaran a la mesa; era un ritual, le tenían que enseñar el dorso, las palmas, las uñas.

Sin lavarse ni siquiera las manos, bajó y se dirigió al comedor de la fonda.

Tenía la esperanza de encontrar el hogar encendido, pero las brasas solo desprendían un resplandor agonizante; el cuarto estaba frío y a oscuras. La dueña, Aurelia, trajinaba en la cocina. A su llegada le había ofrecido pensión completa, esperaba que eso incluyera un desayuno caliente.

Entró en la cocina. Aurelia estaba sentada en la mesa pelando patatas. Al verla, echó las mondas en un cubo de metal que tenía al lado en el suelo y se secó las manos con un trapo. Llevaba una chaqueta de punto oscura arremangada, las piernas asomaban desnudas debajo de la gruesa falda de lana. Al igual que la noche anterior llevaba los pies desnudos, sin medias ni calcetines, y unas zapatillas con suelas de esparto. Ana se estremeció.

-¿Ha descansado bien? -le preguntó.

-He pasado un poco de frío.

-Le pondré otra frazada. ¿Tiene hambre? ¿Le apetecen unas gachas?

Ana asintió.

-¿Café no tendrá?

-No. Lo siento.

-Pero ¿tiene para prepararlo? Es que he traído un poco.

Había tenido la precaución de meter una lata llena de café en la maleta porque se había imaginado que un producto que era escaso y carísimo en Barcelona tenía que ser una rareza en un pueblo perdido del interior de Teruel. Había acertado.

-¿De café de verdad?

Era un paquete de restos de café que su padre le había traído del colmado donde seguía trabajando, aunque ahora solo por las mañanas. Las tardes las dedicaba a escribir novelitas del Oeste que, pagadas a precio fijo la pieza, les habían permitido a sus padres comer y vestir mejor en los últimos años, pero no cambiar de barrio. «Todavía», habría añadido su madre, que no perdía la ilusión de recuperar parte del bienestar del que había gozado la familia antes de la guerra.

-De café café. Si quiere, podríamos preparar uno. Para las dos.

Pocos minutos más tarde ambas estaban sentadas en una de las mesas de la fonda. Aurelia había avivado el fuego en el hogar. Para hacerle los honores al café de verdad que Ana había bajado de su cuarto, había sacado unas tazas de loza fina que guardaba en el aparador de la habitación con balcón del primer piso.

El café la había hecho algo más locuaz. Incluso sonrió. Era la primera vez.

-Del ajuar las tengo. No voy a usarlas para poner la achicoria que venden en los ultramarinos. Ni siquiera para el sucedáneo bueno, el que se hace con cebada tostada. Del de algarrobas no quiero ni el olor en casa. Este -Aurelia levantó la taza- sí se lo merece.

Volvió a sonreír, pero pareció arrepentirse de inmediato porque hizo desaparecer la sonrisa como de un tirón y empezó a tomar el café a sorbos cortos sin volver a dejar la taza sobre la mesa. También los ojos se le habían apagado súbitamente.

Por decir algo, le preguntó si tenía huéspedes con frecuencia.

-En invierno, apenas. Cuando pasa el frío, los días de mercado, los vendedores me ocupan los cuartos. Gente de paso por aquí hay poca, pero a veces también se quedan a dormir algunos cazadores.

Ana echó un vistazo a los animales disecados que compartían con unos botijos la tarea de decorar la estancia: dos pájaros que no supo identificar, un zorro entero, algo que debía de ser una ardilla y dos cabezas de jabalí.

No parecía tener mucha clientela. No se imaginaba cómo salía adelante siendo viuda.

-Ahora, con la santita, empieza a subir más gente. Y también hago comidas -añadió como si hubiera adivinado lo que estaba pensando-. Hablando de comer, ahora mismo le preparo las gachas.

Dio un último trago al café.

-¡Cuánto tiempo sin probarlo! Pero la verdad es que no sé si he hecho bien.

-¿Por qué?

-No lo merezco.

-¿Por qué? ¿Cómo no se va a merecer una taza de café?

Aurelia la miró con tanta tristeza que Ana bajó la vista desconcertada. La dueña de la fonda lo notó.

-No me haga caso. Pero es que una se acostumbra rápido a lo bueno. A ver quién se traga ahora el café falso -se esforzó en bromear.

La forma de afrontar la escasez de café, pensó Ana, mostraba que el mundo se dividía en dos tipos contrapuestos de personas. A un lado estaban las que tenían tanto miedo a la privación que preferían no sentirla y rechazaban el placer de una taza ocasional. Al otro, las que, a despecho del mayor disgusto que les causara la próxima taza de sucedáneo, no renunciaban a ese momento único, esplendoroso. Cuando Aurelia reapareció con un oloroso plato de gachas, Ana se reafirmó como una de las segundas.

Se propuso esforzarse por comer despacio, no como solía hacerlo cuando estaba hambrienta, a cucharadas ansiosas, infantiles. De algún modo sentía que representaba las maneras de la ciudad ante el mundo rural.

Aún quedaba café en la jarrita. A pesar de lo que le había dicho, Ana invitó a Aurelia a servirse otra taza. La dueña de la fonda aceptó y se sentó de nuevo con ella, en silencio. Ante su actitud reservada, Ana se guardó de hacerle las preguntas que su curiosidad le exigía, preguntas sobre el pueblo, sobre la santita, menos aún sobre la niña de las fotos, sobre el marido también muerto. Tal vez podría romper el mutismo de la mujer si era ella quien empezaba a hablar, de modo que le contó su viaje hasta Las Torres y lo comparó con otros viajes que había hecho para preparar sus artículos para *El Caso*. Aurelia la escuchaba atenta, a veces asentía con la cabeza, pero seguía sin decir nada.

Se preguntaba qué le podía decir para romper con tanta circunspección, si querría que le contara cómo era la vida en Barcelona. ¿Sabría Aurelia lo que era viajar en metro? ¿Habría visto el mar? ¿Se podría imaginar lo que era navegar? A decir verdad, ella tampoco había hecho más que un par de viajes en las golondrinas que cruzaban el puerto de Barcelona hasta el rompeolas. ¿Habría estado en un cine? ¿Querría tal vez saber algo de ella?

Las palabras que finalmente salieron de sus labios no fueron ni extrañas ni irrespetuosas, pero le dolieron tanto como la sorprendieron:

-¿Está usted casada?

Negó con la cabeza porque tenía la boca llena.

-Pero tiene novio, entonces.

-Tuve -dijo dejando la cuchara en el plato-. Pero la cosa no salió bien.

Aurelia compuso un gesto de disculpa y señaló el plato.

-Me han quedado en el puchero, ¿quiere más?

No esperó respuesta, se levantó, cogió el plato y volvió poco después con otra ración de gachas.

-¿Qué va a hacer hoy?

-Después de ver a Isabelita, aprovecharé para hacer algunas entrevistas para mi reportaje.

-Pues a mí no me entreviste.

No lo había pensado, pero ahora que ella se lo negaba quiso saber la razón:

-Es que no tengo nada que contar -fue la respuesta que le dio.

-Pero una opinión tendrá, ¿no?

-Tampoco.

-¿Ha visto a la santita?

-Como todos, en la misa del domingo, pero no he ido a visitarla a casa, ni por curiosidad ni para pedirle nada. ¿Qué le iba a pedir yo? Lo que yo querría no está en su poder.

-¿Pero usted cree en su poder?

-¿Está intentando entrevistarme?

-No. Es por saber.

-No lo sé. Tal vez sí, pero sobre todo Isabelita me da mucha pena. Tiene que estar padeciendo unos dolores terribles. Pobrecita.

-¿No la ha visto un médico?

Aurelia la miró como si no hubiera entendido la pregunta. Se levantó.

-La dejo comer tranquila. Tengo que seguir preparando cosas.

Regresó a la cocina.

Unos minutos más tarde se oyó el ruido de una puerta y pisadas de zapatos. Había llegado alguien. Ya había visto que se podía acceder a la fonda también por el patio al que daba la cocina y donde estaba el retrete. Estaba tan concentrada rebañando el plato que, al principio, no prestó atención a la voz masculina que llegaba desde la cocina. Hasta que se dio cuenta de que hablaban de ella:

-Espere un momento, que miro si ya acabó de desayunar.

-No se preocupe, Aurelia, lo último que quiero es molestar.

Aguzó el oído. La voz masculina era grave, muy modulada y articulaba las palabras con una dicción esmerada.

-Solo quería saludar.

-Pase entonces.

La voz correspondía a un hombre de unos treinta y cinco años con un rostro de rasgos finos, tal vez demasiado delicados, pómulos altos y ojos claros, azules, quizás verdes; no podía distinguirlo porque los cubrían unas gruesas gafas de montura de concha. La voz correspondía también a una sotana. Detrás de la cual entró Aurelia para hacer las presentaciones:

-Ana, don Benito quiere conocerla.

Ese era don Benito. El nombre encajaba tan poco con su aspecto juvenil como la sotana que vestía.

El cura se acercó con ímpetu a su mesa.

-¿Así que es usted la periodista de Barcelona?

Era asombroso cómo en una sola frase podían caber emociones tan dispares. La palabra «periodista» estaba cargada con el peso de la decepción, mientras que «Barcelona» más que pronunciada había sido deletreada con un placer goloso. Conocía sobradamente las razones de lo primero.

Se levantó. No sabía cómo saludar al cura. Le miró la mano en busca de un anillo que besar y vio unos dedos delgados, elegantes que se levantaban pero no con el dorso hacia arriba, sino buscando su mano para estrechársela.

-Pensaba que vendría el señor Rubio -dijo don Benito-. O uno de sus redactores.

¿Qué cara se le pondría si supiera que ninguno de ellos existía, que eran todos seudónimos?

-Yo soy redactora de *El Caso*, pero escribo con seudónimo. Redactora y asistente de confianza de don Enrique Rubio.

-Claro, claro. Pero creí que, dada la envergadura de lo que está sucediendo aquí, vendría él en persona. En Madrid parecían tan interesados...

-Lo están, créame.

¿Qué decía Beatriz de esas muletillas? Que se usaban para convencer al otro cuando uno mismo no lo estaba. O mentía.

Una vez había empezado con medias verdades, siguió:

-El señor Rubio habría venido gustoso, pero es que su esposa está muy delicada de salud.

-Comprendo.

Si bien seguía desilusionado, don Benito parecía por lo menos conforme.

Se sentaron frente a frente, el cura puso las manos sobre la mesa y Ana lo imitó. Aurelia le retiró el plato con los escasos restos de gachas de panizo con torreznos que su huésped no había logrado limpiar por falta de tiempo y regresó a la cocina.

-Antes que nada, quiero que sepa que si los llamé a ustedes es porque no comparto los reparos que otros han expresado en sus púlpitos acerca de *El*

Caso.

Se refería a los frecuentes ataques que recibían por parte de clérigos que consideraban que el semanario atentaba contra la moral al escribir sobre delitos de todo tipo. Por suerte, el gran jefe en Madrid, Eugenio Suárez, los frenó cuando puso en nómina un censor eclesiástico. «Curarse en salud, Aneta», le había dicho Enrique Rubio al respecto. «Eso Eugenio sabe hacerlo muy bien. Sabe de qué pie cojean porque es uno de ellos.»

-Todo lo contrario -siguió el cura-. Creo que en realidad resulta incluso edificante porque ustedes muestran que el crimen siempre se acaba pagando.

Don Benito la miraba fijamente al hablar; se expresaba con fervor, articulando cada palabra. Cerró un momento los ojos evocando algo antes de decir:

-¡Solo de pensar, además, en las magníficas crónicas sobre la niña mártir, Josefina Vilaseca! Aquí, en el pueblo, las seguimos todos. Mire. -Le señaló una mesa en un rincón de la fonda-. Allí me sentaba yo y les leía los textos. ¡No se puede imaginar los corros que se formaban!

Josefina Vilaseca, una niña de doce años de un pueblo cercano a Manresa, muerta a consecuencia de las heridas que le había infligido su agresor al intentar violarla. El suceso había causado una gran sensación. Lo recordaba perfectamente porque su madre, que como tanta gente bien compraba y leía *El Caso* a escondidas, había seguido los artículos de Rubio con auténtica obsesión. La niña había muerto en el hospital el día de Navidad de 1952; el entierro se convirtió en un acto multitudinario del que informó incluso el NO-DO. Después empezó la devoción por la niña mártir, «la María Goretti catalana», como la denominó la prensa, a quien ya se le atribuían milagros.

-Imagínese cómo será cuando usted escriba sobre nuestra santita.

Ambos tenían los ojos clavados en el rincón. No sabía qué estaba viendo don Benito, si el pasado o el futuro de sus lecturas públicas de *El Caso*, pero ella se lo imaginaba alumbrado por un foco de teatro, leyendo con unción ante un público embelesado. Se volvió hacia ella:

-¿Hará fotos también?

-Sí. Tengo la cámara en el cuarto.

El rostro del cura se iluminó.

-Si pudiera ser, me gustaría visitarla hoy mismo -dijo Ana.

No quería quedarse más de lo necesario en el pueblo. Podría marcharse en el autobús del jueves y escribir el artículo en su piso de Barcelona.

-Tiene que saber que normalmente la santita solo recibe los viernes.

-¿Y no podría verla antes? Es que tenía previsto marcharme mañana.

-La verdad es que solo hace excepciones cuando se trata de algún favor urgente.

El único que se le ocurría era un viaje de regreso a Barcelona más breve y cómodo, pero no creía que algo así entrara dentro de los favores urgentes que concedía con sus supuestos poderes. Tenía agujetas en el brazo derecho de la fuerza con que se había aferrado al asiento delantero durante el trayecto en el

autobús. Su madre, en cambio, pensó sin poder evitar el sarcasmo, habría tenido una buena lista de peticiones.

-Pero, como la he anunciado yo, no hay el más mínimo problema. Todo lo contrario, Isabelita nos espera con ilusión. Su madre, Magdalena, ya la ha preparado para su visita.

-¡No sabe cuánto se lo agradezco!

El rostro del cura se ensanchó en una sonrisa satisfecha. Los ojos le brillaban detrás de los cristales de las gafas. Ahora los podía ver bien, eran verdes.

-¿Cuándo vamos? -preguntó Ana.

-En cuanto llegue don Onésimo, el alcalde. También él nos acompañará.

El alcalde. El asunto de la niña de los estigmas era sin duda lo más importante que sucedía en el pueblo. Las autoridades locales la escoltarían en su visita. Faltaban el guardia civil, el maestro y el médico para tener en pleno a las fuerzas vivas habituales.

-¿Hay médico en el pueblo?

Don Benito sonrió con suficiencia.

-No crea que no me esperaba esta pregunta. No hay médico en Las Torres; si hay algún enfermo grave, sube uno. Y para los otros casos se llama a la señora Julita, que hace de comadrona y sabe de hierbas. Pero para Isabelita no nos ha hecho falta. No hay duda posible. Cuando vea a la niña, se dará cuenta de por qué.

De nuevo se escucharon voces en la cocina.

-Bien, parece que ya ha llegado don Onésimo.

Aurelia abrió la puerta y dejó pasar a un hombre con un espeso bigote cano sobre unos labios finos y tirantes, que se quedó parado con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza algo ladeada hacia la derecha. Era alto, había tenido que agacharse un poco al entrar.

-Pues es verdad -dijo con tono contrariado.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de pana abombados en las rodillas, en contraste con la americana, la camisa blanca y la corbata, que le otorgaban un aire oficial, como si se hubiera vestido para una foto de medio cuerpo.

Dio un paso y entró en el comedor de la fonda.

-Nos han mandado a una mujer. ¡Joder!

Se disculpó de inmediato con el cura, no con ella.

Precisamente este se apresuró a decirle:

-Pero es de *El Caso*. Redactora y asistente de don Enrique Rubio.

El argumento y lo que había sonado como una tarjeta de visita no lograron borrar su rictus de desagrado, aun así se presentó de manera correcta:

-Onésimo Sandoval, alcalde del pueblo.

Ana se levantó y se acercó al hombre tendiéndole la mano. El hombre la tomó, amagó un besamanos que disimuló con un apretón fuerte y corto.

Tras el sinfín de recepciones a las que la profesión la había llevado a asistir,

las fórmulas de cortesía salían de su boca con el mismo automatismo con que otros decían «Jesús» tras un estornudo.

-Es un honor conocerlo, señor alcalde.

La frase no pareció acabar por completo con su prevención, aunque le agradó, porque levantó la cabeza y la miró de frente. Pero a continuación se volvió al cura que ya se levantaba para salir y dijo:

-Ahora que ya se conocen, pongámonos en camino.

Su impaciencia era evidente.

-Me temo que no, don Benito.

-Venga, don Onésimo -dijo el cura en tono indulgente-. Ya tendrá tiempo de hablar con la señorita Martí después de la visita.

-No, si no es por eso.

Don Benito ya se había puesto la teja y se volvió hacia el alcalde con mal disimulada irritación.

-Es que no habrá visita -dijo don Onésimo.

El asombro frenó en seco todo el impulso con que se había movido el cura hasta el momento. El sombrero ladeado le daba el aspecto de un Saturno boquiabierto, y solo atinó a repetir:

-¿No?

-Lo que digo, que no habrá visita, que lo ha prohibido.

-¿Lo ha prohibido?

-Sí. Ha venido Paco Castán, el padre de Isabelita, a darme el recado de que no lo autoriza.

-¿El padre? ¿Quién se cree que es para prohibir...?

-No, don Benito. El padre no lo prohíbe, el padre ha venido de parte de don Julián.

-Don Julián.

A Ana no se le escapó que era la primera vez que repetía las palabras del alcalde sin hacer de ellas una pregunta.

-Don Julián lo ha prohibido. ¿Ha dicho por qué?

El cura se desmoronaba por momentos.

-No. Paco solo ha dicho que don Julián no quiere que la señorita de *El Caso* vea a la niña.

Ya que la nombraban, Ana consideró oportuno intervenir:

-Perdonen, ¿quién es don Julián?

Todos se miraron. Don Benito fue quien respondió:

-Don Julián Maestre es el dueño de buena parte de las tierras de cultivo de Las Torres y también de la fábrica de embutidos donde se lleva a los animales que se crían en el pueblo y en las masías.

-También son suyos los bosques, aquí hay mucha madera -añadió el alcalde.

-¿Y es quien decide sobre si se puede ver a la niña? -dijo Ana sin poder evitar cierta mordacidad.

-Es una persona muy influyente -empezó a decir el cura y se dejó caer sobre una silla.

El amo, pensó Ana, pero no lo dijo en voz alta para evitar sus resonancias humillantemente medievales.
-¿No me digan que me han hecho venir desde Barcelona para nada?
-Eso me temo. -Don Benito movía la cabeza desolado-. Todo para nada, para nada.
-Pero podríamos enseñarle dónde le haremos la capilla -dijo él.
-¿La capilla? -preguntó Ana.
-Claro -confirmó el alcalde-, para que la gente pueda verla y pedirle cosas. No va a seguir recibiendo en casa. No es de ley. Tiene que recibir en un lugar apropiado.
La silla de don Benito chascó cuando este se levantó de un salto.
-Don Onésimo, el culto...
-¿Pero no debería estar muerta para que haya culto? -interrumpió Ana.
Aurelia, que había entrado en el comedor, se santiguó al oír estas palabras.
-No diga estas cosas.
-Perdone, pero es que tenía entendido que...
-Tiene toda la razón, señorita Martí -dijo don Benito conciliador mientras dirigía una mirada admonitoria al alcalde-. Estamos adelantando los acontecimientos. Lo que importa es la gracia que nos ha sido otorgada con esta criatura, que no nos traerá más que dones y mercedes. Es un motivo de regocijo, Aurelia, no de pena.
La dueña de la fonda afirmó con la cabeza, pero seguía perturbada.
-¿Qué le pasa, don Benito? -preguntó.
-Don Julián ha prohibido la visita de la señorita Martí.
-Vaya -dijo Aurelia-. Todo este viaje para nada.
La repetición de la queja de Ana animó al alcalde.
-Igual aún se puede arreglar.
-¿Qué? -preguntaron Aurelia y don Benito a la vez.
-Igual si hablo con don Julián, se lo repiensa.
-¿Cree usted? -esta vez fueron Ana y el cura los que preguntaron al mismo tiempo.
El alcalde se incorporó y echó la barbilla hacia delante con expresión resuelta.
-Por supuesto. Hablaré con él y seguro que lo haré entrar en razón.
El cura se debatía entre el escepticismo y la esperanza. Se decidió por entregarse a la última.
-Entonces, don Onésimo, lo dejo en sus manos. Avíseme en cuanto haya hablado con don Julián para que lo organicemos todo.
-Bueno, pues me vuelvo a la cocina -dijo Aurelia, que también parecía convencida.
-Yo también me voy -anunció don Benito-. Son tantos los deberes. ¿No es así, don Onésimo?
-Claro, claro. Pero aún me puedo quedar unos minutos. Vaya usted con Dios, don Benito.

El cura se despidió tratando de disimular su disgusto. Salió por la cocina. Pero a los pocos segundos reapareció para recordarle a Ana:

-No olvide la cámara.

Salió de nuevo. El alcalde y ella se quedaron unos segundos en silencio. Inmóviles. Cuando comprendieron que el cura había abandonado la fonda, don Onésimo le preguntó:

-¿Nos hará fotos?

-Si lo desean...

El hombre se llevó la mano a la corbata.

-Pues, mire, ahora que estoy aquí, tal vez...

Ana entendió al instante.

-Espere, que voy a buscar la cámara. Mejor vamos fuera, por la luz natural.

Al bajar lo encontró en la cocina hablando casi en susurros con Aurelia, que troceaba las patatas. Al notar su presencia, se callaron.

-¿Quiere también una foto, Aurelia?

-¡No, por Dios! -dijo, y se atusó el pelo.

-¿Seguro?

-¿Quién va querer verme a mí?

Con todo, Ana notó en ella un atisbo de coquetería.

-¿Dónde quiere que me ponga? -preguntó el alcalde.

-Tal vez delante de un muro blanco.

Una voz con ronquera adolescente los interrumpió:

-¡Hoooolaaaaa!

-¿Qué quieres? -le espetó el alcalde molesto por la entrada intempestiva.

Era un muchacho grandote, de cabello rubio alborotado, con la piel enrojecida, que los miraba con unos ojos reducidos a ranuras. Parecía sonreír, pero era solo la expresión involuntaria que le confería el esfuerzo de cerrar una mandíbula demasiado prominente. El muchacho los miraba confundido. Tartamudeó algo incomprensible.

-¿Qué va a querer? -salió Aurelia en su defensa-. Viene a buscar el desayuno de don Ignacio. Venga, Mauricio, no te quedes ahí pasmado.

Pero el muchacho parecía clavado en el suelo, con las piernas ligeramente separadas, mirando a Ana. Ella vio que tenía la mano izquierda deformada, más pequeña que la derecha y vuelta hacia dentro. Esta vez sí sonrió y mostró unos dientes pequeños y separados.

-¡Qué guapa! -exclamó con un pequeño gallo.

Aurelia le dio una colleja. Mauricio se encogió, emitió unos sonidos roncos, una protesta poco decidida.

-¿Quién es? -preguntó con voz ronca.

-La periodista de Barcelona. Ha venido por lo de Isabelita.

-Isabeliiiita, pobreciiiita -canturreó Mauricio alargando las íes.

-Este tonto me pone enfermo -dijo el alcalde mientras salían.

Ante la cámara habían desaparecido por completo todos sus reparos, como si ya no le importara que quien la manejaba fuera una mujer.

Ana escogió el muro de una de las casas encaladas como fondo. Le fue dando instrucciones:

-A ver, póngase un poquito de perfil. No tanto. Así está bien. Ahora míreme. ¿Le puedo hacer una pregunta? No se mueva, que tengo que medir la luz. ¿Dónde dice que estará la capilla? Un poquito más a la derecha, por favor.

-En unos terrenos que tengo en las afueras.

-¿Le importaría que le hiciera otra foto? ¿Son suyos entonces?

-Sí. De mi familia.

-A ver, esta vez la haremos de medio cuerpo. Acérquese un poco más al muro. ¡Qué bien si la capilla la hicieran en su propiedad! ¿No?

-Le diré. Hasta podríamos abrir un bar mi mujer y yo.

-Mire aquí, por favor.

Mauricio salió de la fonda con unas fiambreras. Se quedó parado observándolos. Sobre todo a Ana. Sonreía complacido y aspiraba el aire con extraña fruición.

-¡Venga! ¡Lárgate! -le gritó el alcalde gesticulando con las manos.

Mauricio se marchó. Cada dos pasos se volvía a mirarlos.

-Isabeliiiita, pobreciiiita -decía negando con la cabeza.

Lo perdieron de vista cuando dobló una esquina. Escucharon su voz un poco más.

-¿Adónde va? -preguntó Ana.

-Todos los días le lleva las tres comidas principales a don Ignacio, el sargento de la Guardia Civil. Así hace algo útil. Bueno, ahora sí que tengo que irme. Voy a buscar a don Julián. No se preocupe, señorita, que seguro que lo haré entrar en razón.

Don Onésimo le dio un fuerte apretón de manos, como si cerrara algún negocio, dio media vuelta y se marchó con paso ufano.

¡Qué bien huele la señora de Barcelona!

-Mauricio, márchate ya, que vas a llegar tarde.

-Sí, tía Aurelia. Ya me voy.

-La fiambrera bien cerquita del cuerpo para que no se enfríen las gachas. Que no se enfade el sargento.

-Sí, tía. Mire.

Hoy el sargento no me pegará por llegar tarde. Ni porque la comida esté fría. Pero me pegará por otra cosa. Al final siempre acaba dándome algún capón. «¡La comida está fría!» «¿Por qué tardas tanto en poner la mesa?» «¡Has derramado vino!» O cuando pega a traición. Capones a traición. Como el día en que me enseñó el cuarto donde guarda las armas del somatén.

-¿Qué te parece todo lo que tenemos aquí?

Porque sabe que quiero ir con ellos, con padre y el somatén. A cazar maquis. Cuando le iba a decir que qué escopetas más bonitas, ¡zas!, me pegó

y me gritó:

-¡Pues ni se te ocurra acercarte a esta puerta!

Me pegó tan fuerte que me mordí la lengua. Me hice sangre y todo. Entonces empezó a burlarse de mí porque no podía hablar bien.

-No, zeñor. No, zeñor.

Pero no era justo. Porque yo decía «zeñor» porque me había mordido la lengua por su culpa.

Y se lo dije a madre. Madre se enfada cuando me pegan. Padre también estaba en casa, pero no quiso ir a hablar con el sargento.

-Más tonto no nos lo va a dejar.

Madre le enseñó que tenía el jersey todo manchado de sangre. Sangre y babas, pero las babas no se ven, la sangre sí.

Pero padre me miró de esa manera que da más miedo que los golpes. A los golpes ya me he acostumbrado. Como todos me los dan, incluso los amigos. Bueno, Eugenia no. Y Pili tampoco me pegaba.

El sargento está leyendo los periódicos que le ha subido el autobús. Lee sin mover los labios. Dice Eugenia que así hay que leer. Si lo dice ella, será verdad. Yo no sé.

-Llegas tarde.

-¡Ya la he visto! ¡Ya la he visto!

-¿A quién has visto?

-A la señora de Barcelona. Tiene una cámara y hace fotos. ¡Es más guapa...! Es alta, más que yo, más que usted. Y huele muy bien. Huele mejor que nadie en el pueblo.

-¿Qué estás diciendo, pedazo de bestia?

-Que huele muy bien.

-Y tú ¿cómo sabes cómo huele la otra gente del pueblo?

-Porque la huelo.

-¿Nos hueles? ¡Animal! ¡Pedazo de animal!

Ya sabía yo que acabaría cobrando. Y encima me ha hecho tirar comida al suelo con el golpe.

6

Ana entró de nuevo en la fonda. Tenía los dedos helados porque se había tenido que quitar los guantes para manejar la cámara. Aurelia no estaba en la cocina. Escuchó sus pasos en el primer piso. Subió hasta su habitación y se topó con la dueña de la fonda que salía de ella.

-Ya le he hecho la cama -le dijo.

También había vaciado el orinal, lo que le dio bastante vergüenza. Nadie se lo había hecho desde que era pequeña. Disimuló su malestar preguntándole si había algún teléfono en el pueblo.

-En Correos hay una centralita.

-¿Dónde está Correos?

-En el estanco de la plaza de San Sebastián.

-¿En la plaza Mayor?

-No, hacia el otro lado.

Salió a la calle. Un vientecillo hecho de láminas de acero la recibió afuera. Caminó encogida en la dirección que le había indicado Aurelia. Llegó a la calle Mayor. Estaba empedrada con guijarros, más grandes para la calzada, más pequeños y formando espiguillas en los lados.

Al doblar la esquina le salieron al encuentro dos mujeres que la miraron descaradamente en cuanto la vislumbraron a lo lejos, a la vez que se cogían del brazo. A medida que se acercaban, tuvo que rebajarles la edad que les había otorgado por las ropas que llevaban: largas faldas negras, gruesos chaquetones de lana, mantillas sobre los hombros. Ambas iban peinadas con moños descuidados. Se cruzó con las dos muchachas, que la saludaron sin mudar el semblante, los labios serios, los ojos llenos de curiosidad. Justo al dejarla atrás se detuvieron y empezaron a cuchichear a sus espaldas. No le llegaban más que palabras sueltas, las que entendía porque las esperaba: «periodista», «Barcelona», «santita». Y unas risitas que sonaban casi infantiles. No se hubiera sorprendido si al volverse, en vez de dos mujeres de poco más de veinte años, se hubiera encontrado dos adolescentes. Pero no lo hizo, sino que siguió su camino por la calle empinada.

Abandonó el centro del pueblo para tomar la calle que, si había seguido bien las indicaciones, desembocaba en la plaza de San Sebastián. Ya no había aceras ni calzadas, solo una superficie de tierra apisonada. Miró a su alrededor. Oteó en una bocacalle. Exceptuando el autobús con el que había llegado al pueblo, no había visto ni un solo vehículo. «Aparte del mulo de esta mañana», se dijo.

La plaza de San Sebastián era más bien un hueco rectangular que había quedado entre un grupo de casas bajas. Sobre la puerta de una de ellas colgaba un cartel descolorido con la palabra «Correos». Al lado, había un listón de madera clavado en la pared en el que habían escrito «Estanco» utilizando una

curiosa mezcla de tipografías; letras de molde para las consonantes y redondas para las vocales. Nada más indicaba que en esa casa hubiera un negocio; no tenía escaparate y la puerta era de madera maciza y estaba cerrada. La empujó. Se abrió y golpeó una campanilla que colgaba del dintel. Entró y volvió a cerrarla. Se encontró en un cuartito iluminado por la escasa luz que provenía del cuarterón alto de la puerta, a dos pasos de un mostrador de mármol vacío colocado en su centro. Solo el olor delataba que allí podía venderse tabaco, porque no había nada a la vista, ni paquetes de cigarrillos, ni de picadura o de fósforos. Tal vez lo guardaban detrás del mostrador.

Unos pasos pesados y lentos se acercaron desde el interior. La mujer que apareció era muy gruesa; el delantal gris que llevaba anudado sobre el vientre marcaba una cesura en su cuerpo oblongo. Por la forma en que la miró, Ana notó que ya sabía quién era, no había extrañeza, solo curiosidad. Se imaginó que don Benito, en su entusiasmo, había hecho correr la voz de su llegada por todo el pueblo. Tras saludarse, la mujer quedó a la espera detrás del mostrador.

-Me ha dicho la señora Aurelia que aquí hay una centralita de teléfonos.

La mujer asintió.

-¿Adónde quiere llamar?

-A Barcelona. A este número.

Le pasó un papelito con el teléfono de Enrique Rubio.

-Pues si vuelve en dos horas, le tengo la conferencia.

Ana miró su reloj.

-¿Antes no puede?

-No. Es que en Teruel tardan mucho.

-Bueno, entonces vendré en dos horas. ¿Me podría decir dónde está la casa de Isabel Castán?

-¿Isabelita? Solo recibe los viernes.

No parecía saber nada de la prohibición de Julián Maestre.

-Lo sé. Solo quiero ver la casa, para hacer una foto.

La mujer la miró de arriba abajo buscando la cámara que no llevaba. Ana se sintió súbitamente ridícula y añadió:

-Por la tarde.

No sin cierta reticencia, la mujer salió de detrás del mostrador, abrió la puerta y le indicó con la mano cómo llegar a la casa de los Castán. Antes de marcharse, Ana le preguntó:

-¿Usted la ha visto?

-¿A la santita? Claro.

-¿Cómo es?

-Un ángel parece. Hasta se le ha puesto la piel como transparente -le dijo con arrobo.

-¿Ha visto los estigmas?

-Sí, claro.

-¿Y sangran de verdad?

-Sí -respondió algo irritada.
-¿También lo ha visto?
La mujer se metió de nuevo en la entrada del negocio.
-¡Pues claro! Con mis propios ojos. Ya le mandaré aviso cuando tenga la conferencia.
Cerró la puerta sin darle tiempo a preguntar nada más ni a despedirse.
Si las preguntas sobre las heridas de la niña parecían haber molestado a la mujer de la centralita, a ella la incomodaron las miradas de las personas con las que se cruzó por la calle mientras se dirigía hacia donde le había indicado. Se decía a sí misma que era en cierto modo normal, pero es que allí no sucedía como en la ciudad, no bajaban los ojos cuando les devolvía la mirada y el saludo. Todo lo contrario: parecía que con ello les daba permiso para observarla con una curiosidad algo torva y sin disimulo alguno. El único que dejó de hacerlo fue un viejo desarrapado que, a pesar del frío, estaba apoyado en un muro bajo al lado de la iglesia, pero solo porque apartó la vista para hacer callar al perro que lo acompañaba y que le gruñó en cuanto ella saludó al amo.
La casa de Isabel Castán estaba al otro lado de la calle Mayor, entre un grupo de construcciones más sencillas y más bajas que las del otro lado, donde estaba la fonda. Como, a pesar de que no había gente en la calle, seguía sintiéndose observada, fingió contemplarla como si buscara el mejor ángulo para fotografiar una puerta que en nada se distinguía de las del resto de la calle: un dintel de piedra y una hoja de madera desgastada por la intemperie. Le sorprendía que ni guirnaldas ni estampitas indicaran que allí vivía la niña de los estigmas. Solo algunos pegotes sucios de cera en el primer escalón de la entrada. Se acercó a la puerta y distinguió también allí salpicaduras de cera. Dedujo que las visitas de la niña esperaban delante de la puerta con velas y cirios. Por un momento estuvo tentada de llamar, pero recordó la prohibición de ese tal don Julián y que, por su parte, el alcalde estaba tratando de concertar una cita. Era mejor hacer las cosas bien, sin desairar a la gente del pueblo. Se apartó. Al levantar la vista, vislumbró un movimiento leve en la ventana del primer piso de la casa contigua. No vio a nadie, pero el balanceo del visillo mostraba que alguien había estado espiándola. Dándole vueltas a todo lo que estaba sucediendo, se alejó calle abajo. ¿Por qué don Julián no permitía que visitara a la niña? No se podía explicar que la hubieran hecho venir desde tan lejos para después marcharse con las manos vacías. Aunque, bien pensado, quien los había llamado era el cura y no don Julián. Fueran cuales fueran sus razones, era evidente que don Benito y él no compartían las mismas ganas de hacer pública la figura de la santita de Las Torres.
Sin un destino concreto, retomó la calle Mayor y la siguió hasta el final. Caminaba a buen paso y a los pocos minutos estaba saliendo del pueblo. Como no tenía nada que hacer hasta la hora de la conferencia, siguió el camino que ascendía flanqueado por bojes. A unos doscientos metros, distinguió un muro largo y una casita de una sola planta. Cuando estuvo más

cerca vio que se trataba del cementerio. Era un recinto rectangular sobre cuyo muro sobresalían dos cipreses. Pasó por delante de una verja de hierro forjado de formas muy historiadas pero comida por la herrumbre. En el interior, los nichos se alineaban en filas de cuatro. En el centro dominaba un mausoleo blanco cuya puerta custodiaban dos ángeles armados con espadas. A su alrededor, se distribuían algo desordenadas las cruces de piedra de los que estaban sepultados bajo tierra. Recordó su antigua aversión a los camposantos, curada a fuerza de visitas para cubrir noticias, que la habían llevado incluso a presenciar, desde suficiente distancia, una primitiva autopsia en un cementerio de pueblo.

Siguió andando, pero poco después se topó con un barranco. El camino conducía con tal diligencia a ese precipicio que parecía que hubiera estado allí antes de que algún gigante hubiera cortado la tierra de un hachazo. Dio media vuelta. Al pasar delante del cementerio se paró y se asomó a la verja. En ese momento se abrió la puerta de la casita y salió un hombre delgado, más bien bajo, en mangas de camisa.

-¿Qué hace ahí? -preguntó con los brazos cruzados sobre el pecho.

-Nada. Solo mirar.

-¿Qué quiere mirar? Aquí solo hay muertos.

-Ya me lo imagino, pero puedo mirar de todos modos, ¿no?

El hombre se encogió de hombros. Una cabecita de pelo oscuro alborotado asomó por el vano de la puerta abierta.

-Nene, métete p'adentro, que hace frío.

Pero el niño se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

-No entres. Si los molestas, vendrán a buscarte por la noche -le dijo el niño.

-Nene, pasa p'adentro.

El padre lo empujó con una mano, pero sin perderla de vista a ella.

-Salen por las noches, padre, que yo los oigo.

-¡Qué vas a oír! Anda, p'adentro he dicho.

El niño ni lo obedeció ni dejó de hablar.

-Y cantan. Se oye por las noches. Cantan y a veces lloran como los perros.

El hombre no le quitaba los ojos de encima y parecía querer quedarse allí hasta que se marchara. Ella pensó que sería mejor volver al pueblo. Se separó de la verja. El hombre la siguió con la mirada sin mover el cuerpo. Al pasar por delante de él, le llegó el olor aguardentoso de su aliento.

-¡Váyase de aquí! -le dijo. No era una amenaza, parecía una súplica.

Ella caminó más despacio y lo miró. Después contempló al niño, que corroboraba las palabras de su padre con la cabeza. A su lado apareció un roñoso gato gris que también la seguía con los ojos.

-Márchese de este pueblo. Aquí no va a encontrar nada bueno.

-Aquí vive un monstruo... -dijo el niño.

El padre lo hizo callar con la mirada.

-Vamos, adentro, que hace frío -dijo.

Pero solo el gato le hizo caso. Ella pasó de largo.

No se volvió en ningún momento por más que los sabía atentos a sus pasos. Cuando acertó a ver las primeras casas del pueblo, estas se le antojaron casi acogedoras.

Antes de llegar de nuevo a la calle Mayor, giró a la derecha. Cinco minutos más tarde había llegado a la última casa de esa calle y también de Las Torres. Ante ella se extendía una vasta era yerma que lindaba con una pineda aterida. No quiso exponerse al aire frío sin el resguardo de las casas. Dio media vuelta. Llegó a una esquina. Calle de la Fuente Alta, se leía en un rótulo de cerámica. La siguió. No vio ninguna fuente, pero al final de la calle le llamó la atención una casa señorial que se alzaba sobre uno de los puntos más elevados del pueblo. La rodeaba un muro alto, detrás del que supuso que se escondía un jardín, cerrado por una gruesa puerta de madera. La casa era de piedra clara. Tres pisos con estilizadas ventanas góticas y un escudo de armas en la fachada principal. Dos ventanas del segundo piso estaban iluminadas. Tenía que ser la casa del amo, de don Julián Maestre.

En ese momento se dio cuenta de lo cansada que estaba. Tal vez sería el momento de volver a la fonda. Tras el extraño encuentro con aquel hombre y su hijo, agradeció la serena presencia de Aurelia al entrar en la casa.

-¿Ha dado un buen paseo?

-Sí. Hasta las afueras.

Le contó entonces su encuentro en el cementerio.

-Es Jesús, el enterrador. No se lo tome a mal, es un poco raro, pero no es mala persona.

-Es que me miró de una manera...

-Es muy nervioso, ¿sabe? Y no tiene la mejor profesión para las personas que tienen los nervios delicados, pero es tradición familiar y no tiene hermanos. Así que es lo que le ha tocado. Y desde que se fue la mujer está como descentrado.

-¿Lo abandonó?

-Pero volverá. Se fue con la niña a Tronchón, donde tiene familia, y se quedará allí un par de años. Viene a verlo cada dos semanas y, mire, siempre le compro un queso.

Levantó un paño que cubría un queso con un agujero en medio que parecía un cráter. Cogió un cuchillo, le cortó un trozo y se lo ofreció.

-Tendrá hambre, ¿no?

-La verdad es que sí.

No quería que Aurelia la tuviera por chismosa y prefirió comerse el pedazo de queso y no preguntar las razones de esa extraña convivencia matrimonial. Pero había algo que sí le quiso comentar:

-Pero la madre dejó al niño aquí.

-Sí, para que siga yendo a la escuela.

La dueña de la fonda le daba la espalda mientras sacaba un plato de la alacena.

-El niño también era un poco extraño. Dijo no sé qué de un monstruo en el

cementerio.
El cuerpo de Aurelia se tensó y se le escapó un respingo.
-¿Pasa algo? -preguntó Ana.
-¡Ay! Casi se me cae el plato. Estaba húmedo.
Sin darse la vuelta, buscó un paño de cocina y lo secó con extrema parsimonia. Después lo puso sobre la mesa sin mirarla, mientras decía:
-Es normal que el niño sea un poco raro, si crece sin la madre y al lado del cementerio.
Se volvió hacia el hogar y levantó la tapa de la cazuela.
-He preparado ración doble del guiso para el sargento. Siéntese. Espero que le guste.
Volvió a coger el plato y se lo llenó. Se lo puso sobre la mesa y salió de la cocina. Ana empezó a comer. Era un guiso de cordero en salazón con patatas a lo pobre.
Aurelia volvió poco después y por fin la miró cuando le preguntó:
-¿Qué es?
-Somarro. ¿Le gusta?
-Muy rico.
Ahora la miraba complacida.
-¿Cómo es que el sargento no come aquí en la fonda? Así podría comer caliente. Con el frío que hace me imagino que la comida le llega tibia.
La dueña de la fonda miró a su alrededor como si tuviera otros huéspedes, pero estaban solas. Aun así se acercó a ella y bajó la voz al decirle:
-Es que no se junta con la gente del pueblo.
-¿Y eso? -preguntó Ana antes de llevarse una patata a la boca. Tal vez fuera su cara de satisfacción mientras comía lo que animó a Aurelia a seguir hablando:
-No es de aquí. Está en el pueblo desde el verano. Es castellano, de Burgos.
-Pero esa no es razón para no juntarse, ¿no?
-También es verdad, pero dice que no ha venido para hacer amigos, que está aquí para acabar con los últimos maquis.
Ana se limitó a asentir. La zona del Maestrazgo, poco poblada por su paisaje agreste, en partes casi intransitable, había sido uno de los territorios en los que la guerrilla se había hecho más fuerte, aunque parecía que se había replegado en los últimos años tras una persecución feroz por parte de la Guardia Civil aliada con los somatenes, muy arraigados en la región.
Aurelia seguía hablando:
-Lo han mandado aquí para que se ponga al frente del somatén porque hubo algunos desmanes...
Se podía imaginar a qué se refería. También en la guerra muchos habían aprovechado para zanjar con sangre sus rencillas personales.
-¿Hay mucha gente en el somatén?
-De cada familia por lo menos un hombre. Hasta va uno de los Tello, Domingo, el que hizo la guerra en el bando bueno, pero se dice que su

hermano, Fermín, es uno de los maquis. Aunque a mí me parece que es más un bandolero que otra cosa.

-Entonces, ¿hay gente del pueblo en el maquis?

-Eso dicen. También contaban que habían visto a Manuel Santos, que es también de aquí, pero para mí que ese se marchó a Francia hace tiempo, si no se ha muerto. Igual por eso don Ignacio dice que no quiere confraternizar. Aunque, bien pensado, para festejar a la hija mayor del panadero también hay que confraternizar, ¿no le parece? -dijo con malicia, y se llevó al momento la mano a la boca.

-¿Con éxito?

-La chica ya está algo talludita. Tuvo un pretendiente, pero se murió de tétanos porque se clavó un hierro oxidado mientras araba. Por eso será que le hace caso al sargento. Pero los padres no están muy convencidos. Es un forastero. Veo que le ha gustado la comida. ¿Quiere un poquito más?

Aunque estaba ahíta, entendió por el tono que esperaba que dijera que sí. Era una forma de pasar el rato hasta que pudiera hablar con el jefe. Aurelia le puso otra ración, por suerte no tan abundante como la primera.

Las ganas de contarle cosas y el arrepentimiento por hacerlo se alternaban en el ánimo de Aurelia, que parecía oscilar como un péndulo. Mientras servía, le comentó contrita:

-No debería haber chismorreado de esas cosas. Don Benito siempre dice que las lenguas venenosas acaban matando a sus dueños.

-Pero, Aurelia, si no ha hecho mal a nadie. Tampoco me ha dicho nada feo.

-Puede, pero don Ignacio es una autoridad...

Ana buscaba alguna frase con la que despojarla de sus escrúpulos. No tuvo oportunidad. Alguien tocó a la puerta y Aurelia salió para abrir. Le llegó la voz del alcalde:

-¿Se puede?

-Pase, don Onésimo -dijo Aurelia.

El alcalde llevaba la misma ropa con que lo había fotografiado hacía pocas horas, pero parecía que lo hubieran aplastado como una colilla; la camisa estaba surcada de arrugas horizontales y la gruesa chaqueta se balanceaba como si, además del ánimo, al hombre se le hubiera encogido también el cuerpo al decirle:

-Lo siento mucho, señorita, pero don Julián ha dicho que no.

Ana dejó el tenedor en la mesa y se levantó:

-¿Y eso?

-No lo sé. Hablé con él en el cuartelillo, porque está reunido allí con el sargento. No me ha dado explicaciones.

Esto último parecía avergonzarlo tanto o más que el hecho de haber fracasado en la empresa que había acometido tan ufano por la mañana.

-Bueno, que aproveche. No la estorbo más.

Aprovechó el desconcierto de Ana para despedirse y marcharse con rapidez.

Ella miró a Aurelia, quien compuso una expresión compungida y se limitó a

decir:

-Sus razones tendrá.

Se metió en la cocina y la dejó sola con el plato medio lleno. Se sentó y comió un par de bocados por pura inercia y porque le habían enseñado que no se deja comida en el plato. ¿A qué venía esa negativa? ¿Quién era ese y Julián Maestre para poder pasar por encima del alcalde e, incluso, del cura? Recordó su conversación con Rubio: «los milagros tienen dueño, la Iglesia». Aquí parecía que había más de un dueño.

Nuevos golpes en la puerta despertaron en ella la esperanza de que se hubiera producido un cambio, de que le concedieran el permiso.

Aurelia reapareció en el comedor:

-Era la pequeña de los de Correos, que dice que ya tiene la conferencia.

Ana se levantó de un salto.

-¿Me espera?

-No. Ya se marchó, pero usted ya se sabe el camino, ¿no? Tápese bien.

Llegó poco después a la centralita. Cruzó la entrada en la que estaba el mostrador y la hicieron pasar a un cuartito diminuto en el que había un teléfono mural y un sillón frailero con los brazos y el asiento de brocado raído, como un trono viejo. La mujer con forma de ocho cerró la puerta. No escuchó sus pasos alejándose. Tal vez llevaba zapatillas de tela. Tal vez estaba con la oreja pegada a la puerta. Tenía que acostumbrarse a ser objeto de la curiosidad de la gente del pueblo.

Le contó a Rubio el problema.

-Pues nada. Te vuelves. Hoy mismo, si quieres. Puedo pedir que te manden un coche desde Castellón.

Pero camino de la centralita ya había tomado una decisión:

-No, jefe. No voy a desistir tan pronto. No he hecho todo este viaje para que me den con la puerta en las narices. Lo seguiré intentando.

Rubio no respondía. Durante unos segundos temió que se hubiera cortado la línea, pero finalmente le llegó su voz.

-¡Sí, señor! Así es una periodista de *El Caso*. Así tiene que ser. Hay que ir detrás de la noticia.

Antes de que Rubio se exaltara demasiado, Ana trató de moderar sus expectativas.

-Veré lo que puedo hacer.

-Lo conseguirás. Estoy seguro. En cuanto lo tengas, llámame y hago que te recoja un coche. Le pasaremos la factura a Suárez.

-Gracias, jefe.

-¡No sabes el frío que está haciendo en Barcelona! Ayer llegamos a cinco bajo cero. ¡Y dicen que mañana será peor!

La comunicación se cortó.

No sabía el frío que hacía en Barcelona, pero sí el que estaba pasando allí.

Salió a la calle decidida a conseguir el permiso para ver a la niña. El alcalde

había dicho que Julián Maestre estaba en el cuartelillo, una casona a la entrada del pueblo que había visto desde el autobús. Se encaminó hacia allí, animosa tras su conversación con Rubio. El periodismo también consistía en saber sortear dificultades para llegar a la noticia, se recordó a sí misma para apuntalar su convicción.

Ninguna de las pocas personas con las que se cruzó parecía dispuesta a dirigirle más que un saludo y una mirada curiosa. Llegó al cuartelillo. Había luz en las ventanas. Se acercó a la puerta, que había quedado entreabierta. Entró. No había nadie en aquella primera estancia, pero escuchó voces en un cuarto a la derecha.

-¿De dónde la has sacado? -decía un hombre en tono autoritario.

-Es mía -contestó otro.

-¿Para qué la tienes? -inquirió otra vez.

-¿Pues para qué va a ser? Para cazar.

-¿Y dónde se supone que cazas? -la pregunta tenía una agresividad chulesca que amedrentó a su interlocutor, quien respondió vacilante:

-Pues aquí y allá.

-Aquí y allá. ¿Y qué piezas te cobras aquí o allá?

El otro no dijo nada. El hombre insistió:

-A ver. Un corcito aquí. Un conejo allá. Tal vez un señor jabalí.

-No. Jabalís nunca he cazado. Se lo juro.

-Está bien. Pero ¿de quién eran el corzo y el conejo?

-De don Julián.

-Y si eran de don Julián, y los cazaste, ¿no te parece que se trata de un robo? ¿Usted qué opina, don Julián?

El llamado don Julián no respondió al hombre autoritario, sino que se dirigió al otro:

-¿Por qué los cazaste, Antonio?

-Es que los chiquillos tenían hambre. Hemos tenido un mal año, mala cosecha, animales enfermos...

-¿Y por qué no acudiste a mí? ¿No os ayudo siempre que tenéis necesidad?

-Sí, don Julián. Perdone, don Julián.

-Está bien, Antonio -respondió Julián Maestre-. Y si necesitas algo, pásate por mi casa y lo hablamos.

-Gracias, don Julián. Le juro que no volverá a pasar.

-Eso tenlo por seguro -dijo el otro hombre, que no podía ser nadie más que el sargento de la Guardia Civil-. Porque la escopeta me la vas a entregar ya mismo, para que la guarde con las otras. Pensaba que había dejado claro que no quiero armas en las casas.

-Es que esta era de mi padre, es de la familia y...

-Antonio, no abuses de mi paciencia.

-No, don Ignacio. ¿Qué hago, don Julián?

-Entrégale el arma al sargento.

-Lo que usted diga.

Ana dio un paso adelante para acercarse al cuarto donde estaban los hombres. Antes de llegar a la puerta, se abrió otra a la izquierda y vio salir a Mauricio con una jarra de vino. La cara le resplandeció de alegría, pero se le cayó la jarra al suelo y se hizo añicos.

-¡Mauricio! ¡Pedazo de animal!

Apareció entonces un hombre uniformado, con el tricornio puesto, que se tuvo que agachar para no darse con la puerta. Tenía la nariz ancha, aplastada y los labios algo torcidos hacia la derecha, como si sostuvieran un pitillo invisible. Ana pudo sonreír más tarde al recordar la imagen del sargento, pero en ese momento, y a pesar de que por su trabajo estaba acostumbrada a tratar con las fuerzas del orden, sintió una punzada en el espinazo al ver al guardia civil con los pulgares enganchados en las trabillas del cinturón mientras que con el resto de los dedos tamborileaba sobre la gruesa hebilla.

-¡Anda! Esta tiene que ser la periodista de Barcelona -dijo.

Mauricio le dio la respuesta.

-Sí. ¡Qué guapa!

El guardia civil le dio un fuerte pescozón.

-Recoge esto. -Después se volvió de nuevo hacia Ana y le preguntó-: ¿Qué se le ofrece?

-Me han dicho que don Julián Maestre se encuentra aquí y quería hablar con él un momento.

-Estamos reunidos.

-Es que... es importante.

-Permítame que lo dude. Lo que hacemos aquí sí es importante, y, sin ánimo de ofender, periodistas es lo último que necesitamos.

Mauricio barría con una escoba los restos de la jarra. De vez en cuando se lamía los dedos mojados de vino y se reía bajito.

En el cuarto de la derecha los hombres habían dejado de hablar, tal vez sorprendidos por la larga ausencia del sargento. Lo llamaron:

-¿Qué pasa, don Ignacio? -era la voz de don Julián.

-Nada.

El cuerpo del guardia civil le impedía el paso, por eso Ana levantó la voz para decir:

-Don Julián, soy Ana Martí, de *El Caso*. Querría hablar un momento con usted.

El interpelado salió.

Era un hombre de unos sesenta años, con el pelo gris muy corto. Unas arrugas profundas le surcaban las mejillas y la frente. Bajo las cejas negras sus ojos oscuros la escrutaban con curiosidad, mientras los gruesos labios se mantenían tensos, expectantes.

-No quiero molestarles, don Julián, pero es que...

-Ya me imagino por qué está aquí, señorita, pero ni este es el momento oportuno ni, aunque lo fuera, lograría hacerme cambiar de opinión.

-Pero es que vengo de muy lejos para este reportaje.

-No sabe cuánto lo lamento -sonaba incluso sincero al decirlo-. Pero no me parece conveniente.

-Es que...

-No insista, señorita. Y, si ahora nos disculpa, tenemos mucho que hacer.

A su espalda se abrió la puerta del cuartelillo y entraron tres hombres más. Saludaron a don Julián inclinando la cabeza.

-Se está reuniendo el somatén -le explicó don Julián.

Mauricio acababa de terminar de barrer el suelo.

-Venga, Mauricio, no te quedes mirando las musarañas -dijo el sargento.

-No las miro, miro a la señora.

El sargento amagó una patada. Don Julián lo frenó.

-Pero, don Ignacio, no le pegue al muchacho. Si es un animalillo. ¿Nos traes el vino, Mauricio?

-Sí, don Julián.

El sargento se dio media vuelta y entró en la habitación donde los hombres lo esperaban. Don Julián lo siguió.

-Buenas tardes, señorita.

Parecía que esa noche los hombres del somatén salían a dar una batida. A cazar maquis. Abandonó el cuartelillo dejando detrás las voces fanfarronas de los hombres y la mirada arrobada y bobalicona de Mauricio. Apretó el paso para volver a la fonda. Se sentía impotente y humillada «pero no vencida», se dijo, si bien con menos convicción de la que necesitaba.

Aurelia la recibió en la fonda.

-Como me imagino que estará muerta de frío, he puesto el brasero en el cuarto de estar, en el primer piso. Si quiere, se puede sentar allí.

Ana le agradeció tanta amabilidad. Necesitaba un momento de paz, necesitaba estar sola y leer un libro. Fue a su habitación y escogió uno. Tomó *Duelo en el paraíso*, de un joven autor de Barcelona, Juan Goytisolo, aunque temía que la lectura le iba a resultar dolorosa por lo que le había contado Beatriz al prestárselo. Niños jugando a la guerra, rehenes de la crueldad de sus mayores.

-Pero es muy bueno. Este Goytisolo será uno de los grandes -le había dicho su prima.

Lo mejor sería empezar por el más duro, se dijo. Para después, ya que tenía más tiempo del que había pensado, se guardó otra obra de Sánchez Ferlosio que Beatriz le había recomendado ante el éxito del *Jarama*. Se titulaba *Industrias y andanzas de Alfanhuí*.

-Es muy diferente. Novela picaresca del siglo XX, pero de carácter fantástico.

Tendría que haber cogido más libros. Tal vez alguna novela de misterio. En la fonda no había ni uno, por lo menos en las habitaciones que ella había visto.

Se sentó y se cubrió las piernas con las gruesas tapetas de la mesa de camilla, agradecida por encontrar calor y un rincón donde acomodarse a solas.

La habitación no parecía estar destinada a los huéspedes, era un cuarto de la dueña. Entendió ese privilegio como una muestra de agradecimiento por el café. Abrió el libro y empezó a leer.

Cenó frugalmente y se acostó temprano imitando a Aurelia. No quería quedarse sola en la planta baja y tener que subir alumbrándose con un quinqué a su cuarto porque la bombilla de la escalera, más que iluminar, proyectaba sombras. Además, los frecuentes parpadeos demostraban la precariedad de la corriente y, por más que se dijo que la oscuridad era la misma en todas partes, tuvo que reconocer que en esa casa, llena de crujidos extraños y rincones desconocidos, los temores infantiles podían llegar a ganarle el pulso a la razón adulta.

Cerró con fuerza la ventana y los postigos. Se metió en la cama y notó con gusto que Aurelia había pasado un calientacamas por las sábanas. El calor la adormiló. Ya con la luz apagada, oyó unos pasos cautelosos delante de su puerta, sin duda de la dueña. El armario de su cuarto crujió como si la saludara y un golpe de viento en la ventana le recordó que fuera el frío acechaba con sus dientes afilados.

«Por la mañana trataré de ver a Isabelita, aunque digan que no se puede. Nadie me va a prohibir hablar con la niña. Después me marcho en el coche que me ha prometido Rubio.» Con este pensamiento tranquilizador se durmió.

7

Después de desayunar las consabidas gachas, Ana salió dispuesta a hablar con Isabelita. Caminó a buen paso para tratar de entrar en calor. Cruzó la calle Mayor a la altura de la plaza de la iglesia y llegó a la de la santita. Un fuerte olor a estiércol le golpeó en la nariz al pasar por delante de una de las casas. La puerta se abrió poco después de que ella la rebasara y salió una mujer joven guiando con una vara a una cerda enorme que trató de acercarse para olisquearla, pero la muchacha azotó al animal y este emprendió el camino con las ubres bamboleándose. La joven se volvió a mirarla y Ana sintió que había adivinado su intención y la reprobaba, porque movió la cabeza varias veces antes de perderse detrás de una esquina.

Llegó a la puerta de Isabelita. No había timbre. En ninguna de las casas había timbres. Golpeó con los nudillos.

Le pareció percibir ruidos dentro. Se alisó un poco el pelo, esbozó una sonrisa y esperó. Pero nadie abrió. Volvió a llamar. Esta vez no se movió nada en el interior, pero tenía la certeza de que había alguien allí, muy cerca, tal vez pegado a la puerta. Lo intentó una vez más. Nada. Finalmente desistió. Captó entonces un leve movimiento en el primer piso. Levantó la vista y se encontró con la mirada inquisitiva de una mujer. Como el silencio que la rodeaba la cohibía, le indicó por gestos que quería hablar con ella. La mujer negó con vehemencia y desapareció de la ventana.

No valía la pena, pues, insistir.

Se alejó de la casa pensando que tendría que encontrar otro modo de acceder a la santita.

Al pasar por una bocacalle le llegaron gritos y risas infantiles. Un grupo de niños salían en estampida de una de las casas. Entendió enseguida que era la hora del recreo. Se detuvo a mirar.

Un hombre con una chaqueta gris y una bufanda azul marino se apoyaba en el quicio de la puerta. Mientras se liaba un cigarrillo, cuatro de los niños le hablaban a la vez, mientras gesticulaban exaltados y se señalaban unos a otros. No lograba entender qué decían, pero se podía imaginar que el discurso era el mismo que hacía unos veinte años, cuando era pequeña:

-Ha empezado Felipe, señor maestro. Me ha puesto la zancadilla.

-Mentira. Ha sido Javier. Y me ha dicho que soy un...

Se dejó llevar por un impulso y se acercó a la escuela. En pueblos tan pequeños como Las Torres solo había una escuela unitaria, cuando la había, y era muy probable que ese fuera el maestro de la niña. Además, tal vez podría tomar un par de fotos de la clase. En su cabeza ya tenía incluso los pies de foto, «El pupitre de la de santita de Las Torres», «El aula en la que Isabel Castán aprendió a leer y a escribir». Después ya se acercaría a la casa de Julián Maestre.

El maestro la miró mientras se acercaba. Sin hacer mucho caso de los niños, había acabado de liar el cigarrillo, se lo había puesto en los labios y lo sostenía en la comisura mientras le sonreía. Se le formaron unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos oscuros. Ana no pudo evitar pensar que era un hombre atractivo.

Se presentó y le explicó por qué estaba allí. La sonrisa del hombre se borró, pero no rechazó su petición, sino que llamó a uno de los alumnos mayores, un muchacho de pelo alborotado y sucio y manos callosas de labrador:

-Vigílamelos. Apunta a todos los que se porten mal.

El chico asintió con diligencia y se plantó en la parte más alta de la calle, desde donde podía observar a todos los niños, que ya empezaban a hacerle gestos para provocarlo. Tenía los brazos y las piernas muy largos y delgados. Le habían cosido trozos de otras telas en las perneras y en las mangas para ajustarle la ropa a medida que había ido creciendo.

El maestro hizo un gesto de aprobación al alumno y entró con Ana en la casa de dos plantas. Desde el interior les llegó la voz del chico:

-Tenéis que hacer lo que yo diga. Al que se porte mal lo apunto.

Ana sonrió al recordar que cuando ella iba a la escuela al final toda la clase acababa apuntada en la lista de la vigilante. Y por lo visto seguía siendo igual, ya que el maestro le dijo en voz baja:

-Me temo que en media hora tendré una lista con los nombres de toda la clase.

Entonces le tendió la mano.

-Aún no me he presentado. Miguel Fábrega.

Después del saludo, ella lo siguió por un pasillo oscuro que desembocaba en el aula, donde la recibió una mezcla de olor a fuego de leña, a tiza y a cuerpos de niños no muy aseados. El cuarto estaba en penumbra, apenas iluminado por la difusa luz invernal que entraba a través de las pequeñas ventanas. El maestro giró el interruptor y el resplandor turbio de tres lámparas viejas que colgaban del techo alumbró seis filas de pupitres y la mesa del maestro. Ana contó treinta y seis sillas. El ambiente estaba cargado, pero por lo menos no pasaban frío. Al fondo del aula vio una estufa de leña junto a la que se amontonaban los troncos de madera.

-Como solo estoy yo de maestro, no podemos separarlos, así que las niñas se sientan en el lado de la ventana. El penúltimo pupitre de la última fila es el de Isabel -le señaló. Tenía las manos pequeñas y finas.

Ana se acercó a la mesa de madera.

-¿Puedo?

-Si lo desea.

Se sentó en la silla de Isabel. Su pupitre era el único que estaba vacío. Su compañera no se había atrevido a invadir el espacio con cuadernos, plumillas o el pizarrín.

Contempló el aula desde allí, las filas de pupitres, la pizarra con el mapa con los ríos y las cordilleras de España, sobre la que velaba un gran crucifijo. A la

derecha, se topó con la mirada de indulgente severidad del Caudillo, cuyo vientre prominente estaba cubierto por un fajín ancho. A la izquierda, los ojos ausentes de José Antonio. Se echó hacia atrás y sintió la dureza de la madera en la espalda.

El maestro estaba apoyado en un pupitre a dos filas de distancia y la miraba expectante. Era solo un poco más alto que ella.

Sus dedos inquietos buscaban el borde del pupitre, ansiosos por levantar la tapa. El maestro se dio cuenta.

-Ábralo. No pasa nada.

Aunque no le gustaba sentirse descubierta, su curiosidad era mayor. Abrió y echó un vistazo al interior de la cajonera. Una escuadra y un cartabón de madera manchados de tinta, un ejemplar de la *Enciclopedia Álvarez* y dos cuadernos. Al lado, un librito con vidas de santos. Al sacarlo descubrió debajo una bolsita de tela cerrada con una cintita negra. La movió y escuchó un golpeteo cristalino en su interior. Soltó la cinta y dejó caer las canicas en la palma de la mano. Vio que en una de ellas las estrías del interior tomaban la forma de un ojo. Cuando ella era pequeña, estas eran las más valiosas. Ojos de gato. Se podían cambiar por lo menos por seis o siete de las comunes. Jugar con ellas era una pura provocación que conllevaba la formación de corrillos en el patio de la escuela. La tomó entre los dedos.

-Debería haber otra de estas. Era muy buena jugando a las canicas y le ganó el ojo de gato a uno de los chicos. Después ya nadie se los pudo arrebatar.

Ante la mirada curiosa de Ana, explicó:

-Las peleas en las partidas de canicas se escuchan en medio pueblo -sonrió-. Además, reviso los pupitres regularmente.

Ana se podía imaginar para qué. En sus tiempos de escuela, los registros por sorpresa no solo hallaban corazones de manzana o caramelos pegajosos, sino también lecturas que las monjas no consideraban adecuadas y eran requisadas al momento. Recordaba que una vez sacaron de un pupitre un frasco de cristal con renacuajos medio descompuestos que una compañera, apasionada de las ciencias naturales pero despistada, se había olvidado allí.

Devolvió las canicas a su lugar. El libro de las vidas de santos aparecería en su artículo como una de las «lecturas edificantes de la niña», las canicas servirían para describirla como «una niña como las demás». Cerró el pupitre y sacó su cuaderno de notas del bolso.

-Cuénteme algo más sobre Isabel. ¿Cómo es?

El hombre volvió la cabeza y miró pensativo por la ventana. Después fijó en ella sus grandes ojos castaños y empezó a hablar:

-Isabel era una buena alumna. Inteligente y, por lo general, aplicada. Una niña muy sensible. Le gustaba mucho leer. Muy fantasiosa, con la cabeza llena de historias leídas e inventadas.

Sonrió con tristeza. Le gustó esa sonrisa melancólica, también el modo en que hablaba de su alumna.

-¿Cuál es su asignatura favorita? ¿Qué se le da bien?

-Historia y Religión. Le encantaban las historias, sobre todo las de la Biblia. Se desilusionaba mucho porque nunca le daban un papel importante en las representaciones de Navidad. La última vez le hubiera gustado ser el arcángel, pero le dieron el papel a Paulina, la hija del alcalde, aunque, a pesar de practicar muchas veces, se equivocaba siempre en el texto.

Ana entendió.

-¿En qué se emplean los padres de Isabel?

-Magdalena es lavandera y Paco, su marido, trabaja para don Julián. Es leñador.

No eran precisamente ricos. Ya lo había imaginado al ver la casa.

El maestro parecía haberle leído el pensamiento.

-Les alcanza justo para vivir. Estaba muy contento de haberlos convencido de que la dejaran asistir todavía un año más a la escuela. Magdalena quería que lo dejara ya y se pusiera a trabajar.

Lo sabía bien, para las familias humildes, los niños eran bocas que alimentar y cuanto antes ayudaran en el campo o en casa, mejor.

-Y a las niñas basta con enseñarles lo más elemental -dijo Ana.

-Así es. Pero no crea que con los chicos es mucho mejor. En verano tengo que andar siempre detrás de los padres para convencerlos de que me los manden a clase. «Pero señor maestro, es suficiente con que vayan en invierno», me dicen. Y a la que cumplen los once o doce y ya se saben las cuatro reglas, no aparecen más. En algunos casos es una auténtica lástima.

Hablaba en un tono amargo. Hizo una pausa y durante unos segundos se quedó mirando el mapa de España. Después se volvió de nuevo hacia ella.

-Pero usted quería hablar de Isabel.

Dio una calada al cigarrillo y le dijo pensativo:

-El último año cambió mucho. Empezó a interesarse de manera casi obsesiva por las historias de las niñas mártires de la primera cristiandad. Se le despertó un ansia de trascendencia, por denominarlo de algún modo, el ensueño de ser una elegida, de recibir algo como una señal divina. Es un tipo de devoción que no es raro a su edad...

Pareció quedar unos segundos ensimismado en sus recuerdos de Isabel hasta que siguió hablando:

-Me gustaba leer los cuentitos que escribía. Era muy ingeniosa. A veces le pedía que los leyera delante de la clase. Los otros se quedaban encandilados.

-¿Por qué habla de ella en pasado?

-Porque no creo que regrese a la escuela.

-¿Y eso?

Le respondió con otra pregunta:

-¿La ha visto ya?

Parecía que él tampoco sabía nada de la prohibición de Julián Maestre. Por un momento pensó en la posibilidad de contárselo, pero desechó la idea. No podía saber cuál sería la reacción del maestro. Podría negarse a seguir hablando con ella. Por eso se limitó a decir:

-No. Todavía no.

-Entonces, hágase la misma pregunta cuando la tenga delante.

Por la expresión de perplejidad de Ana, don Miguel debió de darse cuenta de su brusquedad y añadió:

-Parece que está muy débil. Puede que se deba a que pierde mucha sangre. Cada vez tiene peor aspecto.

Sonaba preocupado.

-Entonces, ¿sangra de verdad?

-Así es.

No se trataba, por lo visto, de heridas pintadas como en el caso de la monja portuguesa, pero necesitaba poder confirmarlo.

-¿Son, entonces, heridas reales?

-Sí.

-¿Cuál cree que podría ser la causa de que presente esas heridas? -dijo, para no preguntar directamente sobre estigmas.

Don Miguel entendió la pregunta de otro modo:

-¿Por qué precisamente Isabelita? No lo sé. Hay personas que son más sensibles que las demás, que sienten cosas que los otros no llegan a sentir.

-¿Qué cosas se supone que son? ¿La Pasión de Cristo?

-No necesariamente. El propio sufrimiento, el de los demás. Todo lo que no está bien en este mundo. Cosas que ella siente.

No acababa de entender qué le quería decir. Tenía que hacerle la pregunta de manera más directa:

-Pero ¿cree usted que las heridas puedan tener una causa sobrenatural?

Don Miguel la miró con fijeza.

-¿Lo que quiere es que le diga si es verdad lo del milagro de Las Torres? ¿De eso se trata?

Lo había puesto, por lo visto, en una situación incómoda.

El maestro inspiró profundamente antes de responder:

-Los milagros... Puede que lo que llamamos milagros sean como grietas en el mundo a través de las cuales llegue algo de esperanza.

Evadía responder a su pregunta refugiándose en esa metáfora.

Don Miguel miró sin disimulo el reloj que colgaba en la pared.

-Perdone, pero el recreo está a punto de acabarse.

-¿Podría hacer algunas fotos?

-Si no tarda mucho...

Ana se levantó y sacó la cámara de la funda. El pupitre de Isabel estaba cerca de la ventana, no necesitaría el *flash* para fotografiarlo.

«No ahorres película», le decía siempre Rubio. «De cada cinco fotos sale una buena, así que haz seis.»

Así lo hacía.

Escogió bien el ángulo para que el pupitre pareciera destacar entre los demás de la fila. Cuando se dirigía a otra punta del aula para ver qué efecto causaba una mancha luminosa que acababa de aparecer, su mirada se cruzó

con la del maestro.

-¿Lo puedo fotografiar también a usted?

-¿Cree que a sus lectores les interesará verme precisamente a mí?

-¿Por qué no? Voy a incluir los comentarios de las autoridades locales sobre el caso de la niña.

Podría aprovechar bastante de lo que le había contado, si bien transformaría la «inteligencia» en «sensatez» y las «ansias de trascendencia» en «honda fe». Para ello no necesitaba una foto suya, pero le apetecía retratarlo.

Lo enfocó con la cámara y contempló su rostro a través del objetivo. Había cerrado los labios en media sonrisa. Aunque le había dicho que ya había pasado la hora del recreo, se tomó un poco de tiempo para observarlo. Algunos de sus rasgos lo hacían parecer tímido y vulnerable; los sensibles ojos oscuros, las finas arrugas que los rodeaban, el gesto entre burlón y triste de la boca. Pero, por otro lado, estaban su cráneo casi cuadrado, la nariz prominente cubierta de venitas rojas, las profundas arrugas que le surcaban las mejillas si bien no debía de llegar a los cuarenta.

Disparó una vez, dos veces. Todavía una vez más.

Después bajó la cámara y le dio las gracias por la paciencia.

-No hay de qué. ¿Puedo ayudarla en algo más?

Ana negó con la cabeza.

-Ya me ha ayudado mucho.

En ese momento reapareció la sonrisa entre burlona y tímida.

-Entonces, la acompaño a la puerta.

Cuando estaban saliendo, les vino al encuentro el muchacho larguirucho agitando triunfalmente una hoja de papel.

-Señor maestro, señor maestro, aquí está la lista. Los he apuntado a todos.

Era el momento de visitar a Julián Maestre.

8

Ana golpeó la puerta con la aldaba, un anillo de hierro sostenido por los labios de una especie de fauno de orejas afiladas. Poco después una de las dos hojas del portón se abrió unos dos palmos y por el hueco asomó una cara pequeña, cuyas arrugas y color le recordaron una nuez. Era una mujer que debía de haber sobrepasado ya los setenta años, que la miraba con unos ojos grandes y vivos. En vez de saludarla se limitó a un «¿sí?» que no sonó precisamente hospitalario.

Ana le sonrió.

-Buenos días. Me llamo Ana Martí. Me gustaría hablar con don Julián.

-¿La espera?

Como temía que si le decía que no, la mujer volvería a cerrar el portón, afirmó con impaciencia:

-Por supuesto.

Con extrema lentitud, Ana supuso que tanto por el peso de la puerta como por desgana, abrió un poco la hoja, lo justo para que pasara por el hueco.

El portal daba acceso a un gran patio interior en el que vio un bellísimo Hispano-Suiza de los treinta. Dentro de un garaje distinguió también un Seat 1400. Un coche para lucir y otro para los asuntos prácticos. El señor de la casa tenía dinero; solo el segundo costaba diez años del salario de un obrero español. Un hombre joven estaba puliendo las varillas plateadas de la parrilla delantera del HispanoSuiza. De vez en cuando levantaba las manos enrojecidas por el frío y soplaba en la punta de los dedos para calentárselas. La miró en el momento en el que pasaban junto al coche y volvió de inmediato a su tarea sin saludarla.

La mujer mayor, una criada a todas luces, le dijo al entrar en la casa:

-El señor está en la biblioteca.

Accedieron a un espacioso recibidor. La mujer le pidió el abrigo y lo guardó en un ropero. Le indicó que la siguiera, subieron una amplia escalera y llegaron a un cuarto con una puerta ancha de madera oscura con adornos tallados. La criada dio unos golpecitos en la puerta que le parecieron casi imperceptibles. Tampoco se oyó una voz que les concediera la entrada, pero la mujer abrió la puerta y Ana vio enormes estanterías repletas de libros. Julián Maestre estaba sentado en un sillón orejero con un libro sobre las rodillas.

-Ya está aquí la señorita Martí, don Julián -anunció.

Julián Maestre las miró sorprendido, dejó el libro en una mesita al lado del sillón y se levantó.

La criada lanzó una mirada resentida a Ana.

-Me ha dicho que es usted la...

Ana la interrumpió:

-Le pido disculpas, don Julián, por presentarme aquí sin tener cita, pero se

trata de un asunto...

Tampoco ella terminó su frase. Julián Maestre levantó la mano para pedir silencio y le pareció mejor obedecer a ese gesto imperativo.

Don Julián la miró de arriba abajo. Ella conocía bien esas miradas y sabía lo que estaba viendo, una joven; una mujer joven y forastera que quería algo de él y cuya compañía prometía un poco de variación en la rutina diaria. En su trabajo como periodista había sabido sacar partido de esas miradas de los hombres, del mismo modo en que había aprendido cómo pararles los pies en el momento justo.

Julián Maestre dilataba su mutismo. Ninguna de las razones con las que quería convencerlo de que hablara con ella le servía ante el silencio impuesto. Era evidente que disfrutaba de su posición de juez supremo que podía permitirse decidir con toda tranquilidad si la echaba de su casa o la dejaba quedarse. De modo que se mordió la lengua, sonrió con seguridad, apoyó la mano en el respaldo alto de otro sillón para no dar la imagen de una colegiala intimidada y esperó. Hasta que finalmente, don Julián se dirigió a su criada para decirle:

-Tráenos unos cafés y unas pastas, Cándida.

Después se volvió a Ana:

-Tome asiento.

Ella bajó la cabeza para ocultar su expresión de satisfacción y se acomodó en el sillón del que en cierto modo ya había tomado posesión mientras esperaba el veredicto. Quedaron frente a frente separados por una mesita baja. Echó un vistazo a la habitación. Tres de las paredes estaban cubiertas por completo por librerías acristaladas. También la chimenea junto a la que estaban sentados había sido enmarcada entre estantes y armarios. Detrás de las puertas de cristal distinguió volúmenes encuadernados en piel, pero también lomos de ediciones más modernas. A simple vista y por lo que se refería a la cantidad, no tenía nada que envidiar a su prima Beatriz.

-Tiene usted una biblioteca impresionante.

-Gracias. Una buena parte de los libros los he heredado, pero también la he ampliado con mis propias adquisiciones.

No pudo evitar tener la sensación de encontrarse en uno más de los actos sociales sobre los que escribía para *Mujer Actual*, conversando con un señor mayor de alguna de las buenas familias de la ciudad. La pregunta que le hizo don Julián formaba también parte del inventario de temas amables e intrascendentes:

-¿Qué le parece nuestro pueblo?

-Llevo poco aquí. El paisaje es impresionante y tanta tranquilidad... es algo poco habitual para mí.

Don Julián asintió.

-Me lo puedo imaginar. Conozco Barcelona. Mi familia tiene una casa allí. Un *pied-à-terre*, como dicen los franceses. Cuando era más joven, pasé muchos inviernos allí. Una ciudad fascinante. Al silencio del pueblo hay que

acostumbrarse. Yo lo he hecho y he aprendido a llenarlo de ideas y pensamientos, propios y ajenos.

En ese momento, la puerta de la biblioteca se abrió con brusquedad y golpeó contra una de las estanterías. Ana se volvió. Cándida transportaba una pesada bandeja con ambas manos. Seguramente había abierto la puerta de una patada, para poder abrirla sin usar el pomo. Dejó la bandeja sobre otra mesa y empezó a colocar ante ellos las tazas de porcelana, las cucharillas de plata con el escudo de armas de la familia, una jarrita con leche caliente, un azucarero rebosante en el que las pinzas ya tenían atrapado el primer terrón entre sus dientes de metal, dos platitos con pastas. Ponía la mesa con la misma torpeza con la que había entrado en la habitación, las piezas chocaban con tanta brusquedad unas contra las otras, que Ana temió que las rompiera. Cuando sirvió el café, derramó algo de líquido al llenar la taza de don Julián y, más que ponerle un terrón de azúcar, lo dejó caer de tal modo que algunas gotas le ensuciaron el puño de la camisa cuando se hundió borboteando. Para asombro de Ana, Julián Maestre lo pasó todo por alto.

Ella tomó un sorbo del espeso café, que sabía igual que olía, aromático, no demasiado amargo, pero lo suficiente para que tuviera un gusto delicioso con dos terrones de azúcar.

-El café es excelente, don Julián.

-Gracias. Me lo mandan de un tostadero en Valencia. ¿No quiere probar las pastas? Cándida ha aprendido a hacer repostería francesa, pruebe, pruebe.

Le acercó el plato de porcelana sobre el que dulces claros y oscuros se alternaban en dos círculos concéntricos. Ana ignoró los glaseados porque sus ojos quedaron prendados del brillo de la cobertura de los de chocolate. Tomó uno y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos con placer al sentir el sabor de cacao auténtico.

Julián Maestre la miraba complacido.

-Si con los pobres ingredientes que tenemos aquí logra estas maravillas, imagínesela en París.

Por más que se esforzó, Ana no logró transportar a la torpe y malhumorada Cándida a Francia. Tomó un sorbo de café y se pasó la lengua por los labios para asegurarse de que no le quedaran restos de chocolate antes de hablar:

-Don Julián, permítame explicarle las razones de mi visita...

-Espere un momento, le quiero enseñar algo.

Antes de que tuviera tiempo de replicar, él se levantó y se acercó a una de las estanterías. A pesar de sus sesenta años, se movía con gran agilidad.

-Acérquese -le dijo.

Por lo visto había decidido mostrarle sus tesoros. Ana pensó que no debía de tener público con frecuencia. Se levantó a su vez y se aproximó a la librería detrás de cuyas puertas acristaladas se alineaban los clásicos del Siglo de Oro. Todos estaban allí: Garcilaso, Cervantes, Quevedo, Calderón, Góngora. Entre todos los volúmenes destacaba una edición primorosamente encuadernada de *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega. Pero Julián Maestre le señalaba otra de las

librerías, en la que guardaba los escritos de los ilustrados franceses. Le señaló varios volúmenes encuadernados en cuero.

-Aquí tengo una edición de la *Encyclopédie*. La primera edición de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert.

Giró la llave y abrió las dos puertas de cristal.

-¡Qué gran empresa! Trataron de reunir todo el conocimiento de su tiempo y ponerlo a disposición de sus lectores. Contra la superstición, contra la estupidez. En favor de la razón y del progreso.

Sacó uno de los volúmenes y lo acarició con sus cuidadas manos.

-¿Sabe cómo trataron los autores de eludir la censura de la época?

Ella sabía lo que tenía que hacer para evitar la de la suya, por eso respondió de inmediato:

-Harían alusiones, usarían este o aquel eufemismo y esconderían una leve crítica detrás de grandes, estentóreos halagos.

Él se echó a reír. Era una risa oscura y benévola, como la que un rey de antaño se permitía ante una buena broma del bufón.

-Mis cumplidos. Parece muy ducha en el tema. Pero Diderot hizo otra cosa. Fíjese.

Buscó el artículo sobre canibalismo y le señaló las referencias al final del texto. Ana leyó «Eucaristía» y «Sagrada Comunión» y no pudo evitar reírse. El autor relacionaba el canibalismo y uno de los sacramentos de la Iglesia católica. En ese momento agradeció a Beatriz una de sus charlas semanales, que solían acabar en una conferencia de su prima, en la que le había estado hablando de la *Encyclopédie*, porque gracias también a su buena memoria pudo decir con desenvoltura:

-Pero no le sirvió de mucho. Lo detuvieron poco después de que se publicara el primer volumen.

Una leve sonrisa apareció en sus labios carnosos, el señor de Las Torres parecía complacido; una buena señal. Decidió abordar el asunto por el que estaba allí.

-Y ya que hablamos de la censura y de la prensa, permítame que le haga una pregunta. ¿Qué inconveniente tiene en que visite a Isabel?

Don Julián cerró el libro. Después le respondió con amabilidad:

-Créame, no es una buena idea.

-¿Por qué no?

Por un segundo, Julián Maestre frunció el ceño en un gesto de contrariedad. Se apartó de las estanterías.

-¿Otra taza de café?

Ana empezaba a sentirse molesta. También él sabía que no estaba allí para tomar café y pastas o hablar de su magnífica biblioteca. Miró de nuevo los lomos de los volúmenes de la *Encyclopédie*. El señor de Las Torres, como el apasionado lector de la *Encyclopédie* que se había mostrado, no podía sentir más que rechazo por las historias de milagros y supersticiones. ¿Y si le había enseñado sus libros para decírselo de esta manera?

Se tragó el enfado y lo siguió a la mesa. Mientras él tenía los ojos fijos en el chorro fino y oscuro de café que le servía con mucha más traza que Cándida, ella dijo en tono ligero, como si retomara su anterior charla trivial:

-Qué difícil es a veces delimitar la frontera entre fe y superstición, ¿verdad?

Don Julián le lanzó una mirada penetrante mientras se servía café.

-Cierto.

Sonaba expectante. Ana entendió que tenía que aventurar un nuevo movimiento, si bien no estaba muy segura de saber cuáles eran las reglas del juego. Don Julián dejó de nuevo la cafetera sobre la bandeja. Ambos se llevaron las tazas a los labios, pero Ana apenas probó unas gotas. A la vez que dejaba la suya en el platito, añadió:

-Y es muy discutible que lo que se considera un milagro realmente lo sea.

Por lo visto había acertado al expresar sus dudas acerca de los milagros. Julián Maestre sonrió con malicia.

-«Discutible» me parece un término demasiado moderado, si me permite el comentario.

Se inclinó hacia ella.

-Mire usted, no considero que Isabel, que su historia, merezca una atención especial. Una muchacha con ideas raras y confusas. Más no hay.

Julián Maestre era la primera persona en el pueblo que daba a entender de modo abierto que no creía en los estigmas de Isabelita ni en el milagro de Las Torres.

-Pero son muchos los que están convencidos de que los estigmas son auténticos y la consideran una santita -lanzó ella.

Don Julián se echó hacia atrás en el sillón y juntó las manos. En ese momento, le recordó a su prima Beatriz cuando se disponía a soltarle alguna de sus peroratas.

-Mire usted, la gente sencilla se siente desbordada ante la complejidad del mundo. Para el día a día, precisan preceptos, leyes y normas que les digan lo que tienen que hacer. Son mentes simples, que necesitan señales claras. Y para todo aquello que los sobrepasa, buscan explicaciones sobrenaturales. No pueden entender el mundo de otra manera. Por eso necesitan sus santos y sus milagros. Y también protectores. Santa Bárbara los defiende de las tormentas, San Isidro se ocupa de los animales y sus enfermedades, San Cristóbal se encarga de que no les pase nada cuando se van de viaje y, si pierden algo, se encomiendan a San Antonio; los eczemas y las enfermedades de la piel a Santa Rosa de Lima, las causas imposibles son asunto de Santa Rita. Aunque suelen hacerlo demasiado tarde, las casadas infelices le rezan a Santa Librada, porque ella consiguió escapar del matrimonio dejando de comer y, curiosamente, volviéndose peluda como un oso. La pobre Santa Lucía se cualificó como patrona de los ojos porque se los arrancaron... ¿Sigo? ¿Me entiende? Una persona mínimamente instruida no puede creer estas historias absurdas, ¿no le parece?

Ella sonrió. Después de todo lo que le habían contado en las últimas horas

acerca de Isabel y sus milagros, las chanzas de Julián Maestre no eran solo divertidas, eran incluso un alivio.

Él prosiguió:

-Todo esto no es más que superstición y supercherías.

-Sin duda. Pero en el caso de Isabel se trata de algo diferente, ¿no cree? No es una santa que haya vivido hace cientos de años, sino una niña en la que parece ser que se obra un milagro. He oído que las manos y los pies le sangran de verdad.

Le hizo gracia pensar que estaba a punto de convertirse en una defensora del milagro de Las Torres.

Don Julián se encogió de hombros.

-Incluso aunque sangrara de verdad, ¿quién nos asegura que las heridas no tienen un origen perfectamente terrenal?

-Entonces, ¿usted no cree en un milagro en Las Torres?

-¿Acaso usted sí?

No tenía el más mínimo interés en que su opinión se convirtiera en objeto de la conversación, por eso se refugió en una cita:

-«Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, que las que sospecha tu filosofía.»

-¡Oh! El honorable Hamlet. Bien, la verdad es que uno a quien se le aparece el fantasma del padre para contarle que ha sido envenenado por su hermano con ayuda de su propia esposa es capaz de creerse cualquier cosa. Pero -la voz sonaba ahora muy objetiva-, aquí tenemos a una niña que de repente empieza a sangrar por los mismos puntos por los que clavaron a Cristo en una cruz hace casi dos mil años. Creo que tiene que haber más de una explicación posible para ello sin necesidad de recurrir a misterios entre el cielo y la tierra.

Ana vio llegar su oportunidad.

-Y por eso estoy aquí. Porque antes de escribir un artículo sobre Isabel, quiero averiguar hasta qué punto esta historia es verdadera. Para ello necesito visitarla.

-Ya le he dicho que no vale la pena.

Ella sonrió con levedad.

-¿No cree que es la prensa quien toma la decisión de lo que es interesante y lo que no? ¿O no me considera capaz de ello?

-No he dicho eso. Pero usted no sabe cómo son las circunstancias aquí, ni se imagina qué reacciones podría causar su artículo.

-No creo que nuestro artículo pueda causar daños. A fin de cuentas, me pidieron que viniera para informar sobre Isabel.

-Lo sé. Fue don Benito quien llamó a su periódico. Lo hizo por su cuenta, sin consultarlo con nadie.

Ana entendió que sobre todo no lo había consultado con don Julián. Había llamado a *El Caso* sin contar con el visto bueno del señor de Las Torres. Tal vez don Julián había prohibido su visita a la santita para dejar claro a don Benito quién mandaba allí.

Julián Maestre sonrió burlón.

-Don Benito tiene muchos motivos para creer en el milagro de Las Torres. Pero ¿cómo dijo Voltaire? «El interés que tengo en creer una cosa no es una prueba de la existencia de esa cosa.» Me pregunto si él mismo se lo cree.

Ana calló. Podía ser que don Julián no errara en sus opiniones; ella se iba a guardar de especular sobre si don Benito creía o no. Julián Maestre se podía permitir hablar mal del cura del pueblo; ella no tenía ese derecho.

En lo relativo a Isabel, había sido muy parco en palabras; en cambio, parecía que le causaba cierto placer hablar de don Benito, que se había ganado su desaprobación al avisar al periódico. Como ella permanecía en silencio, él siguió hablando:

-¿Ha leído usted *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno?

Sí, conocía la historia del carismático cura que había perdido la fe, aunque escondía este hecho a sus feligreses para evitarles el miedo a la muerte y para resguardarlos de la desesperación que él mismo sufría frente a un mundo sin Dios.

Afirmó con la cabeza, ya que don Julián no daba la impresión de esperar una respuesta de su interlocutor, sino de estar ansioso por presentar su propia visión del asunto.

Y así era.

-Nuestro don Benito me recuerda a veces a San Manuel Bueno. Igual que él, finge ante sus feligreses una fe que no tiene. Y con tanto éxito como el cura de Unamuno. Sobre todo con las mujeres del pueblo, a las que tiene abducidas. No obstante, sus motivos son menos altruistas que los del cura de la narración de don Miguel.

Ana reprimió una sonrisa. Lo que don Julián decía acerca del cura no se alejaba demasiado de lo que ella misma pensaba. Pero también en esta ocasión prefirió callarlo. Dejar hablar y mantenerse en un discreto segundo plano era una estrategia que había aprendido y aplicado ya en sus tiempos de *La Vanguardia*. Se limitó a preguntar:

-¿Quiere usted decir que sus objetivos son egoístas?

Julián Maestre tomó otro sorbo de café:

-Sin duda. Don Benito es el típico hijo menor de una familia hidalga no demasiado adinerada pero con pretensiones, al que mandaron, como tocaba, al seminario. Y después de ordenarse le dieron el destino habitual para estos curas, que lo son porque nacieron los últimos en su familia, una parroquia en un pueblo perdido, que no le interesó nunca a nadie y nunca lo hará. Si hasta el Cid pasó de largo y no se tomó la molestia de conquistarlo. Y, de pronto, este pueblo, esta iglesia, tienen algo especial, una santa propia, un milagro propio. Y nuestro don Benito cree que ha llegado su gran oportunidad.

¿Por qué le contaba todo eso? ¿Porque estaba enojado con el cura por haber actuado por su cuenta? ¿Para convencerla de que no había milagro? ¿O tal vez para advertirla de que no cayera en la trampa y le hiciera el juego al cura?

-Pongamos que tenga usted razón, don Julián. ¿No cree que don Benito

habrá ponderado los riesgos que conllevaría un engaño? Imagínese lo que puede suceder si las autoridades eclesiásticas descubren que su santa no es más que una farsa.

-Yo diría que está tomando sus precauciones. De entrada, no ha notificado a su obispado que ha contactado con su periódico.

Ana entendió a qué se refería. Sintió un frío repentino a pesar del fuego bien alimentado de la chimenea. «Un cura listo», había pensado cuando Rubio le pasó el encargo. Un cura listo que se había movido para que su historia tuviera buena prensa antes de que sus superiores en la Iglesia se ocuparan de ello.

Entendió también que el cura listo se lo jugaba todo a una sola carta, que ella, mejor dicho, su artículo, era esa carta. Si ella escribía entusiasmada sobre la santa de Las Torres, la haría conocida en toda España. Entonces, se imaginó, don Benito tendría una posición de fuerza y sería más difícil que sus superiores negaran el milagro cuando las masas de peregrinos inundaran las calles del pueblo.

Pero si no escribía el artículo o presentaba a Isabel como una mentirosa, el plan de don Benito se desmoronaría. Sin artículo no había santa famosa. En el peor de los casos, si ella escribía sobre un engaño, no se trataría solo de hacer el ridículo, sino que podría tener consecuencias para el sacerdote. Pero no estaba allí para preocuparse por don Benito. Dejó a un lado sus reflexiones y dedicó toda su atención a Julián Maestre.

-Antes ha mencionado usted que un artículo en *El Caso* podría perjudicar al pueblo. ¿A qué se refería?

-Pongamos que escribe usted sobre un milagro. Las hordas de peregrinos que empezarían a llegar aquí no traerían consigo más que alborotos. Ahora mismo ya hay disputas por el tema de Isabel. La situación no haría más que empeorar.

Su voz sonó más oscura cuando añadió:

-Y si después se descubre que lo de Isabel no es más que un engaño, como supongo, Las Torres será el hazmerreír de España. Aunque, bien pensado, para don Benito sería el fin de su supuesta carrera, algo que, sinceramente, yo no lamentaría, pero...

Su mirada tenía un matiz acusatorio.

-También sería fatal para el pueblo. Usted ya no estará aquí. Pero a mí me tocará presenciar cómo empiezan a subir las mareas de la decepción y la indignación, me tocará ver que al final la rabia acumulada se descarga sobre algo o alguien.

Ana creyó tener un buen argumento.

-Antes de escribir sobre un tema, siempre controlamos la veracidad de la historia. Mi periódico no está interesado en hacer el ridículo escribiendo falsedades.

-¿En serio? ¿No publicó su periódico varios textos sobre unos platillos volantes? ¿O me equivoco?

Respondió a Julián Maestre con toda la dignidad de la que fue capaz a pesar de que se avergonzaba de algunos de los artículos de su periódico:

-Nos esforzamos siempre por informar con corrección.

Hizo una pausa para dar más énfasis a sus siguientes palabras:

-Más aún cuando se trata de un asunto delicado.

«Delicado» era una palabra que usaba con frecuencia en su trabajo diario. Todo lo que era políticamente problemático, o chocaba contra la estrecha moral del Régimen, o caía entre un conflicto de intereses, todo eso era «delicado». Se decía «delicado» y se dejaba que el interlocutor adivinara de qué tipo de dificultades se trataba. También en los ojos de don Julián asomaba la chispa del entendimiento.

-Es decir, que no quiere dejar cabos sueltos y por eso tiene que comprobar con exactitud lo que va a escribir.

Recordó su conversación con Rubio. El riesgo de que alguien se quejara por haber escrito sobre hombrecillos verdes, por más disparatado que fuera el artículo, era mínimo. Pero el peligro de que las autoridades eclesiásticas protestaran porque *El Caso* se estaba inmiscuyendo en sus asuntos y presentara como ciertas las mentiras de una estafadora era muy alto. Sobre todo si se tenía en cuenta que ello podía ser usado como excusa para cerrarles la publicación.

-Así es. Por eso me resultaría de gran ayuda poder visitar a Isabel en su casa.

-¿Qué haría si llegara a la conclusión de que los estigmas son, digamos, un error?

Ana respondió con rapidez:

-En ese caso, no habría artículo. Como usted mismo ha dicho, una niña con ideas extrañas no es un tema interesante. Tampoco para mi periódico.

Julián Maestre se pasó la mano por la barbilla perfectamente afeitada. Sus labios se curvaron en una sonrisa:

-Don Benito se llevaría una gran decepción.

Más aún cuando supiera que precisamente la periodista que él mismo había llamado desbarataba sus planes. Julián Maestre por lo visto analizaba la posibilidad de jugarle esa mala pasada con su ayuda. Esperó todavía un poco hasta que le dijo:

-Creo que Isabel la recibirá mañana. Tengo mucha curiosidad por saber qué cuenta usted después de la visita.

Despacio, despacio, despacio. Así la verja no hace ruido y él no se entera. Igual no se entera tampoco porque estará durmiendo en su casa. Borracho, como dice madre. Es un borracho. Se hace aguardiente en la caseta donde guarda las palas y el cubo de mezclar el cemento para tapar los nichos. Lo hace él y se lo bebe él. Nunca convida. Se lo bebe todo y ahora estará

durmiendo borracho, pero es mejor no hacer ruido al abrir la verja. Si se entera de que entro, igual pone un candado y ya no puedo venir más.

Una vez casi me pilló. Porque estaba muy oscuro y tropecé e hice ruido. Y el enterrador abrió la puerta y gritó:

-¿Quién anda ahí?

Madre dice que siempre tengo que saludar a los mayores, pero me quedé callado. Y me agaché detrás de un matorral espeso y me escondí. Y él volvió a gritar:

-¿Quién anda ahí?

Pero yo me quedé muy quieto y muy callado y me tapé la cabeza con los brazos. No por miedo, yo no le tengo miedo, es un esmirriado y yo soy más fuerte que él. Le puedo hasta con una mano. Me tapé la cabeza con los brazos por la luna llena. Eugenia me ha dicho que el pelo rubio brilla a la luz de la luna.

Eugenia es la niña más lista del pueblo. Eugenia es la persona más lista del pueblo. Bueno, el maestro también es muy listo, pero cuando Eugenia sea mayor será más lista que él. Y es mi amiga. Me explica las cosas cuando no las entiendo. Ella sabe que el señor Jesús no se acerca nunca a la verja de noche porque les tiene miedo a los muertos.

-Es tan tonto como que el pastor les tenga miedo a las ovejas -dice Eugenia.

¡Qué risa! No soy el único tonto en el pueblo. Hay otro.

Tiene que ser verdad, porque la tía Aurelia también lo dice:

-¿Dónde se ha visto que un enterrador tenga miedo de los difuntos?

«Difuntos», me explicó Eugenia, quiere decir «muertos» pero con respeto:

-Por eso los perros y las ovejas están muertos y nunca difuntos.

Como el enterrador les tiene miedo a los difuntos, enseguida se volvió a meter en su casa.

¡Qué tonto! Igual por eso su mujer y su hija no viven aquí. Y lo dejaron solo con el niño y los muertos. Se marcharon a otro pueblo. Igual porque aquí vive el monstruo. Se lo dije a la tía Aurelia y me miró raro. Casi se echó a llorar. No me gusta que llore la tía Aurelia.

Esta noche tampoco saldrá, hay muchas nubes y no se ve la luna. Y estará borracho porque tiene miedo. Cobarde. Yo no tengo miedo. ¡Qué oscuro! Menos mal que no necesito luz. Me sé todos los caminos y sé dónde está todo el mundo. En los nichos de la derecha están apilados la tía Antonia, el señor Jesús, el padre, que también era enterrador, y la abuela de Eugenia. ¡Qué mala que era! Me pegaba cuando era pequeño. ¡Mala! ¡Mala! En la casita de los ángeles entierran juntos a los Maestre. Aquí, a los niños. Yo ya me he hecho demasiado mayor. A mí nadie me pondrá flores blancas como las que hace la tía Aurelia.

-Ya estoy aquí, Pili. Tengo que contarte muchas cosas. Muchas, pero muchas. ¿Sabes qué? Ha llegado una señora de Barcelona. ¡Es más guapa! Y alta. Y lleva el pelo moderno, como en las fotos de los artistas. ¡Y huele más bien! Huele como cuando te pusieron tantas flores el día del entierro. Huele

como aquí el día de Todos los Santos pero sin cirios. Ha venido a ver a Isabelita. Creo que ha venido porque Isabelita se va a morir pronto. ¡Pobreciiiita!

¡Uy! Se me ha escapado. No tengo que gritar estas cosas, pero se me escapa. ¿Y si lo ha oído el enterrador? Pensará que era un perro. O un fantasma. Es un cobardón. Cobarde, gallina, capitán de las sardinas.

-¿Cómo sé que se va a morir pronto? Lo dice don Benito que se morirá pronto, como tú. Y que entonces le podremos pedir más cosas que ahora. Porque cuando esté muerta estará más cerca de Dios. No entiendo por qué no te las puedo pedir a ti. También estás muerta y cerca de Dios. Pero parece que Isabelita estará más cerca. Por las llagas. Pero no la enterrarán aquí, contigo. Don Benito dice que la enterrarán en un terreno al lado de la iglesia y que después allí levantarán una capilla. La gente irá a verla y ella hará milagros. Pero no te pongas celosa. Yo vendré a verte igual.

Está empezando a nevar.

-Mira, Pili. Nieva. ¿Lo oyes? Y la nieve se queda, no se funde. Va a nevar mucho. ¡Qué bien!

9

Viernes. Por fin vería a la santita. Al abrir los postigos descubrió que una gruesa capa de nieve tapaba los tejados, los alféizares de las ventanas, la calle. También el cielo estaba cubierto por un manto lechoso de nubes bajas; la posición del sol solo se podía adivinar.

Se lavó y volvió a friccionarse con colonia para entrar en calor.

Desayunó una vez más con Aurelia. Sería la última vez que compartirían aquel desayuno de gachas y café en el comedor de la fonda. Después de almorzar esperaba que la recogiera el coche que Rubio le mandaría desde Castellón. Aurelia se había ofrecido para acercarse a la centralita y pedírselo.

-Me imagino que mandarán a Amancio de chófer -le explicó-, que es del pueblo, pero vive en la ciudad. Es mejor que suba él a buscarla, porque conoce bien la carretera y sabe cómo coger las curvas. ¡Y con toda esta nieve y el hielo! Incluso en verano es una carretera peligrosa. Se han matado varios.

«Menos mal que Rubio no me dejó el coche», pensó.

-También podría usted bajar con el autobús del sábado.

No la quiso ofender diciéndole que no veía el momento de volver a casa, que cada día de más en el pueblo le parecía un día perdido.

Contaba con estar en la capital por la tarde. No sabía si llegaría a tiempo para coger el tren, pero aunque tuviera que pernoctar en Castellón, estaría ya en algo parecido a una ciudad. Y el sábado, por fin, en Barcelona.

-Es que me espera mucho trabajo en casa.

-Cuando no se tiene hombre, es bueno tener ocupaciones -dijo Aurelia.

Ana no pudo contenerse y le respondió:

-Y cuando se tiene, también.

-Sí, claro.

Había sido demasiado brusca con la dueña de la fonda. Trató de enmendar su reacción.

-El café que queda es para usted, por supuesto. Le mandaré más desde Barcelona.

-Muy amable, pero...

-Insisto.

Aurelia mostró de nuevo esa alegría intermitente, cuyas interrupciones Ana atribuía a su viudedad y a la pérdida de su hija.

-¡Qué cabeza la mía! La criada de don Benito ha venido a dar recado. Dice que la esperará en casa de Isabelita.

-Pensaba que me recogería e iríamos juntos hasta allí.

Aurelia sonrió con malicia.

-Es que a don Benito no le gusta ensuciarse los zapatos con la nieve. Y para venir hasta aquí tendría que dar mucho rodeo con esos zapatitos tan coquetones que calza.

-¡Pero Aurelia! -Ana fingió escandalizarse.

Si bien estaban solas en la cocina, Aurelia miró a ambos lados. Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente como si este pudiera cubrir sus palabras.

-Y creo que le gustaría ser un poco famoso, como el cura de la radio.

-¿Cuál?

-Venancio Marcos.

-¿El de los domingos?

El padre Venancio Marcos era una estrella de la radio, de la radio de casulla, un predicador locuaz que tenía un consultorio religioso en Radio Nacional de España desde donde adoctrinaba a los oyentes, sobre todo acerca de temas morales.

-Ese. ¿Ha visto qué voz más sonora que tiene don Benito?

-Sí. Ya me di cuenta el otro día.

-Es que lo oyes y te encandila. Y hace una catequesis preciosa. Las niñas tienen que ir dos días a la semana y cada una de ellas es una santa.

-¿Es una santa?

-Sí. Don Benito les da una santa patrona y ellas tienen que vivir con su ejemplo.

-¿Y los niños?

-También, pero don Benito se cuida más de las niñas. Las mujeres necesitamos más guía en la vida.

-¿Qué santa le corresponde a Isabel?

-Isabelita es Santa Lucía.

Que ella recordara, Santa Lucía no había mostrado estigmas, pero la habían matado con trece años, la edad que tenía la niña.

-¡Qué pena que no se quede más! Porque los domingos da unos sermones preciosos. También lo podría escuchar en la misa de diario, pero el sermón del domingo te sobrecoge toda.

-Vaya. Una pena, sí. Otra vez será. Igual algún día lo escucho en la radio.

Ambas intercambiaron miradas y risitas cómplices. Después, una vez más de forma brusca, Aurelia recuperó su expresión grave, algo ausente. Ana entendió que no quería permitirse esas escapadas de buen humor.

-No se asuste cuando vea a la criatura. Las llagas son tremendas.

Creía poder soportarlo. En los últimos años ya había visto mucho. Había visto lo peor, lo que tumbaba incluso a los profesionales más duros: niños muertos. Había visto cómo una niña de tres años, asesinada por su propio tío por razones que nadie se atrevía a preguntar, se convertía en manos de las mujeres de la familia en un «angelito» limpio y vestido de blanco, en un ataúd también blanco, cubierto de flores blancas, alrededor del cual se fotografiaba toda la familia enlutada.

No. No creía que la asustaran las llagas, en ese momento la acuciaba la curiosidad periodística.

-Espero que quiera hablar conmigo.

-¿Por qué no?

-Porque soy forastera.

-Ya han venido forasteros a verla.

-Pero eran de por aquí, por lo que he entendido.

-No se crea. Hace dos semanas vino una señora de Zaragoza a pedirle una intercesión.

-¿Para qué?

-Eso no se sabe ni se dice. Lo que se pide a la santita es secreto. Solo lo sabe ella. Si se cuenta antes, no se cumple.

Cuando salió a la calle un rato después, el cielo denso pero reposado de la mañana había cedido su lugar a una nueva nevada y un vientecillo que amenazaba con ir a más. Con la nieve de la mañana hundiéndose bajo sus pies y los ojos entrecerrados por culpa de los copos de nieve que le golpeaban en la cara, se movía torpemente calle abajo hacia la casa de los Castán. Al doblar la esquina de la calle Mayor, una ráfaga de viento frío la obligó a volver la cara hacia un lado y a cerrar los ojos por completo. Al abrirlos de nuevo, se sobresaltó al toparse a pocos centímetros con la figura de una niña envuelta en un grueso chal de lana que la miraba fijamente. Ana dio un paso atrás, la niña la imitó.

El chal la envolvía desde la cabeza hasta la cintura y solo dejaba al descubierto su cara. Por debajo asomaba una falda gris demasiado holgada, como si perteneciera a una mujer adulta mucho mayor que ella; las piernas eran muy delgadas y estaban embutidas en gruesas medias de lana, los pies se veían desproporcionados porque calzaba unos zapatos a todas luces demasiado grandes. Antes de que Ana tuviera tiempo de decir nada, la niña le dirigió una enorme sonrisa y le dijo:

-¿Eres la periodista de Barcelona? Vas a ver a Isabelita, ¿verdad? ¿Quieres que te acompañe?

La niña se le acercó. Fue entonces cuando Ana se dio cuenta de que bizqueaba. El ojo derecho la miraba, el izquierdo estaba dirigido a un punto indeterminado en el suelo.

-Ya sé dónde es.

-No importa, te acompaño igual. Me llamo Eugenia. ¿Y tú?

-Tengo la impresión de que ya lo sabes.

La niña bajó la cabeza avergonzada e hizo ademán de marcharse. Ana la detuvo.

-Venga, puedes acompañarme si me dices cómo me llamo.

Como en el cuento de Rumpelstiltskin, el enano saltarín, de los hermanos Grimm. «Si adivinas mi nombre, no me llevaré a tu primogénito». Pero en su caso no había secreto. Eugenia respondió sin levantar la cabeza:

-Ana. Y eres de Barcelona, y vives en la fonda de Aurelia, y tomas café, y lees libros, y vas a hacer famosa a Isabelita, y haces fotos, y...

-Basta, basta. Vamos, que don Benito me está esperando.

La niña esperó a que Ana retomara el paso y empezó a caminar a su lado sin quitarle la vista de encima. Ella no sabía cómo interpretar la expresión con la que la contemplaba, una especie de arrobamiento deformado por el estrabismo.

Eugenia señaló el bolso:

-¿Es la cámara?

-Sí.

-¿Me harás una foto a mí también?

-Si me queda carrete, claro.

-¿Qué me tengo que poner?

-Lo que quieras.

-¿Saldré en el diario?

-No te lo puedo prometer.

Puso cara de decepción.

-Es que no sé cuántas fotos podré poner. Y los espacios para las fotos se reservan para las personas más importantes en la historia.

-Pues yo soy muy importante en esta historia.

Lo decía con orgullo, levantando la barbilla.

-¿Ah, sí? ¿Por qué?

-No se puede decir.

-Entonces, entenderás que te ponga a la cola en las fotos.

Eugenia pareció considerarlo y, si es que tenía algo que decir, lo que Ana dudaba, decidió callarlo y cambiar de tema:

-¿Es verdad que en la ciudad las farolas están encendidas toda la noche? Me gustaría ver los edificios de muchos pisos. ¿Es verdad que se puede subir a los edificios sin usar las escaleras? ¿Vas al cine? ¿Cuántos cines hay? Mil, seguro. ¿Sabes que una vez aquí pusieron una película?

-¿Y qué película era?

-*Marcelino pan y vino*. La hizo traer el señor cura. La vimos en la fonda.

-¿Te gustó?

-Sí, era de llorar mucho. Pero un día me gustaría ver una de amor, de amor en la que la gente cante. Seguro que en Barcelona se pueden ver muchas de esas. ¿Sabes por qué quiero que sea una película donde la gente cante? -Eugenia no esperó la respuesta de Ana-. Porque yo canto muy bien. Me puedo aprender todas las canciones con solo escucharlas una vez. Si quieres, te canto alguna canción de la radio. ¿Cuál quieres?

-Es que ahora no se me ocurre ninguna.

La nevada estaba arreciando y el parloteo de la niña, por algún motivo que no lograba explicarse, la inquietaba.

-Pues te canto la que yo quiera, ¿vale? ¿Te gusta Luis Mariano? A mí me gusta mucho. Es español, aunque venga de Francia, ¿sabes?

Eugenia empezó a cantar las primeras notas de «La violetera». Tenía una voz realmente bella, de una claridad argentina, y afinaba al cantar. Ana no pudo reprimir una sonrisa al ver que la niña cogía las puntas del chal y, a

pesar de que la nieve les llegaba por encima de los tobillos, empezaba a bailar al ritmo valseado de la canción. Cada vez que repetía las palabras que Luis Mariano estiraba en la canción, Eugenia echaba la cabeza con coquetería hacia un lado. Doblaron la esquina de la calle donde vivía Isabelita. De pronto, Eugenia detuvo el baile en seco y dejó de cantar. Se llevó la mano a la boca y se quedó plantada. La impaciencia, por lo visto, había sido más fuerte que el miedo a estropearse los zapatos y don Benito les había salido al paso. Con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba a la niña con expresión de enojo.

-¿Cuántas veces te he dicho que no quiero que cantes esas canciones indecentes?

-Pero era una canción muy inocente -trató de defenderla Ana.

-Eso parecen estas tonadillas, pero están llenas de promesas de lujuria. -Se volvió a Eugenia y le gritó-: ¡Lujuria! ¿Y contra la lujuria...?

-Castidad -respondió con la cabeza gacha.

-¿Qué has aprendido en el catecismo sobre los cantos peligrosos?

-Que fomentan la sensibilidad y la sensualidad -recitó Eugenia.

-Venga, a casa, a hacer tus penitencias -dijo señalando con un dedo imperioso el camino.

-Sí, don Benito.

Se dio media vuelta y, sin mirarlos ni despedirse, salió corriendo.

Don Benito se dirigió a Ana, su voz recuperó el tono meloso habitual:

-No es mala, pero hay que estar siempre encima de ella. ¿No la habrá molestado? Es demasiado curiosa, siempre anda por ahí viendo qué hacen los demás.

-No se preocupe, solo me ha acompañado -dijo Ana, a pesar de que tenía que reconocer que Eugenia le había parecido un poco extraña.

-La curiosidad es la endemia de las mujeres.

A ella se le escapó media sonrisa ante lo absurdo de que se lo estuviera diciendo a una periodista. Él se dio cuenta también:

-Vamos, si le parece, Isabelita nos está esperando para recibirla.

Don Benito se frotó las manos. Tal vez por el frío, tal vez porque pensaba, como le había dicho Eugenia, que Ana estaba allí para hacer famosa a Isabelita.

Llegaron a la casa de la santita. No tuvieron que llamar a la puerta, ya los estaban esperando y les abrieron al momento. Entraron. El cura con el paso decidido de la familiaridad; ella tratando de contener la curiosidad que la arrastraba.

10

La sotana del cura se fundió con la oscuridad de la entrada de la casa. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, Ana distinguió otro bulto, una mujer vestida por completo de negro que se había quedado escondida detrás de la puerta. El cura la presentó como Magdalena, la madre de Isabelita. Ana reconoció a la mujer que no le había abierto la puerta el día anterior y había frustrado su intento de ver a la niña. Magdalena era menuda, delgada, con las mejillas hundidas y el pelo recogido en un moño tirante, que acentuaba su barbilla prominente. La miraba con las manos entrelazadas sobre el regazo. Todo en ella recordaba las imágenes ascéticas de santas penitentes. Menos los ojos. Sus ojos brillaban de orgullo. En cuanto el cura las presentó, la satisfacción se extendió también a los labios de la mujer, que separó las manos para mostrarle el camino al piso superior.

-Pase, pase. Isabelita ya está preparada.

La siguió por una estrecha escalera de escalones empinados. Detrás de ella don Benito apenas contenía la impaciencia y dos veces le pisó los talones.

-Perdón, perdón -dijo atolondrado.

En la subida empezó a envolverla una oleada de aire caliente que transportaba un murmullo de voces femeninas. Llegaron al comedor de la casa, un cuarto de techo bajo, con las vigas de madera oscura a la vista, al fondo del cual estaba la cocina de carbón pegada al hogar. En el centro, una mesa cuadrada, que conservaba el barniz solo en algunas partes, y cuatro sillas alrededor. Había dos puertas bajas a la derecha; la segunda estaba abierta. Del interior de la alcoba salía una luz dorada y temblorosa que se imponía en el cuarto al brillo lechoso que entraba desde el otro lado de la ventana que daba a la calle nevada.

Se acercaron al cuarto. El calor, que tan grato le había parecido al principio, se hizo más intenso, también el olor a cera. En la habitación donde los esperaba la santita, a la mezcla de olores que percibía se sumó el de la lana húmeda procedente de la ropa de seis mujeres, tres a cada lado, que flanqueaban la cama.

Todas ellas interrumpieron el rezo del rosario al verla entrar; las seis levantaron la cabeza y la miraron con los ojos entrecerrados. Después, también a la vez, volvieron la mirada al lecho y dirigieron de este modo los ojos de Ana hacia una niña que yacía acostada en una gran cama con los brazos en cruz. Estaba vestida de blanco como una novia. Una novia descalza. Los pies desnudos estaban apoyados en un cojín también blanco cubierto con un paño fino con delicadas puntillas de ganchillo. Le pareció distinguir unas manchas negras en los empeines. Las manos reposaban con las palmas hacia arriba en sendos cojines blancos cubiertos a su vez con paños manchados de sangre que manaba de unas heridas que parecían atravesarlas hasta el dorso.

Las manos y los pies desnudos, expuestos a la contemplación. También la cara menuda de la niña, cuya cabeza estaba cubierta con una mantilla blanca. Estaba muy pálida; los ojos, de color castaño oscuro, hundidos entre las cejas pobladas y las ojeras violáceas. El rostro parecía el de una estatua, apenas parpadeaba, pero su pecho se movía con agitación, como el de los pájaros pequeños. Respiraba por la nariz. Los labios estaban prietos, tan exangües como el resto de la cara.

A un gesto de don Benito, las seis mujeres bajaron la cabeza y reanudaron su rezo de los misterios dolorosos. Las cuentas de los rosarios se balanceaban en sus manos.

Dos altos cirios iluminaban la cabecera de la cama. También había velas en el suelo y en una mesita baja sobre la que habían colocado una figurita de Santa Lucía que sostenía entre las manos un platito con unos ojos arrancados. Las velas, las mujeres rezando, la respiración entrecortada de la niña parecían haber consumido todo el aire del cuarto sin ventanas. Sintió que se asfixiaba, trató de llenar los pulmones y aspiró la mezcla de humo, de tufo a lana y a sudor y de un olor que no llegaba a identificar, pero que le irritó la nariz. Por un momento se sintió desfallecer. Fue un segundo, un vahído levísimo que nadie notó, excepto la santita, que la miraba con fijeza desde que había entrado. La niña se había dado cuenta. Las comisuras de sus labios se levantaron en el esbozo de una sonrisa. Los ojos, atentos, le parecieron de pronto algo burlones. ¿Se estaba riendo de su momento de debilidad?

No. Los labios siguieron estirándose y la sonrisa inicial derivó en una mueca dolorosa. La niña abandonó su posición de reposo, empezó a agitarse en la cama, a patalear mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Se los tapó con los brazos. Las manos quedaron suspendidas en el aire. Estiraba los dedos de forma compulsiva. Se había desprendido de la mantilla y el largo pelo castaño empapado de sudor se desparramaba sobre la almohada. Ana, sobrecogida, dio un paso atrás y se apoyó en el marco de la puerta. Las llagas de las manos de la niña parecían dos ojos oscuros, sanguinolentos, que buscaban las miradas de todos los presentes. Las mujeres se persignaron varias veces; también lo hicieron el cura y Magdalena. Ana permanecía aferrada al marco de la puerta. La cama se movía sacudida por las piernas de la niña, que pataleaba como si quisiera expulsar el dolor que la laceraba. Tenía la boca abierta como si gritara, pero no salió ningún sonido hasta que aspiró profundamente y vació sus pulmones en un único y largo aullido.

-¡Cuánto dolor! -dijo una de las mujeres.

-¡Cómo sufre, la pobrecilla! -le respondió otra desde el otro lado de la cama.

-Criatura... -dijo una tercera.

-¡Qué gozo! -exclamó a su lado don Benito.

Tenían el rostro transfigurado por el deleite de la visión de la niña. Varias de las mujeres sonreían mientras las lágrimas les corrían cara abajo.

Ana lanzó una mirada apremiante a la madre. ¿Por qué no hacía nada? ¿Por qué no aliviaba el dolor de su hija? ¿Por qué no se acercaba para abrazarla o

para ponerle un paño fresco en la frente y bajar la fiebre?

Pero Magdalena permanecía de pie junto a la cama contemplando, con las manos unidas con placidez sobre el regazo, las convulsiones de su hija.

De pronto, sonaron golpes en la puerta. Magdalena salió apresurada de la alcoba.

-Son las visitas -le explicó don Benito.

-¿Las visitas? -preguntó Ana en voz baja.

-La gente que viene a pedirle cosas. También los que vienen simplemente a verla para contemplarla. Mejor salimos y dejamos que puedan estar a solas con ella.

Las seis mujeres se quedaron dentro.

Como si esa fuera su casa, el cura la invitó a sentarse a la mesa del comedor. Lo hizo y poco después pudo presenciar un desfile de personas a las que Magdalena dejaba entrar solo de una en una en el cuarto de su hija. La cola se extendía a lo largo de la pared del comedor, ocupaba toda la escalera y, por las voces que le llegaban, la planta baja, donde la familia tenía la leñera. Los visitantes la miraban extrañados, algunos tal vez molestos, otros más bien halagados.

-Es una periodista de Barcelona -les explicaba el cura.

Ana tenía la impresión de ser también un objeto de curiosidad y que don Benito había escogido con ese fin el lugar donde la había acomodado. A suficiente distancia de las personas que esperaban pero a la vista de todos.

Vio a un hombre apoyado en unas muletas con una pierna que colgaba inerte, como si no fuera suya; una mujer con el rostro deformado por quemaduras, otra cargando en brazos a un niño que parecía hidrocefálico, una anciana a la que subieron en unas angarillas y que metieron en la habitación usando una de las sillas de la casa, una muchacha joven de mirada extraviada de la que el cura le contó que había quedado mal de la cabeza tras una meningitis a los diez años; escuchó toses, lamentos, gemidos infantiles, llantos, también alguna imprecación porque alguien quería colarse o se aproximaba demasiado a otro.

Antes de que los visitantes entraran en la habitación, el cura rezaba con ellos. A falta de estampitas con la imagen de la niña, les entregaba retratos de Santa Lucía y de otras niñas mártires. Después de permanecer unos minutos en el interior todos abandonaban el cuarto muy conmovidos. Ana observaba fascinada la transformación en sus caras y en sus movimientos.

A las dos horas, Magdalena dijo a las personas que esperaban que su hija estaba agotada, que no podía recibir a nadie más. Don Benito apaciguó con palabras amables el murmullo de protesta, desde la escalera les llegó la voz de una mujer:

-He hecho treinta kilómetros para llegar hasta aquí, con esta nevada. No me podéis mandar de vuelta a casa sin haber visto a la santita.

Don Benito intercambió una mirada con Magdalena, ella asintió y dejaron pasar a la mujer para que viera a la niña. Los demás se marcharon. Ni el cura

ni la madre accedieron a nuevas peticiones.

Cuando la mujer salió, lo hicieron también las seis enlutadas que habían estado rezando al lado de la cama de la santita durante todo el tiempo. Magdalena se quedó dentro de la habitación. Don Benito se sentó a la mesa con Ana con aspecto cansado.

-La criatura está exhausta. Pero ha consentido en que la viera esta pobre mujer. Tiene al marido muy enfermo y espera que nuestra Isabelita puede interceder por su salud.

Ana, que había tomado notas discretamente durante todo el tiempo, le preguntó:

-¿Siempre tiene tantos visitantes?

-Sí, cada vez son más.

-¿Viene gente de muy lejos?

-Sobre todo de los pueblos cercanos, pero la fama de Isabelita se está extendiendo fuera de nuestra comarca. Y cuando aparezca su artículo...

La puerta del cuarto de Isabelita se abrió con lentitud y Magdalena salió llevándose el índice a los labios para pedirles silencio.

-La chiquilla tiene que dormir.

-¿Sangra todavía? -preguntó don Benito.

-Todavía un poco. Ya le daré después los pañitos.

Ante la expresión de interrogación de Ana, el cura explicó:

-Los domingos en la misa exponemos los pañitos con la sangre de los estigmas.

-¿Y qué hacen después con ellos?

-Los guardamos. Los tengo todos en un cajón de la sacristía.

-¿Desde cuándo sucede lo de los estigmas?

-Desde hace dos meses. Aunque no podemos descartar que ya sucediera antes pero que la criatura no se hubiera dado cuenta.

Ana tomaba nota. Calculó mentalmente cuántos pañitos habría ya en el cajón.

-Escriba que desde el día de Navidad -dijo don Benito poniendo el dedo sobre el papel justo en la línea en la que Ana había anotado una fecha aproximada, la primera semana de diciembre.

Lo miró atónita. Después, en un acto reflejo, golpeó el fino dedo del cura con el lápiz como si fuera un niño impertinente.

-Eso no fue hace dos meses.

Don Benito apartó el dedo. La expresión de inocente entusiasmo con que hasta el momento se había dirigido a ella había desaparecido de su cara. Detrás de los gruesos cristales de las gafas la mirada se había endurecido, las mejillas, algo blandas, se habían tensado como si hubiera puesto en movimiento músculos que solía tener en reposo. Estaba furioso, pero pareció rendirse ante la posibilidad de quedarse sin reportaje:

-No vaya a pensar que quiero manipular la realidad, solo le sugería una licencia poética.

Magdalena los miraba con expresión de incredulidad, tal vez un poco avergonzada por la escena que acababa de presenciar. Con la mirada baja, se dirigió a la cocina, sacó un cazo y lo puso sobre el fuego:

-Le voy a preparar una tisana a Isabelita.

En el silencio que se había hecho en la habitación, solo se oía el crepitar de las brasas en el hogar y un sollozo apagado que venía desde la habitación de la santita. Magdalena tenía la vista clavada en la puerta de la habitación mientras esperaba de pie al lado de la cocina a que el agua empezara a hervir. El cura también dirigía la mirada en esa dirección. Ana tomaba notas, pero, consciente de que don Benito trataba de espiar lo que escribía, empezó a hacerlo en taquigrafía. No creía que eso lo aprendieran en los seminarios. Aun así, se guardó de anotar sus impresiones, el horror que le había causado ver el sufrimiento de esa niña, su extrañeza ante el fervor que eso despertaba, la sensación, que ya había tenido en su primer encuentro, de que don Benito tenía demasiados intereses personales en la difusión del fenómeno de los estigmas.

Este esperó a que Magdalena entrara con la taza de tisana en el cuarto para volver a dirigirse a ella:

-¿Hay algo más que desee saber?

-¿Hay algo más que usted me desee contar?

Solo por un instante la ira volvió a destellar en los ojos de don Benito. Desapareció en cuanto la mirada seria de Ana lo convenció de que su respuesta no era una provocación, sino una mera pregunta.

-Tal vez pueda ser de su interés saber que en algunas ocasiones Isabelita ha hablado en un lenguaje que nadie puede entender.

-¿Tampoco usted?

-No es latín ni griego. Se sabe que algunas personas que han sufrido estigmas hablan en arameo, pero lamentablemente no puedo identificar esa lengua.

-¿Y la niña no recuerda lo que ha dicho?

-No recuerda nada en absoluto. Tampoco recuerda si ha tenido visiones.

De repente, el cura dijo alarmado:

-¡Las fotos!

Habían olvidado las fotos. Aunque llevaba la cámara en el bolso, la imagen de la niña, lejos de despertar las ansias de capturar la noticia de la periodista, le había suscitado una mezcla de horror y compasión. En ese momento solo quería marcharse de esa casa y de ese pueblo. Con o sin foto. Los lectores de *El Caso* tendrían que conformarse con una imagen de la puerta de la casa o de la iglesia. Tenía también la foto del alcalde y, si accedía a ello, podría retratar a la madre. O al cura. Quizás, ya que le hacía tanta ilusión, a la bizquita, a Eugenia.

Enseguida se reprochó su falta de profesionalidad.

Don Benito miraba consternado el bolso donde suponía la cámara.

-Espere -dijo.

Se levantó y entró en el cuarto de la niña. Cerró la puerta a su espalda.

Escuchó que hablaba con Magdalena, si bien no le llegaban las palabras.

-No -dijo Isabelita.

La respuesta de don Benito no la entendió, hablaba demasiado bajo.

-No quiero más. Tengo hambre -la voz de la niña sonaba ronca.

-Por favor, Isabelita -dijo Magdalena.

-No quiero fotos, no quiero tisanas.

-Isabelita, ya está bien -la regañó la madre.

-Es que no quiero más -repitió llorosa.

Incluso con la puerta cerrada, Ana notó que la estaban moviendo. El llanto de la niña arreció. Los preparativos debían de estar haciéndole daño. Se levantó para decirles que no era necesario, pero una vez más su conciencia y su ambición disputaron una lucha desigual, porque sacó la cámara de la funda y comprobó que llevara carrete. Le quedaban aún ocho fotos. Las usaría todas. La luz en la habitación era muy mala y quería asegurarse de que tendría esa maldita foto de la santita para el periódico.

El llanto se fue debilitando. Era solo un hipido.

Poco después abrieron la puerta. Don Benito y Magdalena esperaban uno a cada lado enmarcando la imagen de la niña. La habían recompuesto tal como la había visto al llegar: los pies descalzos sobre el cojín, los brazos en cruz, la mantilla que le cubría la cabeza. Las manos ya no sangraban, pero quedaban las manchas para mostrarlo y las profundas heridas negras. La mirada de la niña, sin embargo, no era la misma. No había curiosidad en ella, solo rencor.

11

Su salida tuvo la precipitación de una huida.

Metió torpemente la cámara en su funda de cuero, y para no perder el tiempo colocándola bien en el bolso, se colgó la correa al cuello y bajó las escaleras con el aparato balanceándose sobre el abrigo. Don Benito no parecía haber notado su turbación y la seguía escaleras abajo parloteando con alegría después de que Ana hubiera tomado varias imágenes de la niña yaciente.

Al llegar a la planta baja distinguió al fondo de la estancia una mesa que no había visto al entrar y que estaba llena de lo que debían de ser ofrendas: embutido, quesos, huevos, cestitos con patatas, algunas piezas de vajilla, incluso pañuelitos blancos para recoger la sangre de los estigmas.

-Muestras de agradecimiento -se sintió obligado a explicarle don Benito.

-¿También dinero?

-A veces, aunque la familia lo dona todo a la iglesia, para los pobres. Pero la mayoría les entrega algún pequeño donativo, sobre todo cuando reciben alguna gracia.

Señaló hacia una pared de la que colgaban como liebres recién cazadas varios exvotos de cera. Dos piernas y un brazo de adultos, dos bracitos infantiles y un bebé completo que le recordó en su realismo a un feto que un barrendero había encontrado en una papelera en plenas Ramblas.

-¿Tiene constancia de que alguna petición se haya cumplido?

Evitó expresamente la palabra milagro, se negaba a pronunciarla. El cura percibió el tono neutro de su pregunta y respondió con cierta irritación que no podía ocultar detrás de su sonrisa de bonhomía:

-¿No le bastan todas estas muestras?

Con un amplio gesto del brazo abarcó todos los exvotos.

Ana no hizo ningún comentario. Iba a abrir la puerta para marcharse, pero don Benito se lo impidió sujetando la hoja con la mano.

-¿Y cuándo publicará el artículo?

-Si todo va bien, en el próximo número.

Don Benito emitió un murmullo de satisfacción, pero no se apartó de la puerta.

-Estoy seguro de que será excelente. Reconozco que tuve mis dudas al ver que no había venido el señor Rubio y tampoco negaré que su género despertó mi escepticismo. Pero todos mis reparos se borraron en cuanto usted logró hacer cambiar de opinión a don Julián.

Las manos pálidas de don Benito revoloteaban delante de los ojos de Ana. La escasa luz en la habitación les daba el mismo color cerúleo de los exvotos de las paredes.

-Bueno, es una persona razonable -dijo Ana.

-Razonable, razonable. -Aquel calificativo no parecía convencer al cura,

cuyas manos se habían unido delante de la boca mientras golpeaba pensativo los labios con los índices-. Más bien diría, con todos mis respetos porque sin duda es un gran hombre, un prohombre, que es demasiado racionalista, me temo que incluso un escéptico, si bien discreto, por lo menos no proselitista. Por eso me depara una gran tranquilidad saberla de mi parte. Estoy convencido de que será un gran gozo leer lo que escriba.

Tenía la mirada perdida. Estaría viéndose mientras leía el artículo en la fonda rodeado de oyentes fascinados por su imponente voz.

-¿Y qué va a escribir?

-Pues... lo que he visto hoy.

-Claro, claro. Disculpe mi curiosidad. Es un gran momento para mí.

Ana dio un paso hacia la puerta.

-¿Me permite?

El cura quitó la mano y se apartó a un lado con lentitud, como si algo en él, seguramente las ganas de saber qué iba a escribir, se opusiera a ese movimiento, pero no encontrara una razón para seguir reteniéndola en casa de la santita. Ana salió a la calle. Él cerró la puerta dedicándole una sonrisa beatífica.

Había dejado de nevar y la temperatura aún había descendido más. El aire frío se le pegó al cuerpo como si la ropa de abrigo que llevaba fuera de papel. Empezó a caminar sobre la gruesa capa de nieve. Al final de la calle ya no podía mover los dedos de los pies y tenía la dolorosa sensación de que se habían convertido en dos bloques de hielo. Los labios se le habían secado y cometió el error de humedecerlos con la lengua. Maldecía su falta de previsión por haber salido sin guantes; a pesar de llevar las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, se le estaban agarrotando. Caminaba todo lo rápido que se lo permitía la nieve, deseosa de llegar a la fonda, comer algo antes de hacer la maleta y marcharse en cuanto llegara el chófer.

Seguía impresionada por las heridas de la niña. Nada que ver con los fingimientos pintados de la monja portuguesa que le había mencionado Beatriz. Había visto suficiente sangre y suficientes heridas en su trabajo como para saber que se trataba de sangre auténtica y que esta manaba de las manos de la criatura. Pero no creía ni en milagros ni en estigmas. Había una intervención humana, no divina, detrás de todo ese asunto y solo se le ocurrían tres posibilidades: el cura, la madre o la niña. Don Benito era un encantador de serpientes, que con su voz, con el don de la palabra, ejercía un poder enajenante, en especial sobre las niñas y las mujeres. Tenía, además, aspiraciones de fama, de ascenso. ¿Llegaría su ambición a hacerlo autor, si no material, sí intelectual de las heridas? No se imaginaba al cura que no quería mancharse los zapatos en la nieve haciéndolo él mismo; tal vez había utilizado su gran ascendiente sobre la madre. Pero ¿qué madre haría algo así a su hija? Una muy fanatizada, cegada por quién sabe qué promesas de redención. O de riqueza. No. Ninguna madre soportaría hacer tanto daño a su hija. Era muy

distinto a creer que las heridas se debían a una gracia divina. Recordaba con horror la mirada embelesada de Magdalena. ¿Y la niña? Imposible. ¿Qué criatura se haría algo así? Y, sobre todo, ¿por qué? Los ojos de la niña, sus quejas, su llanto no eran gestos de conformidad con su situación. Si hubiera podido hablar con ella a solas..., pero la madre y el cura no lo permitieron ni lo permitirían. La niña estaba expuesta a la contemplación. Nada más.

No se encontró con nadie por la calle, se preguntaba dónde se había metido toda la gente que había acudido por la mañana a ver a la santita. Lo descubrió en cuanto llegó a la fonda. Alrededor de tres de las mesas del comedor estaban sentadas varias personas cuyas caras recordaba haber visto en casa de la niña. Eran forasteros, pensó, pero no tanto como lo era ella, ya que a su entrada todos se callaron y la miraron. Ella sonrió algo intimidada, pero nadie le devolvió la sonrisa.

Solo la mujer joven que había tenido meningitis en su infancia emitió algo parecido a una risa cavernosa y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás en la silla, hasta que la mujer que la acompañaba, tal vez su madre, la obligó a quedarse quieta. La joven dejó de columpiarse, a cambio empezó a sacudir la cabeza mientras mostraba a Ana una sonrisa desdentada.

-Hola, hola -balbucía.

Como Ana no le respondió, lo repitió aún más alto.

-Calla -le ordenó el hombre que estaba sentado a su lado.

-Hola, hola -volvió a decir.

El hombre golpeó la mesa con el puño. La joven agachó la cabeza y empezó a gimotear sin dejar de mirar a Ana de reojo. Ella cruzó el comedor en dirección a la cocina ignorando que todos los ojos la seguían. Aurelia fue en su busca.

-No lo tome a mal, la gente es curiosa. ¡Está usted tiritando de frío! ¿No quiere comer nada?

-La verdad es que me sentaría muy bien. ¿Pudo avisar al chófer?

-Dejé el recado en Correos de que llamaran a Amancio y que le dijeran que tenía que estar aquí hacia las tres. ¿Por qué no se sienta arriba en la salita? Allí estará más tranquila. En unos minutos le subo la comida.

Al parecer Aurelia lo había previsto, porque el brasero ya estaba debajo de la mesa camilla. Ana se sentó tiritando, se quitó los zapatos, los dejó cerca para que se secaran y se cubrió las piernas. Aurelia entró con la comida.

-Parece que don Benito está encantado con usted.

-¿Por qué lo dice?

-Don Onésimo está abajo tomándose un vino y me ha dicho que se lo ha encontrado por la calle y que el hombre está feliz como unas castañuelas. Con perdón.

-¿Perdón?

-Usted no sabe la tirria que le tiene don Benito a la música.

Mientras se terminaba el guiso, esta vez de bacalao con patatas, pensaba en las expectativas tan opuestas que se habían depositado en ella. Por un lado, el

cura que esperaba que su artículo en *El Caso* irradiara el culto a la niña, una elegida, por todo el país, y parecía ver en ello un instrumento para su ascenso en la jerarquía eclesiástica. Por otro, estaba Julián Maestre, por cuya posición sentía una natural afinidad, pero que le había permitido ver a la criatura para que desenmascarara o bien un engaño o bien las consecuencias de una enajenación y acabara de una vez con la incipiente veneración por la niña y el desasosiego que reinaba en el pueblo. Los dos querían algo de ella y probablemente tendría que decepcionarlos a los dos.

Habría sido mejor que todo hubiera resultado un truco simplón como el de la monja portuguesa. ¿Qué habría pasado entonces? Lo más probable era que se publicara una nota desmintiendo el supuesto milagro y que esta le causara bastantes problemas al cura que, por lo que sabía, aún no había informado de manera oficial a la autoridad eclesiástica. Don Julián estaría encantado, se pondría fin a las peregrinaciones y sobre todo se descubriría el engaño. Pero no era así. Porque las heridas eran reales. ¿Lo eran? Sí, lo eran. No podía negarlo.

No sabía qué pensar sobre lo que había presenciado. Las heridas, la sangre, el dolor... Pero ¿qué significaba? No. La pregunta era todavía más simple. ¿Qué había visto en realidad? Todos reconocían estigmas, llagas milagrosas, que recordaban la Pasión de Jesucristo. ¿Era eso lo que había distinguido ella? ¿O solamente a una niña con unas heridas cuya causa no entendía, mejor dicho, no sabía? Una niña delgada y demacrada que lloraba de dolor mientras todos la contemplaban. La pena por la criatura se tornaba en repugnancia por los que se recreaban en su sufrimiento.

Por eso sentía su marcha del pueblo, sus ganas de escapar cuanto antes del lugar, también como una huida. Una huida frustrante para la periodista que necesitaba llegar al fondo del asunto, descubrir el engaño, si bien no tenía ninguna prueba de que lo fuera. Una huida vergonzante porque abandonaba a esa niña sin hacer nada por ella, aunque no sabía cómo ayudarla.

-Pero me marcho -se dijo en voz alta.

«Los periodistas no resolvemos casos ni le arreglamos la vida a la gente. Nosotros informamos y que la gente saque sus propias conclusiones», pensó.

¿Qué escribiría? Tal vez lo mejor sería no escribir nada. Quizás podría convencer a Rubio de que olvidara el tema. ¿Y dejar escapar una buena historia? «¡La exclusiva!, ¡la exclusiva!», recordó. ¿Cuál era la historia? La de una niña a la que le sangraban las manos y los pies y que había levantado una ola de fervor en la región. Casi lo mismo que sabía al llegar a Las Torres. La única diferencia era que lo había presenciado.

En poco más de una hora el chófer la estaría esperando en la plaza. Tenía tiempo para entrar en calor, hacer la maleta y despedirse. Después tocaría por última vez exponerse al frío lacerante, moverse penosamente en la nieve y dejar que las miradas entre curiosas y hostiles de los habitantes del pueblo se clavaran en ella. El viaje a Barcelona sería de nuevo largo y pesado. No le importaba, solo quería estar en casa, escribir en su mesa, dormir en su cama.

Quería escuchar el crujido de los tranvías, las voces en el patio de luces de su casa, timbres de teléfonos; quería ver las oleadas de gente saliendo del metro, las luces de los cines, los escaparates de las tiendas de ropa, de las pastelerías. Y marcharse lejos, muy lejos de esas calles empinadas y desiertas, de las casas de ventanas cerradas, del silencio, de las manos sangrantes de la niña, aunque sabía que la mala conciencia por dejar a esa criatura abandonada a su suerte la perseguiría hasta Barcelona.

Poco después Aurelia le subió un café. Tenía una expresión de contrariedad.

-Me temo que hay malas noticias: la carretera del pueblo está cortada. Demasiada nieve.

-Entonces ¿no ha subido mi coche?

-No. Acaban de regresar dos personas que habían venido a ver a la santita y que habían subido en carro. Han tenido que dar media vuelta y a duras penas han logrado llegar hasta aquí. Me parece que esta noche voy a tener la fonda llena.

-Pero yo tengo que volver a Barcelona.

-Es que es imposible. Además, tal como está el cielo, se ve venir que va a caer aún más nieve.

Aurelia le puso un pequeño azucarero de loza blanca del que asomaba el mango reluciente de una cucharita de plata. Ana entendió que trataba de compensar de algún modo la adversidad.

-¿También del ajuar?

-Sí. Y mire. -Levantó la tapa del azucarero y le mostró el azúcar-. Lo guardaba desde hacía tiempo. Bueno, me voy abajo, que tengo clientela.

-Muchas gracias, Aurelia. ¿Es frecuente que el pueblo se quede aislado?

-Casi todos los inviernos nos pasa una o dos veces.

-¿Y qué hacen entonces?

-No entiendo. ¿Qué vamos a hacer? Lo mismo que todos los días.

-Claro, claro.

Ana se quedó mirando la taza con el café humeante, la cucharita, a la que Aurelia había sacado brillo, metida en el azucarero con el pequeño tesoro que le había ofrecido la dueña de la fonda. Se tomó el café con la solemnidad que merecía ese gesto, sin poder quitarse de encima, sin embargo, la aprensión que le provocaba tener que pasar más días en el pueblo. ¿Cuántos? Se permitió una cucharada de azúcar para apaciguar la sensación de claustrofobia que empezaba a ascenderle desde el estómago. La nevada se había encargado de resolver el dilema que le planteaba la mala conciencia. Ahora que estaba obligada a permanecer allí, tal vez lograra dilucidar el origen de las heridas de la niña.

Salió de la fonda una hora después, esta vez con guantes y con la cabeza cubierta por una toquilla negra de lana que le prestó Aurelia. «Me estoy mimetizando», pensó mientras caminaba con dificultad hacia la oficina de Correos. Por lo menos quería avisar a Rubio de que el pueblo se había quedado aislado y ella dentro de él.

Entró. Otra vez la campanilla, otra vez apareció la mujer gorda con forma de ocho.

-Si viene a llamar, no podrá, no tenemos línea. Se habrá vuelto a caer algún poste con el peso de la nieve.

Muy contrariada, salió de la casa. Agradeció que la distrajeran unas voces infantiles. A pesar del frío, un grupo de niñas estaban jugando en la placita. Jugaban a pillapilla mientras cantaban. Reconoció la melodía de «El patio de mi casa», pero la letra era diferente:

Al monstruo, tan feo,

le gustan las rosas,

las corta, las huele,

les quita las hojas.

Agáchate y vuélvete a agachar,

que las agachaditas se van a escapar.

Al monstruo, tan feo,

le gustan las rosas,

se las come blancas,

las escupe rojas.

Agáchate y vuélvete a agachar,

que las agachaditas se van a escapar.

Le llamó la atención que usaran la palabra «rojo», prohibida por el Régimen. Tal vez en el pueblo era diferente. O tal vez solo la usaban cuando no había adultos a la vista. Al sustituto habitual, «encarnado», le sobraban dos sílabas y no rimaba. Las niñas cantaron en corro, tomadas de las manos, y después tres echaron a correr y una, que se había quedado parada, cantó una vez más en voz alta y a gran velocidad antes de empezar a perseguirlas mientras gritaban:

-¡El monstruo! ¡El monstruo!

Cuando la perseguidora alcanzaba y tocaba a una de las que corrían, esta se

quedaba parada, cantaba la canción y, una vez terminada, se convertía a su vez en la perseguidora. Ana se quedó un momento en la puerta de Correos mirándolas. Una de ellas era Eugenia, la niña bizca que la había abordado por la mañana. Aunque en ese momento era el monstruo, al ver a Ana dejó de tratar de dar caza a las otras tres y se le acercó corriendo.

-¿Has visto ya a Isabelita? ¿Has hecho fotos?

Las otras niñas también habían dejado de moverse y las observaban guardando cierta distancia.

-Claro, le he hecho bastantes fotos.

Empezó a caminar. Las tres niñas no se movían del punto en el que habían detenido el juego. Cruzó la plaza como si de repente se hubieran convertido en tres estatuas que la seguían con la mirada. Eugenia, en cambio, caminaba incluso de lado para no perderla de vista:

-¿Hay nieve en Barcelona?

-Normalmente, no. No hace tanto frío.

-Seguro que la gente está bañándose en la playa.

-Bueno, en febrero, no. Además, allí está haciendo también mucho frío.

La niña seguía en una especie de ensoñación:

-Y la gente se pone una ropa para bañarse en el mar y después se sientan en la arena, al sol.

Nada parecía estar más lejos que un día de verano en la playa. Se imaginó la playa de la Barceloneta con las olas congeladas, detenidas por el frío incluso en pleno movimiento, las crestas como los bordes de figuras de cristal, la arena oculta bajo una capa de nieve; en la orilla, podía ver las marcas petrificadas de las huellas de unos pies descalzos. Los suyos estaban mojados, se le había metido nieve dentro de los zapatos.

-¿Es verdad que los chicos se bañan con unos pantalones cortos, hasta aquí? -Eugenia señaló la mitad del muslo.

-Sí.

-¿Tú los has visto?

Ana volvió a asentir. A la niña se le escapó una risita. ¿A quién se estaría imaginando en bañador?

Eugenia mariposeaba a su lado, ansiosa por hablar. No paraba de moverse, pero uno de sus ojos estrábicos estaba siempre clavado en ella. Llegaron a la esquina.

-¿Sabes que Isabelita es muy muy amiga mía? -le dijo entonces bajando la voz mientras se volvía hacia sus compañeras de juego.

Ana cometió el error de imitarla, tropezó con una especie de bordillo que estaba semioculto bajo la nieve y cayó al suelo. Las risas de las tres niñas sonaron a su espalda. Se habían juntado en el centro de la placita como tres cuervos pequeños y maliciosos. Eugenia no se rio, le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Ana no la aceptó.

-¿Por qué no te vuelves a jugar con tus amigas? -le dijo mientras se incorporaba y se sacudía la nieve de la ropa.

La niña la miró algo dolida y se marchó. Las otras tres echaron a correr.

-¡El monstruo! ¡El monstruo!

Sería mejor regresar a la fonda.

Pasó el resto de la tarde leyendo en el cuartito de Aurelia y escuchando la radio a ratos. Si el sábado no lograban subir ni el chófer ni el autobús le tendría que pedir a don Julián que le prestara algún libro. Algo ligero, no tenía ganas ni de clásicos del Siglo de Oro ni de ilustrados franceses.

Hacia las seis la lámpara parpadeó tres veces. Antes de que Ana prendiera la vela que Aurelia ya había dejado sobre la mesa, en una palmatoria, cesaron las oscilaciones. Hubo varias pequeñas subidas y bajadas más hasta que una hora más tarde la lámpara se apagó y la voz del locutor se interrumpió a media frase. La habitación quedó silenciosa y a oscuras. Ana buscó a tientas la vela, la encendió y espero un poco más, pero la luz no volvió ni lo haría ya.

De todos modos se quedó sentada allí hasta la hora de la cena. Cuando bajó, vio que el comedor estaba lleno. Entre las personas que lo ocupaban distinguió a la familia con la muchacha que había acudido a la santita.

-Hola, hola -saludó con voz gutural.

Una de las mujeres chistó para hacerla callar mientras dirigía una mirada amedrentada hacia el hombre, molesto por la voz.

Ana se sentó sola cerca del fuego, dándoles la espalda a todos. Si querían mirarla, que lo hicieran. Mauricio estaba ayudando a Aurelia a servir las mesas. Le dirigió una enorme sonrisa al verla. Después le trajo la comida. Como no podía apartar la mirada de ella, casi le tira encima el contenido del plato. Aurelia lo riñó, pero él no dejó de sonreír. Movía la nariz de una manera extraña, como si estuviera olisqueando.

Se acostó poco después. La oscuridad fue absoluta en cuanto apagó la vela. Esa noche no cerraría las contraventanas. Le llegaban rumores desde las otras habitaciones. Pasos en la escalera de gente que subía a acostarse, la voz profunda de la joven pidiendo algo a gritos, la madre regañándola, las risas de otra mujer, el golpe de una puerta al cerrarse, los jadeos rítmicos de un hombre, los crujidos de una cama y un gruñido amortiguado al final. Después la casa quedó en silencio. Ana se durmió con un sueño ligero y desabrido.

La despertó un sonido cercano. Aún en el duermevela, creyó reconocer un chasquido metálico y después, pasos lentos y pesados. Abrió los ojos. Alguien había entrado en el cuarto. La habitación seguía a oscuras, pero iluminada por una tenue luz de luna. El intruso estaba de pie en el centro del cuarto. Antes de distinguir su silueta inmóvil, percibió su respiración rápida. Expulsaba el aire por la boca con un bufido incontrolado. Ana se quedó quieta. La figura dio unos pasos tambaleantes y se acercó a su cama. El miedo había paralizado su cuerpo, pero su cabeza buscaba febrilmente, recorría la habitación tratando de recordar si tenía a su alcance algún objeto con el que pudiera defenderse.

La persona se detuvo a los pies de la cama. Un viejo terror infantil hizo que sintiera sus pies muy lejanos e indefensos al notar que la persona se estaba

sentando en la cama. Encogió las piernas. Ya no podía fingir que estaba dormida, la otra persona se dio cuenta:

-Hola, hola -dijo.

Aunque identificó al instante a la joven disminuida, no pudo ya frenar el alarido. La muchacha se asustó y empezó a gritar también. Eran los gritos de una niña aterrorizada que se mezclaban con exclamaciones casi alegres de «hola, hola», como si hubieran entrado dos personas distintas en el cuarto.

Enseguida llegaron rumores desde las otras habitaciones. La puerta de la suya había quedado abierta. La luz de un candil iluminó el pasillo. Una mujer se acercó dando voces:

-¿Qué haces? ¿Dónde te has metido?

La joven seguía gritando.

La mujer entró y alumbró la escena. Ana vio que la joven llevaba un larguísimo camisón que le quedaba muy ancho también. Iba descalza y con el pelo negro alborotado. La otra las miró y se abalanzó sobre la chica, la agarró de un brazo. Como se resistió y la apartó, la cogió del pelo y tiró de ella. Mientras tanto, otros huéspedes habían salido de los cuartos y se habían acercado al suyo. Contemplaban la escena con expresión de asombro. Un hombre se abrió paso, apartó a los mirones para ayudar a la mujer a arrastrar a la joven que se resistía con tanta fuerza que la otra apenas podía moverla del lugar. El hombre llevaba una correa de cuero en la mano. La hizo restallar contra el suelo. La joven se quedó quieta al instante, pero por lo visto esto no le bastaba al hombre, que volvió a levantar la correa y esta vez golpeó con ella a la muchacha. La madre le gritó:

-¡Por Dios! ¡Que es tu hija!

-¿Mi hija? Mi hija murió. Esto no es más que un animal con forma de persona.

La desdichada joven abandonó la habitación con la cabeza gacha.

Ana se levantó de la cama. Se acercó al hombre, que parecía que se disponía a azotarla una vez más en el pasillo.

-Solo me ha dado un susto. No ha sido nada.

-Tiene que aprender -le respondió el hombre-. Todo este viaje para nada. Tira p'alante, desgraciá.

La otra mujer empezó a llorar al escuchar esta última palabra.

-Cierre bien la puerta, señorita -le dijo al marcharse.

-Si solo ha sido un susto -repitió Ana.

-Mañana nos vamos aunque nos cueste matarnos, si no la despeño yo mismo -dijo el hombre.

Su mujer entró corriendo detrás de él. Los demás huéspedes se metieron también en sus cuartos. Aurelia era la única persona que seguía en el pasillo. No la habían despertado, llevaba puesta la misma ropa con que la había visto servir las cenas. Salía de la habitación del balcón. Le hizo un gesto de disculpa.

Del cuarto que ocupaba la familia les llegaron unos gritos y los golpes de la

correa.

Aurelia no les hizo caso. Se dio media vuelta y regresó al lugar de donde había salido no sin antes decirle también:

-Cierre bien la puerta.

Así lo hizo.

Unos minutos después cesaron los correazos y los gritos. Todo quedó en silencio de nuevo, pero tardó en dormirse. Cuando el sueño la venció, lo hizo meciéndola con la canción de las niñas de la plaza: *al monstruo, tan feo, le gustan las rosas, las corta, las huele, les quita las hojas...*

12

El sábado por la mañana, la capa de nieve que cubría el pueblo había vuelto a crecer y se había endurecido. No saldría de allí ese día.

Después de desayunar con Aurelia las cotidianas gachas de panizo con matanza, que ya empezaban a cansarla, se sentó en el cuarto del balcón con los libros y su bloc de notas. Tal vez si revisaba y ordenaba sus anotaciones encontrara alguna idea, alguna pista que la ayudara a llegar al fondo del asunto. Apuntó incluso cuanto recordaba de sus conversaciones con don Julián, con el cura, con el maestro. También frases sueltas cazadas durante la visita a la santita. Llenó varias páginas esperando que algo saltara entre las líneas. Tras varias horas de infructuoso trabajo, decidió salir a estirar las piernas.

-¿Con este frío? -Aurelia reaccionó sorprendida-. Espere que le presto otro chal más abrigado. Se va a congelar.

Salió a la calle con la cabeza cubierta por una gruesa pieza de lana negra impregnada de los olores de las comidas de la fonda. No le desagradó, todo lo contrario, parecía dar más calor, como si hubiera acumulado algo de la temperatura de las ollas y cazuelas.

Era muy difícil moverse en la nieve, aunque algunos vecinos habían despejado partes de la calzada. La nieve en la calle mostraba las huellas del paso de varias personas, había también marcas de las ruedas de un carro y de los cascos del animal que tiraba de él. La nieve crujía bajo sus pies con un sonido que le recordaba la sensación de la lana al ser mordida.

-Usa las tijeras, Aneta -la había reñido su madre la tarde en la que le había enseñado a tejer.

Tenía que haber sido muy pequeña, ya que era un recuerdo del piso grande del paseo de San Juan, donde vivían antes de caer en desgracia después de la guerra, mucho antes de que fusilaran a su hermano Ángel, antes de que su madre sucumbiera al fanatismo religioso, convencida de que era su deber expiar los pecados que habían llevado a su familia a perderlo todo.

-Es que no las encuentro -había respondido, y cortó la lana con los dientes.

El crujido de la nieve le provocaba un escalofrío similar que le subía por la columna y terminaba en la boca en una especie de dentera. Le pareció percibir el sonido de unos pasos a su espalda. Se detuvo y se volvió, pero no vio a nadie; también el sonido había cesado. Reanudó el paso. Esta vez prestó atención. Otros pasos, a poca distancia, doblaban los suyos. Aceleró un poco y, al llegar a la esquina, paró en seco. No se había equivocado, detrás de ella sonaron los golpes de unos pies que se detenían con brusquedad. Se giró. Una sombra, tal vez el tacón de un zapato, desapareció en el portal de una casa.

Al llegar a una calle empinada, una figura se interpuso en su camino.

-¡Señorita Martí, qué alegría verla!

Don Benito salía en ese momento de una casa. Llevaba la cabeza cubierta con una boina negra y tenía la cara colorada. Debía de hacer mucho calor en la casa.

-¿Adónde va? -le preguntó el cura.

-A dar un paseo.

-Pues si quiere, venga conmigo, que le enseñaré la iglesia -le ofreció-. Aunque algo venida a menos, se puede comprobar todavía que fue una construcción imponente en su tiempo, cuando esta región era rica y próspera.

Aceptó. Aprovecharía para hacerle un par de preguntas a don Benito, quien le dijo sin perder el tono de conversación cortés:

-Acabo de dar una extremaunción. Con estos fríos se nos van muchos. La pobre Benigna no pasará este invierno.

No sabía qué contestar a ese comentario. Tomaron el camino hacia la iglesia.

-¿Cómo va nuestro artículo?

-Pensaba escribirlo en Barcelona.

-Ya que tiene que pasar unos días más entre nosotros, podría escribirlo aquí. Me gustaría mucho leerlo y, quién sabe, tal vez podría aportar mi granito de arena.

Hablaba en el mismo tono jovial, inocente, con que se había presentado en la fonda de Aurelia el día de su llegada.

-Ya sé que peco contra la modestia al decirlo, pero me siento como el humilde labrador que sembró la semilla de la fe en esa criatura. En el pueblo entero. No se puede ni imaginar el estado de embrutecimiento moral en que me encontré a esta gente a mi llegada. Mi predecesor, en gloria esté, era ya muy anciano y le faltaba la fuerza indispensable para poner freno a los instintos y hábitos primitivos de la gente del pueblo. Estaban, digamos, asilvestrados. Ha sido una tarea ardua lograr que las niñas participen de la catequesis, que los niños se hagan monaguillos... Ha sido un arduo trabajo -repitió con cierta teatralidad-, pero ahora hemos sido recompensados con la santita.

Ana fingió mirar con interés un ave negra que se acababa de posar en el alero de una casa. La vista agradecía poder fijarse en una figura negra y brillante, lo único que se movía en el sudario blanco que cubría el pueblo. Un graznido cortó el aire como si quebrara una fina capa de cristal y logró atraer también la mirada del cura.

-Un cuervo -dijo-. En primavera tenemos mirlos y zorzales, que son más melodiosos y, si se sube al monte, donde está la ermita de los Pinares, se pueden ver buitres leonados. El señor alcalde, al principio, no estaba muy convencido.

-¿De qué?

-De que los hubiera llamado. Pero le hice entender los beneficios que supondrá para el pueblo. Y ahora diría que es el mayor entusiasta, aunque me temo que este entusiasmo está manchado por intereses pecuniarios. También

él me preguntó si conocía el contenido del artículo. Y yo le dije: «No se preocupe, don Onésimo, ya verá que la señorita Martí nos escribirá algo estupendo sobre Isabelita y sobre el pueblo».

El cuervo graznó de nuevo y echó a volar. Ambos levantaron los ojos y siguieron su movimiento hasta que lo perdieron de vista.

-También le dije al señor alcalde que ahora que la tenemos «prisionera» aquí, tendrá más que escribir.

Rio su propia broma, pero ella no pudo secundarlo. El cura añadió:

-Así, por ejemplo, mañana domingo podrá asistir a la misa mayor, la única ocasión en que Isabelita abandona su casa desde que empezaron los estigmas. Esa es su única morada. Don Onésimo ya puede hacer los planes que quiera, pero la capilla de la niña será en la iglesia o no será.

Ella le repitió la pregunta que ya había hecho con anterioridad:

-¿Pero no hay que estar por lo menos beatificado para ello? Y además eso presupone la muerte de la niña. ¿No estará usted especulando...?

-Eso no está ya en nuestras manos, señorita. Como tampoco está en manos de las autoridades civiles decidir sobre asuntos que no son de su competencia; los asuntos divinos, de la Iglesia, no se someten a las mismas leyes.

Don Benito le puso en bandeja la pregunta que quería hacerle:

-¿Qué piensan sus superiores de lo de Isabelita? Estarán interesados, ¿no? -dijo con fingido entusiasmo.

El cura carraspeó.

-Sí, supongo que sí... que... Vaya, lo estarán en su momento.

-¿En su momento?

-Bueno, hay que esperar, ser un poco cauteloso antes de lanzar las campanas al vuelo.

Ella siguió hurgando:

-Entonces, tal vez preferirá que retrasemos la publicación de nuestro artículo hasta que haya recibido el visto bueno de sus superiores.

-No, no. Son cosas independientes.

Habían llegado a la plaza Mayor, cuya forma trapezoidal estaba enmarcada por casas diminutas en comparación con las dimensiones de la iglesia, una construcción renacentista de tres naves. Los escudos, pináculos y festones de la fachada plateresca de la iglesia hablaban, como había sugerido el cura, de grandezas pasadas inimaginables en el presente.

Entraron. Ana tuvo que acomodar su paso a la parsimonia y la solemnidad con que se movió don Benito en cuanto franqueó el umbral.

Necesitó un poco de tiempo hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior. Aunque las filas de bancos de la nave central eran solo sombras, calculó que en ellas cabían todos los habitantes del pueblo. Distinguió cuatro capillas laterales. En tres de ellas ardían algunas velas dispersas. La cuarta, la segunda a la derecha desde la entrada, parecía incendiada a la luz de los cirios que se apiñaban delante de ella en el suelo.

Una mujer mayor estaba retirando las velas consumidas y enderezaba

algunas que se habían ladeado. Al verlos, les salió al encuentro. Don Benito se la presentó, era su criada y sacristana del templo. La mujer la saludó con una inclinación de cabeza y después se dirigió al cura:

-Don Benito, quizás habrá que poner más candeleros para que el suelo no se cubra de cera, alguien podría resbalar...

La puerta de la iglesia se abrió y cerró con un fuerte golpe. Un niño de unos diez años se dirigía apresurado hacia ellos:

-Don Benito, venga a casa, que se ha puesto muy mala de golpe, que ya se muere.

No llevaba abrigo, con las prisas solo se había puesto una bufanda al salir.

El cura se despidió de ellas y volvió a la casa de la que había salido hacía pocos minutos. La sotana, con los bajos empapados por la nieve, caía lacia a pesar del movimiento.

Cuando se quedaron solas, la mujer le lanzó una mirada feroz a Ana.

-La santita es nuestra. No todos estamos contentos con que venga gente de las capitales a buscarla, que lo sepa.

Le dijo de repente y se marchó con tanta rapidez que no le dio tiempo a reaccionar.

Se quedó sola en la iglesia. Como una polilla, se dejó llevar por la atracción luminosa de la capilla ante la que ardía un mar de velas que iluminaba la imagen de una santa, una niña. Con la mano izquierda sostenía una hoja de palma que apoyaba sobre el brazo; con la mano derecha presentaba una bandeja dorada con dos ojos. Santa Lucía, la santa que don Benito le había adjudicado a Isabelita.

De pronto, le pareció escuchar unos pasos sigilosos a su espalda. Pensó que eran de la mujer. Se volvió, pero sus ojos acostumbrados a la luz de los cirios no vieron más que oscuridad. A continuación volvió a escucharlos seguidos de una risita sofocada.

Se apartó de la capilla de Santa Lucía. Desde el nicho contiguo un San Sebastián asaeteado le lanzó una mirada doliente. El aire que levantó su falda al pasar de largo agitó las llamas de las velas puestas a los pies del santo. La sombra en la boca entreabierta de la figura creció y decreció como si le estuviera hablando. Escuchó un roce de ropas a su espalda que se detuvo de nuevo en cuanto ella se giró. Y otra vez esa risita. Clavó la vista en la puerta y caminó con paso raudo hacia la salida.

Suspiró aliviada al alcanzar la calle. Era mediodía pero el cielo se había oscurecido, la capa de nubes grises lo cubría por entero.

Echó a andar hacia la fonda. Antes de abandonar la plaza, se volvió en un par de ocasiones, pero no vio a nadie salir de la iglesia. Las calles estaban desiertas. Caminaba encogida con los brazos cruzados sobre el pecho, tratando en vano de protegerse del frío.

Pasaría la tarde leyendo. Ojalá que Aurelia le hubiera preparado otra vez la mesa camilla. Si no se quedaban sin luz, podría leer allí.

Escuchó un crujido a su espalda. Ahí estaba de nuevo su perseguidor, los pasos que se ocultaban detrás del sonido de los suyos. Aunque el sentido común le dijera que lo mejor sería volver a la seguridad de la fonda, la curiosidad empezaba a imponerse. La voz de la precaución también tomó parte en el debate y le recordó que podía tratarse de alguien peligroso; la rebatió con el argumento de que no se podía imaginar quién ni por qué. ¿O había mucha más gente que pensaba como la criada de don Benito y que rechazaba su presencia en el pueblo?

Siguió como si no hubiera notado nada, no quería que su perseguidor supiera que había percibido su presencia. Recordaba bien una casa que le quedaba de camino, con el portón ancho y hondo, justo a la vuelta de una esquina. Se dirigió hasta allí. Se escondió dentro y esperó. A los pocos segundos la persona que iba detrás de ella dobló también la esquina y, al no verla, se detuvo. En ese momento Ana salió de su escondrijo. Su perseguidora gritó y cayó al suelo. Era Eugenia.

-¿Eras tú quien me espiaba en la iglesia?

La pequeña asintió.

-¿Se puede saber por qué me estás siguiendo?

Los ojos de la niña parecían enloquecidos. Miraban a un lado y a otro, arriba y abajo como si hubieran perdido toda sujeción. Finalmente, uno de los dos se clavó en ella. Ana le tendió la mano.

-¿Por qué no te levantas?

Eugenia bajó la cabeza.

-Es que me he orinado encima del susto.

Sonaba tan compungida que a Ana se le pasó el enfado.

-Será mejor entonces que te vayas a casa.

La niña se levantó y se sacudió la nieve de la ropa.

-Pero ¿me dejas que te acompañe un trocito?

-¿No vas a coger frío?

No le respondió. Empezaron a caminar hacia la fonda. El silencio de Eugenia duró tres pasos.

-Oye, ¿es verdad que en Barcelona hay teatros donde bailan mujeres desnudas?

-¿De dónde has sacado eso?

-Lo contó Martín, el hijo de los panaderos, que hizo la mili allí. ¿Es verdad?

-Bueno, desnudas, desnudas, no, pero con poca ropa.

-¿Y que se mueven así?

Eugenia empezó a contonearse en lo que pretendía ser un baile lascivo; mientras las piernas daban zancadas para sortear las montañas de nieve, los brazos, entorpecidos por las gruesas ropas, se movían como los de una hurí desmañada. Ana no podía dejar de pensar que debajo de las faldas, el cuerpo de la niña estaba empapado de orines fríos.

-Eugenia, para. Mira que si te ve don Benito...

Estas palabras la frenaron. Se pegó a su lado de nuevo y, en un gesto que

sorprendió a Ana, se agarró de su brazo.

-Oye, Eugenia, ¿es verdad que eres muy amiga de Isabel?

-Su mejor amiga -Eugenia pronunció la palabra «mejor» con énfasis.

-¿Y qué piensa la mejor amiga de lo que está pasando?

Evitó hablar de estigmas o de la supuesta santidad de Isabelita. Notó la presión de la mano de la niña sobre el brazo. No la miraba, sino que caminaba con la vista baja, dubitativa.

-Es que no sé... -dijo finalmente.

-¿Qué es lo que no sabes? ¿Es algún secreto?

Doblaron la esquina de la calle de la fonda. Eugenia levantó la cabeza y se puso de puntillas para decirle algo al oído; Ana se inclinó hacia ella.

-¿No te da miedo dormir en la fonda de Aurelia?

La miró sorprendida. ¿A qué venía ese cambio de tema? Tal vez alguien le habría contado lo sucedido la noche anterior con la muchacha que se había colado en su cuarto.

-¿Por qué tendría que tener miedo?

-Porque allí se murió alguien.

-En muchas casas se ha muerto alguien.

-Sí, pero allí se mató.

-¿Qué quieres decir con «se mató»?

-Que el señor Luis, el marido de Aurelia, se mató en la casa. Se colgó. ¿Sabes dónde?

No quería saberlo, pero Eugenia no parecía dispuesta a cortar la narración en ese punto.

-Se colgó de una de las vigas de la buhardilla, donde Aurelia cuelga a secar los jamones de la matanza.

La falta de delicadeza de la imagen de Eugenia alertó a la periodista. La pregunta le salió como un automatismo:

-¿Cuándo fue?

-Hace tres años. Después de que se muriera Pili -hizo una pausa y se acercó mucho a Ana antes de seguir hablando-. Y a veces vuelve porque se dejó cosas por hacer, ¿sabes? Vuelve para saber quién mató a Pili.

-¿La mataron?

Eugenia asintió con expresión grave.

-Fue el monstruo.

-¿El monstruo?

La niña no hizo caso de su pregunta.

-Y cuando lo encuentre, lo castigará y se lo llevará con él al infierno. Porque los que se suicidan van al infierno y entonces... ¡Tengo que irme! -dijo mirando hacia la puerta de la fonda, que quedaba ya a pocos metros.

Se desprendió de su brazo y echó a correr. La razón de la huida era Aurelia, que estaba en la puerta quitando la nieve de la entrada con una pala. Ana se acercó a ella.

-¡Esa niña! -dijo Aurelia-. Es un zascandil. Está en todas partes, siempre

curioseando, siempre enredando. Pase, pase, que ya le tengo el cuarto calentito.

Fue primero a su habitación y se quitó la ropa húmeda; después cogió los libros y el cuaderno y se metió en el cuarto del balcón. Aurelia había distribuido velas y cerillas sobre la mesa camilla y el aparador por si se iba la luz. El brasero de picón había caldeado el ambiente, pero antes de esconder las piernas debajo de las gruesas tapetas, se dirigió a la cómoda donde estaban las fotos de Pilar. Se fijó en la mirada seria de la niña, que posaba ante la cámara con la misma seriedad que había observado en las personas que había retratado esos días. Tendría diez u once años, aunque la expresión grave y concentrada, el pelo repeinado, aplastado, con la raya perfecta, la hacían parecer mayor, casi veinteañera. Casi idéntica a la que mostraba en la otra imagen dentro del ataúd blanco, vestida para el entierro.

Escuchó los pasos de Aurelia aproximándose. Colocó las fotos donde las había encontrado y se sentó en la mesa camilla. Abrió al azar uno de los libros que había dejado encima.

-Hoy volvemos a tener la fonda para nosotras solas -dijo al entrar-. Todos se han vuelto a sus pueblos como han podido.

A Ana no le quedó claro si se alegraba de ello o lamentaba no tener más ingresos.

-Tenga cuidado con los zapatos. Si los pone mojados tan cerca de las brasas, se le van a cuartear.

Sacó los pies de la mesa camilla y empezó a descalzarse.

-Es que los tengo tan fríos -dijo a modo de excusa.

-Quería preguntarle si quiere que le lave algo de ropa. Como no venía para tantos días, me imagino que le hará falta.

-Si me dice dónde puedo, lo haré yo misma.

-Deje, deje. Si a mí me gusta tener de quien ocuparme.

No había nada extraño en el tono de Aurelia, pero la frase adquiría un dramatismo intenso después de lo que le había contado Eugenia. Si era cierto, no se lo iba a preguntar a la dueña de la fonda.

-Bueno, si de verdad no es molestia...

-Voy calentando agua. En una media hora me baja la ropa, que ya lo tendré todo preparado.

Aurelia salió.

Espió el sonido de sus pasos para asegurarse de que se alejaba antes de volver a levantarse. Miró a su alrededor, como si además necesitase asegurarse de que estaba completamente sola. Volvió a coger las dos fotos y se quedó contemplándolas. Si habían matado a la hija de Aurelia, ¿por qué nadie lo había mencionado? Eugenia había dicho que hacía tres años de ello. En 1953 ella todavía no trabajaba para *El Caso*, pero si el suceso había sido investigado por la policía, sus compañeros lo sabrían. O bien Enrique Rubio o los de la central en Madrid. Esa fuente de información estaba por desgracia cortada de momento. En el pueblo nadie había hecho la más mínima alusión,

aun teniendo a una periodista de *El Caso* entre ellos, de modo que no parecían estar muy interesados en que supiera del tema. Tampoco podía abordar a nadie con un chisme contado por una niña que no parecía estar muy centrada, que tal vez solo había querido hacerse la interesante, pero que, se dijo, era la única fuente a la que podía recurrir.

Ahora sería ella quien tendría que perseguir a Eugenia.

Ana no dejó que Aurelia le lavara toda la ropa ella sola, se sintió impelida a ayudarla. Poco después, la tendían delante del fuego del comedor. En el silencio concentrado con que colocaban las prendas en el improvisado tendedero, las medias, la combinación, la blusa, escucharon pasos en la cocina. Aurelia, por lo visto, ya sabía de quién eran.

-¡Mauricio! ¿Qué andas haciendo por la cocina?

-Nada, tía Aurelia. Vengo a buscar la cena de don Ignacio.

-No seas embustero. No es la hora. Venga, vete a jugar un rato a la calle. Y que no te pille espiando.

Aurelia se dirigió a Ana:

-Con lo grandote que es, se mueve sin hacer apenas ruido. ¡Me pega a veces unos sustos!

Desde detrás de la puerta de la cocina les llegó la risita entrecortada de Mauricio.

-Mauricio, como tenga que ir yo, te vas a enterar. Fuera, te he dicho.

-Sí, tía.

Escucharon el golpe de la puerta.

-En realidad es muy obediente. Y su madre lo lleva bien limpio. Ahí donde lo ve, tan grandullón y tan fuerte, es un angelote. Lo que pasa es que a veces no se da cuenta de la fuerza que tiene; es como un niño en un corpachón de hombre. Pero es bueno. Se nota porque los niños y los animales lo quieren. Y él a ellos. Una de las veces que una de las gatas de la carnicera tuvo gatitos como a Mauricio le gustan tanto los animales, la mujer pensó en regalarle uno antes de matar al resto. Le dijo al chico que cogiera uno, que se lo regalaba, pero Mauricio se emocionó tanto que apretó al gatito con demasiada fuerza y lo mató. ¡No podíamos consolarlo! Tanta era la pena que tenía la criatura.

La interrumpió un sollozo que venía de la cocina.

-¡Pobre gatiiiito!

Mauricio las había engañado, se había escondido y había escuchado desde allí la historia que su tía estaba contando. Aurelia se levantó de un salto, entró en la cocina y volvió con él de una oreja.

-¡Cómo se puede ser tan tonto y tan astuto a la vez!

Mauricio le sacaba dos cabezas, pero se dejaba reñir y castigar por su tía. Gimoteó hasta que su mirada se encontró con la de Ana y entonces toda su expresión cambió, volvió a sonreír mostrándole sus dientes separados.

-Eres muy guapa.

Esto le costó una zurra y una reprimenda.

-Pues ahora te vas a quedar aquí a ayudarme hasta que sea de verdad la hora de llevarle la cena a don Ignacio.

-Es que tengo que marcharme, tía Aurelia.

-¡Vaya! Ahora de pronto tienes que marcharte. ¿Qué escondes ahí?

-Nada.

-Déjame ver.

Aurelia forcejeaba para obligarlo a separar los brazos y mostrarle qué ocultaba dentro de la chaqueta. El muchacho opuso resistencia, pero acabó cediendo. Abrió la chaqueta y de su interior cayeron varios aros que se partieron al chocar con el suelo.

-¡Rosquillas! Pero, Mauricio, ¡estás robándome rosquillas! ¿No te dan de comer en casa?

-No son para mí.

-¿Para quién entonces?

-No lo puedo decir. Es un secreto.

Se llevó el índice a la boca y chistó.

-Sabes lo que les pasa a los ladrones, ¿no? -le preguntó Aurelia mientras recogía los trozos de rosquilla del suelo.

-Que se van al infierno -respondió dócil y algo asustado.

Aurelia tomó la última rosquilla y miró a su sobrino con una mezcla de resignación y cariño.

-Toma. Te las regalo. Ahora ya no son robadas. Pero que no vuelva a pasar. ¿Lo prometes? Voy a buscarte un trapito para que las envuelvas.

Los dejó solos en el comedor. Mauricio se había quedado con las manos juntas sosteniendo el puñado de rosquillas y miraba embelesado a Ana.

-Eres muy guapa.

-Gracias.

-Y hueles muy bien. Te regalaría una rosquilla, pero no son para mí.

-¿Para quién son?

-Es que es secreto -miró a ambos lados.

Ana se acercó un poco y le dijo al oído:

-A mí me lo puedes contar. Sé guardar secretos.

Mauricio empezó a reírse bajito mientras arrugaba la nariz olisqueando.

-Es que son para Isabelita.

-¿Para Isabelita?

-Sí. Es que tiene hambre. Su madre no le da comida. Para que se vaya antes al cielo, ¿sabes?

-¿Y tú le llevas cosas?

-Sé entrar en la casa. Pero es un secreto también.

-No se lo contaré a nadie.

El muchacho seguía sosteniendo las rosquillas como si fueran una carga preciosa. Lo eran.

Conmovida, Ana le dio un beso en la mejilla.

-Eres un buen amigo, Mauricio.

El chico empezó a reír con tanta alegría, que Aurelia lo miró extrañada al volver con el paño.

-¿Qué tontería estarás haciendo ahora?

Mauricio no podía hablar; reía, se atragantaba, moqueaba y lanzaba unos grititos agudos de felicidad mientras su tía envolvía las rosquillas, negando con la cabeza.

-Ven a la cocina. He aprovechado para prepararte la cena de don Ignacio. Hoy le toca fiambre. Despídete de la señorita y deja de hacer el tonto.

-A-a-a-diós -tartamudeó.

Cenaron poco después a la luz de una lámpara de queroseno. La penumbra hacía a Aurelia poco habladora y Ana no tenía ánimo para llenar el silencio. Había entendido lo que significaba el pequeño robo de rosquillas: la estaban dejando morir de hambre. Recordó las quejas de Isabelita y a su madre dándole solo una tisana. Una madre matando a su hija de hambre para hacerla santa. Era una idea tan monstruosa, tan antinatural que por un momento se había olvidado de los estigmas. Pero todo este conjunto aberrante iba acompañado de una pregunta: ¿quién estaba detrás de todo eso? Por supuesto la madre, pero, cuanto más ampliaba la imagen y se llenaba de detalles, el hambre, las llagas, las mujeres rezando el rosario en la alcoba, los pañitos manchados de sangre guardados en la sacristía..., más claro tenía que la madre era solo una cómplice, tal vez incluso la mano ejecutora de la persona que más beneficios esperaba, don Benito. El cura, que había tenido la hipocresía de criticar al alcalde porque este quería abrir un barcito en el pueblo para las visitas. El cura, que se había extralimitado al avisar a *El Caso* sin pedir permiso a sus superiores. Entendía ahora la jugada: su artículo tenía que preparar el camino, hacer que la fama de la niña de los estigmas se extendiera lo suficiente para que a su muerte fueran muchos los testigos que clamaran la beatificación. No le cabía duda, muerta era más rentable. Viva era una curiosidad y en algún momento la Iglesia tomaría cartas en el asunto, enviarían especialistas para investigar el supuesto milagro y averiguarían cómo lo hacían, descubrirían el engaño. No lo destaparían. Lo dejarían caer en el olvido. Pero con la niña muerta todo era más fácil.

Mientras terminaba la cena sin darse cuenta de qué comía, tomó una determinación: no iba a dejar a esa niña abandonada a su suerte. Tenía que arrancarla como fuera de las garras de don Benito y sacarla de allí. Pero tendría que ser precavida, llevar a cabo su plan en el momento oportuno, no ahora mientras estaban aislados del resto del mundo. La confortaba la idea de que tal vez no estaría sola en su empeño, Julián Maestre lo entendería y podría ayudarla. Con el resto de la gente del pueblo no podría contar. Tal vez con Miguel, el maestro. ¿Y Aurelia?

La dueña de la fonda se había levantado y recogía la cocina abstraída en sus pensamientos. Ana pensó que de momento era mejor callar.

Se acostó pronto aplastada tanto por el cansancio como por la necesidad de

olvidar por un momento las revelaciones que el día le había deparado. Su imaginación saltaba de las fotos de la hija muerta de Aurelia a la imagen de Isabelita vestida de blanco sobre la cama, del rostro adulto de Pilar en las fotografías a la expresión doliente de la santita.

Se fue adormeciendo casi sin darse cuenta y, mientras las dos niñas abandonaban su conciencia, otra persona, de quien ni siquiera tenía una imagen, se fue abriendo paso en su mente cada vez más nebulosa. El marido de Aurelia fue tomando forma. Lo veía de espaldas, vestido como casi todos los hombres del pueblo con unos pantalones oscuros, anchos y una chaqueta de pana. Llevaba las manos metidas dentro de los bolsillos y tenía la cabeza inclinada hacia delante. Parecía indeciso, daba un paso hacia atrás y se aproximaba al punto desde el que ella lo observaba y después, enseguida, daba un paso hacia delante y se alejaba. Amagaba con irse hacia la izquierda y después, como si cambiara de opinión, se movía hacia la derecha. Si pudiera llamarlo, tal vez se volvería y podría verle la cara. ¿Cómo había dicho Eugenia que se llamaba? No conseguía recordar el nombre. Trató de acordarse de las palabras literales de la niña. «Se colgó de una de las vigas de la buhardilla, donde Aurelia cuelga a secar los jamones de la matanza.» Al recordarlas, pudo ver los jamones que pendían de las vigas de madera. Las cuerdas atadas alrededor del pie crujían con el lamento quejumbroso del esparto mientras las piezas de jamón se le acercaban, después se alejaban, se movían hacia la izquierda y después, como si tuvieran voluntad, lo hacían hacia la derecha. Guiados por fuerza externa, y como si fueran el objetivo de una cámara, sus ojos enfocaron hacia arriba, siguieron con morosidad los nudos de los cordeles colgados de la viga que atravesaba la buhardilla de punta a punta. Hasta que llegaron a una soga más gruesa que las otras y empezaron a descender por ella muy lentamente. Entonces sonó de nuevo la voz de Eugenia que decía: «Se colgó de una de las vigas de la buhardilla, donde Aurelia cuelga a secar los jamones de la matanza». Sabía que lo próximo que escucharía sería el nombre del marido de Aurelia y que en cuanto este sonara, el cuerpo colgado que ahora vislumbraba ocupando su lugar entre los jamones puestos a secar se volvería y le mostraría la cara. Quería pedirle a Eugenia que se callara, decirle que no quería saber cómo se llamaba, pero sabía bien que una vez que la niña hubiera empezado a contarle la historia no habría manera de hacerla parar. El cuerpo se balanceaba como si tomara impulso para darse la vuelta en cuanto lo llamaran. Eugenia estaba a punto: «Se colgó, el marido de Aurelia, el señor Luis».

¡Luis!

No sabía si había gritado el nombre al despertarse o se trataba del sonido que había salido de sus pulmones ante la sensación de asfixia. Se sentó en la cama y trató de recuperar la respiración mientras sentía que el corazón se le había desbocado. Estaba sudorosa y tenía la garganta seca. Miró con esfuerzo la hora en el reloj de pulsera que había dejado en la mesita de noche. Eran casi las once. Necesitaba un poco de agua. Había dejado una jarra y un vaso sobre

la cómoda. Como sus ojos se habían acostumbrado a la poca luz que entraba por la ventana, se levantó sin encender la vela. Se acercó al mueble. El suelo estaba helado, pero agradeció su contacto porque le confirmaba que había salido por fin del sueño. También el frío de la jarra y del agua, que bebió despacio porque llevaba cincelada en la mente la advertencia materna «es malo beber agua fría demasiado deprisa». Empezó a tiritar, aunque llevaba un camisón grueso, pero antes de meterse en la cama quería tranquilizarse por completo. Dio unos pasos por la habitación, se acercó a la puerta. Como no había más huéspedes, tampoco la había cerrado con llave esa noche. Solo estaban Aurelia y ella en la casa. Solas.

Abrió la puerta, la casa estaba en absoluto silencio. Aurelia no había oído su grito. Volvió a la cama.

-Lávate bien la cara. También detrás de las orejas.

Ya lo sé. Pero madre siempre lo repite. Los domingos hay que ir bien limpio a la iglesia y ponerse el escapulario. Pero el escapulario solo después de desayunar. Me gustan los domingos. Me dejan dormir y cuando me levanto padre y los hermanos ya se han ido. Mejor, así no se burlan de mí, como todos los días, y padre no dice cosas feas de mí:

-Deberíamos encerrarlo en la buhardilla o en el corral con las bestias.

Madre se enfada con él. Ella me pasa la mano por el pelo y dice que soy «un rayito de sol» y que soy bueno. Los hermanos sí que son malos, que me echan a pedradas si me acerco. Otros niños también lo hacen, pero no son mis hermanos. Los hermanos no deberían tirar piedras a los hermanos. Lo dice madre. Pero lo hacen cuando ella no los ve. Una vez me chivé y madre les pegó a los hermanos. Pero después padre me pegó a mí por chivato. Así que no, mejor no hacerlo. Nadie quiere a los chivatos.

-Acaba, Mauricio, que nos vamos.

Es la hora de la misa. Siempre voy con madre porque hay gente en el pueblo que no me quiere. Gente que dice que no debería salir a la calle. No me tiran piedras. Me miran raro. Y dicen cosas. Pero si voy con madre, se callan.

-Ponte el abrigo, Mauricio.

-Es que no tengo frío.

Casi nunca tengo frío.

Hoy llevan a Isabelita a la iglesia. Pobrecita. Me da pena que le hayan salido esas heridas. Le sale sangre. Llora porque le hacen daño. Y porque sigue teniendo hambre, y eso que yo le llevo todo lo que puedo. Es que antes de ser santita era buena conmigo. Como Eugenia. Como la tía Aurelia. Y se enfadaba cuando otros niños y niñas me tiraban piedras o las boñigas de los mulos o me metían hormigas en la boca y abrojos por los pantalones.

Pero ahora Isabelita puede hacer milagros. Volveré a pedírselo este

domingo. Eugenia se enfada cuando se lo digo:

-Le voy a pedir que me arregle la mano.

-Mejor pídele dejar de ser tonto.

Eso haré. Otra vez. Quizás algún día me tocará a mí.

Y si hoy no me toca, por lo menos podré oler el incienso y las velas. Y si está la señora de Barcelona, también podré olerla a ella. Y mirarla. ¡Qué guapa es! Y me dio un beso y dijo que soy bueno.

-¿Te has puesto el escapulario?

-Sí, madre.

13

El café del domingo por la mañana era más flojo que el de los días anteriores, Aurelia empezaba a administrar las reservas.

-Vendrá a la misa, ¿no?

Era otra ocasión para ver a la santita mientras pensaba de qué modo podría ayudarla. Suponía que Julián Maestre también asistiría y esperaba tener oportunidad de hablarle para confiarle sus averiguaciones. Necesitaba un aliado en el pueblo y nadie mejor que él. Se pasó la mano por la cabeza; notaba el cabello sucio.

-Antes me gustaría lavarme el pelo.

-Entonces le calentaré agua. Si quiere, puedo ayudarla.

Sin esperar respuesta, puso un barreño sobre la mesa de la cocina, una olla grande de agua en el fuego y salió a buscar unas toallas. Volvió también con una pastilla de jabón.

-Es un resto que me quedaba de la niña. Es muy bueno, de Marsella. Huela, huela.

Se lo acercó a la nariz. Aún se notaba el olor a lavanda.

-Se lo compré a un vendedor que sube con una furgoneta una vez al mes. A la niña le gustaba mucho.

Lo decía sin patetismo mientras desplegaba un par de toallas blancas con las iniciales P. M. bordadas en azul oscuro. Pilar Mendívil. Su hija.

-Será mejor que se ponga de rodillas en ese escabel porque con lo alta que es usted, si se sienta en la silla, no le llegaré bien a la cabeza.

Ana acercó el taburete bajo que estaba al lado del hogar, se arrodilló en él y apoyó los brazos en la mesa. Aurelia le puso una de las toallas sobre los hombros, cogió un cazo con un largo mango de madera, lo llenó con agua caliente que mezcló con un poco de fría hasta tener la temperatura adecuada.

-A ver, agache la cabeza.

El agua le empapó el pelo.

-¿Está bien así?

Dijo que sí. El resto del procedimiento lo hicieron sin palabras. Ana cerró los ojos, con la cabeza echada hacia delante y el cuello indefenso al aire, sintió en las mejillas el calor del vapor del agua que caía en el barreño y aspiró el aroma a lavanda mientras los dedos firmes de la mujer frotándole el cuero cabelludo y haciendo espuma en su pelo la hacían sentir como una niña en manos de su madre. Aurelia se lo mojó, lo enjabonó y lo aclaró con los movimientos precisos de quien no había olvidado cómo se hacía. Al final, le envolvió la cabeza con otra toalla.

-Ahora siéntese cerca del fuego, no vaya a coger frío.

Ana obedeció mientras Aurelia se llevaba el barreño con el agua jabonosa y lo vaciaba en el cuarto donde estaba el retrete. Volvió y sacó un peine que

guardaba en el bolsillo del delantal y empezó a peinarla con cuidado. Aunque ya lo sabía, le preguntó a Aurelia:

-Isabelita también estará allí, ¿verdad?

-Sí. Los domingos la sacan en una silla y la llevan a la misa.

El peine tropezó con un nudo. Aurelia le dio un par de tirones hasta deshacerlo. Ana no se quejó.

-¿En una silla? ¿Por qué? ¿Por qué no puede andar sola?

-¡Ay, Ana! No me lo pregunte a mí. Igual un poco de todo. Porque le hacen daño los pies y porque es más bonito verla entrar así.

-¿No será también por debilidad? Porque...

Aurelia la interrumpió:

-A mí no me pregunte esas cosas.

El peine se había detenido y las púas se le clavaban en el cuero cabelludo.

-¿Por qué?

-Porque no quiero hablar del tema.

El tono era tajante y la presión del peine sobre su cabeza más que una amenaza era un punto final.

-Disculpe. No quería ser impertinente.

La disculpa quedó aceptada con el movimiento deslizante y rítmico del peine.

-A la hora de la misa ya lo tendrá seco.

Volvió a sus tareas. Ana se quedó sentada, como le había dicho la dueña de la pensión, al calor del fuego, ligeramente amodorrada a pesar del café.

La despertó la voz de Aurelia.

-Velo no tendrá, ¿verdad?

-Pues no.

-Suba conmigo, que le busco uno.

Por primera vez entró en el cuarto de Aurelia. Al contrario que la habitación del balcón, el dormitorio estaba a una temperatura glacial. Una cama con un cobertor oscuro, un armario, una silla y una cómoda eran todos los muebles. No había fotos, ni jarroncitos, ni figuritas, nada que ocultara la desnudez de la superficie de la cómoda. Tampoco nada en las paredes, excepto un crucifijo de madera negra y marfil en la cabecera de la cama. Aurelia abrió uno de los cajones de la cómoda y le tendió un velo negro de tul.

-Es muy fino -dijo Ana.

Unas flores blancas brillaban entre toda la ropa negra que ocupaba el cajón.

-Las hago yo también.

-¿Qué son?

-Azucenas. Son para mi Pili. Los martes voy siempre a misa de mañana y después al cementerio y le dejo flores. Cuando, como ahora, no las hay, se las hago yo misma.

-¿Se murió un martes? -Por instinto había antepuesto el «se» y bajado la voz como si amortiguara la pregunta.

-La enterramos un martes.

Lo habitual hubiera sido completar la frase con la información sobre el día de la muerte, pero Aurelia hizo una pausa y, como si esa línea de la partitura no fuera suya y estuviera contando los compases de espera hasta su próxima entrada. Ana añadió:

-Son muy hermosas.

-¿Le gustan? Quédese una.

-No. Parece mucho trabajo y son para su hija.

-Haré más. Si algo tengo es tiempo. Siempre hago muchas porque me las roban del nicho.

Hicieron el camino hasta la iglesia en silencio. No sabía cómo interpretar el aire ausente de Aurelia, si la había molestado con sus preguntas acerca de Isabelita o estaba perdida en los recuerdos de su hija. En la plaza, un grupo de hombres había apartado con palas la nieve de la entrada de la iglesia. Los montones formaban una pequeña cordillera que flanqueaba el camino a los feligreses que acudían llamados por la campana.

Empezaba a nevar de nuevo con intensidad, el viento hacía revolotear los copos hasta que caían y se unían a la gruesa capa de nieve que cubría las calles y los tejados. La gente caminaba encorvada y apresurada. En cambio, Onésimo Sandoval, el alcalde, estaba de pie, como un vigilante, junto a la puerta de la iglesia y saludaba a los vecinos, que se sacudían la nieve de los abrigos y de los velos antes de entrar. A ellas las saludó con especial entusiasmo.

Le brillaban los ojos. Estaría imaginándose ya el bar que pondrían su mujer y él en el pueblo. Al contrario que la ampulosa retórica oficial del Régimen, cargada de palabras rimbombantes como «imperio», «cruzada», «grandeza», las aspiraciones de la gente en el país eran pequeñas, mezquinas hijas de la mera necesidad de supervivencia. El sueño del alcalde era tener un barcito en un pueblo de mala muerte. Si las ambiciones de la gente en Barcelona eran pequeñas, aquí eran minúsculas.

Detrás del alcalde, pero un poco apartado, el sargento de la Guardia Civil apuraba un cigarrillo. Le dirigió un saludo distante tocándose una punta del tricornio con los dos dedos que sostenían el cigarrillo. Después tiró la colilla y la aplastó con el zapato. Un gesto inútil; la colilla había muerto de frío antes de tocar la nieve. Entró detrás de ellas golpeándose las manos para calentarlas.

A diferencia de su primera visita, la iglesia estaba iluminada. En todas las capillas ardían velas que alumbraban las imágenes de santos, pero cuya luz era absorbida por completo por la ropa negra de las personas que ocupaban los bancos, convertidas en hileras de cuerpos oscuros. Parecía que el pueblo al completo se había reunido en el templo. Todos los bancos estaban llenos, aunque los de las mujeres estaban más concurridos que los de los hombres, que mantenían por lo menos un palmo de distancia entre ellos. Ana agradeció la compañía de Aurelia porque de entre la masa de bultos negros surgió un sinnúmero de óvalos pálidos que se volvieron a mirarla cuando entró. Los que

estaban hablando en voz baja se callaron y los que habían permanecido en silencio empezaron a cuchichear.

No quería que tuvieran la impresión de que la intimidaban, por eso barrió la nave central con la mirada y fue saludando con la cabeza. Algunos, pocos, apartaban la vista; la mayoría, amparados por la penumbra y el anonimato, seguían sus movimientos con absoluto descaro.

Ana hubiera preferido quedarse en un extremo, pero Aurelia le indicó con un gesto de la mano que se sentara al lado de una anciana que se había hecho a un lado para dejarles sitio. Aunque Aurelia era menuda, quedaron tan apretadas en el banco que notaba por un lado las caderas mullidas de la dueña de la fonda y por otro los huesos puntiagudos de la anciana. Sabía que todas las miradas estaban clavadas en ella y que los murmullos que llenaban el ambiente de un sonido como de papeles rasgándose no eran oraciones. Las mujeres del banco delantero fingían saludar a Aurelia para poder volverse.

-Es la periodista de Madrid -dijo la anciana con una voz aniñada y temblorosa.

-Eso ya lo saben, tía Nita -le dijo Aurelia-. Y no es de Madrid, es de Barcelona.

La anciana la observó con renovada curiosidad y le sonrió como si le quisiera dar a entender que eso también le parecía bien. Así interpretaba Ana las expresiones más benevolentes de algunas de las personas que la contemplaban. En otras apreciaba más bien desconfianza, la misma mirada escrutadora de la mujer que le había dicho «la santita es nuestra».

Miró hacia el banco de los hombres. También ellos la observaban; también se topaba con la misma mezcla de curiosidad benevolente y rechazo. Con todo, en su recorrido por las hileras de bancos se encontró con dos caras amigas. Desde la tercera fila, el maestro le dirigió una sonrisa y una inclinación de la cabeza. Delante del todo, sentado en un reclinatorio propio, Julián Maestre también inclinó la cabeza cuando sus ojos se encontraron.

Poco después un rumor de voces excitadas llenó el ambiente de la iglesia.

-¡La santita! ¡Ya está aquí la santita!

Se volvió con los demás a tiempo para ver cómo se abría la puerta y dos hombres entraban cargando a Isabelita en una silla. Era una silla de madera clara, con el asiento de enea, pero los hombres la transportaban como si fuera un trono y la luz de los innumerables cirios que alumbraban la iglesia le confería un color dorado. Isabelita, muy pálida, con el perfil afilado, estaba envuelta en una gruesa colcha de lana que solo dejaba la cara las manos y los pies descalzos a la vista. Las heridas de los pies, blanquísimos como los de una estatua, eran dos puntos negros. La niña tenía las manos en el regazo mientras los hombres la transportaban lentamente, como si fuera un paso de Semana Santa, por la nave central. Las miradas la seguían imantadas, los más próximos le tendían los brazos sin atreverse a tocarla, ni siquiera rozaban a los porteadores. En cambio, algunas mujeres besaban y abrazaban a Magdalena, que seguía a su hija, vestida por completo de negro con una mantilla negra de

encaje y una peineta de teja. Detrás, cabizbajo, caminaba un hombre que debía de ser el padre de la criatura.

Al llegar frente al altar, hicieron una genuflexión. Antes de dejar la silla al lado del primer banco de las mujeres, donde un hueco marcaba el lugar reservado para su madre, la volvieron hacia el público. Entonces Isabelita separó las manos, las levantó hasta la altura del pecho y mostró los estigmas sangrantes. Un murmullo de admiración salió de las gargantas de los presentes. Los porteadores dieron la vuelta y dejaron la silla encarada al altar.

En ese momento apareció don Benito.

Aparte de la presencia de Isabelita en un lugar prominente, no hubo nada extraordinario en la misa hasta que llegó la homilía. Ya había apreciado la belleza de la voz del cura, pero en ese momento fue consciente también de su poder. No eran tanto sus palabras, las descripciones truculentas con que desplegó ante la imaginación de los presentes todas las fases del martirio de Santa Lucía; tampoco los floridos adjetivos con que retrató a la niña mártir ni los diálogos que presentó con un lenguaje que parecía tomado de las películas de santos. Fueron todas las voces que salieron de su garganta, como si estuviera dando cuerpo a un elenco completo de actores. Una agradable voz grave que narraba pausada la vida de la santa hasta que cedía el paso a otra cavernosa, que venía de lo más profundo de sus pulmones, con la que enumeraba con morosidad cada una de las torturas a las que se sometió un cuerpo que no necesitó describir. Unos encontraron el modelo en la delicada figura infantil que ocupaba una de las capillas; otros no pudieron evitar mirar a Isabelita, sobre todo cuando la voz del cura cambió y se volvió suave pero firme para representar en el diálogo a Santa Lucía:

-Nada podrá quebrar mi voluntad de servir al Señor con estas pruebas a las que me estáis sometiendo.

El patetismo con que cargó su dicción llegó hasta el último banco. Las palabras que no lograban conmover a los torturadores, cuyas frases recitó don Benito con el timbre marcial y metálico que Ana conocía de los locutores de los partes de noticias de la radio, sí calaron en los presentes; se escuchó incluso algún sollozo apagado cuando describió con voz ardiente y triunfal las glorias que aguardaban a la santita en el paraíso.

-Allí te esperan, Isabelita, tus hermanas en el sufrimiento: Santa Águeda, Santa Eulalia, Santa Lucía, Santa Inés, Santa María Goretti y también todos los niños mártires que pueblan el cielo de risas y juegos tras sufrir en la vida penalidades y tormentos por mantenerse firmes en la fe de Cristo.

Después de esta frase se escuchó un lamento grave de Magdalena, que abrazó a la niña.

También ella se sobrecogió. ¿Estaba don Benito realmente anunciando en público la pronta muerte de Isabelita?

Algo más tarde, al llegar la hora de la comunión, se produjo una escena extraña. Cuando el cura se disponía a empezar, don Julián hizo ademán de levantarse, pero se contuvo y cedió el primer lugar a Isabelita. La niña se

irguió con gran esfuerzo y se desprendió de la colcha que la cubría. Llevaba el mismo vestido blanco con que la habían expuesto el viernes y una cofia también blanca le recogía el pelo. El vestido dejaba entrever un cuerpo enflaquecido, los brazos delgados, los hombros puntiagudos. Solo tenía que dar unos pasos, pero tan dolorosos que cada uno le costó un gemido del que la feligresía se hizo eco.

-Isabeliiiita, pobreciiiiita.

La voz rota de Mauricio se elevó por encima de las exclamaciones. Alguien lo mandó callar.

La niña comulgó y se volvió con la cabeza baja. Las llagas sangraban, pisaba el suelo de puntillas. Apenas parecía tener fuerzas para sostenerse de pie. Se sentó de nuevo y su madre la envolvió con la colcha. Entonces llegó el turno de don Julián. No se esforzó en disimular que le molestaba la alteración del orden jerárquico. Aunque el terrateniente se hubiera mostrado como un escéptico ilustrado, no parecía muy conforme con ceder su turno privilegiado en la ceremonia.

14

A la salida los esperaba una nueva capa de nieve. El viento, en cambio, se había apaciguado un poco. Tal vez pronto podría marcharse del pueblo.

Una voz masculina a su espalda le robó la esperanza de una pronta partida:

-No me gusta nada ese cielo. Se avecina un buen temporal.

Aun así, y aunque la temperatura parecía haber descendido durante esa hora, se formaron pequeños corrillos en la plaza. Era como si a la gente le costara separarse del calor que desprendían los demás y alargaran las despedidas, como si se resistieran a aceptar que en cuanto se marcharan a sus casas tendrían que quedarse encerrados en ellas, cerca del fuego. También Aurelia se había unido a un grupo de mujeres con quienes hablaba animadamente. La puerta de la fonda estaría abierta, pero a Ana no le pareció bien marcharse sin esperar a la dueña. Habían llegado juntas y volverían juntas.

Un roce a su espalda la hizo volverse. Se encontró a Mauricio pegado a ella con la nariz arrugada, olisqueando.

Antes de que tuviera tiempo de decirle nada, apareció Eugenia y lo apartó con un empujoncito.

-Mauricio, no seas pesado.

-Es que huele muy bien.

Eugenia lo apartó un poco más.

-Huele como Pili.

-¡No digas tonterías!

-Es verdad.

Eugenia se puso el índice sobre los labios. Mauricio la obedeció, si bien siguió protestando entre dientes.

En ese momento vieron que sacaban la silla con la santita.

-Isabeliiiita, pobreciiiita -dijo Mauricio y se acercó corriendo a la puerta.

-Sí -dijo Eugenia-. Pobre Isabel.

-Por los dolores, ¿verdad? -dijo Ana.

Eugenia asintió.

-El otro día me dijiste que eras su mejor amiga.

-Lo soy.

-Ya que eres su mejor amiga, tal vez podrías contarme algunas cosas sobre ella. Para mi artículo.

-Claro. Yo lo sé todo. Pero... -empezó a balancearse sobre los pies hacia delante y hacia atrás-, pero tú me tienes que explicar cosas de Barcelona. Cosas nuevas.

-Lo que quieras -contestó Ana-. ¿Por qué no vienes a verme a la fonda y hablamos?

La niña dudaba todavía.

-Además, así podré hacerte una foto y, si lo que me cuentas es interesante, te

sacaría en el periódico.
-Bueno.
Había esperado una reacción más eufórica teniendo en cuenta el modo en que Eugenia la había perseguido esos días. Pero se percató de que la niña apenas atendía a sus palabras. Su mirada se había quedado clavada en tres personas que en ese momento abandonaban la iglesia.
-¿Quiénes son? -preguntó Ana.
-Mis padres. Tengo que irme.
La tercera persona era Cándida, la criada de Julián Maestre. Eugenia salió corriendo hacia ellos, cogió la mano de su padre y empezó a tironear de ella con apremio. El hombre se soltó con un movimiento brusco y la reprendió. Eugenia se quedó quieta, como un tronco carbonizado por un rayo. Entonces la madre se le acercó por detrás y la abrazó mientras parecía afear al padre la rudeza con que había tratado a la niña. Poco después la criada se despidió. El padre empezó a caminar con las manos en los bolsillos, parecía disgustado; la madre tomó entonces a la niña de la mano, tiró de ella y lo siguió hasta alcanzarlo. Se detuvo y cogió la otra mano de Eugenia. Ana esperaba que la niña se volviera para despedirse o para hacerle alguna señal que le recordara su cita de la tarde, pero no lo hizo. Pensó que no quería que notaran que había estado hablando con ella. Lo más probable era que sus padres fueran de los que no aprobaban su presencia en el pueblo.

La capa reciente de nieve pisoteada por los feligreses se había vuelto resbaladiza y entorpecía los movimientos de los porteadores de la silla de Isabelita. Llegaron a la esquina de una calle empinada que salía de la plaza y el hombre de la derecha resbaló; aunque no llegó a caer, la silla se zarandeó con tanta violencia que la niña tuvo que sacar las manos de la colcha para agarrarse al asiento con fuerza. El dolor que esto le produjo fue tan intenso que el grito se oyó en toda la plaza, acalló todas las conversaciones y ahuyentó a dos pájaros negros que observaban a la gente desde la chimenea de una de las casas y se alejaron con graznidos de protesta. Varias personas corrieron a auxiliar a la niña, entre ellas el maestro. Isabelita se retorcía de dolor en la silla, intentaba incorporarse como si quisiera salir corriendo, pero se lo impedían los pies heridos y descalzos y su madre, que la sentaba de nuevo cada vez que trataba de levantarse. Los dos porteadores esperaban quietos y mudos a que Magdalena tranquilizara a su hija. El resto de las personas que se habían acercado, tres hombres y dos mujeres, también se limitaban a contemplar la escena; ninguno se atrevía a tocar a la niña. Salvo don Miguel, que se arrodilló ante la silla, pero no como un devoto que le hacía una reverencia, sino como el maestro que hablaba con una alumna. Le puso una mano sobre el hombro.
-Tranquila, Isabelita. ¿Te duele mucho?
La niña no tuvo tiempo de contestar, Magdalena lo obligó a levantarse.
-¡Cómo se atreve!

Don Miguel se le encaró:
-Debería verla un médico.
-¿Por qué?
-¿No se da cuenta de que está enferma? ¿De que está sufriendo?
Los corros se deshicieron definitivamente, la gente se acercó a ellos y los rodeó.
-Pero ¿qué dice? No está enferma. ¿No ve que es un milagro?
-Lo que veo es que su hija pierde mucha sangre, que está cada día más delgada y que sufre dolores atroces. Eso es lo que veo, Magdalena. ¡Mírenla! Es un esqueletito. -Se dirigía ahora a todos los presentes-. ¿No se dan cuenta?
La niña se había quedado inmóvil, envuelta de nuevo en la colcha que le tapaba las manos, pero no podía ocultar su respiración entrecortada. Tenía los labios muy apretados y lloraba en silencio. A ambos lados del asiento de enea las manos habían dejado marcas de sangre.
-Veo un milagro -insistió Magdalena.
El círculo de personas que los rodeaba se estrechó un poco más.
-¿La ha visto el médico? Dígame, antes de proclamar que se trata de un milagro, ¿no ha pensado que puede ser una enfermedad? ¿No se le ha ocurrido pensar que se podría curar?
Magdalena lo miraba atónita. Como si la hubiera insultado, levantó la voz al responderle:
-¿Qué enfermedad sería esa? Todos vemos que tiene las marcas de Nuestro Señor, no se necesita un médico para verlo. Y don Benito, que sabe, no tiene dudas.
-Porque tiene fe -dijo una mujer.
-¿No tiene usted fe, don Miguel? -preguntó Magdalena-. ¿Qué hacía usted entonces en misa?
-No se trata de tener o no tener fe, se trata de la salud de su hija, de su vida.
-La salud de mi hija está en manos de Dios. Su vida también.
-Pero solo es una niña, que tendría que salir a la calle, ir a la escuela...
-Mi hija ya no necesita escuela. Todo lo que tiene que saber lo sabe ya, se lo enseña el Señor. Es solo una niña, pero también lo eran Santa Inés y Santa Lucía.
El maestro, consternado, negó con la cabeza:
-¿No le parece muy soberbio lo que acaba de decir?
Si bien el argumento había dejado sin palabras a la madre de Isabelita, logró enfurecer a varias personas:
-¡Pero quién se ha creído que es!
-¿Cómo se atreve a hablarle así a la pobre Magdalena, con lo que está sufriendo?
-Está insultando a Isabelita.
-Está insultando a la santita.
-Es nuestra santita.
Las voces se convirtieron en gritos acalorados, que algunos ya acompañaban

de gestos amenazadores.

-Es nuestra santita -repetían varias mujeres a coro.

-¡Vuélvete a la ciudad! -le gritó un hombre dando un paso hacia él-. Si no te gusta estar aquí, márchate del pueblo.

-Aquí no necesitamos ateos.

-Va a acabar como don Amadeo, con la espalda contra la tapia del cementerio.

Ana no sabía quién era don Amadeo, sin embargo también ella había entendido. Le daba miedo la amenaza a la vez que la sorprendía el «don», la marca de respeto hacia el muerto, el maestro antes de la guerra, suponía. El mismo «don» que se interponía entre Miguel y la turba airada era, con todo, una protección vulnerable. Tampoco a don Amadeo le había servido. Lo habría resguardado tan poco contra las balas como la camisa o la chaqueta que llevara. También su ropa ahora se había vuelto de papel. Empezó a tiritar. El frío tiraba de ella hacia la fonda, pero, aunque no supiera qué hacer, no quería dejar solo a don Miguel. Se acercó cautelosa al grupo.

-La santita es nuestra -gritaba una mujer con el rostro enrojecido por la ira.

La niña se había hecho un ovillo dentro de la colcha. Mientras se peleaban por ella, la habían olvidado sobre la silla. Incluso los dos hombres que la habían transportado le daban la espalda. Uno de ellos increpaba al maestro:

-¡Ateo! ¡Ateo!

El otro escuchaba las quejas enardecidas de una mujer.

-¡Pero quién se habrá creído que es!

El círculo se estrechaba aún más y las voces airadas se habían convertido en un griterío. Un hombre joven, robusto, azuzado por dos ancianas, hizo ademán de abalanzarse sobre el maestro. Entonces Julián Maestre y el sargento de la Guardia Civil, que habían contemplado la escena desde la distancia mientras hablaban, se abrieron paso entre la gente y se acercaron. El sargento se interpuso entre don Miguel y el hombre.

-Pero ¿qué es esto?

El joven protestó ante la intromisión:

-Está insultando a la santita.

-No me pareció escuchar ningún insulto -intervino Julián Maestre-. ¿Qué le ha dicho?

El otro quedó desconcertado. Metió las manos en los bolsillos de la gruesa chaqueta y miró a su alrededor buscando ayuda. Solo una de las ancianas que lo había incitado a atacar al maestro se atrevió a responder:

-Es que ha insultado a Magdalena.

-Si ha sido así, no era esa su intención, ¿verdad, maestro?

Don Julián le puso el brazo sobre el hombro. Don Miguel negó con la cabeza.

-¿Lo ven? ¡Hala! Cada uno a su casa y aquí no ha pasado nada.

-Ya han oído lo que ha dicho don Julián -añadió el sargento-. Venga, a casa. No quiero alborotos.

Nadie protestó, nadie se opuso. Algunos recordaron de repente a la niña y se despidieron de ella con una pequeña genuflexión cuando los dos hombres volvieron a levantar la silla. Estaba aún más pálida que a su llegada a la iglesia, parecía a punto de perder el conocimiento. Lejos de dar la razón al maestro, esta circunstancia produjo una especie de embeleso en algunas de las personas. La madre y varias mujeres formaron una comitiva que reanudó el camino interrumpido por el resbalón y el tumulto. A despecho de la compañía protectora de don Julián, varias personas no contuvieron alguna mirada rencorosa a don Miguel, pero se alejaron sin decir nada.

Don Julián le dio unas palmaditas en el brazo y se despidió de él.

-Recuerde, maestro, que no hay que quitarle el hueso al perro cuando lo tiene en la boca.

Después se encaminó a donde lo esperaba el sargento. Pasó al lado de Ana y le dirigió un saludo un poco distraído antes de preguntarle:

-¿Cómo va ese artículo?

-Bien. De momento no he escrito nada.

Él se detuvo y enarcó las cejas sorprendido.

-¿Y bien?

-Porque quiero hacer más averiguaciones. Estoy segura de que voy a llegar al fondo del asunto y descubriré qué está pasando aquí. Y respecto a esa pobre niña...

-¿Dónde?

La pregunta de don Julián era algo absurda y la desconcertó.

-¿Dónde va a ser? En el pueblo, en Las Torres.

-Claro, claro -llegó a responder antes de que el sargento los interrumpiera.

-Don Julián, perdone, tenemos que seguir.

Se despidió de ella con un gesto breve, sin darle oportunidad siquiera de concertar una cita a solas.

Vio entonces que el maestro se había quedado inmóvil en el mismo lugar en que había sucedido el enfrentamiento. Dio un paso en su dirección. Como si esa hubiera sido la señal que necesitaba para moverse, este le hizo entender con un gesto que tenía prisa y se marchó. Ella pensó que no quería hablar de lo sucedido. Sería mejor volver a la fonda. Buscó a Aurelia. No se había unido al corro. La vio en la puerta de la iglesia consolando a Mauricio, que sollozaba abrazado a ella. El muchacho parecía un oso rubio que la tuviera atrapada entre las zarpas; cada sacudida del llanto agitaba también el cuerpo de Aurelia.

-¿Qué tiene? -preguntó Ana.

-Está desilusionado. Don Ignacio ha convocado al somatén para hacer una batida por el monte y a él le gustaría ir con ellos. Pero no lo quieren.

Mauricio levantó la cabeza. Tenía los ojos anegados y moqueaba.

-Si Isabelita me hubiera curado podría ir -dijo entre hipos.

Ana sintió tanta piedad ante ese absurdo deseo que se escuchó a sí misma decir:

-Bueno, la próxima vez.
Mauricio la miró y detuvo el llanto.
-¿Tú crees?
-Claro.
El muchacho se separó de Aurelia, se limpió la nariz con la manga de la camisa y sonrió.
-Eres muy guapa.
Aurelia le dio un pescozón.
-No seas descarado, Mauricio. Y a la señorita Martí háblale con respeto, de usted.
Mauricio bajó la cabeza, pero le lanzó una mirada traviesa a Ana.
-La señorita Martí huele muy bien, huele como Pili.
La cara de Aurelia se descompuso por unos segundos.
-Anda, vete a casa. A ver si la santita te arregla un día de estos y dejas de decir tonterías.
Mauricio se marchó corriendo. La mano izquierda se balanceaba como si fuera un zurrón que arrastrara consigo.
Ya solo quedaban ellas dos en la plaza. Se encaminaron a la fonda.
-¿Le puedo preguntar una cosa? No es sobre Isabelita.
-Si es por lo de don Amadeo, era el maestro. Lo fusilaron los falangistas. También a Mateo García, aunque solo tenía dieciséis años y había sido monaguillo, y a uno de los Tello, Jacinto, también a...
-Jacinto Tello ¿es pariente de Serafín Tello, el maquis?
-Su primo. Serafín se escapó y se echó al monte. Si lo hubieran pillado también lo habrían fusilado.
-¿Gente del pueblo?
-Los muertos, todos. Los que los mataron, no -hizo una pausa, miró a su alrededor y bajó la voz-. Sí los que los denunciaron.
Habían llegado a la fonda. Al abrir la puerta las recibieron el calor y el confortante olor a leña de pino.
-Voy a avivar las brasas.

Ana pasó la tarde en la habitación del balcón. Cuando había luz, escuchaba la radio. Aurelia le había contado que el aparato lo había construido el maestro, que había hecho un curso por correspondencia en una academia de Barcelona y que desde allí le mandaban piezas para montar radios. Tal vez, pensó Ana, esa era su forma de evadirse. La escena en la plaza le había mostrado que él podría ser el aliado que necesitaba para rescatar a la niña. Más que Julián Maestre, cuya actitud distante ante el sufrimiento de la niña había enfriado las expectativas que había puesto en él.
Las voces de los locutores, la música, las noticias le recordaban que el mundo exterior seguía existiendo. El mundo al que ansiaba regresar. Un mundo deseable también para algunos en el pueblo, como Eugenia; hostil y amedrentador para casi todos los demás.

Las voces de la radio volvían a hablar del tema del momento, las bajísimas temperaturas:

«Frío intenso y precipitaciones en Cantabria y la costa norte, parte de Levante y el centro. Las copiosas nevadas en el norte y el Duero han causado interrupciones del tráfico ferroviario y por carretera entre la capital y el norte. Las temperaturas medias mensuales están siendo inferiores a las normales en toda España. Este mes de febrero está siendo el más frío del periodo desde 1901. Así, se registran quince grados bajo cero en Pamplona, trece grados bajo cero en Cuenca, once bajo cero en Valladolid, diez en Gerona, Burgos, León, nueve bajo cero en Madrid, Salamanca, Ciudad Real...»

Se estremeció al oír que la temperatura en Barcelona era de casi siete grados bajo cero y acercó más los pies al brasero de picón. Escuchó que también en Almería y Cádiz estaban bajo cero y pensó que la nieve y el hielo tardarían mucho en desaparecer. Seguía retenida en Las Torres. El locutor continuaba hablando:

«El gran frío que paraliza todo el continente europeo es solo comparable con las temperaturas que sufrimos en enero de 1914.»

La luz se fue hacia las tres. Pudo leer un rato con luz natural, pero después tuvo que encender un par de velas. Mientras esperaba la visita de Eugenia, pensó qué le contaría a la niña sobre Barcelona. Empezaría con el parque de atracciones del Tibidabo y después le describiría la iluminación navideña y la cabalgata de Reyes. ¿O sería demasiado infantil para ella? Por lo poco que había hablado con ella, Eugenia le había parecido una niña dotada de una gran inteligencia; una inteligencia ansiosa por ser alimentada ante la amenaza de perderse sin remedio en ese entorno, una inteligencia aún viva y hambrienta.

A las cinco seguía esperando.

A las seis ya había pasado por varias fases de enfado seguidas por posibles excusas y explicaciones: tendría que ayudar en casa. O tal vez sus padres eran de los que rechazaban su presencia en el pueblo y la habían castigado porque la habían visto hablando con ella. Lo habría olvidado. Por otro lado, había mostrado tanto interés por hablar con ella...

Por la noche, después de cenar un plato de embutidos a la luz de la vela, se metió en la cama. Al día siguiente trataría de encontrarla y, aunque fuera por la calle, hablarían un rato.

Se tapó hasta la barbilla y se hizo un ovillo.

El gran frío se quedó fuera, en la que iba a ser, había dicho la radio, la noche más fría que se recordaba en España.

Otra vez me han dicho que no. Siempre me dicen que no.

Don Julián ha dicho que no.

Don Ignacio ha dicho que no.

Don Onésimo me ha dicho que no y además se ha reído de mí:

-¿Cómo nos vamos a llevar al tonto este? Solo nos faltaría que viniera también el Paquito.

¡Pero yo no soy como el Paquito! El Paquito se pasa los días metido en un cuarto asomado a la ventana con un babero y eso que tiene más de veinte años. El Paquito no sabe hablar, solo dice «quito, quito» cuando alguien lo llama por su nombre. El Paquito se lo hace todo encima. Yo sé hablar y sé ir al retrete a hacer mis cosas y me limpio.

Esta noche sí que hace frío. Menos mal que me he puesto la zamarra gorda y he cogido un gorro de lana de padre, pero me he olvidado los guantes. ¡Tengo las manos más frías...!

El somatén ha salido hace una hora. He tenido que esperar a que madre se durmiera para escaparme. Para seguirlos. Hoy igual cogen al Serafín, el hermano de Domingo. Don Ignacio dice que así es en muchas familias, que hay hermanos buenos y hermanos malos. Domingo es bueno porque ganó la guerra. Serafín es malo porque perdió.

Sé adónde van. En el cuartelillo, mientras barría, he oído que decían que irían al mas de Trespinos. Que hacía seis meses que los maquis lo habían asaltado.

-Eso es, por lo menos, lo que cuenta el amo. Para mí que está conchabado con ellos -ha dicho don Ignacio.

-O lo tienen amenazado -ha replicado el alcalde-. Mire lo que le hicieron al del mas de Fuentecilla, que le robaron las ovejas. Le mataron al hijo y a los perros.

Ahí se me ha escapado la voz porque me ha dado mucha pena lo de los perros. Y me han pillado.

-¡Tú! ¿Qué haces siempre husmeando?

-Déjalo, Onésimo. ¿No ves que es también un animalillo? -ha dicho don Julián.

Don Julián es bueno. Muchos en el pueblo le tienen miedo pero yo no, porque me trata bien y siempre dice que soy un animalillo y los animalillos son buenos. El alcalde, en cambio, me ha dado una patada en el trasero.

Como ya me habían pegado y casi nunca me pegan dos veces, les he preguntado si podía ir con ellos. Porque además, salía un somatén más pequeño, solo cinco hombres. Los mejores, ha dicho don Ignacio. Faltaba yo.

-No, Mauricio.

Pero yo voy igual.

No me ha visto nadie porque las calles están a oscuras. Se ha ido otra vez la luz.

Para ir al mas de Trespinos hay que coger primero la carretera que sale del pueblo y después el camino en el bosque, que es tan estrecho que no pasa un carro. Los del mas siempre vienen en mulos.

¡Qué difícil es caminar con tanta nieve! Pero se pueden ver muy bien las huellas del somatén.

¡Anda! Estas huellas no son del somatén, son muy pequeñas. No van a

Trespinos, siguen la carretera. ¿Y si las sigo?

Ya sé de quién son. Ahora se han metido en el bosque. ¿Está jugando? Claro que está jugando. A ver si la pillo.

-Te pillaré, te pillaré.

Aquí sí que está oscuro, como los árboles tapan la luz de la luna... Te pillaré, te pillaré.

-¡Te pillé! No te hagas la dormida. Te he pillado. Ahora pillas tú. Eugenia, pillas tú. Venga, levántate. Eugenia, si no te levantas me voy.

Pues me voy. Ahí se queda con su hatillo. Si no me habla, me voy.

No. No me voy.

-Eugenia. No me gusta este juego. Levántate. ¡Eugenia! ¡Pobreciiiiita!

15

La noche más fría del año fue también la más corta. Hacia las dos la despertaron voces y gritos en la casa. Se levantó y abrió la puerta. Llamó a Aurelia. La dueña de la pensión subió la escalera al oírla. Estaba vestida y se alumbraba con una vela. A pesar de la escasa luz se dio cuenta de que había llorado. En la planta baja varias personas hablaban y gritaban a la vez.

-¿Qué sucede, Aurelia?

-Una desgracia. Han encontrado muerta a Eugenia.

Ana salió descalza de la habitación y se acercó a ella con pasos vacilantes.

-¿Cómo?

-Estaba en el bosque. Mauricio la encontró. Avisó al somatén, que no estaba muy lejos.

Ana comprendía todas las palabras de Aurelia y, con todo, no entendía qué le estaba diciendo. La dueña de la fonda se dio media vuelta y corrió escaleras abajo. Ella se quedó paralizada en el pasillo a oscuras. Aturdida, solo percibía golpes de aire frío que precedían a la entrada de otra persona en la fonda.

Eugenia muerta en el bosque.

La frase se construyó en su cabeza con toda claridad, pero su entendimiento seguía negándose a aceptarla.

Sin cerrar la puerta, se metió de nuevo en el cuarto y empezó a vestirse con una parsimonia que no se debía a la presencia de ánimo sino al estupor. Distinguió luces en la calle. Se acercó a la ventana y vio pasar a un grupo de tres vecinos que se alumbraban con antorchas de brea. No venían a la fonda, pero tampoco se dirigían a la casa de Eugenia, puesto que esta quedaba en la dirección contraria.

Se calzó y bajó al comedor. Allí se habían reunido ya más de treinta personas. Mujeres llorosas, hombres de rostros oscurecidos por la preocupación, también niños. Los más pequeños dormitaban o lloriqueaban; los mayores habían formado un corrillo cabizbajo alrededor de una de las mesas. Le lanzaron una mirada fugaz al verla entrar y acercaron todavía más las cabezas. Tanto los que hablaban en grupos como los que rumiaban solos parecían rodeados de una capa de aire oscuro que no le estaba permitido rozar. Entendió que en ese momento la forastera de Barcelona era una presencia tolerada mientras no tratara de intervenir en la escena. Por eso no se atrevió a preguntar. Aurelia avivaba el fuego. Al verla, la invitó a acercarse. Se dirigió cabizbaja hacia la silla que le ofrecía Aurelia; como si quisiera negar incluso su condición de observadora, la arrastró hacia un rincón poco iluminado y se sentó. Desde un extremo de la mesa, una anciana le dirigía miradas furtivas y rencorosas mientras hablaba al oído de una mujer más joven sentada frente a ella, de la que Ana solo veía la espalda y los movimientos asertivos. Hablaban de ella, de su presencia intrusa. Se preguntó si no debería regresar al cuarto.

¿Cómo entenderían su marcha? ¿Una muestra de respeto? ¿Desinterés? ¿Una huida forzada? ¿Qué haría en el cuarto? Como todos allí, buscaba respuestas a las preguntas detrás de las cuales acechaba, esperando su momento, el duelo por Eugenia.

La llegada de dos nuevas personas desvió por completo su atención. Las voces de los presentes reclamaban ansiosas algún tipo de información. Los recién llegados asintieron con la cabeza, respondiendo a lo que todos ya sabían pero, al igual que Ana, se negaban a aceptar. Una mujer joven prorrumpió en llanto y a su vez se echó a llorar el bebé que sostenía en brazos. Un anciano se desmoronó sobre una silla y ocultó el rostro entre las manos, otro le puso una mano sobre el hombro. Los lamentos y los murmullos dieron voz a las preguntas de Ana:

-Pero ¿qué hacía esa criatura en el bosque con este frío?

-Dicen que llevaba un hatillo con ropas.

-¿Adónde iría? Su madre llevaba buscándola desde la tarde.

-¿Por qué no la han llevado a su casa?

Nadie tenía respuesta, pero entre los interrogantes empezaban a emerger también aseveraciones.

-No la habían visto desde la comida, así que saldría a esa hora.

-Se le haría de noche antes de llegar adonde fuera.

-Se perdió.

-Se echaría a descansar un momento y se durmió.

-Don Ignacio la ha hecho llevar al cementerio. Para examinarla.

-La llevaba envuelta en una manta.

-Parecía dormida.

-Aunque llevaba horas allí, las alimañas no la han tocado.

-Y mira que con toda esta nieve las alimañas tienen hambre.

-Como los maquis.

-¡Calla! ¡Qué cosas dices!

-No la tocaron. Estaba intacta.

-Intacta.

-Entera.

De la mesa alrededor de la cual se habían sentado los niños como en un corro, llegó el bisbiseo de una niña:

-El monstruo, habrá sido el monstruo.

-Como con la Pili -dijo a su lado un chico de unos quince años, y abarcó el comedor de la fonda con la mirada.

-Porque ya tenía la edad -añadió la primera.

Otra niña le hizo un gesto para que se callara y señaló con la cabeza hacia Ana. Sus miradas se encontraron, no podía fingir que no lo había oído. La que había mencionado al monstruo empezó a canturrear la cancioncilla en voz baja a pesar de los golpecitos admonitorios de la otra.

Aurelia se movía del comedor a la cocina con la laboriosidad nerviosa de los velatorios y servía vinos y vasos de agua a la gente. Tenía la mirada vacía,

perdida. Ana recordó las imágenes de su hija, muerta a la misma edad que Eugenia. Pasó al lado de la mesa donde la niña canturreaba en voz baja. Se detuvo en seco al escuchar la melodía, su cara se contrajo primero con una expresión de miedo, después de puro enojo.

-¡Silencio! -ordenó.

La niña obedeció y se sentó muy recta en la silla.

Una voz adulta repetía al otro extremo de la habitación:

-Intacta, intacta.

La interrumpió el sonido de la puerta al abrirse de nuevo. Don Miguel entró en la fonda, pero las miradas hostiles de los presentes lo detuvieron en seco como si hubieran alzado un muro invisible delante de la puerta. Aurelia, dueña a fin de cuentas, lo derrumbó cuando se acercó a él para acompañarlo hasta el fuego. El maestro se quedó de pie al lado de Ana, dando la espalda al resto de la sala, excepto a la mesa ocupada por los niños. Ante su llegada, incluso los que estaban casi vencidos por el sueño, se incorporaron en las sillas como si estuvieran en la escuela. Una de las niñas empezó a llorar al verlo. Su madre se separó del grupo en el que estaba, se acercó a ella, la levantó, ocupó su silla y se sentó a la niña en sus rodillas. La niña tendría diez años, pero se dejó acunar como un bebé. La madre producía un sonido gutural al mismo ritmo que los golpecitos que le daba en el brazo. La niña había escondido la cara en el cuello de su madre y dejaba escapar unos sollozos cortos y agudos que se fueron espaciando. Absorta por la escena, Ana no se dio cuenta de que la gente volvía a hablar.

Se repetían las preguntas: por qué habría salido Eugenia a la carretera de Cantavieja, por qué se habría llevado sus cosas en un hatillo, por qué, aun sabiendo lo peligroso que era, se habría sentado en la nieve a descansar... Y con ellas se enlazaban palabras como «intacta» y «entera» que empezaban a adquirir el carácter obstinado de un estribillo.

Aurelia salió de la cocina con un vaso de vino para don Miguel. El maestro se lo bebió de un trago, se lo devolvió y ella se marchó a la cocina para llenárselo de nuevo. No intercambiaron ni una palabra. En realidad, no había dicho nada desde su entrada. Cuando Aurelia le tendió el nuevo vaso lleno, se lo agradeció con una inclinación de cabeza. Tomó un sorbo de vino y, como si este por fin le hubiera devuelto la voz, se dirigió a Ana refiriéndose a la niña que lloraba en brazos de su madre:

-Se sentaban en el mismo pupitre. Desde siempre.

Sonaba conmovido.

Él no podía verlo porque seguía de espaldas, pero tenía que oír que algunos de los comentarios se dirigían contra él. Ana captaba palabras sueltas, «ateo», «no cree», «¿un médico?», «rojo». Esos fragmentos, que saltaban al aire como chispas entre los nubarrones grises de las conversaciones a media voz en el comedor de la fonda, lo cargaban de una tensión creciente. Desde su silla, junto al fuego, Ana captaba los relámpagos aún lejanos de algunas miradas lanzadas contra el maestro. El movimiento incesante de Aurelia las

interrumpía y las desviaba, pero no podía evitar que fueran en aumento, como si, después de vagar errática, la ira acumulada por la impotencia ante la muerte de Eugenia hubiera encontrado contra quién dirigirse.

Don Miguel lo notaba, no cabía duda, y sentía también que esta podría descargarse en cuanto se volviera. Por eso seguía sosteniendo el vaso de vino en una posición forzada.

La niña volvió a canturrear la canción del monstruo, pero no lo bastante bajo y, a pesar del vocerío, todos la oyeron. Enmudecieron de golpe. Entonces, el maestro se dio la vuelta y se encaró al grupo de adultos:

-¡Otra niña muerta! ¿Y qué me decís ahora?

-¡Calla, comunista! -le gritó una de las mujeres.

-Rojo. ¡Al paredón!

-Miguel, será mejor que te vayas a casa. -Aurelia se acercó y tiró de él.

-No quiero. ¿Vas a permitir que me echen de tu casa?

-Es lo mejor.

-Eso, vete a tu casa. Después te haremos una visita -dijo uno de los hombres levantándose de la mesa.

-¿A qué vienen esas amenazas, Braulio? -respondió Aurelia-. Recuerda por qué estamos aquí. Más respeto.

El hombre no respondió y se volvió a sentar.

Aurelia se dirigió al maestro en voz baja:

-Mejor vete a la cocina y quédate allí.

Él le hizo caso. Algunos vecinos susurraron algo entre dientes, un conato de protesta, tal vez de burla. Aurelia lo sofocó al momento. La menuda dueña de la fonda no los frenaba solo porque se hubiera plantado con los brazos en jarras en el centro de la habitación; había algo más, una barrera moral que hacía que todos bajaran la cerviz al toparse con su mirada. Era algo que tenía que ver con su marido muerto, con su hija muerta, otra niña muerta, como había dicho el maestro.

Unos minutos después parecían haber olvidado la presencia de don Miguel en la casa. Entraron cuatro personas más y con ellas se repitieron las preguntas, las suposiciones, las afirmaciones. Los recién llegados hacían suya también una palabra:

-Intacta.

Casi una hora más tarde, cuando la mayoría de los niños dormían sentados a la mesa con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, se abrió una vez más la puerta y entró el sargento. Todos, menos una mujer muy anciana, se levantaron de las sillas. Algunos con tanto ímpetu que las tiraron al suelo y despertaron a varios de los niños, que miraron desconcertados a su alrededor sin saber muy bien dónde se encontraban.

El guardia civil venía del cementerio, adonde había llevado el cuerpo de Eugenia para examinarlo.

-¿Dónde está ahora? ¿No la habrá dejado allí? -preguntó una voz ansiosa antes incluso de que don Ignacio cerrara la puerta a su espalda.

La gente se abalanzó sobre él, dejándole apenas espacio para desprenderse del capote.

-¿Qué le pasó?

-¿Cuánto llevaba muerta?

-¿Y los padres?

-¿Qué hacía allí?

-¿Adónde iba?

-¿Cómo es que la encontró Mauricio?

-¿Acompañaba al somatén?

El guardia civil ignoró todas las preguntas hasta que logró acercarse un poco al fuego. Arrastraba consigo el racimo de personas y voces. Aurelia salió de la cocina con un vaso de vino y se lo ofreció. Con él en las manos, pero sin haber tomado ni un sorbo, el sargento empezó a hablar y, como si las hubiera ido anotando en su cabeza, respondió de un tirón y en orden a todas las preguntas que le habían hecho:

-Murió de frío, diría que dos o tres horas antes de que la encontráramos. Antes de venir aquí, se la he entregado a los padres, que tampoco saben qué estaba haciendo allí. Diría que quería ir a Cantavieja, pero tuvo que dar media vuelta porque la carretera está cortada. Con el peso de la nieve se han caído varios árboles. Se cansaría de tanto caminar, hizo tal vez un alto y se durmió. Ya no se despertó. La encontró Mauricio porque estaba siguiendo al somatén.

Dos cosas la sorprendían. Por un lado, su apreciación sobre la hora de la muerte de la niña. No le suponía esos conocimientos forenses. Por otro lado, en los años que llevaba como periodista de sucesos había adquirido suficiente experiencia sobre los procedimientos policiales en los casos de muertes por causas no naturales y le extrañaba que el guardia civil hubiera entregado el cuerpo de la niña a la familia tras una inspección que se imaginaba más bien somera. Decidió que le preguntaría al respecto en cuanto pudiera hablar con él a solas; de momento, varias personas tenían todavía una pregunta que hacerle, una pregunta importante:

-¿Es verdad que el cuerpo estaba intacto? -dijo una mujer.

-¿Qué quiere decir con intacto? -preguntó el sargento.

-Que si las alimañas no la habían tocado -le explicó otra mujer.

-Estaba intacta, sí -se apresuró a responder-. He inspeccionado todo el cuerpo, no le faltaba nada. Por no tener, no tenía ni un rasguño.

Se expresaba con aplomo. Hasta ese momento había sido una autoridad secundaria, en cierto modo a la sombra de Julián Maestre, el amo, al que todos reconocían como el dueño natural. Ahora, en el caso de esa muerte, el sargento hacía patente su condición de representante del Gobierno, aunque Madrid estuviera muy lejos. En su papel de representante de la ley, parecía menos indiferente. Las miradas de la gente estaban clavadas en su boca, esperando más detalles; sin embargo, ya lo había dicho todo, de modo que no pudo más que repetir las palabras que le habían entregado como una ofrenda:

-Sí, estaba intacta.

-Intacta, intacta.

-Tienen que tener en cuenta que aquí no hay apenas alimañas carnívoras... -precisó el sargento, pero ya habían dejado de escucharlo.

-Intacta, intacta.

Esa palabra fue pasando de boca en boca, como si buscara a alguien que por fin se atreviera a decir lo que todos pensaban. Lo hizo finalmente una de las niñas:

-Ha sido Isabelita.

Ana se volvió a mirarla. La niña tenía los ojos vidriosos por el cansancio.

-Sí, ha sido la santita -dijo uno de los hombres.

La frase se repitió formando un canon desordenado.

-Ha sido la santita.

-Ha sido la santita.

-Ha sido la santita.

Al que pronto se añadió una nueva melodía:

-Ha sido un milagro.

Ambas se entrecruzaron varias veces mientras la gente se movía cada vez más inquieta:

-Ha sido la santita.

-Ha sido un milagro.

Una tercera melodía otorgó una dirección a los pies que se habían removido inquietos en el comedor de la fonda:

-Vamos a darle las gracias.

Sin que nadie diera instrucciones, sin que hubiera una persona poniéndose al frente del grupo, todos tomaron sus ropas de abrigo y se cubrieron con ellas. Los que habían entrado en la fonda con lámparas de gas las prendieron de nuevo, unos cuantos encendieron las antorchas de brea con que se habían iluminado para llegar hasta allí, el resto pidieron a Aurelia palmatorias y velas. En pocos minutos, el grupo se había organizado en una romería y abandonaba entre rezos el comedor de la fonda para dirigirse a la casa de Isabelita y darle las gracias por haber hecho el milagro de preservar el cuerpo de Eugenia.

Como se habían llevado las velas, la habitación quedó casi a oscuras alumbrada solo por las llamas del fuego del hogar. Ana se levantó también para ir a su cuarto y abrigarse. Quería ver qué sucedía.

-Pues yo también me iré yendo -dijo el guardia civil.

No se dirigía ni a ella ni a Aurelia, que recogía algunos de los vasos abandonados y entraba con ellos en la cocina, donde estaría todavía don Miguel. Hablaba al espacio vacío, al hueco dejado por la muchedumbre que se había lanzado a la calle. Abandonado por la gente, su voz había perdido una buena parte de fuerza. Ana se despidió de él. Subió a su cuarto, se puso el abrigo, se echó una toquilla gruesa sobre los hombros y salió corriendo a la calle. Cuando ya había dado varios pasos en dirección a la casa de la santita, cayó en la cuenta de que ni el maestro ni Aurelia se habían sumado al grupo.

16

Dio media vuelta para volver a la fonda y coger la cámara. Aún le quedaban varios carretes y quería tener algunas imágenes, aunque lo más probable fuera que no captaran más que las luces temblorosas de las velas y de las antorchas, las manos blancas que las sostenían y bultos negros. Tal vez asomara alguna cara o las cabezas de los niños a los que habían arrastrado también en la improvisada romería a la casa de la santita.

La puerta había quedado entornada, pero el comedor conservaba aún el calor de la gente que lo había ocupado hacía unos minutos. Olía a leña quemada, al vino de los vasos abandonados sobre las mesas, al sudor de los cuerpos, sudor de cuerpos arrancados a deshoras de las camas, ante la angustia por tantas preguntas sin respuestas, ante el miedo. La estancia estaba iluminada solo por el fuego del hogar y una lámpara de gas que Aurelia había dejado sobre una de las mesas cercana a la cocina. Su voz y la del maestro le llegaban desde allí, pero no podía entender qué decían.

Un roce, como el raspado de una cerilla, la sobresaltó. Volvió la cabeza hacia el fuego. Una mujer envuelta en chales se removió en una silla. Al entrar no había reparado en esa sombra negra. La vieja la miró con ojillos maliciosos, las comisuras de los labios tiraban del rostro hacia abajo. Ana la saludó. La vieja chasqueó entonces la lengua con desagrado y empezó a murmurar algo que tanto podía ser un rezo como una maldición. No quiso escucharla, pasó de largo y subió rápido a su cuarto. Sacó la cámara de la funda y cambió el carrete. Guardó el otro en un bolsillo de la maleta.

Cuando cruzó de nuevo el comedor, descubrió que debajo de una de las mesas dormían dos niños de unos cuatro o cinco años acurrucados sobre una zamarra. La vieja seguía murmurando, pero esta vez no se volvió a mirarla, sino que permaneció con los ojos fijos en el fuego. Con todo, Ana no pudo evitar sentir que sus palabras se dirigían contra ella.

Entró en la cocina. Aurelia fregaba unos vasos con la mirada perdida. Miguel, por lo visto, ya se había marchado.

-¿Me podría llevar la lámpara que ha quedado en el comedor? -preguntó Ana.

-Claro.

Volvió al comedor y la cogió. Salió. Pasara lo que pasara, tenía que verlo.

Se encaminó hacia la casa de la santita siguiendo las huellas de nieve pisoteada que había dejado la muchedumbre. A dos calles de la casa decidió dar un rodeo para captar la imagen desde otro ángulo. La lámpara pesaba mucho. Como la sostenía en alto para alumbrarse, la mano se le estaba agarrotando, ya no notaba los dedos y temía que se le resbalara por la falta de sensibilidad. La dejó un momento sobre la nieve y movió los dedos abriendo y cerrando el puño. El fluir de la sangre se manifestó en un doloroso hormigueo.

Se frotó las manos enguantadas y dio varias palmadas mientras pateaba el suelo para volver a sentir los pies. Cogió la lámpara por el asa y la levantó de nuevo.

Casi la dejó caer cuando a pocos metros, pegada a la pared de una de las casas, descubrió una pequeña figura blanca que se movía con lentitud. Como si quisiera camuflarse en la nieve, iba cubierta de pies a cabeza con una colcha blanca. Al verse iluminada, se detuvo y se encogió tratando de convertirse en un bulto. Se acercó un poco más. Donde suponía que estaba la cabeza de la persona le pareció distinguir el movimiento de unos dedos que apartaban un poco la colcha; seguramente la había abierto para poder mirar. Entonces el bulto blanco dio dos pasos hacia delante, se volvió, dio varios pasos en la dirección contraria, se volvió de nuevo, otra vez un par de pasos, oscilando siempre dentro del haz de luz que proyectaba la lámpara de Ana, como si fueran los límites de una trampa en la que hubiera caído. Finalmente, se dejó caer en el suelo.

Mientras se aproximaba al fardo blanco, percibió un gemido infantil. Dejó la lámpara en el suelo y puso la mano sobre el bulto tembloroso, que dio un respingo antes de empezar a implorarle:

-Déjame, déjame.

Era Isabelita.

-¿Cómo voy a dejarte aquí con este frío? ¿No has oído lo que le ha pasado esta noche a la pobre Eugenia?

La respuesta fue un sollozo largo y roto seguido por un silencio como los que interrumpen los llantos de los bebés antes de que arrecien. Se balanceaba de forma compulsiva hacia delante y hacia atrás, emitiendo unos sonidos roncos al exhalar el aire.

-¡No puedo respirar! ¡No puedo respirar!

Los movimientos eran cada vez más rápidos, espasmódicos.

-¡No puedo respirar!

Ana dio un tirón a la tela; aunque la niña sujetaba los bordes con fuerza, logró apartar la colcha y se encontró con los ojos aterrorizados de Isabelita. Boqueaba buscando más aire que el que entraba en golpes pequeños en sus pulmones. Ana se arrodilló a su lado, trató de incorporarla un poco levantándole la barbilla y empezó a hablarle al oído:

-Tranquilízate. Respira hondo. Así. Otra vez. Inspira, más, más. Ahora suéltalo. Muy bien.

Poco a poco la respiración de la niña se normalizó. Fue entonces cuando Ana se dio cuenta de que, en su forcejeo para descubrirla, había arrancado las costras de las manos y que las heridas sangraban de nuevo. La niña también pareció notarlo en ese momento y trató de ocultarlas, pero las manchas rojas sobre la colcha la delataban.

-No hace falta que las escondas.

La niña sacó las manos y se las mostró. Primero las palmas, después el dorso. Ana pensó en el ritual diario de su padre antes de las comidas para

controlar que se las hubiera lavado bien. También en el caso de Isabelita ese gesto tenía algo de sumiso examen. No le estaba mostrando los estigmas, le estaba enseñando unas manos heridas. Ana le acarició los dedos.

-¿Te duele mucho?

La niña asintió. Ambas estaban tiritando de frío. La nieve había calado todas las capas de ropa que las protegían.

-¿Cómo has logrado salir de casa sin que te vieran?

-Mi padre está con el somatén y mi madre se acercó a casa de una vecina para saber qué había pasado. He salido antes de que volviera.

-¿Y qué haces a estas horas por la calle, Isabelita?

-Me quiero ir.

-¿Adónde quieres ir?

-Lejos.

Señaló con la cabeza en dirección a la salida del pueblo, el mismo camino que había tomado Eugenia y del que había vuelto muerta en brazos de los hombres del somatén.

-¿Por qué?

-Es que no quiero más. No quiero más. No quiero ser una santita, no quiero estar encerrada en casa, no quiero visitas.

Hablaba con rabia y cada punto de su enumeración sonaba más desesperado. Ana la abrazó. La niña seguía con su lamento:

-No quiero que me pidan cosas, no quiero que me hagan regalos, no quiero que me miren en la iglesia, no quiero que don Benito me limpie las heridas con pañuelos, no quiero que me diga que me voy a morir pronto. No me quiero morir pronto porque iré al infierno. No quiero ir al infierno. No quiero.

-¿Por qué dices eso?

-Porque estoy en pecado mortal. Si me muero, Dios me castigará y me mandará al infierno.

Ana entendió, soltó el abrazo, se apartó un poco, sujetó a Isabelita por los hombros y trató de captar su mirada, pero la niña permanecía cabizbaja. Le cogió las manos. Otra vez obediente, la niña le mostró las palmas y el dorso.

-¿Quién te hace esto? ¿Tu madre? ¿Don Benito?

Ella negó con la cabeza.

-¿Los estigmas te los haces tú?

Asintió.

-¿Por qué?

-Pero ahora que Eugenia se ha muerto...

-¿Qué tiene que ver Eugenia con los estigmas? ¿Por qué te los haces?

Isabelita pensaba en otra cosa:

-¿Tienes algo de comer? ¿Galletas?

Unas luces se acercaban por una calle próxima, acompañadas de gritos y voces alteradas:

-¡La santita! ¿Dónde está la santita?

-¡Se ha marchado!

-Nos ha abandonado.

-No, nunca. Nos la han robado -chillaba una voz de mujer.

-¡Nos han robado a la santita! -la secundó otra mujer.

-Isabelita, ¿dónde estás? -le pareció distinguir la voz de don Benito.

Los gritos sonaban cada vez más cercanos. Pronto llegarían a la calle donde estaban ellas.

Ana trató de levantarla. Quería llevarla consigo a la fonda. Esconderla.

-¿Dónde está nuestra santita?

-Nos la han robado. El maestro, ha sido el maestro -repitió la voz de mujer, quebrándose. La rabia le oprimía las cuerdas vocales.

Ya no podía, pues, esconderla en la fonda. Tal vez se les ocurriría buscar allí a don Miguel. Y si encontraban a la niña, no creía que fueran a atender a razones. Tampoco sabía qué iba a pasar si la sorprendían con la santita en la calle. Lo más probable es que creyeran que era ella quien trataba de robarla. La forastera. No solo por miedo decidió que era mejor dejar que la encontraran. Tampoco habrían tenido dónde ocultarse. No era todavía el momento.

La niña notó cómo remitía la fuerza de los brazos de Ana.

-¿Me dejas?

-Solo por ahora. Volveré. Te lo prometo.

Isabelita se puso de pie y la miró con expresión resignada, se envolvió de nuevo en la colcha blanca y se dirigió tambaleante al encuentro de la gente que la buscaba.

-Tráeme galletas -dijo a modo de despedida.

Ana bajó la luz de la lámpara. No quería que la descubrieran. No había hecho nada malo, pero les tenía miedo.

Dio un gran rodeo antes de atreverse a regresar a la fonda.

17

El metal del picaporte estaba tan helado que notó el frío incluso a través de los guantes de lana al girarlo. En vano, porque la puerta no se abrió. La sacudió. Nada. Estaba cerrada con llave. Dio un paso hacia atrás. La casa estaba a oscuras. No se veía ni un resplandor en las ventanas de las habitaciones del primer piso. Tras los postigos cerrados de las ventanas del comedor se intuía una luz difusa que seguramente provendría del fuego del hogar. Miró a ambos lados de la calle, pero no vio a nadie. Tampoco le llegaban ya voces del grupo que había estado buscando a Isabel.

Tal vez Aurelia se había acostado convencida de que ella estaba en su habitación también. Empezó a golpear la puerta. El sonido sordo de sus puños sobre la madera resonó en el silencio de la calle. Paró y escuchó. En la casa no se movía nada.

Sus pies se habían convertido en bloques de hielo. Por un momento pensó que, si Aurelia no abría, se moriría de frío. Dio varias palmadas con las manos enguantadas para calentárselas y con ellas ahuyentó ese pensamiento. No. No se congelaría. Alguien le daría cobijo, pero el número de los anfitriones potenciales no era muy alto. Se vio llamando una a una a todas las puertas del pueblo y recibiendo en todas ellas una negativa.

Entonces escuchó un susurro ronco:

-Aurelia, ¿eres tú?

La voz le resultaba conocida.

-No, soy Ana.

Alguien giró una llave en la cerradura y entreabrió la puerta.

-Entre rápido, antes de que alguien nos vea.

Reconoció la voz, era el maestro. Sonaba aliviado.

Tiró de ella y la hizo pasar al oscuro comedor. Después se inclinó para dar de nuevo dos vueltas a la llave y comprobó que la puerta quedara bien cerrada.

Se volvió.

-Estoy -vaciló antes de seguir- en apuros. Por eso estoy aquí. ¿Te tomas un vino conmigo?

Antes ya lo había visto muy pálido y cansado. Ahora parecía que las arrugas de su rostro eran más profundas. La pregunta no había sonado como una invitación sino más bien como un ruego encarecido.

Ana asintió aceptando tanto la confianza del tuteo como la invitación al vino y lo siguió.

El comedor estaba vacío. La anciana y los niños habían desaparecido. Alguien había juntado todos los vasos en una de las mesas. El aire en la habitación era pesado y sofocante. En la oscuridad, Ana tropezó con una silla.

-No quiero encender ninguna luz porque se ve desde fuera.

En la mesa que quedaba al lado de la puerta de la cocina, la más alejada de la ventana, una lámpara a medio gas iluminaba una botella de vino y un vaso casi vacío.

El maestro la invitó a sentarse a la mesa; después trajo otro vaso de la cocina, sirvió vino y se acomodó frente a ella. Se movía con confianza por la casa. Tomaron un sorbo a la vez.

-Acompañé a Aurelia hasta la casa de Eugenia y después me fui a la mía. No llevaría ni cinco minutos allí, cuando escuché a un grupo de personas gritando delante de mi puerta. Me insultaban: «comunista», «ateo», «hijo de perra». Lo de siempre, vaya.

Y, pensó Ana, palabras aún más duras que él no quería repetirle.

Se mordió los labios.

-Estaba el padre de la pequeña Alicia. En septiembre, para mi santo, me había regalado un par de salchichones de los que hace. «Muchas gracias, don Miguel, muchas gracias.» También estaba López. Su hijo pequeño ha empezado este año la escuela. El mayor es una buena pieza. «Átelo corto, don Miguel. A ver si nos sale de provecho. Gracias, don Miguel. Que Dios le dé salud, don Miguel.»

Tenía la vista clavada en la superficie de madera de la mesa. Cogió el vaso y lo vació de un trago. Ana se preguntó cuántos llevaría esa noche. Pero sus ojos no estaban turbios cuando la miró y le sonrió disculpándose. Su rostro mostraba de nuevo la mezcla de timidez y decisión que ella había captado con su cámara el día anterior.

-Perdona. Seguro que sueno como un quejica.

-No, no lo eres.

Podía entender que estuviera decepcionado, que le amargara que no importara nada que fuera el maestro, que llevara varios años educando a sus hijos. De pronto era solo el ateo que les quería quitar a su santita. Si lo trataban así a él, ¿cómo lo harían con ella, una forastera?

-Gritaban «él tiene a nuestra santita, se ha llevado a Isabelita». Cuando escuché que empezaban a empujar la puerta para derribarla, me escapé por una de las ventanas traseras. Como Aurelia siempre deja la puerta abierta, decidí esconderme aquí. Me imagino que al final habrán logrado tirar mi puerta abajo. Espero que no me hayan roto la radio que tenía a medio hacer.

Ana recordó que construía aparatos de radio, como el que tenía Aurelia en su cuarto.

Se quedó pensativo, mirando a través de ella hacia algún punto perdido en la oscuridad del comedor. Ella esperó en silencio a que prosiguiera.

-A Isabel no la encontrarán allí. Ojalá pudiera haberla ayudado.

Empezó a girar el vaso con los ojos clavados en él como si fuera una bola de adivino. Ella se preguntó qué veía además de un mísero resto de vino. ¿El futuro de Isabel? ¿El propio?

Lo sacó de sus cavilaciones.

-He visto a Isabel.

-¿La has visto? ¿Dónde?

-Por la calle. Trataba de huir. Pero le pisaban los talones y al final la han encontrado.

Él la miró fijamente.

-No pude hacer nada por ella. Me hubieran hecho trizas.

-Puedes estar segura de ello.

-Antes de que la atraparan, Isabel me contó que ella misma se hace las heridas.

Miguel no parecía demasiado sorprendido, sino que afirmaba moviendo la cabeza lentamente, como alguien que ve confirmadas sus presunciones.

-¿Sabes que su madre no le da de comer?

-¿Qué quieres decir?

-Que literalmente la están matando de hambre. Mauricio le lleva de vez en cuando algo de comida.

El rostro de Miguel mostraba una mezcla de espanto e incredulidad. Tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder hablar:

-Tenía la impresión de que estaba cada vez más delgada, pero nunca hubiera pensado que el fanatismo de Magdalena pudiera llegar a tal extremo. ¿Cómo puede ser capaz? ¡Matar de hambre a su propia hija!

-Supongo que, además, la obliga a hacerse los estigmas.

Miguel empezó a hablar con lentitud:

-No estoy muy seguro de que Magdalena sea consciente de lo que le está haciendo a su hija. Me puedo imaginar que realmente crea que su hija se alimenta con la hostia que toma los domingos -añadió en un tono amargo-. Como corresponde a una santa.

-Tal vez sea don Benito el motor de todo esto. Tal vez haya empujado a la madre y a la hija. En una especie de, como lo denominaron hace poco en un periódico, «lavado de cerebro».

Recordó un artículo sobre los soldados americanos que habían regresado de la guerra de Corea. Por lo visto, unos especialistas chinos los habían manipulado de tal modo que repetían como autómatas las doctrinas de sus torturadores. Su padre había comentado al respecto: «¿Para qué necesitamos chinos, teniendo la Inquisición en casa?».

-Puede que él la haya convencido de que no le dé de comer a su hija, porque no necesita «alimentos terrenales». Y que con sus patéticas historias de niñas mártires haya inducido a Isabelita a hacerse las heridas. Se ha modelado una santita a su gusto.

Miguel la miraba con escepticismo.

-No sé. Don Benito es ambicioso, pero no creo que tenga suficiente imaginación para concebir algo así.

La imagen de don Benito se dibujó ante ella, el relámpago furioso de sus ojos que no pudieron esconder los gruesos cristales de las gafas cuando ella rehusó cambiar la fecha del inicio de los estigmas. Detrás del fervor con que usaba su suave voz, de su envolvente locuacidad, de sus gestos de cura manso,

había un hombre que sabía muy bien lo que quería y no aceptaría perderlo. Por eso dijo:

-Va a defender a su santita con uñas y dientes.

-No solo él.

Ambos se acordaban de la gente del pueblo que esa noche había salido a buscar a Isabel y había estado dispuesta a lincharlo.

-Ciegos fanáticos -dijo Miguel.

Ella sintió un escalofrío.

-Pero ¿por qué tendrían que dejarla morir de hambre? Así ya le sacan bastante provecho. Cada vez vienen más creyentes -se preguntó él.

-Muerta la podrían beatificar y algún día podría llegar a ser santa. Y don Benito considera la muerte en martirio como la coronación de una carrera de santa.

-Además, viva puede causar más problemas. Podría negarse a seguir -añadió Miguel, que empezaba a compartir sus ideas.

Sentía la boca dolorosamente seca, pero aun así añadió:

-Es lo que está pasando. Hoy se quería escapar. Con ello ha dado más motivos para acelerar su muerte.

En la cara de Miguel vio reflejado su propio miedo.

-Si no hacemos nada, morirá.

Sintió que sus palabras habían sonado vacías, como las de la heroína de un melodrama barato. Pero, en cambio, habían tenido un efecto casi milagroso en Miguel. Con un golpe del dorso de la mano apartó el vaso que ya había vaciado dos veces y dijo decidido:

-Tenemos que sacarla de aquí.

Reflexionó un instante.

-En el pueblo no se puede quedar. Bajo ningún concepto.

-Pero está demasiado débil para que podamos llegar a pie con ella a ningún lado. Y tampoco podemos irnos en el autobús, a la vista de todo el pueblo.

-Podría llevármela a Barcelona. En cuanto mejore el tiempo, vendrá un coche de parte del periódico a buscarme. La podría sacar así, a escondidas. En Barcelona sabría dónde alojarla al principio.

Pensaba en Beatriz. No estaría entusiasmada, pero, dadas las circunstancias, lo aceptaría. Aunque ese sería su menor problema. Antes tenían que lograr sacarla de allí.

Miguel seguía trazando su plan:

-Magdalena va todas las mañanas a misa. Desde que Isabelita tiene los estigmas, también va Paco, su marido.

Desde que es el padre de una santita.

-Dices que Mauricio entra en la casa, ¿no? Podemos pedirle que le haga llegar un mensaje diciéndole que coja las cosas que necesite y que nos espere en el muro del huerto de su casa, el que da al callejón. Allí es más difícil que nos vea alguien porque son patios traseros y huertos. El muro no es muy alto. Puedo saltar, ayudarla a superarlo y la metemos en el coche.

Por unos segundos Ana fantaseó con ir al volante de la furgoneta de *El Caso* con Isabel sentada detrás, envuelta en mantas y con las manos y los pies con vendajes que ella misma le habría puesto. Se vio conduciendo hacia Barcelona, tomando las curvas con seguridad en una carretera sin nieve. El paisaje estaba cubierto de ginesta y brotes verdes. Se imaginó a sí misma cantando alguna canción de moda. Al llegar a esta imagen se dio cuenta de lo absurda que resultaba la idea y regresó a la realidad.

-Esto es un secuestro, Miguel. Nos van a echar encima a la policía por secuestrar a una niña.

-No si lo denunciamos nosotros mismos a la policía. En cuanto llegues a Castellón, lo haces. Y cuando la niña cuente la verdad, quedará claro que no se trata de un secuestro.

-Para ello tenemos que llegar. Pero antes, sus padres se habrán dado cuenta de su ausencia. Buscarán a don Ignacio. En cuestión de minutos tendremos a una patrulla de la Guardia Civil dándonos el alto.

-Eso solo si la radio del cuartelillo funciona. Pero se podría estropear. Alguien la podría estropear... Y las conferencias a la ciudad ya sabes cómo van, cuando van.

Sonaba casi eufórico y Ana se preguntó si buena parte de ese plan algo absurdo no se debía al vino que ya había tomado. Había otro problema:

-Si la gente se da cuenta de que tú me has ayudado, te lincharán.

-Eso si me encuentran.

Ana entendió. La salvación de Isabel era también su oportunidad de marcharse del pueblo. Con ella. ¿Qué le había dicho en su primer encuentro? Que los milagros eran como grietas en el mundo a través de las cuales llega algo de esperanza. Le había parecido una idea demasiado romántica, pero ahora parecía que el maestro estaba a punto de vivir su propio milagro.

El silencio que los envolvía le recordó una ausencia. Miguel le había dicho que Aurelia había ido a casa de los padres de Eugenia.

-¿Sabes que Eugenia quería contarme algo importante sobre Isabel?

-No me sorprende. Siempre iban juntas. Confiándose secretos, tramando, riéndose. Eugenia era la más ocurrente de las dos. Le metía las ideas más raras a Isabel en la cabeza.

-Creo que sabía la verdad sobre los estigmas y también que la madre de Isabel la estaba matando de hambre.

-Lo sabría por Mauricio. Era un gran admirador de Eugenia. La adoraba.

Eso era lo que le ofrecía a cambio de «un poco de ciudad», de alimento para su espíritu hambriento.

-Me temo que cuando me abordó delante de la iglesia, alguien escuchó sus palabras y se imaginó lo que la niña me quería contar. ¡Es espantoso!

Miguel la miró extrañado; después entendió la conclusión a la que acababa de llegar ella.

-Entonces ¿piensas que no ha sido un accidente?

Eugenia se había criado en el pueblo, no era una excursionista inexperta que

se pudiera perder fácilmente. Sabía a la perfección que era peligroso salir al bosque o tratar de ir a pie hasta Cantavieja con la cantidad de nieve que entorpecía el camino.

-No. A Eugenia la han matado.

-Pero, pero -le temblaba la voz-. Eso es inconcebible. ¿Crees que don Benito o Magdalena...?

-Ellos no. Pero sí alguno de los que esta noche estaban dispuestos a atacarte a ti, alguno de los que serían capaces de cualquier cosa para ayudar a don Benito.

Ana apenas se atrevía a formular su sospecha.

-Tal vez la salida del somatén no fue más que una farsa. ¿Por qué tenían que volver a salir en la noche más fría? No. Creo que se trataba de sacar el cuerpo de la niña para que lo encontrara alguien unos días después.

El cuerpo intacto de la niña. Muchos lo atribuían a un milagro de esa pobre criatura, cuando la explicación era muy simple. Ningún animal lo había tocado porque apenas había estado en el bosque. Lo acababan de dejar allí. Lo habían dejado los hombres del somatén.

Había salido un grupo reducido, solo cinco hombres. Seguramente los hombres de más confianza, los que estarían dispuestos a callar por lealtad, por fanatismo.

Con lo que no contaban era con que Mauricio los siguiera y diera con ella tan pronto.

Miguel negaba con la cabeza.

-Pero esto significaría que medio pueblo está conjurado, que incluso don Ignacio es parte de ella. Él dictaminó que la niña había muerto de congelación y ha permitido que la entierren ya mañana, sin esperar que se le haga una autopsia.

La precipitación en el entierro era el colofón. En algún momento volvería a haber electricidad y teléfono. Una línea de teléfono por la que un policía competente podría pedir que se le hiciera una autopsia a Eugenia. ¿Qué mejor estrategia entonces que decir que lamentablemente el cuerpo ya había recibido sepultura? ¿Qué juez exigiría la exhumación de una niña muerta de frío en un bosque de un pueblo remoto?

Su razonamiento cada vez la asustaba más, no solo porque implicaba que la muerte de Eugenia no había sido un accidente, sino por el gran número de cómplices y encubridores necesarios para sostener tal mentira.

A saber cuánta gente del pueblo formaba parte de esa intriga. Si habían matado a Eugenia para silenciarla, para que no hablara con ella, significaba que la estarían observando, acechando. Miguel, por lo visto, había llegado a idéntica conclusión porque la miró preocupado y le dijo con la voz grave que se imaginó que usaría cuando quería inculcarles algo a los alumnos:

-No deberías abandonar la fonda hasta que consiga llegar el coche de la ciudad para recogerte. Y tampoco digas a nadie que los estigmas son falsos.

La miró con fijeza.

-Absolutamente a nadie -repitió.

Antes de que ella tuviera tiempo de decirle que lo había entendido, apareció una tenue sonrisa en el rostro de Miguel. Una sonrisa que no era para ella.

-Aurelia, no te he oído llegar.

-He entrado por la cocina. El camino es más corto.

Ana se volvió.

-Buenas noches, Ana.

La dueña de la fonda empezó a aflojar los nudos que le sujetaban la pañoleta que le cubría la cabeza. Después se quitó el abrigo. Ana se preguntó cuánto habría escuchado de su conversación con Miguel.

-Está desesperada, la pobre. Sé lo que está pasando.

Miguel se levantó y le puso una mano en el hombro.

Aurelia miró a Ana. Tenía los ojos enrojecidos.

-He estado en casa de los padres.

-Miguel me lo ha dicho.

Después Aurelia se dirigió a Miguel:

-¿Cómo es que has vuelto? Pensaba que te ibas a casa.

Él le contó lo sucedido tras la huida de Isabel. Le ocultó el encuentro de Ana con la niña por la calle.

-Tal vez lo mejor sea que te quedes a pasar la noche aquí -le ofreció Aurelia.

-No, gracias, prefiero volver a mi casa. La niña ya está de nuevo en la suya y no creo que me hagan más visitas esta noche.

Poco después se despidió de ambas y abandonó la casa por la puerta principal.

Para gran alivio de Ana, Aurelia cerró la puerta de la fonda con dos vueltas de llave.

18

Aurelia no estaba en la fonda cuando Ana se despertó. Estaba sola en la casa, silenciosa sin los rumores que todas las mañanas le llegaban desde la cocina.

Se puso el abrigo sobre el camisón y bajó a calentar un poco de agua para poder lavarse. Tuvo que avivar el fuego con el fuelle porque las brasas estaban casi apagadas. Aurelia llevaba, pues, ya algún tiempo fuera. La casa parecía más pequeña sin ella, como si sus movimientos de ardilla ensimismada impidieran que las paredes se juntaran y ahora estas hubieran aprovechado su ausencia para robar algo de espacio.

Buscó en una alacena la latita donde Aurelia guardaba el café. Quedaba muy poco. Calentó un cacito pequeño en la cocina de carbón y se preparó un café casi transparente. Después llenó el caldero de agua y se acomodó delante del fuego en la silla que la noche anterior ocupaba la vieja maldiciente y donde se imaginó que se sentaba también Aurelia en los días fríos como ese. A pesar de lo avanzada que estaba la mañana, entraba poca luz en la casa. El cielo seguía encapotado. «Como corresponde a un día de luto.» Se sorprendió de la irracionalidad de su pensamiento y trató de atribuirla a la falta de sueño y al mal café que se había preparado. No quería gastarlo todo. A saber cuántos días seguirían aislados por la nieve. Tomó un sorbo más y pensó con nostalgia, ya no en los cafés que tomaba en Barcelona, sino en el que le había servido Julián Maestre. Negro y fuerte. El suyo tenía color de cucaracha.

Don Julián y su nutrida biblioteca le llavaron a pensar en Beatriz, en su vida enclaustrada que le había otorgado una especie de independencia del mundo. Del mundo, del demonio y de la carne. Se le escapó una sonrisa. Con suficientes libros, Beatriz podría vivir incluso en ese pueblo. Ella no, ella se marchitaría a los pocos meses.

Se preguntó si su prima la echaría de menos. Se preguntó si alguien la echaba de menos mientras seguía encerrada en ese pueblo, en la fonda, que era todo el universo de Aurelia.

Recorrió la casa mentalmente hasta llegar al otro refugio de la dueña de la fonda, el cuarto del balcón. Siete u ocho pasos hasta la escalera; diez escalones; cinco pasos hasta el cuartito. Ese era el mundo de Aurelia. Ese sería hoy también el suyo si no deshelaba y podía abandonar, de una vez por todas, ese pueblo, con sus santitas que no lo eran. Y ahora Eugenia muerta; otra niña muerta, como la hija de Aurelia. Niñas muertas...

La claustrofobia, contra la que se había defendido con éxito durante los días que llevaba allí, la asaltó por la espalda, le trepó por el espinazo y se le clavó en la nuca. Las paredes y el techo de la fonda parecieron darse cuenta y empezaron a comprimir el espacio. Se levantó de un salto irreprimible. Unas gotas de su valioso café salieron despedidas de la taza y cayeron sobre el

abrigo con gran lentitud, ralentizadas por el aire espeso, gelatinoso que entraba, lo notaba, en sus pulmones, y más que oxigenarlos los anegaba. Recorrió el comedor de punta a punta sin saber adónde ir. Uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos. No había más. La pared se inclinaba sobre ella. Las vigas de madera oscura del techo se combaban, los muebles reclamaban para sí todo el oxígeno y le dejaban solo el calor. El ambiente de la habitación se había vuelto asfixiante. Se desprendió del abrigo con manos temblorosas. Escapó hacia la cocina. Uno, dos, tres pasos y llegó al zaguán. Sus movimientos eran tan precipitados que no lograba abrir la puerta de la calle. El pánico empezó a trepar desde la boca del estómago, buscando la garganta para cerrársela por completo y ahogarla. Salir, salir, salir. Las manos, como si obedecieran a voluntades distintas, se entorpecían una a la otra. Salir, salir, salir.

Por fin logró girar el pomo y abrió la puerta de un tirón. Una tremenda bofetada de frío la devolvió a la realidad.

También la mirada asombrada de Aurelia, con quien se topó frente a frente.

-¿Qué le pasa, Ana? ¿Qué hace así, en camisón?

Cubierta hasta la cabeza con un grueso chal, Aurelia parecía aún más pequeña. Unas ojeras violáceas le enmarcaban los ojos hundidos y enrojecidos. Había llorado hacía poco. Venía de llorar.

-Hemos lavado y vestido a la criatura -le dijo mientras la conducía de vuelta al interior de la casa. Vio que el agua que Ana había puesto sobre el hogar estaba a punto de hervir.

-Váyase al cuarto. Se la subo en un momento.

-Ya lo hago yo.

-No, se podría quemar.

Aurelia no la miró al hablar. Recorría cabizbaja el comedor poniendo las sillas en su sitio; también las que ya lo estaban. Entró en la cocina y volvió con un paño con el que frotó enérgica las mesas. Evitaba mirarla, como si lo que hacía exigiera toda su atención. Se preguntó si porque había escuchado su conversación con Miguel la noche anterior o porque venía de ayudar a amortajar a una niña y necesitaba ocuparse en cualquier actividad.

-Vaya, vaya arriba -le dijo-. Ahora le llevo el agua.

Quería estar sola.

Subió y se metió en la habitación. Poco después apareció Aurelia con el agua caliente. Tampoco la miró al entrar, ni al dejar el recipiente cerca de la jofaina, ni al salir. Sus ojos siempre encontraban otro punto en el que fijar la atención. Salió y cerró la puerta tras de sí.

Ana se lavó sin prisas. El día ya sería bastante largo. El agua caliente y el jabón la liberaban de los restos de sudor del ataque de pánico y la hacían volver a sentirse ella misma, la periodista que había salido en busca de la noticia y volvería con las manos vacías porque lo realmente importante no era ya el artículo, sino sacar a aquella criatura de allí antes de que la mataran de inanición. En el fondo también salir indemne de todo ello. Huir, de eso se trataba, pero sin perder la cabeza.

Un rayo de sol entró por la ventana. Se asomó. Una franja de cielo azul rasgaba la espesa capa de nubes.

Bajó a la cocina. Aurelia se encontraba amasando con furia en ella. Golpeaba tan fuerte la masa inerte que Ana creyó que no había notado su presencia. Se equivocaba:

-Al entierro tendrá que ir sola. Yo me marcho antes a ayudar a la familia.

No había pensado hacerlo. Quería quedarse escondida en la fonda.

-Es que...

-Que sí, que sí. Que si quiere asistir, nadie se lo va a impedir. Estará todo el pueblo allí.

La impaciencia en la voz de Aurelia, que no podía conocer el motivo de sus reticencias, empezó a aliviarlas. En la iglesia no podría pasarle nada. Tampoco por el camino, aunque tuviera que hacerlo sola. Nadie le haría daño. No antes de una misa de difuntos. Y quería poder despedirse de la niña.

-Será a las cinco -le dijo Aurelia sin dejar de amasar.

Tras el aturdimiento por el golpe de la muerte inesperada, empezaba a tomar conciencia de su desaparición; rememoró los encuentros con la niña bizca y vivaracha y recordó la curiosidad insaciable de una inteligencia amenazada de consunción en ese pueblo.

Las campanas de la iglesia tocaban a difuntos. Los tañidos graves y lúgubres sacaban al pueblo entero de sus casas, hileras de cuerpos vestidos de negro surcaron las calles camino de la plaza. Cuando Ana salió de la fonda, la nieve estaba pisoteada y sucia. Había esperado a que las campanadas empezaran a espaciarse para estar segura de que no se encontraría a casi nadie por el camino.

Como un vigía, un cuervo graznó desde el alero de la casa más alta justo antes de que el sol asomara de nuevo entre las nubes. Era un sol demasiado tímido, que iluminaba pero no daba calor; más un aliado del brillo de la nieve que su enemigo natural. Entornó los ojos, poco habituados a tanta luz.

A poca distancia se abrió la puerta de una de las casas y salió una mujer joven con un niño de unos cuatro años en brazos. Iban vestidos por completo de negro. Ana saludó. La mujer miró en su dirección y respondió con una mirada torva. El niño apoyaba la cabeza en el hombro de su madre y miraba a Ana con los labios prietos y los ojos muy abiertos. Tenía miedo. Tal vez de la visión del cuerpo amortajado de Eugenia; tal vez de Ana.

La mujer se detuvo delante del portón entreabierto de una casa baja, golpeó con los nudillos y enseguida apareció otra mujer un poco mayor que ella también enlutada. Se besaron en la mejilla. La joven le susurró unas palabras a la otra al oído y esta miró en la dirección por la que venía Ana. Sin apartar la vista de ella, respondió a la joven. El gesto de la boca era despectivo. Ambas movieron la cabeza negando, le dieron la espalda y reemprendieron el camino.

Ana ralentizó el paso para no alcanzarlas. Las perdió en una esquina.

La blancura de la nieve recuperó su omnipresencia. La calle, las tapias, los alféizares, los tejados: blancos, blancos, blancos, blancos. Como el humo de las chimeneas de las casas que, en ese día sin viento, ascendía en perfecta verticalidad como si se empeñara en aliarse con las nubes para tapar el agujero azul que estaba dejando asomar el sol.

Otra línea negra apareció de repente sobre la superficie blanca, una niña de unos nueve o diez años que se acercaba por una calle lateral. Iba distraída, hablándole a una muñeca de trapo que llevaba cogida de las manos como si estuvieran jugando al corro. La chiquilla se sobresaltó al verla y abrazó a la muñeca mientras recorría toda la calle con los ojos como si buscara ayuda.

Le extrañó encontrarse a una niña sola por la calle después de lo sucedido en el pueblo.

-¡Qué bonita! -le dijo Ana, aunque solo distinguía el pelo alborotado hecho de lana y los pies toscamente cosidos de la muñeca.

La niña asintió.

-¿Es tuya?

-No -dijo con pena-. Es de Eugenia. Voy a devolvérsela. La hizo ella.

Se la mostró. Estaba hecha de una tela que hacía tiempo había sido blanca, tal vez una sábana vieja. Los ojos eran dos botones negros y la boca y la nariz estaban bordadas con lana, la misma lana negra del pelo. Tenía la sonrisa algo torcida. La niña la imitó al mostrársela y Ana comprendió cuánto esfuerzo le estaba costando desprenderse de ella.

-¿Por qué se la quieres devolver?

-No lo sé. Es que igual ella la necesita.

-No. Yo creo que a Eugenia le hubiera gustado que te la quedes. Como un recuerdo.

La niña abrazó a la muñeca con fuerza y miró a Ana con agradecimiento.

-Entonces, me la voy a llevar a casa. Y de nombre le pondré Eugenia.

La niña dio media vuelta y se marchó.

-Te voy a hacer una sopita caliente y después a dormir.

Le hablaba a la muñeca. Ana la veía caminar ensimismada a la vez que sentía que la embargaba una gran pesadumbre. Era solo unos años menor que Eugenia.

Una risita a su espalda la hizo volverse de golpe.

La cabeza redonda y rubia de Mauricio asomaba por la esquina. Los ojos eran dos ranuras apretadas por las mejillas sonrientes. Se escondió al ser descubierto; sin embargo, la risa, que no podía contener, delataba su presencia.

El sonido la acompañó durante varios metros. No se volvió. No quería que se diera cuenta de que la había asustado. Notaba, por los cambios de intensidad de la risa, que Mauricio sacaba la cabeza y se volvía a esconder en un par de ocasiones, pero no la seguía.

¡Qué guapa es la señora de Barcelona! ¿De qué habrá hablado con la Agustina? Es pequeña. Es tonta. Todas las niñas pequeñas son tontas. «Es porque no están terminadas», dice madre. Me tiran piedras solo para reírse. Pero si Eugenia estaba allí, no. Entonces me dejan en paz. Me dejaban.

Ahora Eugenia es también un angelito. Pili se pondrá contenta. Se harán muy amigas. Espero que no se ponga celosa, porque Eugenia estaba muy guapa con el vestido blanco, con el velo, con los ojos cerrados. Don Benito me ha pegado un capón porque le he preguntado si Isabelita la había curado para que no llegara bizca al Cielo. Me ha pegado el capón con anillo y todo. Menos mal que cuando Isabelita se muera rezará por él desde el Cielo, porque para mí que es malo. Don Julián dice que es malo porque me pega, que todos los que me pegan son malos. Aunque él me pegó también una vez, pero no por maldad. Me lo merecía. No hay que mirar debajo de las faldas a las niñas. Pero es que quería saber cómo son.

-¿Cómo van a ser? Como las ovejas o las vacas -me dijo.

Y yo le dije que no podía ser, que ni las vacas ni las ovejas caminan a dos patas. Y no me pegó, aunque yo ya había puesto el cuello para la colleja. No. Se rio. Además, me dio una moneda. Eugenia me dijo que la guardara para cuando nos marcháramos a la ciudad. Eugenia quería irse a la ciudad y me prometió llevarme con ella. Ahora tendré que ir solo. Pero no sé si me llega el dinero. Ella sí sabía contar, pero ahora se ha ido directa al cielo. Porque es un angelito, con vestido blanco. Le han puesto unos pañuelitos con sangre de Isabelita en la caja. Para que sepan de parte de quién va, dice don Benito. Le he preguntado a Isabelita si me tengo que esperar a que se muera para que me cure, y se ha echado a llorar. Me ha dicho que tiene hambre, aunque yo cada día le llevo un poco de comida. También le he dicho que no tengo prisa, aunque es mentira. Estoy harto de ser tonto y sin Eugenia para explicarme las cosas no tengo ganas de seguir aquí. La señora de Barcelona sabe contar. Le enseñaré cuánto dinero tengo y me llevará con ella a la ciudad.

19

Aún alcanzó a ver a una pareja mayor que cruzaba el umbral de la iglesia, pero detrás de ella ya no venía nadie más. Entró y se quedó pegada a la pared del fondo, en una zona oscura. Ninguno de los asistentes había reparado en su presencia.

El féretro de Eugenia estaba en la nave central, delante del altar. Lo habían dejado abierto. Era blanco, como la ropa que la cubría, como la cofia que le rodeaba la cabeza, como su rostro, como las manos entrelazadas, sobre las que hormigueaba un rosario de cuentas negras. En la derecha sujetaba un pañuelito blanco. El ataúd estaba rodeado de flores de tela y grandes cirios, cuyas llamas inquietas provocaban la ilusión de una leve respiración de la muerta.

Se obligó a apartar la mirada del cuerpo de Eugenia y recorrió los bancos llenos de feligreses. Mujeres, hombres, ancianos, niños. Todo el pueblo estaba allí. Al frente, Julián Maestre, de luto riguroso, ocupaba su reclinatorio. Miraba hacia el lugar en el que debería haber estado la silla de Isabelita, que parecía ser la única ausente. Sus padres, sin embargo, estaban allí. La madre se sentaba encogida, como si tratara de evitar las miradas interrogantes de los asistentes. ¿Por qué no ha venido Isabelita? ¿Dónde está nuestra santita? En el primer banco de los hombres, el alcalde y el guardia civil flanqueaban al padre. Encajonado entre las dos autoridades, recordaba a un detenido a punto de declarar ante el juez.

Mientras que en los bancos de las mujeres los velos negros se fundían unas con otras y no permitían distinguir quién era quién, en los de los hombres era más fácil reconocer a sus ocupantes porque llevaban la cabeza descubierta. Por eso pudo notar una ausencia: Miguel no asistía al funeral. Era mejor así. Su mera presencia podría haber causado tumultos. El maestro tenía más razones que ella para quedarse en casa, lejos de la gente, fuera de la vista de los más fanáticos.

Tampoco en ninguna de las filas distinguió la cabeza rubia de Mauricio. Se preguntó si su falta tendría algo que ver con la de Isabelita. Buscó a Aurelia y vio su figura menuda en el primer banco, donde estaba sentada la madre de Eugenia, en el que se encontraba también la de Isabelita. Madres de niñas muertas y de santitas.

Recorría los bancos preguntándose quiénes de los presentes sabían la verdad de lo sucedido, quiénes eran parte de la conjura y conocían el secreto por cuya protección habían sacrificado la vida de la niña que estaban enterrando.

La gente se puso en pie a la entrada de don Benito. Lo acompañaban dos monaguillos, dos niños casi de la edad de la muerta. Uno miraba el ataúd con cara de miedo, el otro, con curiosidad.

Ana se apretó contra el muro. Se cubrió el rostro casi por completo con el

velo y metió las manos en las mangas para que nada delatara su presencia. Se hizo sombra y desde su escondrijo vio cómo los feligreses se persignaban. Después se arrodillaron en un murmullo de ropas, cuyos movimientos agitaron las llamas de los cirios. Nuevas sombras dibujaron una expresión de enojo en la cara de la niña. El ataúd parecía haberse elevado ante la genuflexión de los feligreses. Desde el altar, don Benito cargaba de solemnidad cada palabra:

-*Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis*.

Las plegarias rituales recobraban sentido en su dicción grave y meticulosa.

-*Te decet hymnus Deus, in Sion, et tibi reddetur votum in Ierusalem. Exaudi orationem...*

De pronto, la puerta se abrió con gran estruendo y entró Mauricio.

Don Benito interrumpió el introito. Lo retomó casi al momento, pero la voz le tembló un poco:

-*... orationem meam; ad te omnis caro veniet*.

Mientras tanto, un hombre se levantó del último banco y cogió a Mauricio por los hombros para llevarlo con él. El muchacho le dejó hacer. Hipaba ruidosamente y ni los gestos amenazadores ni los que trataban de apaciguarlo lograban que dejara de lamentarse. Todo lo contrario, mientras don Benito tenía que levantar la voz para que todos oyeran sus palabras, Mauricio empezó a gritar y a forcejear con el hombre porque quería acercarse al féretro.

-Eugenia, Eugenia, ¡pobreciiiiita!

El cura interrumpió el rezo. Los alaridos y las patadas de Mauricio arreciaron. Su madre se levantó del banco y se acercó a él para tratar de tranquilizarlo, pero el muchacho siguió gritando el nombre de la muerta. Su padre le levantó la mano. No llegó a golpearlo. Estaban en la iglesia. Pero Mauricio empezó a lamentarse como si hubiera recibido el golpe. La a se convirtió en un alarido interminable, con la boca medio desdentada abierta de par en par, con toda la fuerza de sus pulmones. La gente, vuelta hacia él, observaba horrorizada la escena hasta que una voz se impuso incluso a los gritos:

-¡Silencio!

Era Julián Maestre. Se había levantado y se acercaba a ellos con paso firme. Los hombres soltaron a Mauricio, su madre también se apartó. Él siguió vociferando hasta que don Julián llegó a su altura, le puso la mano en el hombro y le dijo mirándolo fijamente a los ojos:

-Silencio.

Mauricio le respondió:

-Eugenia. Pobreciiiita.

-Silencio, he dicho.

Entonces se oyó otra voz desde un banco de la primera fila:

-¡Silencio! ¡Silencio! ¿No os parece que ya está bien de tanto silencio? ¿No estáis hartos?

Era Aurelia.

-Aurelia, por Dios, cállate -le dijo la mujer que estaba a su lado. Su cara no podía expresar más perplejidad.

-Estoy harta de callar. Estoy harta de tanto silencio.

Las mujeres a su alrededor le tiraban de la ropa, le tiraban de las manos para que callara.

Julián Maestre la miró y se dirigió después al cura, pálido, asustado, huérfano del don de la palabra.

-Don Benito, ponga orden en su casa. ¿O tengo que ayudarle? -le dijo desafiante volviendo a su reclinatorio.

Liberado de su parálisis, don Benito se acercó a Aurelia y logró convencerla de que se sentara de nuevo. Ana no podía escuchar sus palabras porque cerca de la puerta dos hombres pugnaban por sacar a Mauricio de la iglesia. Él se resistía. Uno de ellos, su padre, le dijo entre dientes:

-Solo te podrás quedar si te estás callado. ¿Estarás callado?

-Ssssí, ssssí.

-A la más mínima, te saco de aquí y te arranco el alma a golpes. ¿Me entiendes?

-Callado, callado -dijo Mauricio.

Unos minutos más tarde la voz de don Benito volvió a alzarse sobre el silencio de los feligreses.

-*Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.*

20

No esperó al final de la ceremonia. Salió poco antes y caminó con paso raudo de vuelta a la fonda. El miedo a la gente que no había sentido al dirigirse hacia la iglesia la asaltó andando por las calles desiertas del pueblo. El hueco por el que se colaba el sol entre las nubes había aumentado, la claridad ensanchaba las calles y la hacía sentirse más visible, expuesta a las miradas rencorosas. Aceleró el paso.

El calor de la fonda era acogedor, pero no se dejó engañar. El calor nunca ha protegido a nadie. Cerró con llave la puerta de entrada. Cruzó el comedor, entró en la cocina y cerró también la puerta trasera. Cuando Aurelia regresara, si no llevaba una llave, ya le abriría ella. Puso agua a calentar, buscó el molinillo y se preparó una cafetera escasa. Solo quedaban unos puñados de café. Se lo tomó de pie en la cocina, sin que le proporcionara ni alivio ni placer.

Después subió a su habitación. Mientras se cambiaba, le pareció escuchar dos o tres golpes secos, demasiado fuertes para que fueran los nudillos de la dueña de la pensión. Se quedó quieta, conteniendo la respiración, pero no se repitieron. Acabó de vestirse y salió. La separaban unos pocos pasos del cuartito del balcón. Los recorrió acuciada por el mismo miedo infantil que la había obligado a caminar con prisa por los largos pasillos oscuros del piso familiar, siempre temerosa de que alguien o algo saliera de repente de otra de las habitaciones o de sentir una mano fría tocándole el hombro.

Entró en el cuartito y cerró la puerta. No ocupó la mesa camilla, sino que se sentó con las piernas arropadas en una manta al lado del balcón para ver venir a la dueña de la fonda.

Trató de leer un poco. Pronto se dio cuenta de que solo movía los ojos de un lado a otro de las líneas, mientras que por su mente pasaba de nuevo la imagen del ataúd blanco y en lugar del olor del carbón del brasero le parecía notar de nuevo el del incienso de la iglesia. Las voces de Mauricio y Aurelia resonaban en su cabeza. ¿Sobre qué no quería seguir callando Aurelia? Subió un poco más la manta.

Se quedó con la mirada y la mente perdidas en la calle vacía.

No sabía cuánto tiempo habría transcurrido hasta que vio que Aurelia se acercaba a la fonda. La saludó con la mano pero ella caminaba absorta, con la mirada puesta en el suelo. Ana se levantó de la silla por si tenía que bajar a abrirle. Vio entonces que Aurelia se detenía a pocos pasos de la puerta con expresión de asombro. Se preguntó qué podía haber visto o de qué acababa de acordarse. Algo doloroso, a juzgar por el cambio en su rostro. Indignante, por el gesto airado que hizo con las manos antes de dar media vuelta y marcharse.

Ana golpeó en el cristal, pero ella no pareció oírlo.

Salió de la habitación y bajó corriendo la escalera. Cuando abrió la puerta,

Aurelia ya había desaparecido de la vista. Como iba calzada con unas zapatillas de paño no pudo alcanzarla. Miró a derecha y a izquierda, la calle volvía estar desierta.

En cuanto se dio la vuelta para volver a entrar la vio. Necesitó unos segundos para reconocer qué era. La primera palabra que vino a su mente contaminó para siempre un recuerdo de su infancia.

-Treski.

Así se llamaba el perro de sus abuelos, un mestizo algo patoso, que, para horror de su abuela, tenía la costumbre de agradecerle los juegos con devotos lametones en las manos. La lengua de Treski era larga, rosada y húmeda como una manopla de baño. El contacto de esa lengua rasposa la hacía reír por una mezcla de cosquillas y un poco de asco, que en el caso de su abuela era repulsión. Después la obligaba a lavarse las manos con jabón.

La lengua que colgaba de un clavo en la puerta también había sido rosada, como la de Treski, pero había perdido ya buena parte del color y el movimiento oscilante no se debía a que tratara de alcanzarle la cara para darle un lametón, sino a que se estaba mareando. Se hizo a un lado, apoyó la mano en la pared y vomitó sobre el montón de nieve que había junto a la puerta. No pudo parar hasta que con la última arcada salió el resto de bilis que retenía su estómago. Se incorporó un poco y aspiró tambaleante el aire frío. Cuando sintió que sus piernas habían recuperado algo de firmeza, cubrió el vómito con nieve que empujó con los pies y entró temblando en la casa.

Se dirigió como una autómata a una de las sillas que estaban cerca de la chimenea, se sentó con las rodillas pegadas al pecho abrazando las piernas con fuerza y se quedó mirando el fuego menguante. Su mente estaba vacía.

No sabía cuánto tiempo había pasado en ese estado de abotargamiento, pero en algún momento empezó a percibir una voz interior que le pedía repetidamente que volviera en sí. La ignoró al principio, pero acabó obedeciéndola. Se levantó, cogió un quinqué y salió al patio. Ya había anochecido. Seguían sin luz. Medio aturdida y tiritando de frío, bombeó el agua. Tras varios movimientos, salió un chorro helado que cayó en la pila de piedra. Tomó aire y metió la cabeza dentro. Miles de alfileres se le clavaron en la piel. Sacó la cabeza y resopló varias veces. Tomó aire de nuevo y volvió a sumergirla una vez más. Al levantarla de nuevo, empezó a sentir el calor. Era suficiente. Se apartó los mechones de pelo mojado del rostro y entró en la casa. Se secó la cara y las manos con una de las ásperas toallas que le había ofrecido Aurelia.

Ahora de nuevo podía pensar.

Una lengua clavada en la puerta. Esos eran los golpes que había percibido desde su cuarto. La advertencia era clara. «Calla. Calla o...» ¿Qué era lo que tenía que callar? ¿Quién tenía que callarse? Acerca de qué pedía silencio era evidente, de la falsedad de los estigmas. Pero ¿cómo sabía la persona que había clavado la lengua que había descubierto el engaño? Solo había hablado de ello con Miguel y era imposible que el maestro se lo hubiera contado a otra

persona. Eso significaba que Aurelia había escuchado su conversación y se había enterado de que el milagro de Las Torres no era más que una mentira. Pero entonces Aurelia también habría escuchado cómo Miguel le pedía que no dijera nada, para no ponerse en peligro. Sintió una punzada dolorosa al pensar que Aurelia, en cambio, sí que había hablado de ello con alguien. Se dijo que, a pesar de que en los últimos días había sentido que la dueña de la fonda le mostraba una especie de afecto casi maternal, era algo superficial, ya que ella no dejaba de ser una extraña, una forastera. Que, encima, le robaba al pueblo la creencia en la santidad de la niña.

Aurelia, además, había quedado muy afectada por la muerte de Eugenia. Había perdido los nervios en la iglesia. Tal vez en ese estado de sobreexcitación se le había escapado que la periodista de Barcelona, lejos de escribir un artículo alabando la santidad de Isabelita, iba a hacer público que se trataba de un gran engaño. Basta de silencios, había gritado en el funeral de Eugenia.

Entendió entonces que esa lengua de perro no era solo para ella, que la amenaza era para las dos. Aurelia, pues, no había guardado el secreto y, como suele suceder, esa persona probablemente se lo habría dicho a otra, quien a su vez... Y de entre todas habría alguien que quería que se callaran. ¿Quién? ¿Haría algo así el alcalde porque veía peligrar su sueño de abrir un bar en el pueblo? Mucho más que perder tenía, entonces, don Benito. Todo, en realidad.

En algún cobertizo del pueblo yacía un perro muerto sin lengua.

Decidió quitarla de la puerta. Encontró unas tenazas oxidadas en un cajón de la cocina y arrancó el clavo de un tirón. La lengua cayó al suelo. Esperaba un sonido húmedo, pastoso, pero el golpe fue duro y seco. La lengua estaba ya medio congelada. Usó las tenazas para coger ese pedazo de carne grisácea y lo llevó con el brazo extendido hasta el cubo metálico donde Aurelia vaciaba la pala después de barrer. Ajustó bien la tapa. Sintió unos segundos de alivio. Solo unos segundos, porque después el miedo volvió con fuerzas renovadas. Comprobó que había cerrado bien todas las puertas.

No sabía qué hacer.

Se le pasó por la mente pedir ayuda a Julián Maestre. La gente lo respetaba. Si le daba cobijo en su casa, nadie se atrevería a hacerle nada. Pero tenía que llegar hasta allí. Y afuera había alguien que las había amenazado. Por su experiencia periodística, sabía demasiado bien que las amenazas acababan cumpliéndose. Que el chulo que amenazaba a sus putas con pegarlas, lo hacía; que el chivato al que habían avisado con un gato ahorcado, había aparecido estrangulado en la playa.

No quería salir de la fonda, no quería recorrer el pueblo en la oscuridad completa de las calles sin farolas sabiendo que la acechaban, que seguramente habían visto su reacción a la visión de la lengua de perro, que tal vez la habrían contemplado con satisfacción.

Estaba atrapada. Mucho más de lo que pudiera estarlo Aurelia. La amenaza

que hacía callar a otros en el pueblo no valía para ella. En cuanto saliera de Las Torres, no podían hacerle ningún mal, ella no estaba sujeta a las coacciones que mantenían silenciada a una persona del pueblo. Por eso, había entendido que en su caso la formulación de la amenaza era diferente. A Aurelia la lengua de perro le decía: «Calla o atente a las consecuencias». A ella la lengua no le pedía silencio, le estaba diciendo que no iba a salir viva de allí.

Se imaginaba tratando de huir a pie, pasando al lado de los barrancos que flanqueaban la carretera seguida por una sombra que esperaba que llegara al lugar oportuno para darle un empujón; se vio cayendo, se vio en el fondo de un precipicio sin poder moverse esperando un rescate que nunca llegaría. Alejó de sí estos pensamientos fatídicos cuando empezó a preguntarse si también estaría intacta cuando encontraran su cuerpo.

Se estiró para desentumecerse. No podía dejar que el miedo la dominara por completo. Encendió todas las lámparas, candiles y velas que pudo encontrar.

Se quedaría allí hasta que volviera Aurelia y pudiera hablar con ella. ¿Por qué había dado media vuelta al ver la lengua en la puerta? Solo cabían dos opciones: sabía de quién era obra y había decidido enfrentarse o había ido a buscar ayuda. ¿Por qué tardaba tanto?

Esperaría.

¡Qué frío que hace esta noche! Menos mal que en el nicho se está a cubierto. Y que me he traído una manta. Si no, igual me muero como Eugenia. Hasta se ha formado hielo dentro del nicho. Agujitas pequeñas. Tal vez debería haberme metido en un nicho alto y no en este a ras de suelo. Pero es que el nicho alto está muy lejos del de Eugenia.

-Vendré cada día a visitaros a las dos. ¡Qué pena que no te hayan puesto más cerca de Pili! Si pudiera, me quedaría siempre con vosotras.

Madre me ha dicho que no quiere ni verme. Está muy enfadada. Y padre me quiere pegar porque he llorado en la iglesia en el funeral. Pero yo solo he llorado, los otros han gritado. Y en la iglesia no se grita. Es pecado. Llorar sí se puede. Sobre todo en los entierros. Y no he gritado, solo he llorado fuerte. Pero ¿a quién quieren pegar? A mí. Así que me he marchado de casa esta noche. Padre me espera con el cinturón. Y madre hoy no me quiere. Vosotras sí, pero estáis muertas.

-Me quedaría siempre con vosotras, pero no muerto. Eugenia, ¿eres un angelito? ¿O eres una muerta normal? Podemos probar con algo fácil. ¿Me arreglas la mano? Cuento hasta tres. Uno, dos, tres. ¡Ya!

No ha pasado nada.

-¿Probamos otra vez? Uno, dos, tres. ¡Ya!

Tampoco.

Igual es que Eugenia no ha llegado todavía. Pero don Benito dice que se

llega enseguida. ¿Y si está en el purgatorio? Porque leía mucho y quería marcharse.

-Eugenia, ¿estás en el purgatorio? ¿Da miedo? Dice don Benito que por cada Ave María que te rezan es un año menos. ¿Y si tienes que pasarte mil años? ¿O un millón? Tendré que rezar mucho.

Bueno, empiezo más tarde, que parece que viene alguien. Será el cobardica del enterrador que viene a ver que se haya cerrado bien el nicho. Cobarde, gallina, capitán de las sardinas. Mejor me meto bien para dentro, no sea que me vea. No. Es la tía Aurelia. Pero hoy no es martes y ella lo hace todos los martes, lo de visitar a Pili. También va a ver al padre de Pili, al tío Luis, que está enterrado en la parte de los que van al infierno. Pobrecita, Pili, en el cielo sin padre. Se ha parado delante de tu nicho, le veo los pies. Está llorando. Espero que no llore mucho, si no, tendré que llorar también yo y me descubrirá. Me taparé las orejas. ¿Por qué no me has arreglado la mano? Solo me puedo tapar bien una oreja. Así no sirve.

Mejor que empiece ya a rezar. Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...

21

Una voz la despertó.

Contuvo la respiración y aguzó el oído. Una voz de hombre. Había alguien en la casa. Cerca.

Su primer impulso fue la huida, por eso no tuvo cuidado de no hacer ruido al levantarse de la cama y dirigirse a la puerta del dormitorio. Se frenó a tiempo. Pegó el oído a la madera. La voz del hombre parecía venir del cuartito del balcón. ¿Cómo había entrado en la casa? Había cerrado bien todas las puertas. Además, había dejado la llave metida en la cerradura de la puerta principal por miedo a que alguien que tuviera una copia pudiera entrar mientras dormía. ¿Y Aurelia? Habría llamado y, en su estado de nervios, la habría despertado, de ello no le cabía la menor duda.

Se había metido en la cama a las tres de la madrugada después de pasar varias horas dando cabezadas esperando a que volviera Aurelia. El dormitorio estaba a oscuras y no encontraba los fósforos para encender la vela. Corrió hacia la ventana y trató de abrir los postigos. Tuvo que forcejear porque el frío y la humedad habían pegado las hojas. Miraba atrás esperando ver aparecer a la persona cuya voz le llegaba entre las sacudidas que daba a la madera y sus propias imprecaciones. Por fin logró abrirlos y entró un poco de luz de luna.

Sudorosa por el esfuerzo y por el miedo, esperó quieta delante de la ventana mientras sus ojos buscaban algo con que defenderse. La voz seguía sonando desde el mismo lugar en que la había percibido al principio, no se había movido para acercarse a ella. Recordó que llevaba unas tijeras en el neceser. Eran pequeñas, pero cualquier instrumento punzante puede ser un arma mortal si quien lo empuña está lo suficientemente asustado. Este pensamiento le dio valor para abrir la puerta del cuarto. No se había equivocado, había un hombre en el cuarto del balcón. ¿Cómo habría entrado en la casa cerrada? Tal vez llevara todo el tiempo escondido dentro, al acecho, hasta que se sintiera confiada, hasta que se durmiera. ¿Y si Aurelia lo había dejado entrar y la lengua de perro era una señal para que la dueña de la fonda se marchara? Por eso no había regresado aún.

Tenía que pasar por delante de la puerta del cuarto para llegar a la escalera. La puerta estaba entreabierta, podía distinguir una línea clara, el hueco de pocos centímetros que dejaba la hoja entornada. Todo había sido una trampa. No, no podía ser, estaba desvariando. Pero, por otro lado, ¿no era la ausencia de Aurelia una señal de culpabilidad? La había dejado sola en casa el día anterior para que se encontrara con el mensaje, con la lengua de perro. Apretó las tijeras con tanta fuerza que la mano se le puso blanca y empezó a caminar. La había vuelto a dejar sola para que se cumpliera la amenaza. Pero si era así, no entendía por qué la persona se había delatado, si lo que quería era tenderle una encerrona.

El sonido de sus pies descalzos le parecía estruendoso mientras se movía con la vista clavada al frente temiendo que en cualquier momento el hueco quedara oculto por la silueta del intruso. A cada paso escuchaba la voz del hombre y empezó a preguntarse con quién estaría. Tal vez se trataba solo de una nueva advertencia, de asustarla lo suficiente. Una vez más tuvo que recordarse que de nada servía atemorizarla en el pueblo. Ella venía de fuera y en algún momento se marcharía. No estaba encadenada como los demás a ese lugar. A ella no podían exigirle silencio.

La voz seguía hablando, indiferente a su terror, o tal vez disfrutándolo por anticipado.

Ana levantó las tijeras con la mano derecha mientras aproximaba la izquierda al pomo de la puerta. Su respiración era tan agitada que se le nublaba la vista y el sonido de la sangre bombeada por el pánico solapaba incluso la voz del hombre. Cegada y ensordecida abrió la puerta de golpe y entró tijeras en mano.

La habitación estaba vacía.

Miró a derecha e izquierda. Nadie.

La voz provenía del mueble, de la radio que se había dejado encendida la última vez que se había ido la luz. El locutor estaría delante de un micrófono en el estudio de la emisora en Madrid sin poder imaginarse que en un pueblo del Maestrazgo, una mujer dejaba caer unas tijeras al suelo mientras lloraba de alivio.

22

Pasó el resto de la noche durmiendo en una silla junto al balcón. Fue un sueño intermitente del que se despertó varias veces. Entonces su vista siempre buscaba las tijeras que reposaban en su regazo sobre la manta. No se había atrevido a bajar a la cocina a coger uno de los afilados cuchillos que Aurelia guardaba en un cajón. Ni siquiera se había aventurado a regresar a su cuarto. Trató de darse ánimos repitiendo lo que a veces se decía a sí misma en situaciones apuradas, que algún día se reiría de sus temores. En ese momento le bastaba con que ese algún día fuera el día siguiente, con que llegara el amanecer y la luz la liberara de su encierro.

Poco después de las siete abrió una vez más los ojos. Por fin estaba allí el alba. La nieve de los tejados ya pasaba del gris al rosa. Amanecía sin nubes. Sería un bello día de invierno, uno de cielo azul, aire limpio y contornos claros. Quizás también un día de deshielo.

Se levantó entumecida, le dolía la espalda y sentía las extremidades agarrotadas. Cogió las tijeras. La luz había disipado los temores irracionales, no los reales. Para eso se necesitaba mucho más que unos rayos de sol.

Se disponía a salir del cuarto cuando la sorprendió el toque de las campanas. No llamaban a misa. Era un sonido nervioso y perentorio. Esta vez llamaban a rebato. Abrió la puerta del balcón y se asomó. El hombre que sacaba la cabeza por la ventana de la casa contigua ni reparó en su presencia porque tenía la mirada fija en dirección al lugar donde se encontraba el campanario. Después desapareció y apenas unos segundos más tarde abandonaba su casa ajustándose la boina. Llamó a la puerta de los vecinos y, en cuanto estos salieron, se marcharon juntos hacia la plaza.

Las campanadas no cesaban; todo lo contrario, arreciaban con urgencia en su llamada a la gente del pueblo.

Como si en vez de ser una llamada de alarma el sonido de la campana estuviera despertando sus ánimos, una voz en su interior empezó a repetirle al ritmo de los toques «sal, sal, sal». Saldría. ¿Qué sentido tenía quedarse escondida en la fonda como un animal asustado? ¿Por qué estaba convencida de que era un lugar seguro? En realidad estaba más indefensa en la casa, fuera de la vista de testigos. Las personas que la habían amenazado no se atreverían a hacerle nada rodeada de mucha gente. No todo el pueblo participaba de la conjura para mantener el secreto de la santita. La mayoría creía de verdad en los estigmas. En ese momento la turba fanática, entregada ciegamente al milagro, se le presentó como una marea protectora, a cuyo amparo podía arriesgarse a salir a la calle.

Corrió a su habitación, se vistió con rapidez y, olvidándose de las últimas prevenciones, abandonó la fonda. Con la cabeza alta y la mirada al frente, se dejó arrastrar por la riada de pasos apresurados, de voces preocupadas que

corría cada vez más densa hasta que desembocó en la plaza Mayor. Los que ya estaban allí, procedentes de las casas más cercanas, se congregaban en un corro a pocos metros de la puerta de la iglesia. Los recién llegados se unían a él formando un nuevo estrato que se fundía con el anterior en el espanto y el estupor, porque en el centro de ese anillo humano yacía sobre la nieve el cuerpo inerte de Aurelia. Tenía los ojos muy abiertos, parecía que contemplara con asombro el fragmento de azul resplandeciente que quedaba muy lejos del círculo formado por los rostros demudados de sus vecinos. Encima de sus cabezas la campana seguía sonando incansable, como si quisiera asegurarse de que aparecerían incluso los vecinos de las últimas casas. Los que acababan de llegar ahogaban alguna exclamación al descubrir a la muerta y después se unían al silencio de los allí presentes; tampoco se movían, apenas lo necesario para permitir que otros se les unieran.

En ese momento, al verla muerta, se dio cuenta de que ya lo sabía, de que todo el tiempo había sabido que a Aurelia le había sucedido algo, y se había negado a aceptarlo.

A pesar de estar pegada a esa masa humana, de notar la presión de los cuerpos, su calor, su temblor, se sentía fuera, como si lo que estuviera pasando fuese irreal. Estaba ahí pero no formaba parte de la escena. Parecía que su mente, en un esfuerzo por mantener la cordura, hubiera cerrado temporalmente todas las espitas del miedo y le hubiera cauterizado los nervios para dejar en funcionamiento solo su capacidad de observación. Por eso, si bien la visión de Aurelia era una imagen que sabía que para siempre quedaría asociada al dolor, al temor y a la indefensión, se obligó a sí misma a mirar; la voz de la campana se lo repetía; «mira, mira, mira». Los ojos obedecían.

Y veían a Aurelia tendida en el suelo, veían la cabeza cubierta por un chal negro, la cara dirigida hacia el cielo; veían las manos unidas sobre el regazo; veían su cuerpo menudo vestido de negro dispuesto sobre la nieve como si estuviera metido dentro de un ataúd blanco. Eso veían sus ojos, pero su mente le decía que se trataba de una escenificación. La habían asesinado. Así lo había entendido la persona que alarmó a todo el pueblo con el toque de la campana; así lo había entendido también quien había ido a buscar al sargento, que ahora aparecía corriendo por una de las bocacalles que daban a la plaza. La habían matado y su asesino había dejado el cuerpo a la vista de todos; una advertencia, como la lengua de perro, para el pueblo entero. Silencio. Era una orden que ya se estaba cumpliendo, pues ninguno de los presentes se había atrevido a lanzar ni una sola conjetura, en realidad ni siquiera se habían atrevido a expresar con palabras lo que estaban viendo.

El guardia civil se abrió paso separando el grupo con los brazos como si cavara en la tierra. Llegó al cuerpo de Aurelia y, en un gesto inútil, se arrodilló para tomarle el pulso. Después levantó la cabeza y recorrió al grupo con la vista.

-¿Qué ha pasado?

Él mismo se dio cuenta de lo absurda que era su pregunta, se incorporó y

necesitó poner los pulgares en el correaje para mostrar aplomo. Una voz de mujer se hizo oír entre la masa expectante:

-Está muerta.

No se atrevía a decir «asesinada».

Al sargento se le escapó la palabra como un exabrupto:

-Estrangulada.

Ordenó a la gente que se apartara. El grupo retrocedió un paso. El sargento aprovechó este espacio para rodear el cuerpo con la cara vuelta hacia la gente mientras les preguntaba si habían visto algo. El cuerpo en el suelo los mantenía enmudecidos, hasta que don Benito apareció por la puerta de la iglesia. Había dejado de tirar de la campana y los tañidos se iban espaciando.

Fue el cura quien le explicó que no podían haber visto nada porque él había sido el primero en encontrar el cuerpo de Aurelia, él había sido quien había mandado al muchacho a avisarle, él había sido quien había dado la alarma y hecho venir a todos los vecinos.

También hubiera podido ser él quien hubiera reconocido las huellas de la persona que la había depositado allí, pero la visión de la muerta, porque enseguida se dio cuenta de que estaba muerta, había despertado en el cura la necesidad de convocar al resto de la parroquia.

Si el guardia civil tenía algún reproche por el hecho de que don Benito hubiera destruido una posible pista del asesino, no lo dejó entrever. Después de escuchar las palabras del cura, el sargento se agachó y levantó el cuerpo de Aurelia. Parecía no pesarle, como si cargara una niña, mientras empezaba a caminar hacia del cuartelillo seguido por la gente. A Ana muchos de los rostros ya le resultaban familiares después de varios días en el pueblo. Estaban los hombres que portaban la silla de Isabelita, la criada de don Benito, que le había dicho «la santita es nuestra» en la iglesia, la niña que abrazaba la muñeca de Eugenia, al lado de sus padres. En cambio, no estaba Mauricio. Tampoco, aunque no le pareció tan extraño, Miguel. Sí reconoció a la mujer de Correos, a la dueña del colmado y al que debía de ser su marido, al hombre que había visto su primera mañana en Las Torres sacando a la mula de casa, también a varios del somatén. Estaban incluso los padres de Isabelita. Los vio marchar tras el sargento.

Entendió que era su oportunidad. Tenía que encontrar a Mauricio.

Por ahí viene padre. No quiero que me vea. No le gusta que me meta en el granero. Si me ve, me pegará. Siempre me pega cuando no duermo en casa.

-¿Qué haces? ¿Robar gallinas?

-No, padre.

-¿Mirar a las mozas?

-No, padre.

Pero nunca me cree. A veces me pega por las gallinas, a veces por las

mozas. Otras veces, y entonces me pega más fuerte, porque tengo los ojos verdes. No lo entiendo. No es culpa mía. Madre también se lo dice y le dice que es por él por quien tengo los ojos verdes. Entonces, aún se enfada más y también le pega a madre. Si la santita me arreglara el brazo, la podría defender. Pero Eugenia siempre decía que lo de la cabeza es más importante. Igual Eugenia me podría arreglar la mano. O la tía Aurelia, porque ahora también está muerta.

-Tía Aurelia, ¡pobreciiiiita!

-Mauricio, hijo. ¿Estás ahí?

¡Padre! Me ha oído. Eugenia siempre decía que no tenía que gritar pero se me escapa cuando tengo pena.

-Tía Aurelia, ¡pobreciiiiita!

-Mauricio, hijo. Ven, vamos a casa.

-No, padre, que me pega.

-Solo si has hecho algo malo. ¿Has hecho algo malo?

-No, padre.

-¿Dónde has pasado la noche?

-Tía Aurelia, Eugenia, tía Aurelia. ¡Pobrecitas!

He asustado a padre. Me mira con cara de susto.

-Hijo, ¿cuándo has visto a la tía Aurelia? ¿No habrás sido...? Hijo, bájate de ese sobrado antes de que te vean los dueños. Vamos, tu madre está preocupada por ti.

-¿De verdad?

-Si te caes de ahí, te harás daño.

No sé. Me mira como cuando me va a pegar. No sé. Y si le digo que estuve en el cementerio, me pegará. Y si le digo que vi a la tía Aurelia, me pegará.

-Pobrecita, tía Aurelia.

-¿Quieres bajar de una vez? Y deja de dar esas voces, que vas a llamar la atención.

-¡Pobrecita!

-Baja ya, maldita sea. ¡La madre que te parió!

-No.

Alguien se acerca. Padre se quiere ir. No quiere que lo vean. Que lo vean conmigo. Por eso tampoco me deja ir con el somatén a cazar maquis. Tampoco va conmigo a misa. Solo me lleva al campo. Porque los bueyes me hacen caso.

-Muuuuu, muuuuu, muuuuu.

-Te espero en casa. Y más te vale que no tardes.

-Muuuuu, muuuuu, muuuuu.

Se marcha.

Ahora viene la señora de Barcelona.

¡Qué pena! Desde aquí no puedo olerla.

Se lo contaré a ella y me llevará a la ciudad.

23

No se había equivocado al ver los primeros rayos de luz esa mañana: iba a ser un día bello. Ni una nube gris en el cielo; el sol podría empezar su trabajo de zapador y liberar los caminos de la nieve que impedía que los usaran como tales. ¿Por qué no podría haber sido así solo dos días antes? Se habría marchado del pueblo, le habría contado a Enrique Rubio que se trataba de un engaño y habría olvidado tarde o temprano a toda esta gente.

Cruzó la plaza desierta. Todos se habían marchado al cuartelillo, excepto un hombre que había estado llorando en silencio mientras contemplaba a la muerta. Aurelia le había dicho quién era cuando apareció una mañana preguntando por Mauricio porque no había dormido en casa esa noche.

-Es mi cuñado. El hermano de mi marido.

-¿El padre de Mauricio?

-Sí.

-Tiene los mismos ojos -había dicho Ana.

-Por más que le pese -le había respondido Aurelia con malicia y se había vuelto a arrepentir al momento de su comentario, como tantas veces.

Lo siguió a cierta distancia. Tal vez la llevara a su hijo.

Escuchó que hablaba con alguien y reconoció en su interlocutor la voz algo ronca y rota del muchacho. Se acercó un poco más y vio que la cabeza rubia de Mauricio asomaba desde el sobrado de un granero.

El padre se alejó. Le pareció que porque ella se aproximaba.

Cuando Mauricio la vio detenerse delante del granero, le dedicó una gran sonrisa y, para su espanto, varias sonoras carcajadas. Ana se llevó el índice a los labios para pedirle silencio. Mauricio imitó su gesto y dejó de reír. Después, le indicó con la mano que lo esperara. Con un solo brazo se descolgó del hueco. Por la pericia con que saltó, se veía que no era la primera vez que lo hacía.

El chico se le acercó y, cuando estuvo frente a ella, se paró a mirarla de arriba abajo mientras movía las manos de forma compulsiva para acercarlas a su cuerpo y apartarlas sin llegar a tocarla. Después la rodeó en una rápida carrera y ella tuvo la sensación de que la estaba olisqueando. Volvió a pararse muy firme delante de Ana y le lanzó una sonrisa arrobada.

-¡Eres muy guapa! ¿Me vas a llevar contigo?

-¿Adónde?

-A Barcelona.

-¿Y tus padres?

Mauricio se puso muy serio para reflexionar.

-Nos llevamos a madre. A padre, no. Él y los hermanos se quedan aquí.

Ana se sintió miserable, pero lo dijo de todos modos:

-Bueno, pero me tienes que ayudar. Me gustaría ver a Isabelita a solas. Y sé

que tú sabes cómo entrar en la casa porque le llevas comida.

El rostro del muchacho se ensombreció.

-Es que solo recibe los viernes.

-Pero no le voy a pedir nada.

-Entonces ¿para qué vas?

Ana se dejó guiar por el instinto al dar la respuesta:

-Pues para ser su amiga. Y para preguntarle si quiere marcharse con nosotros a Barcelona.

Mauricio se echó a reír. Empezó a golpearse el costado con la mano deforme, como si no encontrara otro modo de canalizar el ataque de júbilo.

-Sabes cómo entrar, ¿no?

La mandíbula prominente y la boca medio desdentada acentuaban su expresión de estupidez, pero en un parpadeo de sus ojos verdes destelló por un instante un brillo de inteligencia.

-Sí.

-¿Cómo?

-Salto la tapia al patio de la vecina y después al patio de la otra vecina y después al de la casa de Isabelita y entro por el lavadero.

Le costaba entender sus palabras porque reía complacido mientras hablaba.

-Ven, vamos -dijo al final.

La cogió con su mano buena y casi la arrastró hasta la casa de la santita.

-Espera -dijo. Y la dejó delante de la puerta.

Corrió hasta el final de la calle y desapareció.

Unos minutos después reaparecía sonriente en el umbral de la puerta.

-No le he dicho nada a Isabelita. Para que sea una sorpresa.

Se reía y se cubría la boca con las manos para evitar que lo oyesen.

A pesar de la poca luz, los exvotos de cera se distinguían en la entrada de la casa como trozos de fantasmas a medio aparecer. Siguió a Mauricio y subieron la escalera que llevaba al comedor de la casa. Antes de marcharse, la madre había encendido ya el fuego. En la habitación reinaba el mismo calor sofocante que en su primera visita. Desde el cuarto de Isabelita les llegó la voz de la niña. Estaba canturreando la canción del monstruo:

Al monstruo, tan feo,

le gustan las rosas,

se las come blancas,

las escupe rojas.

Agáchate y vuélvete a agachar,

que las agachaditas se van a escapar.

El monstruo, tan feo,

no me comerá.

Tengo las manos rojas

y se asustará.

Mauricio se volvió hacia Ana:

-Esto se lo ha inventado ella.

Trataba de ocultar la risa, pero sus esfuerzos por taparse la boca producían otros ruidos.

Isabelita dejó de cantar.

-¿Madre?

-No, yo. Y la señora.

Mauricio se precipitó hacia la habitación. Ana entró tras él.

Isabelita estaba tumbada en la cama, vestida con un camisón de franela gris, seguía rodeada de velas, de imágenes de santas, de estampitas, pero parecía más una niña enferma que una santita capaz de curar a nadie. Miró al muchacho con ojos ilusionados.

-¿Me has traído comida?

Mauricio le dio unas rosquillas.

-¿No tienes más?

-No he dormido en casa -dijo consternado.

La niña reparó entonces en Ana.

-¿Tienes algo de comer?

-No. Pero si quieres busco algo en la cocina.

-Déjalo. Mi madre ha cerrado las alacenas con llave. Siempre lo hace cuando se va a misa o a algún recado para que no me levante y coma.

-Lo siento. Si quieres, vuelvo más tarde y te traigo algo de comer. Pero antes, me gustaría hablar contigo. De tus estigmas.

Iba a decir «falsos estigmas», pero la presencia de Mauricio la frenó. Se podía imaginar que el muchacho fuera su mensajero, pero no su confidente, por eso le pidió:

-Mauricio, Isabelita y yo tenemos que hablar un par de cosas a solas. Igual podrías salir y buscarle algo más de comida.

El chico miró a Isabelita y, como ella le indicó que sí con la cabeza, aceptó marcharse.

-Después traeré galletas.

Ana lo acompañó hasta la puerta para asegurarse de que salía de la casa. Ya había comprobado cuán sigiloso era capaz de ser si se lo proponía. Regresó

después al cuarto de la santita.

-¿Qué ha pasado? -preguntó la niña-. Mi madre no me ha dicho nada, pero se ha marchado porque ha pasado algo malo, ¿verdad?

-Aurelia -empezó Ana.

Y no necesitó decir más. La niña empezó a llorar.

-¿Se ha muerto?

-Sí.

Era suficiente, pensó. Ana se sentó en la cama cerca de ella. Le pasó la mano por el pelo.

-Tienes muy mala cara, Isabelita.

La niña cerró los ojos mientras apoyaba la cabeza sobre la palma de la mano de Ana, como si no quisiera que dejara de tocarla. Ella siguió entonces acariciándole suavemente el brazo izquierdo mientras le decía:

-Pobrecita, pobrecita.

Isabelita sacó las manos, que hasta ese momento había escondido debajo de la colcha, y se las mostró. Las llevaba vendadas.

-Me aprietan demasiado.

Le tendió la izquierda a Ana para que le quitara la venda.

-Me cuesta mucho hacerlo.

Con mucho cuidado, Ana apartó el vendaje. Descubrió un gran agujero negro en el centro de la palma, como un cráter hecho de costras sanguinolentas. Olía mal, olía a una mezcla de carne putrefacta y alguna sustancia química. Se le hacía familiar, pero no lograba identificarla porque se superponía al olor de la incipiente necrosis que estaba afectando a la herida. Si no la veía pronto un médico, podía perder la mano. Las manos, porque se imaginaba que la mano derecha no se encontraría en mejor estado.

-¡Dios mío! ¿Cómo te has hecho esto?

-El agujero, con unas tijeras. Y después se le echa sosa de hacer jabones. Cuando quiero que sangre, lo raspo otra vez. Pero es que ya no puedo más -dijo con voz débil.

-Lo entiendo. ¡Eso tiene que doler muchísimo!

Notó cómo todo el cuerpo de la niña se tensaba.

-Pero seguro que estar en el infierno duele más. Y no quiero ir al infierno. Las mujeres impuras van al infierno.

Ana no pudo ocultar su extrañeza:

-Solo tienes trece años, ¿por qué dices que eres una mujer impura? ¿Has hecho algo?

-No. Pero... La pureza cuando se pierde no te la puede devolver nadie. Es por eso, por defenderla, que murieron Santa Eulalia, Santa Inés, Santa Lucía... Es lo más valioso que tiene una mujer, sin eso no vales nada.

Eran palabras recitadas, consignas.

-¿Te lo ha dicho tu madre? ¿O es lo que os cuenta don Benito?

-Don Benito y mi madre y las mujeres del pueblo. Aunque don Benito no sabe que algunas de ellas son impuras. Pero es que antes don Benito no estaba

aquí. Pero a mí no me pasará.
Algo no encajaba en lo que le estaba contando la niña. Aunque le parecía increíble, una hipótesis que había descartado desde el principio por impensable, le preguntó a Isabelita:
-Entonces ¿lo de los estigmas ha sido idea tuya?
-No fue idea mía. Fue de Eugenia, que era muy lista. Ella me dijo que nadie podría hacerme nada si yo era una santa. Ella sabía muchas historias de santos y dijo que a los santos con estigmas la gente les tenía mucho respeto. Tanto respeto que no podían tocarlos.
Ana no podía dar crédito a lo que le acababa de decir. Todo había sido idea de Eugenia, la mejor amiga, la que lo sabía todo de la santita, en sus propias palabras. Sus especulaciones y teorías se venían abajo. Tenía tantas dudas nuevas, tantas preguntas que hacer que no sabía por dónde empezar. La niña le mostraba las manos liberadas de los vendajes. Volvió a notar el olor extraño.
-¿También te enseñó Eugenia cómo hacértelos?
Isabelita asintió.
-¿Y el truco te lo enseñó Eugenia? ¿De dónde lo sacó ella?
-De los libros. Eugenia siempre leía. Leía de todo. Cogía libros para mayores de don Miguel y los leía también. Hasta leía libros de matemáticas. Y se inventaba palabras raras y yo las repetía y don Benito decía que yo tenía el don de lenguas. A Eugenia le daba mucha risa. Eugenia era la más lista del pueblo. Pero se equivocó en una cosa. Pensó que, como era bizca, a ella no podría pasarle nada.
Hizo una pausa. Estaba muy pálida. Hablar la cansaba. Cerró los ojos.
-¿Lo sabe tu madre? ¿Sabe ella que es mentira?
La niña negó con la cabeza sin abrir los ojos.
Isabelita parecía dormitar. Ana cogió la venda con la que se había envuelto la mano. Tenía manchas de sangre y, como la herida, olía a sosa. Le costaba creer que la madre no se hubiera dado cuenta del engaño, por lo menos que no lo sospechara. Pero tal vez confluían en ella una mezcla de fe ciega y ambición. Era la madre de la santita. La gente la respetaba, ocupaba un lugar privilegiado en la iglesia, recibía regalos. A las dos niñas el engaño se les había ido de las manos hacía tiempo.
No quería fatigarla más, pero aún le quedaban preguntas:
-¿Lo sabe don Benito?
-No lo sé.
-¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué lo habéis hecho?
La niña no respondió. Seguía con los ojos cerrados. Hablaba cada vez más bajito, como si se estuviera durmiendo. Aun así no le pasó desapercibido el tono desesperado con que le dijo:
-Ya no quiero más. Tampoco puedo. No sé hacerlo sin Eugenia. Por eso también quería escaparme.
La capturaron y ahora se había convertido en una prisionera. «La santita es

nuestra.»

-Por eso estoy aquí, Isabelita, para ayudarte a salir.

Abrió los ojos.

-¿Cómo?

-De entrada te sacaré de aquí. Después del pueblo para que te vea un médico y te cure estas heridas.

La miraba entre esperanzada y escéptica. Ana le contó el resto del plan que había improvisado:

-Ha salido el sol, tal vez pronto abran la carretera. He pensado que nos esconderemos en casa de don Julián y, en cuanto podamos, nos marcharemos en su coche. Estoy segura de que nos ayudará.

La niña le lanzó una mirada atemorizada.

-No tengas miedo. Todo saldrá bien. Pero tenemos que darnos prisa, nos tenemos que ir antes de que vuelva tu madre.

Ana escuchó un sonido a su espalda. Pensó que Mauricio volvía con algo de comida. La expresión de la niña pasó del miedo al pavor. Ana se dio la vuelta.

Desde el umbral de la puerta de la habitación, su madre las miraba con los ojos cargados de odio.

-¿Qué hace aquí?

Hablaba con tanta rabia que la voz le salía entrecortada.

-La niña necesita ayuda.

-¡Fuera!

La madre de Isabelita entró en el cuarto y cogió a Ana de un brazo. Los dedos, crispados como garras a punto de atacar, parecieron atravesar la ropa y se le clavaron en la carne. Tiró de ella. Ana se levantó y aprovechó su estatura para desprenderse de la mano y encararse a la mujer.

-¿Cómo se atreve?

-Estoy en mi casa.

La niña se había cubierto con la colcha hasta el cuello y las miraba asustada. Magdalena volvió a intentar agarrar a Ana, pero esta se zafó y la apartó con un leve empujón.

-¡Fuera! ¡Fuera! -le gritó la madre.

-La niña está muy enferma.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

No se dejó intimidar por las voces desaforadas de la mujer.

-Necesita un médico.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

-Y tiene que comer. La está usted dejando morir de hambre.

La madre dejó de gritar, sus labios se cerraron hasta desaparecer, las aletas de la nariz temblaban al ritmo de su respiración agitada.

-Mi hija es una santa. No necesita alimentos terrenales.

Estas palabras en boca de la mujer despertaron sus recelos.

-¿Eso le ha dicho don Benito? ¿Que no le dé comida para que se vaya antes al cielo? ¿Es eso?

Isabelita había desaparecido debajo de la colcha y lloraba como un animalito acorralado.

Magdalena levantó la barbilla con orgullo.

-Es un privilegio tener estigmas, es una señal de que es una elegida, de que la están esperando...

Ana no pudo contenerse.

-A mí no hace falta que me venga con el cuento. Lo sé todo.

La niña se destapó de golpe. Dirigió una mirada suplicante a Ana, para que no siguiera hablando. Con el movimiento brusco, se había arrancado parte de las costras y de las heridas manaba un hilito de sangre.

Ana no podía ni quería callar:

-Venga. ¿No me querrá hacer creer que nunca ha notado el olor de la sosa? ¿Nunca la vio arrancándose las costras para sangrar? ¿Me quiere hacer creer que ni siquiera lo sospechó?

La madre se abalanzó sobre Ana.

-Es mentira.

-Entonces, ¿está usted completamente ciega? ¿De verdad no se ha dado cuenta de que se lo hace ella misma?

Una bofetada la alcanzó de lleno en la cara. Ana se defendió y paró el siguiente golpe, pero no lo devolvió. La mujer trató de golpearla de nuevo, ella le sujetó el brazo por la muñeca. Lo intentó con el otro y Ana la frenó también. Empezaron a forcejear en el estrecho espacio que quedaba entre la cama y la pared. La niña estaba de rodillas y repetía entre lágrimas:

-Parad, parad.

Una voz masculina irrumpió desde la puerta:

-¿Qué está pasando aquí?

Era el padre de Isabelita.

Ana y Magdalena detuvieron su lucha y se soltaron.

-Sácala de aquí -le dijo su mujer.

El hombre entró también en el cuarto. Ana hizo un gesto apaciguador con las manos y dio un paso hacia la puerta. El hombre la miraba sin expresión. No sabía lo que había sucedido, pero obedecía la petición de su mujer y la empujaba con la mirada. Ana miró sus grandes manos de leñador y, aun a riesgo de que se volvieran contra ella, repitió:

-Dele de comer a su hija. No es una santa, es una niña asustada.

El hombre no le levantó la mano, sino que tuvo que interponerse para evitar que su mujer se le echara encima.

-¡Mentira! ¡Maldita seas! ¡Mentira!

Mientras sujetaba a su mujer, le dijo a Ana:

-Váyase, por favor.

La voz no mostraba ninguna emoción, solo cansancio. Seguramente, al contrario que su mujer, sospechaba la farsa. Pero había callado. La madre de Isabelita, en cambio, gritaba cada vez más fuerte sus imprecaciones:

-¡Maldita seas tú y toda tu familia! ¡Malditos tus muertos y toda tu ralea!

-Calla, mujer.

Ana empezó a bajar las escaleras. En la entrada de la casa, la luz del día iluminaba con fuerza unas piernas de cera que algún devoto había dejado a la santita.

Antes de abandonar la casa escuchó nuevos gritos en el interior. La madre le estaba gritando a Isabelita:

-¿Es mentira? ¿Así que todo era mentira? ¿Es mentira?

Los golpes se mezclaban con el llanto de Isabelita incluso después de que el padre le pidiera que parara.

-Déjala, mujer. Deja a la niña en paz.

Ana salió apresuradamente. Cerró la puerta para dejar de oír las voces.

Encontró a Mauricio sentado en el suelo delante de la casa. Se agarraba las piernas con las manos mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

-Nos han pillado, nos han pillado -repetía.

Lo dejó allí. Estaba demasiado confusa para poder ocuparse de él. No acababa de entender qué había pasado en la casa de Isabelita. Las últimas palabras de su madre, sobre todo la violencia con que las había pronunciado mientras pegaba a su hija. La golpeaba con rabia, con la cólera del despecho. Ese resentimiento, cargado de furia y de dolor, no podía deberse más que al hecho de que acababa de descubrir que su hija la había engañado. Volvió a preguntarse si era posible tanta ceguera y tuvo que responderse que sí, que los ojos de la madre habían estado ciegos porque lo había estado también su entendimiento, ofuscado por la ignorancia, la superstición, la pobreza. Todo ello abonado por el verbo sugestivo de don Benito, sus ansias de medrar, sus delirios de grandeza. ¿Habría notado que era falso? ¿Qué sabía el cura? Tal vez porque había descubierto la mentira había convencido a la madre de no dar alimentos a su hija. El artículo del periódico difundiría la fama de la niña, una ola imparable de fieles se acercarían para verla y afianzarían el culto. La Iglesia es lenta. Cuando alguien quisiera llevar a cabo alguna exploración médica, la niña ya estaría muerta. Incluso aunque hubiera pruebas científicas en contra, ¿cuándo habían sido obstáculo para el culto? ¿O acaso eran auténticos los milagros de los otros santos reconocidos?

Dobló la esquina. A pesar del frío lacerante, vio a una niña jugando en la calle. Era la que tenía la muñeca de Eugenia. Estaba sentada en un escalón con ella en el regazo y le daba cucharadas de nieve que tomaba de un platito de loza descascarillado.

Dedicó a Ana una sonrisa radiante al verla pasar. Ella la correspondió por inercia y pasó de largo.

-Tienes que comerte todo el potaje para hacerte muy grande -decía la vocecita despreocupada a su espalda.

Sintió una punzada de tristeza al escuchar el juego inocente. Como si tuviera una arcada de dolor y toda la aflicción contenida por la muerte de Eugenia, por la de Aurelia, por esa pobre Isabelita estuviera a punto de escapársele.

-Y cuando seas grande, no dejaré que el monstruo te haga daño -añadió entonces la niña.

Esas palabras, pronunciadas con total seriedad, atajaron su pesadumbre. Se acercó a la pequeña. Estaba tan ensimismada en su conversación con la muñeca de trapo que dio un respingo al notar la mano de Ana en su hombro.

-¿Qué has dicho del monstruo?

-No se puede hablar de eso -dijo en voz muy baja.

-¿Pero existe, el monstruo?

-Sí.

-¿Tú lo has visto?

-No.

-¿Le tienes miedo?

-Todavía soy muy pequeña -hablaba tan bajo que Ana no estaba segura de haber entendido las palabras.

Abrazó a la muñeca y se levantó.

-¿Muy pequeña?

No le respondió, se metió en la casa y dejó el plato abandonado en el escalón con la nieve a medio comer.

El monstruo.

Retomó sus pasos. En la esquina miró hacia la casa de Isabelita. Allí seguía Mauricio sentado delante de la puerta. El vaivén rítmico del muchacho le recordó la estrofa de la canción del monstruo que la niña había cantado. ¿Cómo era?

Los versos inventados por Isabelita hablaban de las manos rojas que asustaban al monstruo. Pensó en esas pobres manos, rojas cuando la niña se arrancaba las costras para hacerlas sangrar ante el pueblo. Pero las heridas eran negras.

-Negras. Negro -dijo en voz alta.

Negro. ¿De qué color era el vestido con que enterraron a la hija de Aurelia?

Tenía que ir a la fonda y volver a ver la foto.

25

Entró corriendo en la fonda. Ni por un momento se le ocurrió pensar que alguien la esperara allí. Todos sus temores habían quedado en un segundo plano. Lo único que quería era ver la foto.

Subió al cuarto del balcón. Buscó la foto de la niña muerta. La memoria no le había fallado: el vestido era negro.

¡Negro! La habían rodeado de símbolos de pureza: flores blancas, lazos blancos también, una diadema de flores blancas como de ganchillo que sujetaba en su cabeza una fina toca de tela blanca. Pero el vestido era negro. Aurelia había vestido de negro a su hija. A su hija, que había muerto, según le había dicho Eugenia, a manos de un monstruo.

A Eugenia la habían enterrado de blanco. A la misma edad que a Pilar. De blanco. «Intacta». ¿No era eso lo que repetían todas las gentes del pueblo? Intacta, intacta. Porque no la habían tocado los animales, porque tampoco la había tocado el monstruo. Intacta. Virgen. ¿Era eso lo que decía la foto de la niña vestida de negro? ¿Que no había muerto virgen? Y el vestido negro que le había puesto su madre se lo estaba diciendo a todos: no, no es un angelito. Tampoco era una niña mártir que hubiera muerto al defender su pureza. Recordó las fotos de Josefina Vilaseca publicadas en *El Caso*, la niña vestía de los pies a la cabeza de blanco, como Eugenia. Intacta. El monstruo no la había tocado. A Pilar, sí. El monstruo le había quitado la pureza. ¿Por qué lo ponía su madre así en evidencia, escarneciéndola ante los ojos de la gente? No. No era eso. No era tal el recuerdo que Aurelia guardaba de su hija, no era a ella a quien Aurelia quería poner en evidencia, sino al monstruo. El vestido negro era una acusación ante todo el pueblo. El monstruo, pues, había violado a su hija. A eso se refería la cancioncilla de las niñas: «Al monstruo, tan feo, le gustan las rosas, se las come blancas, las escupe rojas». Rojas de sangre tras desvirgarlas. ¿Cómo habían llegado las niñas del pueblo a esconderlo de esa manera críptica en una cancioncilla? Quizás por las alusiones de los adultos. Como la canción de la marquesa de Madrid que cortó la mano de su hija, la canción deformaba la brutalidad, la crueldad de la realidad y la acababa convirtiendo en una rima infantil, pero la esencia seguía ahí. La cantaban al jugar. Se preguntó si comprendían del todo lo que estaban diciendo. Ellas seguramente no, aunque algo pavoroso se desprendía de la canción, y las risas con las que huían después de cantarla eran la risa con la que los niños tratan de ahuyentar el miedo a la vez que caen en su atracción. Pero los adultos sí comprendían de qué trataba. Ahora entendía la reacción de Aurelia cuando una de las niñas la canturreó en la fonda la noche en que encontraron el cuerpo de Eugenia. Y no solo Aurelia la entendía. Todos lo hacían. Todos sabían; todos sabían lo que le había sucedido a su hija y todos callaban.

Por eso se había hecho Isabelita los estigmas. Para que el monstruo no la

violara. «A los santos con estigmas la gente les tiene mucho respeto.» Ese era el plan de Eugenia. Una mezcla de genialidad y delirio. Una niña de trece años había usado la credulidad potenciada por el verbo inflamado del cura para ayudar a su amiga a escapar de las garras figuradas de un monstruo. Y su madre había estado más que dispuesta a creerlo con tal de ser la madre de una elegida. Se había convertido en el milagro de Las Torres. La había dejado atrapada entre el dolor físico, cada vez más insoportable, y el miedo a condenarse, que crecía también cuanto más amplios eran los círculos a los que llegaba su supuesta santidad. ¡Pobre criatura! Pero aún sentía más pena por Eugenia, por su mente brillante condenada a la asfixia entre rezos e imposiciones. Eugenia, que había cometido un error al creer que su estrabismo la libraría. De eso era, pues, de lo que huía.

Pero la canción no decía que las matara. En el caso de Pilar algo había sido diferente y la había matado. El monstruo la había matado.

El monstruo. Tenía que ser alguien del pueblo, alguien que atacaba a las niñas del pueblo. Que lo hacía con frecuencia, si había llegado a convertirse en una leyenda viva. Isabel había tratado de escapar del monstruo fingiendo los estigmas, sin poder llegar a imaginarse lo que esa idea descabellada que había tenido Eugenia podía desencadenar.

¿De quién quería protegerse Isabel? Volteó la otra foto de Pilar, pero, aparte de la dirección del fotógrafo de Teruel, no había nada más que la pudiera ayudar.

Contempló de nuevo la imagen de Pilar viva, su rostro de adulta prematura. ¿Quién fue? La foto no podía decirle nada. Si Aurelia le hubiera contado algo... Recordó sus gritos en la iglesia, su desafío al decir que no quería callar más. Le habían costado la vida.

Empezó a caminar de un lado a otro de la habitación.

Aurelia no quería romper el silencio para decir que los estigmas de Isabel eran falsos. Se trataba de otra cosa. Quería denunciar al monstruo. Por eso la habían matado. Recordó el momento en que había visto la lengua de perro en la puerta; Aurelia había entendido a qué se refería. Pero esta vez no se había dejado amedrentar y lo había pagado caro.

No porque quisiera hablar acerca de la conjura alrededor de la santita, que tal vez ni siquiera existía; sino porque había amenazado con hablar de las violaciones y de la muerte de su hija. Porque había amenazado con no callar más acerca del monstruo. Y lo había gritado delante de todo el pueblo. No, la muerte de Aurelia no tenía que ver con los falsos estigmas, no había sido ninguno de los fanáticos religiosos quien la había asesinado, sino el monstruo. La lengua de perro había sido el primer aviso. Pero Aurelia por lo visto había querido hablar. Por eso el monstruo la había matado y la había depositado delante de la iglesia.

Ana se detuvo un momento. Estaba al lado de la puerta del balcón. Solo hacía unas horas que las campanas de la iglesia la habían despertado en ese mismo lugar.

¿Por qué había depositado el cuerpo de Aurelia delante de la iglesia, donde la encontrarían enseguida?

Empezó a caminar de nuevo por la habitación.

Porque de eso se trataba, de que la encontraran enseguida, porque todos tenían que verla. Era una lengua de perro para el pueblo entero. «Mirad lo que les pasa a los que no se callan.» Una señal clara, para que la entendieran incluso las mentes más simples.

La frase resonaba en su cabeza. Tenía la impresión de estar escuchando un eco. Alguien le había dicho eso, «las mentes simples necesitan señales claras». Lo recordó al momento.

Las piernas le flaquearon y tuvo que dejarse caer sobre el sillón.

Sentía vértigo al pensar si no habría estado a punto de pedir ayuda a la persona que había maltratado a las niñas, que había estado a punto de pedirle el coche para llevarse a Isabelita del pueblo. ¿Dónde las hubiera llevado ese viaje? Tal vez al fondo de alguno de los barrancos del camino. Recordó la mirada espantada de la niña cuando ella había mencionado a Julián Maestre. La idea de que precisamente él fuera quien se supone que la salvaría debía de haberla aterrorizado. Pero la súbita aparición de la madre en la habitación no le había permitido pensar en los motivos de su reacción.

Don Julián, el lector culto y refinado. Don Julián, el gran admirador de la Ilustración, que apelaba con orgullo a la preeminencia de la razón y de su propia inteligencia. Don Julián, que miraba altivo a los habitantes del pueblo. Don Julián, el amo. Al que todos admiraban. Que zanjaba una discusión con una simple orden. Que se ocupaba de la gente a su manera. Que, como amo del lugar, se había otorgado una especie de derecho de pernada.

Alguien llamó a la puerta. Se levantó y miró por la ventana a la calle. Vio la cabellera oscura de Miguel, la primera imagen agradable del día. Mientras bajaba corriendo la escalera para abrirle, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba.

Unos minutos después constató que Miguel tenía por lo menos tanta hambre como ella a juzgar por la velocidad con que abría los armarios y los cajones de la cocina. Pensó que era una reacción de duelo por la muerte de Aurelia. Ella, por su parte, apenas soportaba sacar de la alacena los restos de una tortilla que Aurelia había preparado el día antes de su muerte, el pan que había envuelto con cuidado en un paño limpio, tirar del corcho que sobresalía del cuello de una de las botellas de vino. Se veía a sí misma repitiendo los gestos de la dueña de la fonda y a la vez borrando su rastro.

Se sentaron en una de las mesas del comedor y comieron sin hablar. También sin palabras habían llegado al acuerdo de concederse unos momentos de silencio.

Cuando Ana se hubo saciado, se sintió con fuerzas para hablar. Dejó los cubiertos a un lado y le contó a Miguel su visita a casa de Isabel. Él la escuchaba sin dejar de comer, aunque lo hacía cada vez con mayor lentitud, y

asentía con la cabeza a las reflexiones que Ana le iba exponiendo. Ella tomó un sorbo de vino antes de atreverse a formular la conclusión a la que había llegado:

-El monstruo existe, ¿no es verdad?

-Sí -la voz del maestro sonó ronca.

-Y es Julián Maestre.

Otra vez sí.

Con una parsimonia exasperante, Miguel dejó también los cubiertos en la mesa, los colocó con suaves golpecitos de los dedos de modo que quedaran perfectamente paralelos, giró el plato hacia un lado y hacia el otro, miró el vasito de vino como si buscara algo dentro de él y, finalmente, dijo:

-Hace que las niñas vayan a su casa. Su criada de toda la vida, Cándida, las llama para que vayan a hacer alguna tarea en la casa del señor. Vuelven al día siguiente llorosas y llenas de moratones.

-¿Y los padres lo toleran?

-Sí. La única que no ha estado conforme con que su hija tenga que pasar por eso ha sido la mujer del enterrador, que se la llevó a casa de unos parientes. Pero en el pueblo todos dependen de don Julián de una u otra manera. Les paga buenos precios por la lana o la carne. Cuando les falta dinero les da incluso adelantos. Como ves, un buen señor, generoso y comprensivo.

Sonrió con un gesto amargo y se sirvió otro vaso de vino.

-Las familias que le mandan a sus hijas pueden disfrutar de algún que otro favor. Algunas incluso cuentan con ello y colaboran más que gustosas.

-Pero las niñas pagan un precio muy alto por esos «favores», como los llamas.

-Cierto. Pero la mayoría de los padres piensan que tienen que aguantarse. De todos modos creen que -hizo una pausa para buscar las palabras- el acto carnal no es placentero para las mujeres. O por lo menos no debería serlo. Y por lo que se refiere a los golpes, ya se sabe que una buena tunda nunca ha hecho daño a nadie. El problema es que en el caso de don Julián suele ser más que una tunda.

Tomó otro trago de vino.

Ana se removió inquieta en la silla. Algo de lo que había dicho Miguel estaba reclamando su atención. Lo que le había contado era espantoso, padres que entregaban a sus hijas al señor feudal y a cambio recibían buenos precios por su lana. Era espantoso, pero no era eso lo que le llamaba la atención. La criada. La criada que avisaba a los padres cuando Maestre exigía a una niña. Rememoró la escena después de la misa: los padres de Eugenia, la criada de Maestre, Eugenia petrificada. Eugenia tenía la edad de Isabel o la misma que Pilar cuando murió. ¿Era la próxima? Entonces, la criada la había citado en la casa del señor. ¿Qué le había contado Isabelita? Que Eugenia se sentía a salvo porque al monstruo no le gustaban las bizcas, pero que se había equivocado. Porque el monstruo la había reclamado. La criada había hablado con los padres y les había exigido que mandaran a la niña. Pero Eugenia no estaba

conforme y había decidido huir, marcharse a otro pueblo. Por eso llevaba sus cosas en un hatillo cuando la encontraron.

Le contó a Miguel, que la había observado expectante, sus suposiciones.

-Suena muy propio de Eugenia.

Sonrió con tristeza.

-No era de las que se rendían.

Ana dijo pensativa:

-Quién sabe, tal vez lo hubiera logrado si la carretera no hubiera estado cortada por los árboles caídos.

Así lo había explicado el sargento.

-Pero eso no podía saberlo Eugenia cuando se marchó. A medio camino debió de darse cuenta de que no podía seguir y tuvo que dar media vuelta. Con el frío y la cantidad de nieve, no logró regresar. Realmente murió de frío.

No la habían matado, murió porque quería huir. La mirada de Miguel andaba perdida en el fondo del vaso de vino, con el que parecía hablar ahora:

-Desde que soy maestro aquí, han sido cuatro. Las he visto al volver a la escuela. La primera fue María, la mediana de los panaderos. Después de su encuentro con don Julián se pasaba la clase ausente y se asustaba cuando la llamaba por su nombre o me acercaba. La hizo ir a su casa tres o cuatro veces. La última volvió con el brazo dislocado y se lo tuvo que arreglar el tío Pedro, que hace las veces de veterinario. Siguió todavía un año en la escuela; no se suelen quedar mucho, la verdad. Ahora está casada con uno del pueblo.

La voz estaba cargada de compasión; de compasión y de rabia.

-¿Por qué no hiciste nada?

-Las niñas no quieren hablar. Tienen miedo y vergüenza. Y si alguna está dispuesta a hacerlo, se lo impiden los padres.

Llenó el vaso y se lo bebió de un trago.

-En el caso de Pilar se excedió y la mató. ¿Por qué no lo denunció nadie? -preguntó Ana.

-Hubo una investigación. Los números de la Guardia Civil que estaban entonces destinados aquí preguntaron a la gente. Pero como nadie dijo nada y el cuerpo lo encontraron en el bosque, llegaron a la conclusión de que habría sido algún vagabundo o uno de los maquis, que la habría matado después de violarla.

Ana susurró:

-Pero Aurelia lo sabía.

-Sí. Tuvo que mandar a Pilar a su casa esa noche.

Ana se sintió invadida por una oleada de lástima al imaginarse los sentimientos de culpa que tenían que haber atormentado a Aurelia.

-Luis, su marido, no lo pudo soportar. A los tres meses de la muerte de la niña, se ahorcó. Aurelia se lo encontró en la buhardilla. Uno de los guardias le dijo que, por poco dinero, certificaría que había sido un accidente, pero ella se negó. No quería esconderlo. Quería que todos vieran su desgracia. Y desgracias sufrió muchas.

Se sirvió otra vez antes de seguir hablando. El cuello de la botella chocó contra el vaso.

-Aurelia era fuerte, dura. Después de que Luis muriera, don Julián se cuidó de ella.

Ana lo miró con perplejidad.

-¿Se cuidó?

-Así se habla en el pueblo de él. Don Julián se cuida de todos.

-¿Y cómo se supone que cuidó de Aurelia?

-Le dio el dinero para abrir la fonda. Y, cuando había poca clientela, le daba siempre algo para que no pasara nunca apuros.

Aurelia sabía bien lo que le esperaba a su hija en casa de Maestre. Y después todo fue mucho peor de lo que podía haber temido. Para ella la vida en el pueblo tenía que haber sido un infierno, mantenida por la compensación que él le pagaba a cambio de la niña. ¡Qué sentimiento de culpa tenía que haberla embargado! Ana entendió entonces que precisamente esa vida era el castigo que ella se infligía. Su marido se había suicidado porque no pudo soportar la culpa; ella, en cambio, se había condenado a vivir, a recordar día tras día que su hija estaba muerta, a tener presente todos los días que el asesino de su hija seguía viviendo impune entre ellos. ¿Qué le había dicho después de tomarse la primera taza de café? Que no se la merecía.

Cada día de vida era parte del castigo.

Hasta que se decidió a contar la verdad.

Sin darse cuenta, Ana empezó a pensar en voz alta:

-Julián Maestre entendió en la iglesia que ya no estaba dispuesta a callar. Por eso la mató.

-Sí -se limitó a decir Miguel.

La parquedad de su respuesta fue una iluminación para Ana, que empezaba a comprender cosas que cada vez le gustaban menos.

-¿Y tú lo sabías?

-Sí. Me lo imaginaba.

Hablaba con voz firme, como si necesitara hacerse fuerte, porque era consciente de que tenía que defender una posición que iba a ser atacada de inmediato.

-Como también sabías que Julián Maestre violaba a las niñas. Y que Isabel se hizo los estigmas para que la dejara en paz.

-No lo sabía, lo sospechaba. Eugenia e Isabel no solo leían, también representaban esas historias de mártires y de santitas adolescentes; que si Santa Lucía, que si Santa Eulalia, que si Santa Inés y como quiera que se llamen las otras. Por eso pensé que algo tendría que ver.

-Pero ¿por qué no me dijiste nada?

-¿Y cómo debería haberlo hecho? ¿Tendría que haberte dicho: «Estimada señorita Martí, lo de los estigmas es mentira, pero tenemos un monstruo de verdad en el pueblo»?

Su reacción la dejó perpleja. Respondía con una evasiva, con el sarcasmo

más barato. Hasta ahora no lo había escuchado hablar así. Le respondió con calma:

-No, no es eso a lo que me refiero. Pero te recuerdo que hemos estado pensando juntos cómo salvar a Isabel. Me has dejado creer que don Benito y Magdalena habían tejido una intriga en la que medio pueblo estaba implicado bajo el lema «la santita es nuestra».

Miguel la miraba con la expresión del que está a pocos pasos de caer en el abismo. Se bebió de un trago medio vaso de vino antes de decirle con énfasis:

-Ana, se trataba de don Julián.

-¿Don Julián? ¿Todavía lo llamas don Julián?

-Es que no lo entiendes. Estaba tan contento de poder hacer algo por Isabel y de hacerlo contigo. Pensé que por fin podría salvar a una de las niñas.

-Todavía podemos hacer algo por Isabel.

Si Eugenia había muerto en su intento de huida, el sargento de la Guardia Civil había dicho la verdad, no trataba de ocultar una muerte violenta, el somatén había salido realmente a buscar maquis esa noche. Esto no significaba que pudiera fiarse de él, pero por lo menos no formaba parte de ninguna conjura que se hubiera propuesto mantener a cualquier precio la ilusión del milagro de Las Torres. Era un forastero como ella, lo que significaba que existía, por lo menos, la posibilidad de que estuviera dispuesto a emprender alguna acción contra Julián Maestre. Tal vez incluso le parecería bien deshacerse del señor del pueblo, a quien la gente obedecía más que a él. Por eso le propuso a Miguel:

-Mañana iremos a hablar con don Ignacio. Le contaremos todo lo que sabemos para que detenga a Julián Maestre por la muerte de Aurelia.

-¿Detener a don Julián? No lo hará.

-¿Por qué no?

-En primer lugar, porque no nos creerá. Y en el caso de que lo haga, no se atreverá a hacer nada en su contra.

-Ha matado a Aurelia. Es un asesinato. Ahí no puede inhibirse.

Miguel negaba con la cabeza. Ana insistió:

-Tienes que venir conmigo y hablarle de todas las niñas de las que ha abusado. Solo así podremos poner fin a todo esto. Se acabaron las violaciones porque el señor se otorga el derecho de pernada.

-Es que no puedo, Ana -dijo con un hilo de voz.

-¿Por qué no?

-Porque a los ojos del pueblo sería un denunciante. Los dejaría en evidencia porque durante años han puesto a sus hijas a disposición del señor.

-No tienes por qué quedarte aquí.

-Le debo a don Julián mi puesto de maestro. Él me lo dio para hacerle un favor a mi padre. Somos parientes lejanos.

Ana lo miraba asombrada.

-Hace unos años tuve un... contratiempo en Valencia. Fue un accidente.

Miguel tenía la mirada clavada en la mesa. Ella esperaba que siguiera

contando.

-Un accidente de coche. Iba bebido y me salí de la calzada, choqué contra un árbol después de dar varias vueltas de campana. A mí apenas me pasó nada, pero mi acompañante murió dos días después en el hospital.

Cogió la botella y se llenó el vaso. Tomó un largo trago.

-Era una chica muy joven, la hija de un militar de rango en Zaragoza con la que no debería haber estado en ese coche, en opinión de su familia, que se oponía a nuestra relación. Con la que no debería haber estado borracho conduciendo a toda velocidad en ese coche si hubiera tenido un ápice de sentido común y de responsabilidad.

Tomó otro trago.

-Mi padre tuvo que hacer uso de todos los contactos que tenía para evitar que me cayera una denuncia por homicidio involuntario. Pero el padre de Dolores, así se llamaba, no quería aflojar, quería que me castigaran. Así que mi padre consideró que era mejor que desapareciera de la escena. Como don Julián y él son parientes lejanos, logró convencerlo de que me diera aquí la plaza de maestro. ¿Entiendes, entonces, mi posición?

Demasiado entendía.

Julián Maestre, que se cuidaba de todo, también se encargaba del maestro del pueblo. Pero esa no era una razón para quedarse allí o no hacer nada.

-Pero, aunque tengas que seguir medio oculto, ¿no podrías irte a otro pueblo?

-Don Julián no lo permitiría.

-¿Tan grande es su influencia?

-No quiero ponerlo a prueba. ¿No lo ves? Ha matado a Aurelia y la ha dejado en medio de la plaza del pueblo como si fuera una pieza de caza recién cobrada. ¿No entiendes el mensaje? «Mirad lo poderoso que soy. Mirad lo que les pasa a los que se atreven a oponérseme.»

Ana constató que la exposición del cuerpo de Aurelia había tenido realmente el efecto deseado, la intimidación.

-¿Y qué? ¿Por qué te rindes sin más? ¿Quién te dice que no tenemos opción, que no podemos hacer algo?

-Pero ¿quién te crees que somos? No somos más que un maestro que bebe demasiado y una periodista venida de fuera. No tenemos ningún poder. En este pueblo pasa solo lo que quiere don Julián.

-Porque nadie se atreve a hacer nada. Mañana iremos a hablar con don Ignacio. Y si él no nos quiere hacer caso, lo denunciaremos en Teruel. Es un asesinato. Ahí Julián Maestre se ha excedido, ha sobrestimado su influencia.

Lo decía convencida, si bien sabía de sobra que una denuncia no siempre conllevaba una detención, aunque se tuvieran pruebas y razones, lo que no era su caso. Pero tenían que intentarlo.

Miguel negaba con la cabeza.

Ana trató de darle un último argumento para hacerlo entrar en razón:

-Es que necesito tu apoyo. Soy una forastera, soy una mujer y, como bien

has dicho, el sargento probablemente no me va a creer. Pero si vamos los dos, mi declaración tendrá mucho más peso.

Hizo una pausa y continuó en voz más baja:

-Y lo necesitamos si queremos convencerlo. El riesgo de que vaya de inmediato a informar a Julián Maestre y, voluntaria o involuntariamente, me deje expuesta a él, es menor si vienes conmigo.

Estaba encorvado, sus ojos habían perdido todo el brillo, parecían dos piedras pardas en un charco turbio. No quedaba nada del hombre atractivo que había fotografiado en la escuela, del maestro que hablaba con cariño de sus alumnos, del Miguel decidido que quería salvar a Isabelita. Nada.

Miguel no dijo: «Es peligroso. No vayas». Su rostro no mostraba ninguna emoción, como si la desesperación las hubiera borrado todas.

Lo único que dijo fue:

-No puedo.

No quería. No quería ayudarla y parecía avergonzarse profundamente por ello, pero eso no cambiaba el hecho de que la dejara en la estacada. Le levantó la barbilla para obligarlo a mirarla.

-Año tras año tendrás que soportar que se vaya llevando a alguna de tus alumnas.

Él apartó la cara en un gesto brusco.

-Lo sé. Pero no tengo el valor.

Por unos segundos, su mirada recobró cierta claridad y la miró a los ojos.

Aunque la conmovió la desesperación que llegó a entrever, por otra parte la avergonzaba su debilidad, la apatía, su desprecio por sí mismo. Parecía que se daba cuenta de lo que ella estaba pensando.

-Ana, lo siento. Sé que te estoy ofreciendo una imagen miserable. Pero esto es lo que hay. Soy un cobarde, estoy donde me corresponde, en un pueblo de cobardes. ¿No te parece? Créeme, cuando eres incapaz de mirarte al espejo sin avergonzarte, el mejor sitio es uno donde nadie lo puede hacer.

Se sirvió otra vez, levantó el vaso y se lo acabó de un trago.

-Por Las Torres.

La botella estaba vacía.

Entonces se derrumbó y la cabeza le cayó sobre el pecho. Ana se levantó, cogió un chal que encontró encima de una silla y se lo puso sobre los hombros.

Subió a la habitación agotada y abatida. Se acostó pensando en las últimas palabras de Miguel. A ella el sueño le borraría el cansancio, pero no la rabia.

26

Se despertó con la congoja de saberse en una casa que quedaría abandonada en cuanto ella se marchara. Mientras se vestía recorrió mentalmente las habitaciones vacías. Pensó en el brasero apagado, en el hogar frío, en la cama de Aurelia que la había esperado en vano. En las fotos de Pilar. Y en dos puñados de granos de café que alguien tal vez encontraría cuando entrara en la casa. No habría última taza de café aguado con Aurelia. Sintió entonces la urgencia de hablar con el sargento. ¿Tendría el coraje de oponerse al señor del pueblo, a la autoridad real? ¿O todo lo contrario? Ese era el riesgo que tenía que correr.

A pesar de que arrastraba consigo el peso de tantos malos auspicios, se vistió y se calzó sin hacer ruido, y también en silencio, para no despertar a Miguel, que dormía echado sobre la mesa en que habían estado hablando la noche anterior, llegó al zaguán de la casa. Abrió y salió.

Ya en la calle, le pareció percibir un rumor a su espalda. Se detuvo un momento. Él estaba al otro lado de la puerta, pero no la abría. Esperó unos segundos más. Le pareció escuchar algo que podía ser un sollozo apagado. Nada más. La puerta no se abrió. Miguel la dejaba marchar. Sola.

Tras las muertes de Eugenia y de Aurelia, en señal de luto, los niños tenían prohibido jugar en la calle, pero al llegar a la plaza de la iglesia descubrió que lo obedecían a su manera. Un grupito de tres niñas y dos niños estaban jugando a pillapilla, corrían por la nieve, se perseguían y se cazaban. En silencio. Se detuvieron en seco cuando apareció una adulta y se quedaron muy firmes, parecían arbolitos jadeantes.

-Es la forastera -dijo la que pillaba, y aprovechó la oportunidad para cazar a uno que no reaccionó a tiempo.

Era la forastera y no podía hacerles nada, no podía reñirlos, no podía castigarlos. Reanudaron el juego sin gritos, sin palabras, sin risas. Solo se oían los golpes de los pies y las respiraciones. Una de las niñas, la más pequeña, se envalentonó ante la impunidad que suponía que fuese la forastera y abandonó el juego para seguirla por la calle Mayor. Se acercó mucho a ella y empezó a cantar lo bastante alto para que Ana lo oyera:

-Al monstruo, tan feo, le gustan las rosas...

La vocecita aguda y ronca le erizó el vello. La miró. Con los rasgos demasiado pequeños y la barbilla afilada, tenía cara de niña vieja.

-Al monstruo, tan feo, le gustan las rosas...

-Cállate, o se lo diré a tus padres.

La niña dejó de cantar un momento, pero después debió de pensar que la forastera no sabía quiénes eran sus padres y siguió en tono burlón:

-Se las come blancas, las escupe rojas.

-Calla, o se lo diré al cura.

La niña dejó de cantar y también de seguirla.
-Chivata -dijo con rencor.
Ana le dirigió una mirada cargada de rabia que la hizo callar, pero solo hasta que se sintió a una distancia segura.
-Chivata, chivata.
Se volvió a mirarla. La señalaba con el brazo extendido; el dedo acusador la apuntaba como una pistola. Los otros niños se habían agrupado alrededor de la pequeña. Como si fuera el nuevo juego, imitaron el gesto de la niña que seguía gritándole:
-Chivata, chivata.
Dobló la esquina. Los niños se callaron. En el silencio del pueblo, percibió que corrían hacia la esquina y le vino a la mente la imagen de unas hormigas que atacaban y devoraban a un saltamontes. Caminó más deprisa. Muy a su pesar, no controló el impulso de volverse y se los encontró asomando la cabeza por la esquina. Una de las chicas mayores les dijo a los otros:
-Va a casa del sargento.
-Se va a chivar -dijo uno de los chicos.
-Chivata, es una chivata -gritó la pequeña. Salió por completo y se plantó en medio de la calle señalándola como antes con el brazo extendido-. Chivata, chivata de don Ignacio, chivata.
Los otros no secundaron la cantinela, sino que huyeron dando los gritos que antes habían reprimido.
Ella siguió su camino. La voz de la pequeña, que no dejaba de gritarle a pesar de haberse quedado sola, la acompañó hasta la puerta del cuartelillo.
Entró. Encontró a don Ignacio en el cuarto que hacía de despacho. El sargento estaba recostado sobre la silla mientras leía un periódico atrasado. Llevaba puesto el uniforme pero no los correajes y la chaqueta estaba desabotonada. La miró sorprendido:
-No tengo tiempo para usted y no intente sacarme nada sobre la muerte de la señora Anglada. Tengo mucho que hacer.
La cabezota rubia de Mauricio asomó por el marco de la puerta, empuñaba una escoba. Ana no lo había visto al entrar.
-¡Vaya mentira, don Ignacio! ¡Si estaba durmiendo cuando entré!
-Mauricio, lárgate. Si me levanto, te parto el palo de la escoba en la crisma.
El muchacho obedeció y cerró la puerta. Desde el interior les llegaba el roce rítmico de las cerdas del cepillo. Ana se sentó frente al sargento.
-No vengo a hacerle preguntas, pero creo que tengo algunas respuestas.
El guardia civil se incorporó y se echó hacia delante.
-¡Ah! ¿Sí? ¿No me diga que ha venido a decirme quién mató a la pobre mujer?
Ella ignoró su sarcasmo.
-Pues sí, a eso vengo.
La carcajada del sargento sonó impostada y ella supo que él estaba completamente desorientado al respecto, así que por lo menos podría empezar

a hablar. Temerosa de que su plazo fuera, con todo, muy corto, le contó con rapidez lo que había averiguado acerca de las heridas de Isabelita. El guardia civil no la interrumpió ni una vez, sino que se limitó a asentir con una expresión de creciente consternación. Solo cuando, tras explicarle las razones de la niña para infligirse tales heridas, llegó a don Julián y a su certeza de que este había matado a Pilar, la interrumpió:

-Entonces ¿cree usted que mis compañeros mintieron deliberadamente al determinar que había sido víctima de algún vagabundo?

-No. No me atrevería a presentarme ante usted y decírselo a la cara. Con todos mis respetos, pero les tengo demasiado miedo a usted y a sus compañeros.

-Entonces ¿qué piensa?

-Que también los engañaron, que se aprovecharon de su, digamos, obsesión por limpiar la zona de maquis y salteadores para zanjar el asunto.

El sargento asintió aliviado en cierto modo mientras llegaba a la vez a una dolorosa conclusión.

-Pero eso significaría que aquí muchos lo sabían o lo sospechaban. ¿Por qué no me lo dijo nadie?

Ana se atrevió a decir lo que él con seguridad ya sabía:

-Porque no es usted la autoridad superior en este pueblo.

Ni él ni el régimen al que representaba. Allí, tan lejos de Madrid, tan lejos de todo, mandaba otro. No le quiso decir al sargento que para don Julián él debía de ser una especie de brazo ejecutor que le mantenía el pueblo controlado. Del mismo modo que el cura lo tenía enajenado, sobre todo a las mujeres.

-Pero ¿cómo ha averiguado estas cosas? ¿Por qué se las iban a contar a usted? A una forastera.

-No me lo han contado, lo han reconocido, don Miguel el maestro, porque lo adiviné, mejor dicho lo interpreté. En la canción del monstruo.

-¿Qué canción?

Ana se la cantó.

-No la conozco.

-Entonces ha vivido usted realmente de espaldas al pueblo todos estos meses, don Ignacio. ¿No la entiende? El monstruo que se come las rosas blancas y las escupe rojas. Don Julián, que desde hace años se toma el derecho de pernada feudal. Todo está en la canción.

-¿Don Julián? ¿El monstruo? Pero ¿qué tontería es esa? ¡Monstruos! ¿Se da cuenta de lo absurdo que suena lo que está diciendo? Don Julián, un monstruo. ¿Y por qué no ha venido don Miguel con usted?

Oyeron un estruendo de cosas que se caían al otro lado de la puerta.

-Mauricio, ten cuidado. A la próxima, me levanto.

Ana le contó lo de la foto del entierro de Pilar, el vestido negro, las azucenas de tela... De pronto, la sobresaltó el silencio. No se oía ni un ruido de Mauricio. Se levantó de un salto.

-¡Nos estaba espiando!

No había cerrado la puerta del todo. Recordó dolorosamente las palabras de Aurelia a su sobrino: «¡Cómo se puede ser tonto y tan astuto a la vez!».

Salió corriendo seguida por el sargento.

En medio del cuarto estaba la escoba tirada en el suelo junto con algunos cacharros de metal. La puerta del cuartelillo estaba abierta de par en par.

-¡Mauricio!

No entiendo lo que dice la señora. ¿Por qué dice la señora que todo está en la canción? La canción es la canción. El monstruo no está en la canción. ¡Qué tontería! El monstruo es de verdad. Todos lo saben.

El monstruo es malo. Don Julián no es malo. No puede ser malo. Él nunca me pega y dice que soy bueno, que soy un animalillo. Pero la señora de Barcelona dice que es el monstruo. Y ella también dijo que soy bueno. Y me dio un beso. Ella nunca me ha pegado. La señora era buena con la tía Aurelia. La hacía reír. Y tomaban café juntas. La señora es buena con Isabelita. Nos escaparemos los tres juntos a Barcelona. Madre también vendrá. Allí no hay monstruos.

El monstruo hace daño a las niñas. A los niños no. Solo a las niñas. Cuando crecen. Por eso las niñas tienen miedo de hacerse mayores, porque al monstruo le gusta la carne de las niñas. Pero no se las come, no. Como a las rosas, las escupe. Por eso le tienen miedo, porque les hace cosas y las escupe.

Pili le tenía miedo. Y el monstruo la mató.

Eugenia le tenía miedo, aunque era tan lista. La más lista de todos los niños. Por eso escapó y el monstruo no la tocó. Pero está muerta.

También Isabelita le tenía miedo, pero ahora ya no porque es una santa y las santas no tienen miedo a los monstruos.

La señora dice que don Julián mató a la tía Aurelia. Eso es pecado mortal. Matar es pecado mortal. Don Julián irá al infierno. Por malo.

-Malo, malo. Tía Aurelia, pobreciiiita.

Los monstruos tienen miedo de los santos. Porque hay santos que rezan, hay santos que son santos porque los matan y hay santos que son santos porque matan monstruos. Como San Jorge. Mató un dragón. Los dragones son monstruos. A los monstruos hay que matarlos.

Si sabes que hay un monstruo y no lo matas, eres malo.

La gente que mata monstruos es buena. Yo soy bueno. Lo dice la señora. La señora tiene razón.

27

-¿Dónde está Mauricio?

-Por ahí andará. Entra y sale sin ton ni son.

Pero el sargento se estaba ajustando los correajes del uniforme. Puso una pistola en la cartuchera.

-Vamos.

Caminaban a buen paso hacia la casa de Julián Maestre. Se cruzaron con varias personas que contemplaron con curiosidad a esa extraña pareja.

Cuando llegaron, el portón estaba abierto. Entraron y cruzaron el patio. Les sorprendió ver que la puerta de la casa estaba entreabierta. El sargento golpeó y entró a continuación. Escucharon, entonces, un disparo, un grito y pasos acelerados que venían del piso superior. Empezaron a subir corriendo las escaleras. Al final de ellas, Cándida, la criada de don Julián, les salió al encuentro con ojos de espanto:

-¡Lo ha matado!

-¿Quién? -preguntó el guardia civil.

La mujer solo le dijo:

-Está en la biblioteca.

La criada los siguió a paso lento, como si haber podido proclamar la desgracia la hubiera eximido de toda urgencia.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada. El guardia civil abrió las dos hojas de par en par.

Los encontraron en el centro de la habitación. Don Julián yacía en el suelo, con los brazos extendidos. El impacto del disparo de la escopeta le había abierto el cordón del batín que llevaba puesto. La chaqueta del pijama a cuadros estaba empapada de sangre. Tenía la cara vuelta hacia ellos. Sus ojos los detuvieron unos segundos, incluso muerto conservaba la mirada del señor, del amo del pueblo. Mauricio, de pie ante él, todavía sostenía la escopeta, pero el cañón apuntaba hacia el suelo y no lo levantó al verlos entrar. Ya se había cobrado su pieza.

-Mauricio, ¿qué has hecho?

-He matado al monstruo.

Se volvió y les dirigió una sonrisa orgullosa.

El sargento se acercó a él y le arrebató la escopeta. El chico se la dejó quitar sin resistencia.

-¡Qué has hecho, desgraciado!

Mauricio lo miró y le sonrió con beatitud.

-He matado al monstruo.

Don Ignacio cogió la escopeta con la izquierda para pegarle con la derecha.

-¡No le ponga una mano encima al muchacho!

Era Cándida.

-Ha hecho bien. Ya era hora de que alguien se atreviera -añadió desafiante.

El guardia civil no le respondió, pero bajó la mano. Mauricio miró a la mujer, que se había quedado al lado de Ana, y volvió a decir:

-He matado al monstruo.

-Sí, hijo. Ya está -le dijo la criada.

-Les hacía daño a las niñas -le explicó Mauricio.

Los había escuchado en la casa cuartel. Nunca le prestaban atención. Era el tonto del pueblo y hablaban en su presencia como si fuera un objeto más. Pero los había entendido. Perfectamente.

-¿De dónde has sacado la escopeta? -le preguntó el guardia civil.

-Del almacén del somatén -respondió el muchacho.

-Pero ¿cómo? ¡Si tienes una mano inútil!

-¡Pues con la otra! -exclamó triunfal.

La expresión de Mauricio se ensombreció de golpe.

-Le hizo daño a la tía Aurelia, aunque no era una niña.

Miró al cadáver y le dio una patada en el pie. La zapatilla de paño salió volando. Don Ignacio lo apartó de un tirón.

Al final había sido un pobre idiota quien había acabado con él. Un idiota que recuperó la sonrisa al volver a decir:

-He matado al monstruo. San Jorge mató al dragón y yo he matado al monstruo.

-Vamos.

El sargento lo cogió del brazo. A Ana le pareció que sin demasiada fuerza. No la necesitaba. Mauricio se dejaba llevar con docilidad.

La criada los detuvo antes de que salieran de la habitación. Cogió al muchacho por la cabeza, lo obligó a agacharse un poco y le dio dos besos.

-Ya avisaré yo a tus padres.

28

Como si el deshielo hubiera esperado a que el pueblo resolviera por su cuenta sus asuntos, el jueves pudo subir el autobús. Llegó al mediodía. Solo media hora más tarde que el coche con chófer que Rubio le había prometido.

Unas horas antes ya lo habían hecho varios números de la Guardia Civil, que en esos momentos estaban recorriendo las casas con el sargento para llevar a cabo la investigación de lo sucedido.

Ese sería al final el tema de su artículo. La historia de un retrasado mental que asesinó al terrateniente Julián Maestre para vengar la muerte de su tía. Sobre los motivos del asesinato de Aurelia tendría que escribir que se trataba de un viejo conflicto. Para nada podría mencionar que durante años las mujeres de ese pueblo habían sufrido abusos por parte del señor.

De don Onésimo, el alcalde, no volvió a tener noticia. El sargento la acompañó a la fonda para que hiciera la maleta. Como él se quedó en la cocina mientras ella empacaba sus cosas, entró subrepticiamente en el cuarto del balcón y cogió una de las fotos de Pilar. La foto que la mostraba viva, con su cara de niña-adulta. Se la daría a Mauricio cuando fuera al cuartelillo a despedirse de él. Pensó que al muchacho le gustaría tenerla como compañía en los duros meses que le aguardaban. Ana se imaginaba lo que le esperaba. Iría a juicio y, si el juez se dejaba guiar por sus prejuicios de casta, acabaría en el cadalso.

El sargento le contó camino del cuartelillo que cuando metieron a Mauricio en la celda, pidió su escoba para barrerla. Se la dieron y se puso a hacerlo como si no hubiera pasado nada, canturreando con su voz rota la cancioncilla del monstruo. Después pidió un recogedor y lo hizo con tanta tranquilidad que el guardia civil le permitió ir a tirar la basura al cubo antes de volver a meterlo en la celda.

Allí lo encontró Ana, sentado tranquilamente en el camastro. La cara se le iluminó con una enorme sonrisa al verla. Se acercó a la reja.

-¡Qué bien hueles, señora! -le dijo.

Ana, que se sentía sucia tras varios días sin poder bañarse, se había puesto algo de colonia. Se aseguró de que el sargento no los viera y le dio la foto. Mauricio pareció volverse loco de alegría. Ella le hizo gestos para apaciguarlo y que no gritara. Mauricio chistó cómplice y divertido. Después contempló la foto con arrobo antes de darle la vuelta y ponerla de cara a Ana.

-Mira, Pili, esta es la señora que huele tan bien.

Ana sacó la botellita de colonia de la maleta y se la dio a Mauricio.

-Toma.

El muchacho lanzó una carcajada feliz con todos sus dientes separados. Abrió la botella y se echó unas gotas en los dedos. Después frotó la fotografía.

-Ahora Pili huele como tú.

-Pero hazlo solo en la parte de atrás, si no, acabarás borrando la foto -dijo Ana aliviada de poder darle ese absurdo consejo que le evitaba echarse a llorar delante de él.

Mauricio besó la foto varias veces y se la guardó en el bolsillo del chaquetón que le había traído su madre para que se abrigara.

-¿Quieres que te haga una foto?

Se la había pedido Enrique Rubio.

«Haz varias fotos del asesino», le había dicho por teléfono.

-¿A mí?

-Claro. Porque has matado al monstruo.

Mauricio entonces se puso muy serio. Se ajustó los pantalones, se abrochó bien el chaquetón, se humedeció la punta de los dedos y se atusó el peinado. Ana casi podía oír la voz de la madre del chico repitiendo día a día las instrucciones para que saliera aseado de casa. Le pidió que se pusiera contra el muro. Metió la cámara entre los barrotes porque no quería que salieran en la imagen. La mirada del chico era grave. No sonreía. Como todos los niños del pueblo ante una cámara.

-¿Se puede ver? -le preguntó después.

-No. Hay que revelarla.

-¿La podré ver entonces?

-Por supuesto.

-¿Vendrás a buscarme?

Esa pregunta no la entendió, pero no tuvo tiempo de decírselo.

El chófer vino a recogerla.

-Tenemos que marcharnos. Si no, perderá el tren a Barcelona.

Quiso despedirse de Mauricio con un apretón de manos, pero él le hizo una especie de reverencia y la besó en una de ellas.

-Eugenia me explicó que se hace así con las señoras en la ciudad.

Salió de la casa cuartel con un nudo en la garganta y se encaminó hacia la plaza, donde el autobús también esperaba a los últimos pasajeros.

No le daría a Rubio la foto de Mauricio. Le diría que había salido oscura o que la había velado por accidente al revelarla.

Tampoco habría un artículo sobre una niña con estigmas. Mucho menos revelaría que las heridas y los supuestos milagros habían resultado un engaño. Nada. Silencio.

El chófer le abrió la portezuela para que entrara en el coche.

El conductor del autobús estaba cerrando el maletero y miraba a derecha e izquierda para asegurarse de que no dejaba a ningún pasajero en tierra. Iba a poner el pie en la escalerilla cuando oyó unas voces:

-¡Espere! ¡Espere!

Ana le pidió al chófer también que esperara un momento. Eran Isabelita y sus padres. El padre cargaba con la hija en brazos porque no podía caminar; la madre, con un gran hatillo. Corrían hacia el autobús. Por lo visto habían esperado hasta la hora de salida. Al ver la gente que los seguía a pocos pasos

con expresión hostil, entendió por qué.

Subieron al autobús. El padre acomodó a la niña en el último asiento, se despidió de ellas y bajó del vehículo. No esperó a que arrancara, se alejó en la dirección contraria a la que habían venido para evitar el grupo de unas quince personas que los había seguido.

Las dos mujeres se quedaron quietas, cabizbajas, ante las miradas cargadas de reproche de todos los pasajeros.

El conductor cerró la puerta.

Entonces, una niña que iba con el grupo lanzó una bola de nieve contra la ventana trasera del autobús. Fue la señal para que empezaran los insultos:

-Mentirosas.

-Desgraciadas.

-Brujas, brujas.

Las bolas de nieve golpeaban el autobús con un tamborileo amenazador. El conductor lo puso en marcha.

En una de las bocacalles que llegaban a la plaza, Ana vislumbró a Miguel con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Observaba, inmóvil, al grupo enfurecido. Cuando su mirada se topó con la de Ana, el maestro sacó la mano derecha y amagó un gesto de despedida. Ella no lo correspondió. Entró en el coche. El chófer cerró la puerta y se acomodó en el asiento del conductor. Ana volvió la vista al frente.

-Vámonos.

Dice don Ignacio que Isabelita y su madre se han marchado también a la ciudad. Se han ido en el autobús. Seguro que irán a una ciudad muy grande y allí Isabelita será una santa famosa. En la ciudad no tendrá que morirse para ser santa.

Entonces vendrá a buscarme.

Tendrá un manto con perlas y una corona que brillará.

Vendrá a buscarme y me dirá:

-¿Qué quieres, Mauricio?

Y le contestaré lo que me dijo Eugenia:

-Dame inteligencia.

Vendrá a buscarme.

Agradecimientos

Queremos dar las gracias a Juan Ribas, quien una vez más nos ha brindado su prodigiosa memoria y sus narraciones llenas de vida.

También debemos mucho a la generosidad de Tomás Sastre, cuidador del ingente legado de su tío, Enrique Rubio, que nos ha asesorado y nos ha proporcionado materiales muy valiosos.

Los brillantes comentarios y las sugerencias de Klaus Reichenberger nos han acompañado fielmente a lo largo de todo el proceso de elaboración de esta novela. No sería la misma sin él.

Tampoco sin las agudas y certeras lecturas críticas de Társila Reyes, Pilar Montero y Ana Ramírez.

Gracias también a los lectores de *Don de lenguas* que, en encuentros, clubs de lectura y correos, han compartido con nosotras vivencias y recuerdos personales que han enriquecido nuestros conocimientos de la época. Si bien nos hemos permitido alguna pequeña licencia histórica, esperamos que les resulte tan evocadora como la anterior.

Gracias a todos los que nos han alentado a seguir.

Edición en formato digital: mayo de 2014

fotografía de © David Byron Keener/Shutterstock.com

ISBN: 978-84-16120-89-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com